

KAYTE NUNN
EL
CUADERNO
DE LAS
FLORES



MAEVA

Si tienes un club de lectura
o quieres organizar uno, en nuestra web encontrarás
guías de lectura de algunos de nuestros títulos

<http://www.maeva.es/guias-lectura>

Índice

Cubierta

1. Sídney, otoño de 2017
2. Cornualles, 1886
3. Cornualles, 1886
4. Sídney, otoño de 2017
5. Cornualles, 1886
6. Sídney, otoño de 2017
7. Cornualles, 1886
8. Sídney, otoño de 2017
9. Cornualles, 1886
10. Sídney, otoño de 2017
11. Muelle de Liverpool, 1886
12. Sídney, otoño de 2017
13. En alta mar, 1886
14. Sídney, otoño de 2017
15. Valparaíso, 1887
16. Sídney, otoño de 2017
17. Valparaíso, 1887
18. Sídney, otoño de 2017
19. Valparaíso, 1887
20. Sídney, otoño de 2017
21. Valparaíso, 1887
22. Sídney, otoño de 2017
23. Valparaíso, 1887
24. Sídney, otoño de 2017
25. Valparaíso, 1887
26. Sídney, invierno de 2017
27. Valparaíso, 1887
28. Londres, verano de 2017
29. Valparaíso, 1887
30. Londres, verano de 2017
31. Valparaíso, 1887
32. Londres, verano de 2017

33. Valparaíso, 1887
 34. Londres y Cornualles, verano de 2017
 35. Valparaíso, 1887
 36. Cornualles, verano de 2017
 37. Valparaíso, 1887
 38. Cornualles, verano de 2017
 39. Valparaíso, 1887
 40. Valparaíso, 1887
 41. Valparaíso, 1887
 42. Cornualles, verano de 2017
 43. Valparaíso, 1887
 44. Cornualles, verano de 2017
 45. Cornualles, verano de 2017
 46. Cornualles, verano de 2017
 47. Cornualles y Londres, verano de 2017
 48. Santiago, 1887
 49. Londres, verano de 2017
 50. Sídney, 1888
 51. Cornualles, verano de 2017
- Agradecimientos
- Créditos

Para Sheila, amante de la lectura y las azucenas

Te amo como la planta que no florece y
lleva
dentro de sí, escondida, la luz de
aquellas flores.

Pablo Neruda, *Soneto XVII*

Sídney, otoño de 2017

Anna abrió la puerta y vio allí a tres hombres. El que se encontraba más cerca de ella era una mole de aspecto torpe y frente de neandertal; lo seguía un individuo de estatura y edad medias; y detrás de este había uno más bajo, delgado y joven, con tatuajes a lo largo de los fibrosos músculos de los antebrazos.

–Los tres osos –dijo ella en un susurro, advirtiendo a la vez que la pintura de la jamba empezaba a desconcharse. Era de un tono morado intenso que se conocía como Grand Poobah, nombre que había hecho reír a carcajadas a su abuela en medio de la ferretería. Eso ocurrió unos meses después de la muerte de su abuelo, y Gussie necesitaba animarse.

Apartando la mirada de aquellos hombres, Anna apretó la cascarilla de pintura suelta en un vano intento de volver a fijarla.

–¿Cómo dices? –preguntó la mole de aspecto torpe, quien, con su estropajoso halo de cabello dorado y un vientre que tensaba la tela de la camisa, le recordó claramente a Papá Oso–. ¿Es aquí? –Tras consultar un cuaderno, deslizando por la hoja el regordete dedo índice, la miró–. Jenkins, ¿no?

–Disculpe –contestó Anna, abochornada de pronto al pensar que el hombre pudiera haberla oído–. Pasen.

Se hizo a un lado y les indicó que entraran. Una vez dentro, acompañados del eco de sus robustas botas en la casa vacía, echaron una ojeada alrededor para evaluar el lugar. Anna contuvo la respiración mientras los llevaba hasta la cocina, un exiguo espacio en el centro de la larga y estrecha casa adosada que no se había reformado en décadas. Contempló la formica de color limón, los armarios de madera y el linóleo anaranjado y marrón, con el dibujo desgastado por efecto de un millón de pisadas. Recordó su propia emoción cuando, de niña, iba allí a pasar unos días. En coche, dejaba atrás su casa ajardinada de un barrio residencial y, después de cruzar un puente, llegaba a lo

que se le antojaba otro mundo, uno de infinitas callejas tortuosas y estrechas viviendas con balcones de forja que formaban intrincadas filigranas. Recordó cuando se sentaba a la mesa de la cocina a merendar bocadillos de mermelada con Nesquik de fresa frío. Y cuando su abuelo las llevaba a su hermana y a ella calle arriba hasta la tienda de la esquina, y ella se les adelantaba saltando por encima de las grietas de la acera, impaciente por ver los caramelos de frambuesa y las tabletas de chocolate apilados en los delgados estantes del establecimiento. En verano tenían polos dulces y pegajosos, tanto tubulares como planos. Con suerte, también corte helado.

Dulces recuerdos, todos ellos.

Papá Oso habló.

–Muy bien, guapa, nos vamos a por el material para ponernos manos a la obra. Enseguida volvemos –dijo a la vez que se alejaba, seguido por los otros dos.

Regresaron al cabo de unos minutos, provistos de palancas y mazos. Anna los dejó con lo suyo y subió al piso superior, al antiguo dormitorio de sus abuelos, situado en la parte delantera de la casa. El papel pintado amarillo, con su estampado de flores, se había desteñido allí donde le daba el sol de la tarde, y la moqueta estaba raída. De pie en el centro de la habitación, percibió una tenue vaharada del perfume de Gussie: Youth Dew. Aplicado generosamente y sin pudor alguno. Casi esperaba que Gussie se le acercara con su natural vivacidad, el pelo canoso perfectamente rizado, mientras se secaba las manos con un paño y la reprendía por no haberla avisado, pese a lo cual le asomaban a las mejillas los hoyuelos de su sonrisa fácil. El abuelo había muerto cuando Anna era adolescente, pero era la pérdida de Gussie la que ella más sentía.

Cierto era que en los últimos años casi siempre que Anna visitaba a su abuela, esta la confundía con su madre o, peor aún, ni siquiera la reconocía. En esa ocasión solo le había dado la bienvenida el lúgubre tictac del reloj de la repisa de la chimenea.

Anna deslizó un dedo por los alféizares polvorientos; luego abrió las puertas del balcón, que daba a la calle, para dejar entrar la brisa. La casa llevaba cerrada unos meses y se percibía un inequívoco olor a humedad; había sido un verano muy lluvioso.

Sus abuelos siempre habían preferido los muebles macizos y oscuros con robustas patas torneadas que pesaban una tonelada; antes la casa estaba a

rebosar de esa clase de mobiliario. Ocupaban hasta el último trozo de pared aparadores y cómodas, cuyas superficies exhibían piezas de porcelana con motivos florales, tapetes de ganchillo, adornos de cristal polvorientos, muñecas de coleccionista vestidas con trajes tradicionales de países que ellos nunca visitarían. Pero la empresa responsable del desalojo había pasado por allí la semana anterior y ahora la casa estaba vacía como Anna no la había visto nunca, eliminado casi todo rastro de sus anteriores ocupantes. La asaltó una repentina pesadumbre y de pronto sintió en los ojos un calor húmedo.

«Son solo objetos –se dijo con severidad–. Nada de eso hará volver a Gussie.» Su abuela la había nombrado única heredera de esa vivienda, la casa adosada de dos plantas en la que había nacido, cuidado de una familia y fallecido. La herencia había sido una sorpresa, casi tanto como el hecho de que su abuela hubiese muerto. Pese a su decreciente memoria, la anciana, muy briosa, había insistido en vivir sola. «¿Qué pinto yo en medio de un montón de viejos desconocidos que babea en el té y se ensucian la ropa interior?», había preguntado al tantearla la madre de Anna en varias ocasiones a lo largo de los últimos años sobre la conveniencia de trasladarse a una residencia, especialmente a partir de que le diagnosticaran alzhéimer.

De pronto, Anna se sintió abrumada. ¿Estaba haciendo lo correcto? ¿Debería haber esperado? ¿Poseía la fortaleza necesaria para llevar a cabo esa tarea ella sola?

«No seas tonta», se reprendió. La decisión estaba tomada. Seguiría hasta el final.

Bajó por la escalera, evitando pisar el peldaño que siempre crujía, lanzó un vistazo a los albañiles, que habían iniciado la demolición del salón –la «mejor habitación», recordó con una leve sonrisa–, y luego se dirigió a la parte de atrás. Atravesó la galería mal aislada donde dormían su hermana y ella cuando eran niñas, y abrió la puerta trasera.

Dejó escapar un largo suspiro.

No debería haberse sorprendido, ya que hacía meses que no pasaba por allí; aun así, se le cayó el alma a los pies. El jardín, durante mucho tiempo el orgullo y la alegría de su abuela, se hallaba en un estado de total abandono. «Descuidado» era decir poco: malas hierbas enormes y asfixiantes invadían lo que en otro tiempo fueron plantas primorosamente atendidas. Anna, a quien de pequeña le encantaba entretenerse en aquella parcela del tamaño de un sello de correos con su propia pala y su rastrillo, para ayudar a la abuela a

desherbar y regar, había estado demasiado preocupada por la vida que se extinguía dentro de la casa como para asomarse siquiera a echar una ojeada al exterior; y después, tras la muerte de Gussie, había preferido no pasar mucho tiempo en ella. Se dedicaba por entero a cuidar de los jardines de otras personas, y a ese no le había prestado la menor atención.

El lado oeste lo delimitaba un desaliñado seto de murraya; sus flores acampanadas, que normalmente emanaban un perfume embriagador, ahora presentaban un aspecto mustio y parduzco. El sendero casi había desaparecido bajo una alfombra cada vez más densa de tradescantia. La hiedra enroscaba sus asfixiantes zarcillos en torno al árbol de Júpiter. Y la glicinia, guiada para que se descolgara por encima de la valla trasera, se había desplomado. En un murmullo, recitó los nombres de las plantas preferidas de su abuela como si se tratara de una letanía, a la vez que buscaba cada una de ellas entre la maraña de hierbajos. Musitó sus nombres sobre todo para tranquilizarse. Estrelicia – también llamada ave del paraíso–, áster azul, buganvilla de color magenta intenso, hippeastrum, eléboro, camelia, pelargonio y delicadas violas allí a la sombra... palabras familiares que eran un bálsamo para su aflicción.

Mientras despejaba un hueco para sentarse en el deslustrado banco de madera con respaldo al fondo del jardín, su mirada se posó en una telaraña que se hinchaba en la brisa como un paracaídas, sus vaporosas hebras tensadas casi hasta el punto de romperse. ¿Habían transcurrido poco menos de seis meses? ¿Medio año ya? Durante todo ese tiempo, Anna había sido una autómata, arrancada a diario de un profundo sueño por el despertador, que se dejaba llevar por la rutina del trabajo, casi sin recordar las conversaciones con sus clientes, abstraída en el repetitivo acto de cavar y escardar en los arriates y cortar el césped estival. Había evitado volver a ese jardín, lugar por el que antes sentía tanto apego.

Con los ojos entornados, dirigió la vista hacia el sol, ya más alto en el cielo, y luego miró el manzano del rincón, la fruta marchita de la temporada suspendida todavía de las ramas. Allí, en ese jardín, estaba la prueba: mientras unas vidas terminaban, el resto del mundo seguía adelante implacablemente. Tratar de detenerlo era tan inútil como pretender recoger agua con una red.

Mientras estaba allí sentada, observando la escena, de repente sonó dentro de la casa un golpetazo más estridente que todos los anteriores, seguido de un

grito. Oyó que la llamaban por su nombre y, levantándose de un salto, regresó a toda prisa por el sendero.

Al entrar en la casa, nubes de polvo blanco llenaban el aire, y lo que en otro tiempo fueron tres habitaciones pequeñas en la planta baja se había convertido ahora en un espacio diáfano, mayor de lo que ella imaginaba. Todo se había desmoronado muy deprisa. Habían retirado y enrollado la vieja moqueta, que ahora asomaba a medias por la puerta de entrada. Salpicaban el suelo ladrillos, argamasa desmigajada y yeso.

—¿Te parece bien, guapa? —preguntó el hombre alto y torpe—. Hemos pensado que te gustaría verlo. —Señaló las estanterías, que habían empezado a desprenderse de la pared del fondo—. Casi es una lástima quitarlas, la verdad. Hoy día rara vez se ve un acabado así.

—¿Cómo? —Anna había dado instrucciones claras de demoler los estantes a fin de ensanchar el estrecho espacio, así que no sabía muy bien qué estaban enseñándole.

—Fíjate en eso, ahí —indicó él, señalando la pared antes cubierta por la estantería más alejada de la ventana.

Ella así lo hizo, y entonces lo vio: un hueco más o menos a la altura de la cintura. Cuando se acercó para verlo mejor, reparó en que tenía a su izquierda al más bajo de los tres integrantes del equipo de demolición.

—Tome —dijo el hombre con voz aflautada, tan frágil como su cuerpo, y cuando Anna se volvió, él le tendió un maltrecho cuaderno, totalmente gris, cubierto de polvo y finas telarañas—. No sé qué es, pero a lo mejor quiere echarle un vistazo.

—Gracias. —Ella agarró el cuaderno y, al soplar sobre la superficie, se elevó en el aire una nube cenicienta. Retiró el polvo con un dedo, dejando a la vista la tapa de color azul oscuro. Lo abrió cuidadosamente y vio los trazos finos de la apretada letra que cubría las páginas amarillentas—. Qué raro. Me pregunto cómo habrá acabado esto en el enladrillado.

—Pero ¿qué es? —preguntó él con impaciencia.

—No sabría decir. Debió de quedarse ahí detrás antes de que empotraran la estantería. Lo examinaré detenidamente más tarde.

Anna volvió al jardín y dejó el cuaderno en el banco a su lado, pero mientras se planteaba por dónde empezar a trabajar, oyó otro estrépito, y de nuevo la llamaron a voces. «¿Y ahora qué?», se dijo.

Desanduvo el camino y se asomó a la puerta: esta vez el albañil de estatura

media sostenía una caja grisácea que por el tamaño podría haber contenido un par de botas.

—¿Ahí dentro? —preguntó Anna, mirando atónita el agujero abierto en la pared, donde costaba creer que pudiera haber la caja. Como para convencerse, se acercó y escrutó el hueco. Se estremeció al ver la negrura total, imaginando enormes arañas y los caparzones redondos y duros de las cochinillas muertas.

—Echa un vistazo —indicó el capataz, a la vez que cogía una linterna y dirigía el haz hacia lo alto.

Ella miró por la estrecha abertura: a más o menos medio metro hacia arriba, el conducto se ensanchaba ligeramente hasta una especie de repisa.

—Sí, allí arriba —confirmó él—. Me ha picado la curiosidad, así que he metido el brazo y he volcado la caja, que se ha caído por el conducto. Se ha quedado atascada, pero, a fuerza de moverla, poco a poco he conseguido sacarla.

Anna se volvió hacia el albañil que le tendía la caja. Le sorprendió el peso y tuvo que tensar los bíceps para que no se le cayera. En realidad no era gris, sino que estaba cubierta de polvo y telarañas, igual que el cuaderno. Al frotar la tapa con los dedos, quedó a la vista una superficie de metal deslustrado. El contorno tenía formas grabadas, y cuando Anna retiró más polvo, descubrió abejas y arabescos en tres dimensiones. En cada esquina había tréboles de cuatro hojas labrados.

—Demonios —exclamó—. Qué raro.

—Y que lo digas, guapa —convino el capataz, rascándose la cabeza—. Por suerte no le ha roto el brazo a Nathan cuando se le ha caído encima.

—Sí, supongo —respondió ella, distraída y todavía absorta en la caja. La dejó en el suelo y probó a abrir la tapa, pero esta no cedió. Tras limpiar el polvo de los laterales con las manos, vio un sólido candado en forma de corazón que la mantenía firmemente cerrada. Debía de ser de latón, pero estaba tan deslustrado y ennegrecido como el resto de la caja—. Me pregunto qué será.

—¿Quieres que la abra de un mazazo? —preguntó el capataz, y levantó la herramienta.

—¡No! —exclamó Anna, aún inclinada, mirando la caja—. No, no quiero que se estropee.

—Tengo una palanca —intervino Nathan.

—Será mejor llevarla a un cerrajero, creo —dijo ella, lamentando su tono remilgado—. Pero gracias por el ofrecimiento.

–Vale, guapa, como tú digas. Seguiremos con lo nuestro, pues. Calculo que al final del día habremos acabado la mayor parte de la demolición.

Anna contempló los precarios restos de las estanterías y asintió.

–Bien, gracias.

Recogió la caja y la mantuvo apartada del cuerpo para no mancharse aún más de polvo mientras se dirigía hacia la escalera. Sintió un escalofrío cuando una ráfaga de viento entró por la puerta abierta de la calle. ¿Cómo demonios había acabado aquello escondido en el hueco de la pared? A pesar de la mugre, veía que en su día debió de ser bonita. Probablemente fuera valiosa, y, desde luego, antigua. ¿Qué podía haber llevado a alguien a esconderla? ¿Cabía la posibilidad de que la abuela Gus la hubiese encajonado allí, que la hubiese ocultado en un sitio donde casi con toda seguridad nunca la encontrarían? Anna tendió la mano hacia el teléfono. Tenía que hablar con su madre.

Cornualles, 1886

Las botas acababan de llegar de Londres, encargadas en tiempos más felices. Tenían doce complicados botones, cada uno firmemente sujeto por una presilla de cuero marroquí, y Elizabeth forcejeó con ellos en un vano intento de liberar los pies hinchados. El zapatero pasaba por ser uno de los mejores del condado, y el cuero era el más suave que podía comprarse, pero después de llevarlas durante una hora le habían salido ampollas. Si Daisy hubiese estado en casa, la habría ayudado, desabotonador en mano, pero, dadas las circunstancias, tuvo que apañárselas con sus torpes dedos, preguntándose si en la confección se habría utilizado la horma correcta.

Al cabo de unos minutos tenía por fin los dedos de los pies libres de aquella maldita envoltura, y los movió placenteramente a la vez que se masajeara la piel roja y dolorida de los talones y evaluaba los daños.

–¡Válgame Dios! ¿Quién se pondría una cosa así si tuviera opción? – preguntó Elizabeth en voz alta.

Aunque en realidad nadie oyó su queja.

Horas antes había huido del letargo producido por el calor vespertino que se colaba por todos los rincones de la gran casa, Trebithick Hall, y que había sumido a sus escasos ocupantes –a excepción de Elizabeth– en un estado de insensibilidad soñolienta. Así que pudo escabullirse sin que nadie se diera cuenta para ir a las cuerdas, donde ordenó a Banks, el caballerizo, que le sacara a *Achilles*.

–Con la silla de mi padre, por favor –dijo ella, retándolo a llevarle la contraria. Ese no era momento para una silla de montar a mujeriegas.

En cuanto Banks acercó el corcel negro al escalón para montar, Elizabeth le dio permiso para marcharse.

–Ahora ya puedo arreglármelas yo sola.

No quería que Banks presenciara su pugna con el vestido, ni que alcanzara a ver su ropa interior, por supuesto. Puede que las pautas del decoro se hubieran

relajado temporalmente en Trebithick Hall, pero prefería que Banks no se sintiera aún más incómodo de lo que con toda seguridad ya se sentía. Recogiéndose la falda negra de bombasí, se montó torpemente a horcajadas en el caballo sudoroso y lo arreó. Procuró no pensar en el hecho de que nunca antes había cabalgado a lomos de *Achilles*, y desde luego su padre, en vida, jamás se lo habría consentido, y menos a horcajadas. «Montar a mujeriegas es el único comportamiento decoroso para una dama», insistía siempre John Trebithick. Aunque progresista en otros sentidos –había animado a Elizabeth y a su hermana a estudiar latín y griego antiguo, por ejemplo–, en esa cuestión se había mostrado inflexible.

–¡Venga, muchacho, en marcha! –ordenó con voz firme mientras obligaba al gran caballo a rodear el patio y lo dirigía hacia la verja lateral de la mansión y el camino de herradura que bordeaba el extremo oriental de las tierras de Trebithick Hall. *Achilles* no necesitaba mucho estímulo, y Elizabeth sujetó con fuerza las riendas cuando el animal corcoveó bajo aquel peso poco familiar. Como ella, había permanecido encerrado durante meses, porque su padre estaba demasiado débil para aventurarse a salir de la casa, y más aún para cabalgar en su montura preferida. Aunque Banks lo había sacado para que estirase las patas en el prado con el resto del establo el día anterior, el animal estaba aún fresco como una rosa.

Achilles rompió a galopar antes de que Elizabeth pudiera sofrenarlo, y ella experimentó terror y euforia por igual al tomar conciencia de que tenía mucho menos control del que había imaginado sobre aquella musculosa bestia. El caballo arrancó como una bala y enfiló su rumbo casi con la misma precisión.

–¡Más despacio, señor mío! ¡So! ¡So, muchacho! –vociferó, y la brisa se llevó sus palabras sin que nadie, hombre ni bestia, le prestara atención. Cerró los dedos en torno a la crin del caballo y se agarró como si le fuera la vida en ello. El viento le arrancó el sombrero, que salió volando, mientras avanzaban a gran velocidad. Apenas reparó en el vivo color morado de la agrostemma, ni en las gavillas de trigo reunidas en garberas, inclinadas como borrachos en una boda, ni en las ortigas, que alcanzaban una altura de más de un metro a los lados del camino de herradura, y de cuyas hojas urticantes la protegían las medias hasta cierto punto. Solo al cabo de dos kilómetros *Achilles* pareció oír sus súplicas y sentir que las riendas se hincaban con violencia en su boca, y por fin redujo un poco la marcha, con lo que Elizabeth pudo recobrar el aliento y recomponerse.

El camino de herradura conducía hacia una pequeña cala, y *Achilles*, como si oliera el mar, volvió a aligerar el paso y se precipitó hacia el borde del acantilado con tal rapidez que Elizabeth temió que no se detuviera a tiempo y ambos cayeran a las rocas. Tiró de nuevo de las riendas y, con todas sus fuerzas, apretó las rodillas contra las ijadas de *Achilles* hasta que este se paró bruscamente cuando solo quedaban unos palmos de tierra. Resoplando y cabeceando con actitud arrogante, el caballo hizo chasquear el bocado entre los dientes como si dijera: «¿Satisfecha?».

Sujeta al pomo de la silla con manos trémulas, Elizabeth se inclinó hacia delante, pasó la pierna por encima de la grupa, como había visto hacer a los hombres, y se deslizó hasta el suelo. Tropezó y se cayó, manchándose la falda de barro, pero se levantó y, al ver un olmo cerca, amarró las riendas a una rama que colgaba a baja altura. Tardó más de lo normal; aún le temblaban las manos y se le agitaba el pecho por el esfuerzo de mantener a *Achilles* bajo control.

El agua azul y cristalina cabrilleaba tentadoramente, un millón de diamantes esparcidos por su superficie, y la línea azul oscuro del horizonte se desdibujaba en el vibrante resplandor del calor del mediodía. La costa de Cornualles tenía fama de traicionera y los naufragios eran frecuentes, pero Elizabeth conocía bien esa pequeña cala: Ladylove Cove, más conocida como Lady Luck Cove.

Había pasado buena parte de su infancia trepando por aquellas rocas, deteniéndose solo para contemplar maravillada las diminutas y tenaces plantas que se aferraban a la pared del acantilado. El camino hacia la playa de guijarros era empinado, pero alguien –contrabandistas muertos hacía mucho tiempo, según la leyenda– había labrado unos escalones en la piedra y, afortunadamente, el suelo estaba seco. Ya un tanto recuperada del suplicio de la cabalgada, bajó por los abruptos peldaños con la agilidad de un duendecillo.

Elizabeth no se paró a pensar en lo que diría Georgiana si llegaba a enterarse de dónde estaba o qué se traía entre manos. Su hermana mayor y el marido de esta, Robert, habían llegado de Plymouth hacía tres semanas, demasiado tarde para el final, pero a tiempo para el tañido de las campanas que anunciaron la muerte de su querido padre: nueve campanadas para un hombre, y después otras cincuenta y siete por los años vividos. Lo más probable era que siguieran rebuscando el botín, eligiendo cuadros y muebles

para sus propios fines. Aunque a Elizabeth eso le traía sin cuidado. Para ella, lo único que poseía valor era su querido padre, y ni todo el té de China se lo devolvería. Ahogó un sollozo. El tiempo para el llanto había terminado.

En los días posteriores a la muerte de su padre, Elizabeth deambulaba intranquila por el jardín. Iba y venía por el largo camino en un estado de aturdimiento, sin saber qué le depararía el futuro ni adónde la llevaría. No tenía paciencia para la costura ni el bordado, y por nada del mundo se habría puesto a tocar el piano. No encontraba consuelo en el dibujo, hasta entonces su pasatiempo preferido. Ya no podía ayudar a su padre en la meticulosa clasificación de las plantas, una tarea absorbente de la que ella disfrutaba en vida de él.

Tras la llegada de su hermana y su cuñado, siguieron dos semanas en las que básicamente estuvo confinada en la sofocante sala de estar leyendo las tarjetas de pésame de los visitantes; a algunos de ellos los apreciaba, pero en su mayoría le eran indiferentes, a unos cuantos los detestaba para sus adentros, y a muchos no los conocía ni de oídas. Si bien Elizabeth agradecía la compañía de su hermana, que solo había regresado a casa unas cuantas veces desde su boda seis años antes, la necesidad de huir, de llenarse los pulmones de aire salitroso y sentir la brisa en la piel, había llegado a hacerse insoportable. Razón por la que, al verse inesperadamente sola aquella tarde, se había encaminado hacia las cuadras.

Durante el mes anterior a la muerte de su padre, Elizabeth se había mostrado reacia a ausentarse de la casa mucho tiempo, y solo se atrevía a salir brevemente al jardín en busca de hierbas para preparar cataplasmas con las que aliviarle el sufrimiento. Visitaba una y otra vez la cocina, para fastidio de la cocinera, para supervisar la elaboración de gelatina de pezuña de ternera, con la que pretendía convencer a su padre de que comiera algo nutritivo. Una vez tomó el carruaje y se fue a Padstow, a la botica nueva, aferrada a la receta de una panacea en la que su bisabuela tenía una fe ciega, y que había curado a Georgiana de una dolencia cuando era niña.

El médico había hecho su visita diaria para sangrar a su padre mediante sanguijuelas hasta que este se recostaba en su almohada, con el rostro pálido, agitado por una horrible tos, el pañuelo empapado de sangre escarlata. Pero de nada sirvió. Su padre tenía tuberculosis, y las esperanzas de que se restableciera eran escasas.

A Elizabeth le costaba conciliar la imagen de ese ser desvalido, pálido y débil con la del padre que había conocido y amado, un hombre fuerte como un toro, pero tierno como un cordero con Georgiana y con ella. Un hombre que buscaba la aventura; un coleccionista de plantas que viajaba por todo el mundo y regresaba no solo con especímenes exóticos y poco comunes, sino también con relatos increíbles de tierras y pueblos extraños. Su hermana y ella escuchaban asombradas, con los ojos abiertos de par en par, sus historias sobre ciudades antiquísimas y barcos en forma de media luna. Le rogaban que les hablara de las mujeres de ojos almendrados y piel oscura, los encantadores de serpientes, los sanadores místicos, los santones y los ladrones. Él las fascinaba contándoles que había cabalgado a lomos de elefantes majestuosos en el Himalaya, que había visto alcatraces que apestaban a pescado salado y que había probado frutas jugosas, más dulces que un beso. Y les hacía cosquillas mientras les hablaba de serpientes sibilantes que al erguirse eran tan altas como un hombre y de arañas de patas peludas más grandes que platos. Puede que se ausentara durante meses, pero cuando estaba en casa, disfrutaba con la compañía de sus hijas y, muy pendiente de ellas, hacía lo posible por compensar la ausencia de una madre.

Resbalando con sus botas por las rocas lisas a causa de las fuertes mareas del Atlántico, Elizabeth había llegado al suelo más seguro de la orilla, una franja de fina arena dorada que bordeaba la cala. Estaba casi segura de que en esa playa agreste nadie la molestaría; eran pocos, si es que había alguien, los que recorrían el camino por el que ella había cabalgado para llegar hasta allí. Tras echar una atenta mirada para cerciorarse de que nadie la veía, se sentó en una rama arrastrada a tierra por el mar y empezó a desvestirse, comenzando por las botas nuevas. No era el mejor calzado para montar, pero tal era su impaciencia por escapar de la sofocante casa que apenas se había detenido a pensarlo. Se vio obligada a forcejear con los botones del vestido como le

había pasado antes con los de las botas, pero, después de unas cuantas contorsiones, consiguió desabrocharse los superiores y desprenderse del vestido por los hombros. Desató los lazos del corsé y se lo aflojó hasta poder librarse de la opresión. De niña, en esa playa, se había despojado muchas veces de todo salvo la ropa interior, pero nunca desde que era mujer, y sintió una poderosa emoción ante un placer tan ilícito y osado.

A Elizabeth le interesaban tanto los corsés como los convencionalismos, pero no tenía más remedio que acatarlos, pese a haber leído en *The Times* sobre la existencia de la Sociedad del Vestido Racional y haber aplaudido para sí sus esfuerzos en las grandes ciudades. «¡Ojalá las mujeres no tuviéramos que vivir tan oprimidas por nuestras prendas!», se había quejado ante mademoiselle Violette. «Da las gracias de que ahora el corsé se lleve tan poco ajustado», había respondido su institutriz, impertérrita.

Finalmente se quedó en camisola y pololos. El aire impregnado de salitre la refrescó y estimuló al traspasar el fino algodón. Estiró los brazos y vio en su hombro la mancha en forma de mariposa. «Café au lait», la describía mademoiselle Violette. Para Elizabeth era un recordatorio permanente de su madre, que tenía una igual en el mismo sitio; la había visto en el retrato que había colgado en el salón de mañana.

Se sintió peligrosamente libre, como no se sentía desde que, en su infancia, deambulaba con su padre por la orilla en busca de conchas y cangrejos, de diminutos langostinos translúcidos y algas con ampollas que reventar. De pie al borde del mar sibilante y espumoso, sintió que la corriente tiraba de los dedos de sus pies, atrayéndola. Se adentró en el agua, que formaba en torno a sus tobillos desnudos una espuma que parecía encaje. A lo lejos era más oscuro, de color añil, y amenazador, y por las cabrillas se adivinaba el fuerte viento que soplaba mar adentro, pero allí, en la cala protegida, en esa bochornosa tarde veraniega, el agua era clara como la ginebra. Elizabeth ahogó una exclamación al llegarle el frío a las rodillas, pero siguió avanzando sin amilanarse. Cuando se sumergió hasta el pecho y la tela de la camisola se arremolinó alrededor de su cuerpo, la impresión causada por el agua helada la obligó a expulsar el aire de los pulmones, y perdió la sensibilidad en las piernas. Ya no se sentía los dedos doloridos e hinchados de los pies. Con la barbilla al frente en un gesto de determinación, siguió adelante hasta que sus pies se separaron de la tierra firme y flotó suspendida en el gélido abrazo del océano.

Se tendió en el agua, alzó el rostro al cielo y, al cerrar los ojos, lo vio todo rojo por efecto del sol cálido a través de los párpados.

Por primera vez desde la muerte de su padre se sentía verdaderamente viva.

Cornualles, 1886

—¿Dónde demonios te habías metido? —quiso saber Georgiana cuando Elizabeth entró sigilosamente en la casa por la puerta del servicio en dirección a la escalera. Había pasado en la pequeña cala mucho más tiempo del que pretendía, porque se había quedado secándose en la playa, abstraída en sus pensamientos, mientras buscaba la mejor manera de convencer a Georgiana y Robert para que accedieran a su plan; el que su padre le había encomendado.

Se preguntaba si contemplarían la posibilidad de instalarse en Trebithick Hall. No se hacía muchas ilusiones; suponía que seguramente optarían por el ambiente más cosmopolita de Plymouth, porque la verdad era que en aquel rincón perdido de Cornualles no abundaba la vida social.

A su padre nunca le había interesado mucho recibir invitados, ya que, cuando estaba en casa, prefería disfrutar de la compañía plácida de sus hijas y alguna que otra visita de científicos o exploradores. Corrían historias de grandes bailes y fiestas en la mansión, a las que asistía gente de lugares tan lejanos como Londres, pero eso había sido en vida de su madre, Augusta. Su alegre presencia se había propagado por todos los rincones de la casa, llenándola de risas y canciones y música, según le había contado Georgiana. Su hermana, cuatro años mayor, guardaba valiosos recuerdos de aquella época, y en años posteriores, por las noches, solía susurrarle historias cuando estaban acostadas en su cuarto; relatos de una casa llena de flores, de músicos de rostro circunspecto que tocaban en el gran salón y de damas que se deslizaban al son de la música envueltas en remolinos de seda de vivos colores.

Elizabeth no tenía más que unos días de vida cuando su madre murió, y a partir de aquel momento cesaron las fiestas. Su padre emprendió viajes cada vez más largos a tierras remotas, dejándolas a cargo de mademoiselle Violette, y siempre regresaba con plantas que guardaba en su vasculum —una caja metálica que llevaba colgada al hombro—, cuidadosamente insertadas entre

láminas de papel, o mantenidas vivas en la cubierta en una caja de Ward hecha de cristal y zinc, junto con semillas que después atendía con esmero y animaba pacientemente a crecer en esa tierra extraña de Cornualles. Los especímenes que se daban mejor se vendían a coleccionistas por grandes sumas. Existía un mercado bien dispuesto para flores exóticas, y su padre se veía generosamente recompensado por sus viajes, aunque en realidad hubiera elegido esa ocupación más por amor que por dinero.

La reina Victoria se había prendado del fruto de la guayaba chilena, que él había traído de un viaje a la selva valdiviana y que se había adaptado con éxito a Trebithick Hall. Según contaban, la reina adoraba su aroma a fresa y su dulce pulpa, y en temporada, la fruta se enviaba periódicamente en tren a la familia real desde Padstow. La cocinera preparaba una mermelada con la fruta sobrante, que era la preferida de Georgiana.

John Trebithick había inculcado a sus hijas la veneración por todo aquello que crecía, y Elizabeth en particular era una ávida alumna.

En el testamento, su padre había asegurado el bienestar de las dos hermanas, otorgándoles iguales derechos a residir en Trebithick Hall mientras vivieran. En ausencia de parientes varones, la casa y la finca pasarían a manos de Georgiana y Robert. Para Elizabeth fue un alivio que no hubiera ningún pariente lejano varón que la expulsara del hogar de su infancia; así y todo, no estaba muy segura de que aquel fuera su lugar.

Antes de enfermar, John Trebithick había planeado otro viaje, esta vez a América del Sur, y Elizabeth le había pedido insistentemente que le permitiera acompañarlo. «Papá, tú piensa en lo útil que será tener también dibujos de las plantas. Vamos, yo diría que es prácticamente indispensable –había implorado ella–. No seré un estorbo, te lo prometo.»

Durante meses ese había sido su único sueño: dibujar y dejar constancia de las plantas de los países que visitaran, ayudando así a su padre a clasificar y examinar la flora autóctona de Chile y Argentina. Pero él se había negado rotundamente. «Tu lugar está en casa, Elizabeth, querida mía. La naturaleza exótica no es lugar para una dama. He presenciado y soportado cosas ante las que se aterrorizaría un hombre más débil, y no digamos ya una chiquilla como tú.»

Su pasaje, y el de su criado, se habían sacado pocos días antes de que cayera enfermo, y tenía reservadas literas en un barco a vapor que zarpaba de los muelles de Liverpool con destino a Valparaíso, una ciudad portuaria en la costa occidental de Chile. Elizabeth se había resignado a quedarse una vez más en casa, donde perfeccionaría sus dibujos a fuerza de copiar las imágenes de *Ilustraciones botánicas* de William Hooker. «Te conviene practicar continuamente, y no hay nadie mejor de quien aprender», había ordenado su padre, además de realizar bosquejos a partir de modelos reales que crecían en los exuberantes jardines de la finca, y coser cojines para los reclinatorios de la iglesia parroquial con muy mal humor.

Cuando subía de puntillas por la regia escalera, su hermana se la quedó mirando.

–Georgiana, creía que te dolía la cabeza y necesitabas acostarte. ¿Ya estás bien? –preguntó Elizabeth antes de que su hermana pudiera interrogarla sobre su aspecto desaliñado. Había conseguido volver a montarse en *Achilles* arrastrándolo hasta una cerca próxima y había regresado a las cuadras sin contratiempos, pero no había logrado recuperar su sombrero, de modo que se le había deshecho el moño alto, y su larga melena del color del maíz dorado caía ahora sobre sus hombros en greñas húmedas. Había hecho buen día, así que no podía echar la culpa a un repentino aguacero.

–Ya estoy bien, gracias, hermana, pero eso no explica dónde has estado. Llevamos horas buscándote. Bingley ha dicho que creía que andabas por el jardín, pero he buscado por todas partes y no había ni rastro de ti.

–Pero sí estaba en el jardín –aseguró Elizabeth, dando gracias por la suposición del mayordomo. No podía decirse exactamente que mintiera; al fin y al cabo, había cruzado el jardín de camino a las cuadras–. He salido a dar un paseo. Será que no nos hemos cruzado. Y ahora, si me disculpas, tengo que ir a prepararme para la cena. No quiero llegar tarde.

Elizabeth corrió escalera arriba sin dar ocasión a su hermana de fijarse en la arena adherida al dobladillo de su vestido.

–Sabes que no conviene salir sin sombrero, querida. Se te estropeará el cutis, ¿y qué será de ti? –dijo Georgiana alzando la voz a sus espaldas.

Elizabeth hizo caso omiso de las preocupaciones de su hermana. Le

importaba un camino conservar o no su tez de porcelana. En realidad, de niñas las dos habían pasado mucho tiempo al aire libre en los largos veranos de Cornualles, sin que su padre reparara en la necesidad de proteger del sol los claros rostros de sus hijas, y ahora Elizabeth presentaba un revelador salpicón de pecas de color café en su perfecta nariz respingona.

¿Acaso lo habría olvidado su hermana? Daba la impresión de que desde su compromiso y posterior matrimonio con Robert Deverell —«el hombre más apuesto de todo Cornualles», había afirmado Georgiana con la respiración entrecortada nada más presentárselo—, había experimentado un «volte-face», como habría dicho su institutriz francesa. Su hermana ya no era su compañera despreocupada. Georgiana se había convertido en un modelo de respetabilidad; y a decir verdad iba rápidamente camino de ser también un modelo de presunción, pensó Elizabeth, enojada.

Acababa de entrar en su dormitorio cuando llamaron a la puerta. Reconoció de inmediato el suave golpeteo.

—Pasa, por favor —dijo—. ¡Voy a llegar tardísimo!

—¡Ay, señorita! —La doncella de Elizabeth contempló con pesar las manchas de humedad en la tela de su vestido.

—Ya lo sé, pero no tiene sentido preocuparse por un ridículo vestido, ¿verdad que no, Daisy? —repuso Elizabeth, molesta tras haberse visto sorprendida por Georgiana—. Además, seguro que puede arreglarse. Sin duda la señora Pascoe tendrá un remedio y pronto quedará como nuevo.

—¿Ha salido a montar? —preguntó Daisy.

—Sí, he llevado a *Achilles* hasta Lady Luck Cove.

Daisy ahogó una exclamación.

—¿*Achilles*?

Elizabeth desplegó una amplia sonrisa.

—Monto casi tan bien como tú, Daisy.

Hasta que entró a servir en Trebithick Hall, Daisy se había criado en una granja de la finca y montaba a pelo por los campos y las playas de Cornualles que bordeaban sus tierras. Elizabeth, que a veces de niña cabalgaba con ella, sabía que Daisy era mucho mejor amazona que ella.

—Si usted lo dice, señorita, pero ¿*Achilles*? ¿No le ha dado miedo? Es un

animal poderoso.

–Un poco –admitió Elizabeth quitándole importancia–. Pero ha valido la pena.

–Es usted más valiente que yo, señorita –dijo Daisy mientras empezaba a desabrocharle los botones de la espalda–. Me parece que también podré arreglarle el pelo si me da un minuto.

–Solo estarán Georgiana y Robert –se quejó Elizabeth–. Pero supongo que habrá que hacerlo, por guardar las apariencias. –Miró a Daisy con cara de resignación–. A saber por qué tenemos que pasar por esta farsa absurda de vestirnos para la cena. Tampoco es que últimamente ninguno de los tres tengamos mucho apetito. La verdad, no sé por qué me preocupa tanto la puntualidad; no puede decirse que tenga mucha importancia, ¿no? –preguntó, y exhaló un profundo suspiro–. ¿Acaso hay algo que todavía la tenga?

–Ay, señorita –dijo Daisy para tranquilizarla–. Qué triste. Todos lamentamos la pérdida del señor Trebithick, pero a usted debe de afectarle más que a nadie.

–Pues sí, Daisy. No te imaginas cuánto –se lamentó Elizabeth.

La joven doncella se daba trazas en lo suyo, y poco después Elizabeth lucía un vestido negro nuevo con un corpiño guarnecido de abundante encaje. Le había cepillado los desgreñados bucles y se los había recogido en un sencillo moño en la nuca. Además, le había colgado al cuello un sobrio collar de azabache. Una vez más Elizabeth parecía una joven respetable de buena familia más que una chica rebozada de arena.

–Gracias, Daisy –dijo Elizabeth cuando la doncella terminó–. No sé qué haría sin ti.

Sonó la campana que anunciaba la cena y su vibrante tañido reverberó por los pasillos de la casa. La doncella hizo una reverencia y salió de la habitación.

Cuando Elizabeth entró en el salón, se vio en el espejo que estaba colgado encima de la repisa de la chimenea. Tenía color en las mejillas por el sol de la tarde y sus ojos azules le devolvieron la mirada con un destello desafiante. Estaba sonrojada por la euforia de su decisión, a la que le había dado vueltas durante semanas, y a la que por fin había llegado en la cala mientras flotaba en

el agua gélida. Era una decisión tan audaz que se sentía como si le hubiesen clavado un puñal en el vientre.

Después de semanas de apatía, se había apoderado de ella una intensa energía y estaba dispuesta a agarrar su destino con ambas manos. Lo único que debía hacer era convencer a su hermana de su plan. Y no amilanarse.

Sídney, otoño de 2017

—Puedes alquilarla por Airbnb —sugirió Vanessa con una expresión resueltamente servicial en el rostro.

Anna había aceptado encantada la invitación de su hermana a cenar ese viernes por la noche; no podía decirse que hubiese estado rechazando compromisos sociales más atractivos, y apreciaba a las bulliciosas fieras de Vanessa. Anna sentía especial afecto por su sobrina menor, Fleur, quien, con su nariz respingona, sus encantadores hoyuelos y la cara en forma de corazón, parecía salida de una época más delicada, aunque poseía una actitud apasionadamente moderna. Sin embargo, de un tiempo a esa parte, Anna había observado que Ivy, la mayor —de trece años recién cumplidos—, había empezado a hablar en una jerga extraña, cosa del todo inexplicable dado que estudiaba en un colegio privado de North Shore. Anna nunca sabía bien qué decir cuando soltaba «¿Cómo va eso, colega?» o «Mola mazo», acompañado de un golpe de puño. Vanessa se limitaba a cabecear y encoger los hombros. Jasmine, la mediana, era la más tranquila del trío, y por lo general prefería la compañía de los libros a la de las personas. Rubias y piernilargas, todas crecían demasiado deprisa, como plántulas después de un chubasco veraniego.

A Anna le había sorprendido que ni su madre ni su hermana le guardaran resentimiento por la casa. Su madre había insistido en que sus hijas fuesen las únicas herederas, afirmando que ella ya tenía todo lo que necesitaba. Vanessa se había quedado con la cabaña de veraneo en la costa, al sur de Sídney, y con parte de las joyas de su abuela, incluido un anillo de diamantes y esmeraldas del tamaño de una canica, pero no parecía del todo justo que Anna hubiera recibido una parte mucho mejor de la herencia, ya que la casa de Paddington probablemente valdría el doble que la de la costa. Había intentado plantearle el tema a su hermana, pero Vanessa la había obligado a callar.

—Anna, si alguien la merece, eres tú —había dicho Vanessa—. Además, fuiste tú quien más tiempo pasó a su lado, sobre todo al final.

–Pero tú tenías que cuidar de tu propia familia, y mamá... Bueno, yo era la que estaba más cerca –había insistido Anna.

–Da igual. Ese fue el deseo de la abuela, y no hay más que hablar. Lo último que quiero es discutir contigo por dinero.

Harvey, el marido de Vanessa, no se había tomado la noticia igual de bien, de eso Anna estaba segura. Lo percibía en las pequeñas pullas que le lanzaba, señalando lo afortunada que era, la suerte que había tenido. Anna no consideraba que aquello fuera suerte o fortuna en modo alguno; habría preferido mil veces que la abuela Gus estuviera aún con ellos, viva y arremetiendo contra cualquiera que se atravesara a contrariarla.

–¿En el estado en que está la casa? –preguntó Anna, poniendo en duda la sugerencia de Vanessa con respecto a Airbnb–. Ya, claro.

–Bueno, obviamente necesitará reformas. Pero nada que no pueda resolver una mano de pintura y un parqué recién barnizado –dijo Vanesa–. Tiene mucha personalidad. Y está en una zona muy céntrica.

–¡Y no nos olvidemos de todo lo demás! –farfulló Harvey desde detrás del periódico–. Mmm, la última moda en los años cincuenta. Ese baño habría gustado mucho en aquel entonces. Por no hablar de que la casa necesita una cocina aceptable. El fogón por sí solo es ya un lastre.

–En fin, supongo que tienes razón –coincidió Vanessa. Cruzó los brazos ante el rótulo de su camiseta, «Namaste in bed», de modo que solo se veía la palabra «Namaste», y se echó la coleta rubia, tan parecida a la de Anna, por encima del hombro–. No me explico cómo podía cocinar allí sin carbonizarlo todo.

Anna contempló la nívea cocina de Vanessa, las encimeras de mármol y los azulejos, los profundos cajones y la despensa, todo blanco. Ciertamente era un caos, pringosa a causa de los detritos de la vida familiar, pero, aparte de las bolsas vacías de patatas fritas y los cartones de leche sin tapón a medio beber, era un hermoso espacio. Su hermana siempre había tenido mucho estilo.

–Mmm –musitó Anna con actitud evasiva. Toda crítica a su abuela, por leve que fuese, la incomodaba.

–¿Sabíais que en China –preguntó Harvey, apartando la mirada del periódico– a las mujeres solteras de más de veintisiete años las llaman *sheng un*, «mujeres sobrantes»? Uf... ¿Qué os parece eso?

Anna tomó un sorbo de vino de la copa que Vanessa acababa de entregarle y procuró no darse por aludida.

–¿Qué vas a hacer? –añadió Harvey. Se frotó la coronilla de la calva prematura y la miró por encima de las gafas de lectura.

–¿Con lo de ser soltera teniendo más de veintisiete años o con la casa? –repuso ella, crispada. Con el paso del tiempo se había habituado a la falta de tacto de Harvey, pero en ese momento se mostraba aún más desconsiderado que de costumbre. No tenía pensado mencionar la caja y el cuaderno que los albañiles habían descubierto, al menos hasta que averiguara algo más, pero entonces decidió, además, que prefería no hablar del asunto en su presencia.

–No seas tan susceptible. Me refería a la casa. Sé que no tomas decisiones precipitadas, Anna, pero ya ha pasado un tiempo.

–Pues no voy a venderla, si es eso lo que estás pensando.

Harvey plegó el periódico y lo arrojó descuidadamente en la encimera de la cocina.

–Tranquila, nadie te está presionando.

–En todo caso, tampoco tengo ninguna necesidad de tomar una decisión de inmediato.

–¡Dios nos libre! –exclamó Vanessa, y alzó la vista al techo.

Anna se permitió esbozar una sonrisa. Ella siempre había sido la más cauta de las dos. Había tardado dos meses en decidir si ir o no a la universidad –a estudiar Botánica, después de mucho pensarlo– y tres en elegir su primer coche. Se había marchado de casa hacía dos años y medio, pero solo después de que Vanessa la obligara a sentarse y escuchar que si no se andaba con cuidado, seguiría viviendo con su madre y los gatos a los cuarenta años, y no podía aislarse del mundo eternamente. A regañadientes, había aceptado el razonamiento de su hermana, incluso su madre la animó a instalarse en su propia casa. «No es que no me guste tenerte aquí, cariño –le había asegurado–. Pero quizá ha llegado el momento de que busques algo...»

Vanessa se subió los pantalones de chándal que llevaba puestos («Estoy tumbada en el sofá con mi ropa de deporte –había dicho entre carcajadas por teléfono la noche anterior al llamarla para invitarla a cenar–, con un vaso en la mano en lugar de acelerar mi ritmo cardíaco.») y abrió la nevera.

–Supongo que mejor será que alimente a las hordas hambrientas. ¿Te apetece pasta?

Afortunadamente, la pregunta sobre cuáles eran los planes de Anna con la casa había quedado desbancada por las necesidades de tres personas en edad de crecimiento con un apetito voraz, y Vanessa no siguió interrogándola. Ella

no quería explicar a su hermana cuál era exactamente su propósito. No quería que, mandona como era, se anticipara a sus decisiones y se adueñara de todo el proyecto, cosa que Vanessa muy probablemente haría, con la mayor amabilidad posible, por supuesto. Anna se la imaginaba diciendo: «Déjalo en mis manos, yo sé qué hay que hacer exactamente». La verdad era que sí lo sabía, pero Anna, por una vez, deseaba hacer algo por su cuenta, aunque implicara cometer errores.

Cornualles, 1886

Una tarde, más o menos una semana antes de su muerte, el padre de Elizabeth la emplazó junto a su lecho. Al entrar precipitadamente en la habitación del enfermo, lo miró con arrugas de preocupación en la frente, normalmente tersa. John Trebithick siempre había sido robusto, pero el hombre que yacía ante ella era ya un espectro. Elizabeth procuró disimular su consternación al acercarse para estrecharle la mano entre las suyas. Sintió en respuesta una leve presión, y su padre abrió los ojos y fijó la mirada en ella.

–Lizzie –susurró.

–Calla, papá, ahorra fuerzas. Te basta con saber que estoy aquí, rezando por tu recuperación.

Él quitó importancia a sus inquietudes con un gesto.

–Siéntate –musitó con voz ronca–. Siéntate. Debo hablarte de un asunto de la mayor importancia.

Elizabeth, obediente, acercó una silla a la cabecera de la cama.

–Lizzie, mi querida hija. Debo afrontar el hecho de que quizá no me recupere.

Elizabeth desvió la mirada, obligándose a contener las lágrimas.

–Necesito que seas fuerte.

Asintiendo, ella se llevó un pañuelo a los ojos enrojecidos.

–Hay cierto hombre, un tal Chegwidden. Es un bellaco, el mayor sinvergüenza que ha pisado este mundo. Me cuesta creer que haya nacido en Cornualles; no merece ese honor. Me acosa desde hace tiempo, siempre pisándome los talones, intentando aventajarme en mis hallazgos. De hecho... salí mal parado en uno de mis encuentros con él –dijo, señalándose la manga del camión–. Coincidimos en los montes del Himalaya, los dos en busca de una magnolia en particular. Me apuñaló, aquí. –Su padre torció el brazo y le enseñó la fina cicatriz–. Me dio de refilón, y por suerte pude escapar antes de que me infligiera un daño mayor, pero sin duda es prueba de su crueldad. Ha

dado a entender que quiere que se lo reconozca como el mayor buscador de plantas de toda Inglaterra.

»Me acabo de enterar por unos amigos de que ha estado buscando la planta más mortífera jamás vista. Según dicen, cree que con ella amasará fortuna y no se detendrá ante nada para cumplir su propósito.

Su padre cerró los ojos, agotado por el esfuerzo de hablar. Elizabeth, asombrada, aguardó mientras él reunía fuerzas; nunca antes, cuando entretenía a sus hijas con las historias fantásticas de sus aventuras, había mencionado los peligros que había afrontado.

Abrió otra vez los ojos y dijo:

–Mi próxima expedición... El objetivo no es solo traer muestras para Messrs Greaves e Hijos, y para nuestro magnífico jardín. Hay otra finalidad: localizar esa planta. Es temida y venerada por ser la más venenosa del mundo: ingerida en su forma natural causa una muerte segura, tras una larga y atroz agonía, que nadie le desearía ni a su peor enemigo.

Elizabeth abrió mucho los ojos en una expresión de horror ante la sola idea de que existiera una planta así.

–Si es tan destructiva, ¿por qué quieres traer algo así a Inglaterra? –preguntó ella alzando la voz.

–Porque sé de fuentes fidedignas que también contiene una de las sustancias curativas más poderosas conocidas por el hombre; en las manos adecuadas, sanaría casi cualquier enfermedad que puedas imaginar.

Extenuado, guardó silencio y Elizabeth humedeció un paño en una palangana de agua fría situada en la mesilla de noche y se lo pasó con delicadeza por la piel cérea. Al cabo de unos instantes, él siguió hablando.

–El señor Chegwidden se ha propuesto encontrarla y traerla a Inglaterra para venderla al mejor postor. Y habrá muchos que deseen echarle mano con la esperanza de enriquecerse. No puedo consentir que ese hombre se apodere de semejante trofeo. Mi deseo era llegar allí antes que él y traerla para que la estudiaran nuestros mejores científicos. Dicen que incluso puede resucitar a los muertos. Imagina lo que eso significaría... –Se interrumpió y, tapándose la boca con el pañuelo, tosió.

–Dios mío –exclamó Elizabeth, desazonada tanto por las palabras de su padre como por el evidente esfuerzo que le costaba pronunciarlas.

–Querida mía, he decidido que eres la única capaz de proseguir mi labor –dijo con voz ahogada, casi sin aliento por el esfuerzo de hablar–. Aunque eres

solo una mujer, en estas últimas semanas he visto en ti una fuerza y una determinación que me han convencido. Posees más valor que la mayoría de los hombres que he conocido. Ojalá no tuviera que pedirte esto, Lizzie, pero no puedo confiar en nadie más. No obstante, debo advertirte que probablemente será una misión peligrosa.

De nuevo se hundió en la almohada y después, con un hilo de voz, le contó todo lo que sabía sobre esa planta rara y misteriosa.

–Los lugareños apenas hablan de ella, de tan temible como es. Han intentado destruirla, sobre todo mediante el fuego, o eso me han dicho. Se rumorea que crece en los valles alpinos, en algún lugar entre Valparaíso y Santiago. La reconocerás por su olor, ya que es tan dulce como el canto de una sirena; y sus flores, que brotan solo rara vez, son la mayor delicia del mundo para la vista.

Elizabeth mantuvo una expresión neutra mientras los pensamientos se acumulaban en su mente. ¿De verdad estaba él confiándole un cometido tan arriesgado cuando solo unas semanas antes se había opuesto rotundamente a que ella lo acompañara en ese viaje?

–¿Tiene un nombre? –preguntó ella, cautivada por aquella fantástica historia.

–En Chile la llaman trompeta del diablo.

–Trompeta del diablo –repitió Elizabeth, y tuvo la sensación de estar pronunciando una maldición. Pese a la agradable temperatura de la habitación, al oír ese nombre, se le erizó el vello de los brazos.

Su padre suspiró.

–Ojalá hubiera tenido un hijo a quien encomendar esta misión. Pero ¿me prometes que la buscarás por mí? Es una empresa audaz y peligrosa, en especial para una joven, y no es algo que te pida a la ligera. En mis cuadernos encontrarás toda la información que he logrado reunir. Nadie debe saberlo. Si los chilenos lo averiguaran, muy probablemente te expulsarían del país, o algo peor. Hacen ver que esa planta no existe, sobre todo de cara a los extranjeros. Esconden su poder como amantes celosos. Pero si viajas haciéndote pasar por artista, difícilmente despertarás sospechas. Con toda seguridad –añadió, casi como si acabara de ocurrírsele–, el hecho mismo de ser mujer acaso sea una ventaja. Nadie sospechará que una mujer tenga la osadía de acometer semejante tarea. Por encima de todo, debes guardarlo en secreto; nadie ha de saberlo, ni siquiera tu hermana.

—¡Pero, papá! —exclamó Elizabeth, abrumada por semejante petición.

Su padre alzó una mano para acallar sus protestas.

—También debo advertirte de que debes andar con mucho cuidado si te encuentras con el señor Chegwidde, y casi seguro que así será, porque allí la compañía es limitada. Con sus encantos, es capaz de lograr que una serpiente se despoje de su piel, pero tiene los escrúpulos del mismísimo demonio. No le des una sola razón para sospechar de ti, o temerás por tu vida.

—Pero sin duda te restablecerás a tiempo de emprender ese viaje, ¿verdad que sí? —inquirió ella, conociendo la respuesta aun antes de plantear la pregunta.

Él la miró con honda tristeza en los ojos, y Elizabeth vio algo más, algo que le partió el corazón.

—¡No! —exclamó—. ¡No debes rendirte! ¡Te pondrás bien! Ya lo verás. ¡Tienes que ponerte bien!

—Elizabeth, querida mía —contestó su padre—. Sé que no me queda mucho tiempo en este mundo. Ahora júrame que lo harás.

Elizabeth respiró hondo para recobrar la compostura.

—Por supuesto, papá. Te lo juro solemnemente.

No le quedó más remedio que hacer la promesa, aunque en ese momento dudaba mucho de que fuera a tener el valor necesario para cumplirla. Viajar al extranjero con la protección de su padre era una cosa; recorrer medio mundo sola era otra muy distinta, y más en un viaje tan arriesgado.

Por tanto, no fue de extrañar que en las semanas posteriores a la muerte de su padre apenas pudiera pensar en otra cosa que en la peligrosa misión que él le había confiado.

—¡No pienso ser un pájaro enjaulado! —protestó Elizabeth durante la cena, sentados ella, su hermana y su cuñado a un extremo de la enorme mesa de caoba. Cada uno tenía tres tipos distintos de copas de cristal y un despliegue de cubiertos, como siempre se había hecho en vida de su padre. Tres finas velas de cera ardían en un recargado candelabro, proyectando una luz vacilante sobre sus rostros.

Elizabeth, alzando una vez más la barbilla en actitud de obstinado desafío, dejó la cuchara y lanzó una mirada colérica a Robert. Les habían servido el

postre, un dulce a base de moras, jerez y nata, pero no le supo mejor que si fuera ceniza.

—Los pasajes ya están reservados y no se pueden cancelar. Y ya sabéis lo mucho que papá detestaba cualquier clase de derroche. Debo proseguir su labor. Iré en su lugar. —Era vital que Georgiana y Robert no se opusieran a su plan.

—Me parece que no lo has pensado bien, querida hermana —dijo Georgiana con una amable y leve sonrisa de perplejidad—. ¿Una dama aventurándose a viajar sola a un país extranjero? Eso no está bien visto, ni es seguro. He oído hablar de mujeres viajeras a las que han matado a tiros, o cosas peores. —Se estremeció en actitud teatral—. Papá, que en paz descanse, nunca lo habría consentido.

A Elizabeth le causaba malestar no poder decirle a su hermana que era su padre quien había propuesto ese viaje como última voluntad en su lecho de muerte, pero tuvo que dejar de lado esas preocupaciones. Había jurado no decirlo, ni siquiera a su familia; ni una sola palabra de su verdadera misión debía darse a conocer hasta su regreso sana y salva.

—¡No digas tonterías! —repuso con sorna y jactancia—. En el barco no correré ningún riesgo, y en cuanto desembarque, irá alguien a recibirme. Tengo las cartas de presentación. Todo saldrá bien.

—Pero, pero... —farfulló Georgiana—. ¿Por qué has de ser tan tuya?

—¡Tan tozuda! —intervino Robert—. Esto no acabará bien, recuerda lo que te digo.

—Es poco probable que me case, eso es obvio, y a decir verdad no tengo el menor deseo de estar al servicio de ningún hombre —dijo Elizabeth.

Su hermana quedó desconcertada ante esas palabras. Era la primera vez que se hacía alusión abiertamente al delicado tema de las perspectivas matrimoniales de Elizabeth, ya que a los veinticinco años bien podía considerársela una solterona.

—Y como sin duda comprenderás, debo buscar algo que hacer en este mundo aparte de castigar con mis deplorables labores a la parroquia del pueblo y dibujar todas las flores del jardín —añadió Elizabeth, moderando el tono. Deseaba el apoyo de su hermana, y era necesario obrar con tacto, aunque esa no fuera una de sus cualidades.

—No puedes viajar sola, y no hay más que hablar —atajó Robert.

Elizabeth deseó fulminarlo con la mirada, pero se contuvo.

–Por supuesto, tienes toda la razón, querido Robert. Me acompañará Daisy.
–Lo afirmó con plena convicción, sin plantearse siquiera la necesidad de consultar con Daisy antes de embarcarla en semejante viaje.

Sídney, otoño de 2017

La sala se hallaba casi totalmente a oscuras, y los únicos colores procedían de una serie de formas dispersas, fosforescentes e irregulares. Las notas graves de un bajo reverberaban en el espacio, y el monitor, para captar la atención de la clase, se veía obligado a levantar la voz por encima del vibrante sonido de la música. El sudor perlaba la frente de Anna. Sus piernas, al igual que las de todos los demás, se veían como un borrón a causa del desenfrenado pedaleo, en el esfuerzo de seguir el ritmo implacable del electropop. Sumida en el sonido, respiraba con dificultad y el corazón le latía con fuerza.

Iba a esa clase de *spinning* todos los sábados desde hacía seis años; solo faltaba a una sesión si, por motivo de una enfermedad, no era capaz de levantarse de la cama, y podía contar con los dedos de la mano el número de veces que eso había sucedido.

Siempre llegaba antes de la hora, para asegurarse su sitio preferido –al fondo, junto a la puerta–, cuidadosamente elegido en previsión de una rápida huida. Nunca se quedaba a charlar, no había llegado a tener trato con ninguno de los asiduos, y en cualquier caso nadie iba desde hacía tanto tiempo como ella. Con los años habían ido cambiando los monitores, unos mejores que otros, aunque a ella poco le importaba quién diera la clase. A Anna le bastaba con abstraerse en la oscuridad y el sonido. Si alguna vez alguien se daba cuenta de que el sudor que chorreaba por su cara y caía en la toalla estaba mezclado con lágrimas, tenía el tacto de no comentarlo. Era más barato que la psicoterapia y, al mismo tiempo, se flagelaba.

El gimnasio quedaba cerca de la casa de su madre –había empezado a ir allí cuando aún vivía con ella–, y después de mudarse no había querido cambiar, a pesar de que representaba un viaje en coche de cuarenta minutos desde su apartamento.

Había cruzado mensajes con su madre el día anterior y había quedado con

ella más tarde esa mañana. «Claro, cariño. —La voz de Eleanor traslució un tono de preocupación—. No pasa nada malo, espero.» Anna no solía llamar sin más ni más para proponer ir a tomar un café, aunque visitara el barrio todos los fines de semana; Eleanor estaba siempre en yoga o en clases de español, y más recientemente de arte, así que tendían a ponerse al corriente de sus cosas durante las cenas en casa de Vanessa, donde el tumulto de las niñas impedía cualquier conversación que no fuera superficial.

El volumen de la música subió y el monitor llevó a los asistentes a un estado de frenesí, jaleándolos para que se entregaran al máximo, asegurándoles que ese era el esfuerzo mínimo si querían notar verdaderos cambios. Una vez más, las lágrimas brotaron de los ojos de Anna y se confundieron con el sudor salado que resbalaba hasta sus labios. No sabía muy bien por quién lloraba —la abuela Gus, Simon, ella..., posiblemente por los tres—, pero sus piernas, en una respuesta condicionada, cumplían obedientemente las exigencias del monitor y pedaleaban cada vez más deprisa, sin ir a ninguna parte.

Para cuando llegó a la cafetería, Anna había hecho lo posible por enjugarse el sudor del ejercicio, pero el cabello se le adhería aún a la frente en húmedos mechones de pelo rubio rojizo.

—Ah, hola, cariño. ¡Dios mío, qué guapa estás! ¡Se te ve radiante!

Eleanor se acercó con andar brioso a Anna, sentada a una mesa en la terraza, y apoyó una mano en su hombro.

Anna alzó la vista al cielo. Solo una madre podía ver hermosa a una hija a pesar de las greñas, la cara roja como un tomate y los ojos sospechosamente hinchados. En sus adentros, se sintió molesta y reconfortada en igual medida por recibir tanto amor incondicional.

—Qué mallas tan bonitas.

Anna bajó la vista en dirección a las mallas de licra con espirales moradas y verdes que le cubrían las piernas. Era una prenda un tanto estridente, impropia de ella, pero se la había dado Vanessa y debía reconocer que era muy cómoda.

—¿Café, señoras?

Anna agradeció la interrupción, que sirvió para que su madre dejara de

escrutarle el rostro y centrara la atención en la carta que la camarera había plantado ante sus narices.

–¿O van a desayunar?

–Solo café, gracias. Con leche. Anna, ¿has pedido?

–Yo también quiero un café, por favor. Con leche, largo de café. –Forzó una sonrisa para la camarera, que retiró las cartas y se marchó a por la comanda.

–En fin, qué agradable sorpresa. ¿Cómo van las cosas? –preguntó su madre con cauta despreocupación—. Debes de andar con mucho trabajo. Ya sabes, es otoño. Con todas esas hojas que recoger. –Soltó una carcajada, como si fuera consciente de la banalidad de sus palabras.

Anna asintió.

–Hay mucho trabajo atrasado, desde luego. –Respiró hondo. No más trivialidades—. Verás, mamá, hacía tiempo que quería decírtelo. He empezado a hacer reformas en casa de la abuela.

–¿En tu casa nueva, querrás decir? –corrigió su madre.

–Bueno, creo que tardaré mucho tiempo en considerarla mi casa, si es que ese día llega. ¿No te parece que es más bien tuya? Al fin y al cabo, te criaste allí.

–Sí, un poco sí, supongo –admitió su madre—. Pero de eso hace muchos años, y he tenido varias casas desde entonces, cariño.

–Bueno, el caso es que me he puesto en contacto con un contratista, el que se ocupó de las obras en casa de Vanessa hace unos años.

–Ah, ¿sí?

–Al menos debería tener una cocina aceptable y modernizar la instalación del agua.

Su madre se echó a reír.

–Me sorprende que esa caldera haya aguantado tantos años. Bien hecho, Anna.

Anna advirtió en los ojos de su madre una expresión fugaz que, habría jurado, era una mezcla de alivio y preocupación.

–¿Necesitas ayuda? No será barato.

–Estoy perfectamente capacitada para esto –contestó ella—. Además, tengo un poco de dinero ahorrado. –Era verdad. Anna no era muy aficionada a los bolsos de diseño y los zapatos nuevos; no le veía sentido a esas cosas. Se pasaba la mayor parte del día en pantalón corto y botas de faena, y en realidad nunca iba a ningún sitio que requiriera un calzado más elegante.

–Claro, cariño, pero ¿puedo ayudarte en algo?

Anna negó con la cabeza, echando la barbilla al frente en un gesto de obstinación.

–No, ya me las arreglo, en serio. Soy muy capaz de ocuparme sola.

–Yo no he insinuado lo contrario –dijo su madre con delicadeza.

Les sirvieron los cafés, y charlaron despreocupadamente sobre un crucero que Eleanor se proponía hacer.

–Imagina, querida. El Rin en verano... –Su madre hizo una pausa, y en el aire, inexpresado, quedó flotando el recuerdo del viaje a Europa que Anna había planeado tiempo atrás. Viaje que nunca emprendió.

–Eso pinta muy bien, mamá –dijo Anna alegremente ante la vacilación de su madre–. Debes ir.

–Mmm, bueno, ya veremos. Vanessa me necesita. Por las niñas. Bien sabe Dios que Harvey es un inútil.

Anna soltó un resoplido.

–Francamente, mamá. ¿Por qué demonios no vas a irte si eso es lo que quieres? Oye, es tu vida. Ya hiciste más que suficiente por nosotras cuando éramos niñas; ahora te toca a ti. Que Vanessa se las arregle sola. Ya se las apañará. Al fin y al cabo, son sus hijas.

–Sí, pero son mis nietas.

–Pero, mamá... –dijo Anna con irritación.

–Ya, ya lo sé. Es solo que ahora tienen tantas actividades... Necesitan ir a muchos sitios, y ella no puede llevarlas a todos, en especial a Fleur cuando le toca *ballet*.

Anna contuvo apenas un gesto de desesperación.

–Tiene siete años. No entiendo por qué ha de bailar ocho horas a la semana.

Su madre se encogió de hombros.

–Vanessa cree que la niña puede llegar a ser la próxima Darcey Bussell.

–Anda ya –masculló Anna con la vista fija en el resto de su café. Quería a su sobrina y admiraba su talento incipiente, pero no podía por menos que preguntarse cuándo había desarrollado su hermana esa aterradora ambición con respecto a su progenie. ¿Por qué no podían ser niñas normales? ¿Por qué depositar en ellas expectativas desmesuradas? –En cualquier caso, no quería quedar contigo solo para hablar de Vanessa y las niñas. Hay algo en lo que tal vez puedas ayudarme. –Tomó un sorbo de café–. Los albañiles encontraron una cosa cuando desmontaban los estantes del salón. Una caja.

–¿Una caja? –repitió su madre con una expresión de perplejidad en el rostro.

–Sí. Una caja metálica grande y pesada con flores, abejas y tréboles grabados. Y la letra «E» en el centro. Estaba muy sucia y, por el aspecto, es antiquísima.

–Vaya, un misterio –observó su madre–. ¡Qué emocionante!

–¿A lo mejor alguien la escondió allí por una cuestión de seguridad y luego se olvidó? –Anna era pragmática–. El caso es que me pregunto si tú recuerdas una caja como esa, de cuando eras pequeña. ¿Recuerdas si la abuela Gus, o incluso el abuelo, tenían un objeto así?

Su madre se quedó inexpresiva.

–No, cariño, diría que no. ¿La has abierto? ¿Qué había dentro?

–Tiene un candado. No quiero estropearla, así que he pensado llevarla hoy a un cerrajero.

–Ah, buena idea. ¿La tienes aquí? La caja, quiero decir. ¿Puedo verla?

–Está en el coche.

Su madre apuró el café con expresión expectante.

–Pues vamos a echarle un vistazo.

Cuando llegaron al coche de Anna, esta abrió la puerta del acompañante. Había envuelto la caja con una toalla vieja, que retiró cuidadosamente antes de apartarse para dejar que su madre la viera.

La noche anterior había limpiado la caja lo mejor que pudo, usando una mezcla de bicarbonato y agua que ella misma había preparado y un viejo cepillo de dientes para acceder a los surcos entre las marcas del grabador. La mugre se había desprendido con sorprendente facilidad.

–Caramba, cariño –exclamó Eleanor en un susurro–. Es muy especial, ¿no?

Anna asintió. Para su asombro, la asaltó un sentimiento de protección y orgullo con respecto a la caja grabada, como si limpiarla y abrillantarla hasta devolverla a la vida le confiriera cierto derecho de propiedad sobre ella.

–Trae, déjame ver el candado. –Sujetándolo con sus finos dedos, musitó–: Mmm. Tengo algo que podría servir. –Revolvió en su bolso y, al encontrar lo que buscaba, lo sostuvo en alto con expresión triunfal para que su hija lo viera.

–¿Una horquilla? ¿En serio, mamá? Has estado leyendo muchas novelas policíacas malas. O sea, probablemente la cerradura esté atascada por el óxido.

–Bueno, nada se pierde por intentarlo, ¿no? Venga, no te rindas tan fácilmente.

Anna arrugó la frente, y Eleanor hizo un esfuerzo por retractarse de su comentario.

–Ay, cielo, ya sabes que lo he dicho sin pensar.

Anna dejó escapar un suspiro.

–Me parece que sería más fácil llevarla a un cerrajero.

–Tonterías. Seguro que esto funciona. Oye, ¿por qué no me dejas intentarlo?

Anna levantó las manos.

–Vale, tú misma.

Eleanor se inclinó con cara de concentración y alzó la caja para acceder al candado. Introdujo la horquilla en el diminuto ojo y la movió a uno y otro lado unas cuantas veces.

–No es tan fácil como parece –reconoció, y tras soltar la caja ruidosamente, se irguió. Echó un vistazo a su reloj—. ¡Dios mío, qué tarde se ha hecho! Tengo que irme. Hoy vienen los de mi club de lectura y todavía tengo que ir a por el vino. Ya sabes cómo les gusta beber. Supongo que no querrás venir. Vamos a hablar de lo último de Liane Moriarty. Será interesante.

Anna no quiso reconocer que no tenía ningún plan para la noche de un sábado, ni que su madre, viuda desde hacía más de veinte años, disfrutara de una vida social más activa que la suya. Negó con la cabeza.

–Gracias, pero después voy a ir al cine, con... Esto, un amigo. –Se le daba muy mal mentir, pero, por lo visto, su madre la creyó, y abrió mucho los ojos al interpretar en la respuesta de Anna más de lo que esta pretendía—. No esa clase de amigo –precisó con un tono destinado a atajar cualquier pregunta.

–De acuerdo, pero llámame cuando llegues a casa, para contarme qué ha pasado, ¿vale? Me muero de curiosidad por saber qué hay ahí dentro.

Anna esbozó una mueca burlona.

–Oye, puede que no sea nada. Solo una caja bonita vacía.

–No digas tonterías, cariño. Con lo que pesa, podría contener varios lingotes de oro, eso seguro.

–Sí, ya –dijo Anna con una mueca a la vez que cerraba la puerta. Solo cuando su madre se hubo marchado, cayó en la cuenta de que se había olvidado de mencionar el cuaderno, que había dejado en la repisa de una ventana en casa de Gus.

Cornualles, 1886

El olor a arenques fritos asaltó a Elizabeth cuando bajó a desayunar. La cuestión de su viaje seguía sin resolverse, y la noche anterior se había acostado indignada ante semejante injusticia. ¡Qué desgracia haber nacido mujer! Si hubiese sido un hombre, el hijo de su padre, nadie habría puesto en duda su intención de realizar un viaje así. De hecho, la habrían animado a emprenderlo. ¿Por qué debía ser distinto solo por algo tan azaroso como ser mujer?

No obstante, perspicaz como era, advertía que tal vez su cuñado deseaba apartarla de allí para disponer de Trebithick Hall solo para él, circunstancia que quizá a ella la beneficiara. En la cena, él había expresado su firme propósito de instalarse allí con Georgiana «y nuestros futuros hijos, Dios mediante» y asumir la gestión de la finca. «Estoy dispuesto a dejar mi bufete en Plymouth», dijo con aire magnánimo, como si los tres miembros de la familia sentados en torno a la mesa no supieran que gestionar Trebithick, la finca, sería más lucrativo que la actividad profesional de un abogado de provincias... siempre y cuando fuera capaz de seguir satisfaciendo la demanda de plantas y prestando cuidadosa atención al negocio, claro. El hecho de que ella no lo conociera tanto como para tener la certeza de que podía ser un hombre de negocios prudente la inquietaba, pero la acechaban otras preocupaciones más acuciantes. «Ha recaído en mí la responsabilidad de velar por el continuo mantenimiento y la prosperidad futura de Trebithick y me propongo asumirla con la seriedad y la diligencia debidas», prosiguió, ajeno a su propia grandilocuencia.

Elizabeth no pudo por menos que pensar con acritud en lo mucho que Robert debía de estar felicitándose por haber contraído matrimonio con tanto acierto y sensatez, pero acto seguido se recriminó su falta de generosidad, ya que a todas luces Georgiana y él estaban perdidamente enamorados. Delante de Robert, fingió sentirse complacida y, de hecho, en parte lo estaba. Significaba

que no tenía por qué preocuparse por su hermana o por lo que ocurriera con la casa en su ausencia. Y si bien amaba Trebithick Hall con toda su alma, no podía negar su afán de ver mundo, afán que había estado ardiendo en su interior desde que, de niña, la cautivaban los relatos extraños y delirantes de su padre. Trebithick Hall seguiría allí a su regreso.

Prescindió de los arenques y se sirvió huevos y riñones con salsa picante del calentaplatos colocado en el aparador antes de llamar a Bingley con la campanilla para que llevara el té. De Georgiana y Robert no había la menor señal, aunque eso tampoco la sorprendió. Desde su llegada, a menudo se levantaban tarde, y no bajaban a desayunar hasta poco antes de las once. Elizabeth, por su parte, solía madrugar, despertando casi tan pronto como el sol empezaba a asomar la cara. A ese respecto era como su padre, reflexionó, y sintió el dolor de la pérdida con la misma intensidad que el aroma del seto de boj que penetraba por la ventana abierta.

Aquel día tenía previsto viajar a Truro. La combinación del baño ilícito y el enfrentamiento con Georgiana y Robert la habían impulsado a sacudirse el hastío que se adueñaba de ella desde el funeral de su padre. No tenía tiempo que perder si quería llevar a la práctica sus planes, y deseaba ponerse en camino cuanto antes porque el viaje le ocuparía la mayor parte del día.

Después de cenar la noche anterior, se había disculpado para retirarse al gabinete de su padre, donde abrió su escribanía y mojó la pluma en el tintero. Ahora tenía una carta que enviar para informar a la Compañía de Navegación a Vapor del Pacífico del cambio de pasajeros (aún no le había planteado el tema a Daisy), una cita con el sombrerero y suministros farmacéuticos que encargó. Antes de bajar a desayunar, había examinado metódicamente el botiquín de viaje de su padre, donde había encontrado una lanceta, un mortero y una mano de almirez, tubos para sanguijuelas y láudano, pero tenía que complementarlo como mínimo con polvos para la fiebre, emplastos para las ampollas, sal volátil y jarabe de ipecacuana. En las tierras a las que iba a viajar era fácil contraer enfermedades desconocidas y escaseaban los medicamentos. Y eso sin contar el propio viaje, cuyas privaciones, según había oído, podían minar incluso a los hombres más fuertes.

Estaba previsto que el *Corcovado* zarpara de los muelles de Liverpool al cabo de tres semanas, y Elizabeth estaba desbordada por todo lo que tenía que preparar de antemano, en especial su vestuario: había que encargarse de medias, guantes, gorros, botas recias y prácticos vestidos marrones de lino (para las

ocasiones en que no convenía llamar la atención), así como otros de seda, popelina y merino, sin olvidarse de las camisolas y los pololos nuevos. También necesitaba una capa, para protegerse del frío. Su padre le había recomendado que fuera aprovisionada de tabaco y azúcar como regalos para aquellos que pudieran ayudarla con el alojamiento y actuar como guías.

Lo más importante de todo era, no obstante, encargar su material de dibujo a Winsor & Newton: lápices, duros y blandos; acuarelas nuevas, tanto en pastilla como en tubo; y un surtido de pinceles de pelo de marta rusa flexibles. Tenía un precioso estuche de caoba y latón que contenía recipientes de porcelana para mezclar los pigmentos, cuencos para enjuagar y latas para las tizas y los carboncillos, pero debía sustituir varios de los tubos de pintura, en particular sus preferidos: el siena tostado, el amarillo cadmio, el lago escarlata y el azul Prusia. Debía hacer un pedido a Whatmans. Su padre había insistido en que llevara grandes hojas de papel Griffin Antiquarian, que en esa tienda vendían para bocetos y acuarelas. «Es el más resistente que encontrarás; aguantará el viaje mejor que ningún otro.» Necesitaría tanto papel como pinturas en abundancia, porque quizá no fuera posible conseguir nada de esa calidad allí. También debía pedir el pasaporte a la embajada para Daisy y para ella, ya que en sus jóvenes vidas ninguna de las dos había ido más allá de St. Austell, a unos veinticinco kilómetros de casa.

En una de sus últimas conversaciones, su padre le había entregado una bolsa de soberanos y un fajo de billetes de banco con la indicación de que se lo cosiera todo en el forro de la capa. Le pediría a Daisy que la ayudara, puesto que ella carecía de destreza como costurera y sabía que podía confiar en la discreción de su doncella en ese asunto. Solo esperaba que la capa no crujiera ni tintineara demasiado al llevarla puesta.

Elizabeth devoró el desayuno, complacida porque no hubiera nadie para reprenderla por sorber ruidosamente el té –Mademoiselle Violette se habría horrorizado–, y fue a por sus cosas para el viaje en coche a Truro.

Antes de marcharse, rodeó sigilosamente la casa hasta la parte de atrás. Sus botas –había recuperado unas más antiguas y cómodas, a sabiendas de que andaría de aquí para allá por las calles adoquinadas del pueblo– crujieron en el camino de grava que circundaba el rectángulo de césped verde. Recorrió el sendero que cruzaba entre la hierba hasta un círculo de grava en el centro. En medio de ese redondel se hallaba el nuevo reloj de sol. Encargado hacía más de un año, lo habían instalado en las últimas semanas de vida de su querido

padre. Este había dejado su lecho de enfermo para verlo, y fue una de las últimas veces que ella percibió una expresión de placer en sus facciones arrugadas. Era ciertamente una pieza de gran belleza. Fundido en bronce, presentaba un aro horizontal con treinta y ocho clases de hierbas distintas grabadas en relieve. Se quitó un guante de cabritilla claro y deslizó la mano por la superficie fresca, reconociendo cada una de ellas: la menta para la virtud; el orégano para la alegría; la lavanda para la devoción; el hisopo para la purificación; la melisa para el ingenio; la borraja para el valor; la camomila para el consuelo, y el laurel para la gloria. Aparte de las hierbas en relieve, el principal elemento del reloj era un globo terráqueo, que giraba sobre su eje y tenía grabados los países del mundo. Elizabeth siguió el contorno de Gran Bretaña y luego cruzó el océano Atlántico con el dedo hasta las Américas, llegando a la punta más meridional. Su destino. Se le antojó muy lejos, pero notó el metal frío y tranquilizador al tacto, lo que la ayudó a mantenerse firme en su determinación.

—¿Señorita?

Elizabeth se volvió, sorprendida por la interrupción.

—¿Sí, Daisy?

La doncella se hallaba en la penumbra de la casa, apenas visible, pero Elizabeth distinguió el color rojo vivo de su cabello.

—Señorita, el coche está listo. —Su suave acento de Cornualles resonó en el aire quieto de la mañana.

—Gracias, Daisy.

La doncella hizo ademán de volver a la casa, pero Elizabeth la llamó.

—¿Daisy?

—¿Sí, señorita?

—Acércate, ¿quieres? Tengo que hablar contigo.

Elizabeth esperó mientras la doncella recorría el sendero hasta ella.

—Daisy. Tú ya sabes que mi padre tenía planeado otro viaje... —De pronto guardó silencio, sumiéndose en la contemplación de los pelargonios escarlata; de la figura de león, meticulosa muestra de arte topiario creada por Hoskins, el jardinero jefe; la alta araucaria que su padre había plantado con ocasión del nacimiento de la propia Elizabeth hacía veinticinco años. Se fijó en las abejas que revoloteaban de flor en flor, llenando el aire con su tenue zumbido, y por encima el alegre graznido de un par de chovas. A lo lejos, el huerto la tentaba, y el sol se reflejaba en los cristales del invernadero, donde se cultivaban

piñas y tomates en el artificial calor tropical. Todo eso le resultaba tan entrañable y familiar que, por un segundo, vaciló y se preguntó si no estaba cometiendo un error.

–Dígame, señorita.

–Verás. –Elizabeth se obligó a fijar la atención otra vez en la doncella–. Tengo la intención de ir en su lugar. Para proseguir su labor. Y confío en que tú me acompañes. –Se interrumpió, en espera de su reacción.

Daisy, sorprendida, abrió mucho los ojos, pero enseguida se recompuso.

–Por... por supuesto, señorita Elizabeth –contestó con un tartamudeo–. Se... sería un gran honor.

–¡Además de una gran aventura! –A Elizabeth le brillaron los ojos de emoción al recrearse en la audacia de su plan, superado ya su anterior desasosiego.

–Si usted lo dice, señorita. –La doncella no parecía ni mucho menos tan entusiasmada como su señora.

Elizabeth contaba con que a Daisy, quien, como ella, se había criado en ese rincón agreste de Cornualles, no le resultara fácil marcharse. Tendió las manos y, tomando las de su criada entre las suyas, la miró con semblante serio.

–No nos iremos para siempre. Eso te lo prometo. Un año como mucho.

–Sí, claro, señorita. –Daisy parecía desconcertada ante la idea de emprender un viaje tan largo e incierto, pero cuando Elizabeth le soltó las manos, hizo una rápida inclinación de cortesía y se limitó a decir–: ¿El coche, señorita?

–Dile a Banks que enseguida voy –respondió.

Daisy se encaminó hacia las cuerdas mientras Elizabeth dirigía una última mirada al reloj de sol y al extenso césped más allá, fijándose en los rododendros plantados a lo largo del límite este, y en las camelias y las azaleas que crecían en el extremo oeste, contra los muros de ladrillo rojo del paseo de las damas. Era en el jardín donde ella más vivamente sentía la presencia de su padre o, para ser más exactos, su ausencia. Él había traído muchas de esas plantas de sus viajes, y estas, criadas y diseminadas con amor, habían florecido a lo largo de los años en esa tierra fértil y ese clima templado. Cornualles era un lugar propicio para el cultivo de especies exóticas, muchas de ellas procedentes de los más diversos parajes del hemisferio sur, ya que los cálidos alisios proporcionaban una meteorología más benévola que la de cualquier otra parte de Gran Bretaña, a excepción

quizá de las islas Sorlingas. Esas plantas eran muy valoradas tanto por los jardineros de la alta sociedad como por los botánicos, y su padre había ganado mucho dinero proveyéndolos de los especímenes más raros y solicitados.

Había sido mademoiselle Violette, la institutriz de Elizabeth, quien había fomentado su talento artístico, encauzándola hacia el estudio de las plantas, enseñándole a documentar su estructura y sus flores con una precisión infalible. Ella había demostrado ser una alumna prodigiosa, que se granjeó la aprobación de varios de los invitados de su padre, expertos en el campo de la Botánica. Uno de esos visitantes, el eminente botánico George Bentham, lamentablemente fallecido hacía no muchos años, había reparado en su talento, ya de niña, y la había animado a perseverar. Elizabeth, henchida de orgullo porque él se había fijado en ella, anunció que dedicaría varias horas al día a estudiar y dibujar plantas a fin de entenderlas mejor. Se indicó a mademoiselle Violette que lo tuviera en cuenta, y a partir de entonces Elizabeth, para gran satisfacción suya, pudo dedicar las tardes casi por entero a sus cuadernos de dibujo mientras se instruía a Georgiana en actividades más convencionales como las labores de punto y el piano. Para Elizabeth, fue un gran alivio verse liberada, en especial de las labores; era capaz de dibujar con todo detalle la red de venas de una hoja de roble, pero apenas podía coser en línea recta.

Mientras contemplaba el exuberante jardín, invadió su corazón una mezcla de emoción y temor al pensar en las experiencias que le depararían los meses venideros, y en todo lo que podría descubrir y documentar, y quizá traer de regreso para que toda Inglaterra se maravillara. La recorrió un escalofrío cuando recordó las palabras de su padre sobre el señor Chegwidden. Le dijo que había zarpado en un barco un par de meses antes. ¿Y si ese hombre había descubierto ya la planta de la que su padre le había hablado?

Sídney, otoño de 2017

Tras despedirse de su madre, Anna dio un rodeo para pasar por casa de Gussie.

A principios de esa semana había pedido a su ayudante, Sally, que la sustituyera unos días para poder dedicar un tiempo a los asuntos de la casa, pero se sentía culpable –a pesar de que El Jardín Secreto era su empresa, se recordó, y la jefa era ella– por desatender los jardines de sus clientes. Ya antes de eso se había ausentado más que suficiente para cuidar de la abuela Gus.

Había abierto El Jardín Secreto hacía cinco años, no mucho después de graduarse. Vanessa y Harvey fueron sus primeros clientes, pero ahora Anna tenía más trabajo del que podía asumir; por lo visto, la buena gente del acaudalado barrio de North Shore destinaba más tiempo a ponerse los gemelos en sus camisas de puño doble a medida que a remangarse y ensuciarse las manos. Eso a ella le traía sin cuidado: era bueno para el negocio. Si con esa actividad no podía decirse que sacara el máximo partido a su titulación, nadie en la familia se había atrevido a mencionarlo.

Anna había contratado a Sally en las semanas previas a la muerte de Gussie. Había pasado semanas meditando sobre el tema, pero al final, como pasaba mucho tiempo con su abuela, comprendió que era necesario. Sally era una chica despierta y vital, que compensaba su falta de conocimientos botánicos con un incontenible entusiasmo incluso por las tareas más sucias. Otra de sus ventajas era que, con su labia, se ganaba a los clientes con una tranquilidad y una despreocupación que para Anna eran inalcanzables. A regañadientes, Anna reconocía para sí que contratar a Sally había sido un acierto; además, así podía tomarse unos días sin tener la sensación de que se acababa el mundo.

Había pasado por la cerrajería de camino a la casa de Gus, pero cuando se detuvo delante con el coche, descubrió que cerraban los sábados. Al ponerse de nuevo en marcha, hizo inventario mentalmente de las herramientas que

llevaba en la parte de atrás de la camioneta. Una desbrozadora y un par de azadas, sierras de arco, rastrillos y una pala no le servirían de gran cosa, pero la resistente podadera podía serle útil.

En cuanto llegó a la casa, revolvió entre las herramientas, encontró lo que necesitaba y llevó la caja al interior.

La luz de última hora de la tarde entraba oblicua por las ventanas de la cocina, iluminando el nivel inferior de la casa. Todo rastro del linóleo de los años setenta había desaparecido, y solo quedaba una gruesa capa de polvo, resultado del trabajo de los albañiles. Anna dejó la caja en los rayados tablones del suelo y se sentó al lado, sin importarle ensuciarse las mallas.

–Bien, pues ahora te toca a ti, pequeño misterio –dijo, podadera en mano, y su voz resonó en el espacio vacío–. A ver si muestras tus secretos.

Sujetó el pequeño candado entre las hojas de la podadera y, buscando el mejor ángulo, hizo presión en el asa. Nada. Sacudió el candado en un gesto de frustración. De pronto, se le antojó de vital importancia averiguar qué contenía la caja, sin demora. Allí sentada en el suelo, cabizbaja, la asaltó una súbita inspiración. En la calle mayor había una ferretería. Cogió el monedero y salió de la casa a toda prisa.

El ferretero estaba ordenando un expositor de brochas y rastrillos en el exterior de la tienda cuando Anna se acercó apresuradamente con la respiración entrecortada.

–Alto ahí, ¿dónde está el incendio? –preguntó él.

–Por favor... –Anna intentó recobrar el aliento–. Necesito algo para romper un candado. Está oxidado.

El hombre enarcó una ceja, pero no hizo ninguna pregunta al respecto.

–Lo mejor será que entre y vea lo que tenemos.

Aнна volvió a casa de Gus, un poco más despacio que en el camino de ida, y entró. Sacó del bolso unas tenazas de corte pequeñas y colocó las hojas en el punto central del candado; a continuación, apretó con todas sus fuerzas, y los dedos se le pusieron blancos por el esfuerzo. Nada. Respiró hondo y probó de nuevo. Esta vez se oyó un sonoro chasquido, y el candado se partió en dos. «A veces hay que partir un corazón», pensó, y curvó los labios ante la ironía.

–Mira por dónde –dijo en un susurro, sintiendo una leve emoción al

contemplar su obra—. Anna, lo has conseguido.

Desprendió el candado de la tapa cuidadosamente y lo dejó en el suelo a su lado. Tiró con fuerza de la tapa. Por un momento tuvo la impresión de que quizá también esta se hubiera atascado por la herrumbre. En el intento, se rompió una uña. Tras mirarse con una mueca la carne enrojecida al descubierto, se chupó el dedo y tendió una mano hacia un cincel salpicado de pintura que los albañiles habían dejado olvidado en la repisa de una ventana.

Tras insertar el filo del cincel en la hendidura entre la caja y la tapa, sintió que se aflojaba un poco. Lo movió más enérgicamente a uno y otro lado; después dio otro golpe con la base de la mano. La tapa se desplazó unos milímetros. Golpeó otra vez, y otra más, hasta que por fin la tapa se desprendió con un chasquido seco y cayó ruidosamente al suelo. Anna arrugó la nariz al llegarle un tufo a humedad, mezclado con un olor a salitre, como si la caja hubiese permanecido cerca del mar y parte de ese aire salobre se hubiera quedado atrapado en su interior. Deslizó los dedos por el forro, de terciopelo azul deslucido, algo más oscuro en las esquinas. En el centro de la caja había un voluminoso libro encuadernado en piel. Era suave como la mejilla de un bebé, y más o menos del mismo color sonrosado. En la cubierta tenía grabada una letra «E» dorada, en relieve y con florituras, igual que la de la tapa de la caja.

Casi sin atreverse a respirar, Anna levantó la cubierta del álbum con cuidado. Quedó a la vista una hoja de papel de seda claro, amarillento en los bordes. Al intentar pasarla, se desmenuzó entre sus dedos, y los bordes se desintegraron hasta convertirse en polvo. Se limpió las manos en las mallas y contuvo la respiración al ver lo que había debajo. Con delicadeza, extrajo el álbum de su cofre de terciopelo.

Abstraída en él, pasó lentamente las gruesas hojas algodonosas, asombrada por lo que veían sus ojos. Apenas notaba los duros tablones del suelo, ni le importaba que el sol estuviera desapareciendo de la cocina.

Solo cuando su estómago emitió un sonoro gruñido, consultó el reloj. Eran casi las tres y no había tomado nada desde el café con su madre de esa mañana. El álbum —en realidad un cuaderno de dibujo— contenía exquisitas ilustraciones botánicas de un intrincado detallismo, una precisión pasmosa y unos colores tan vivos como si estuvieran recién pintadas. Su corazón de botánica se encogió ante tal destreza artística y exactitud, pero volvió a

hacerle ruido el estómago y, a su pesar, cerró el cuaderno, bajó la tapa de la caja y se apoyó en ella para cerrarla bien.

Un sinfín de preguntas se arremolinaron en su cabeza mientras se ponía en pie torpemente, movía las piernas entumecidas y hacía una mueca al notar que la sangre le volvía a circular por los pies dormidos.

¿Quién era esa misteriosa «E» a quien había pertenecido aquello? ¿Cómo se había conservado hasta entonces? ¿Y cómo había acabado algo así tras los estantes de la casa de su abuela?

Anna cerró la puerta de la casa con llave y caminó lentamente en dirección oeste hacia la bulliciosa Oxford Street, donde se vio obligada a esquivar a lentas parejas de paseo, un grupo de chicas cargadas de relucientes bolsas de compras y un anciano desplomado contra una puerta y aferrado a una botella envuelta en una bolsa de papel marrón. Un sábado por la tarde en la ciudad. Llegó al restaurante al que tenía pensado ir, y la acompañaron a una mesita del fondo. El establecimiento estaba abarrotado de familias. Había también una pareja, y saltaba a la vista que esa era su primera cita; la chica se reía y echaba atrás el cabello mientras charlaban, jugueteando con el trozo de pastel que tenían delante, y el hombre tocaba con gestos nerviosos los cubiertos y desplegaba una sonrisa de alivio cada vez que la chica le reía algún comentario.

Anna examinó la carta, sin saber si considerar aquello un almuerzo tardío o una cena temprana, mientras observaba subrepticamente a la pareja en su primera cita. Había olvidado qué se sentía cuando una salía con alguien que le despertaba interés, la emoción de prepararse. La expectación de lo que un encuentro así podía deparar era para ella un recuerdo vago y remoto. Aquel hombre y aquella mujer bien podrían ser alienígenas de otro planeta. Meneó la cabeza. Esa clase de complicaciones solo causaba problemas. Eso no era para ella.

Cornualles, 1886

—Lizzie, querida, habrás tenido un viaje provechoso, espero —dijo Georgiana cuando Elizabeth se apeó del coche a su regreso de Truro. Cansada y cubierta de polvo, lo que más le apetecía era un vaso de limonada fría, tal vez un sándwich, y un poco de la confitura de ciruela damascena que había preparado la cocinera con la fruta del huerto del año anterior.

—Muy provechoso, gracias. Pero me muero de sed.

—¿Por qué no tomamos un té? La señora Pascoe se ocupará de tus compras.

En cuanto Elizabeth se quitó el sombrero y los guantes y las dos hermanas se acomodaron en el salón, Elizabeth empezó a hablar.

—Espero que hayas tenido tiempo de pensar en nuestra conversación de anoche.

—Pues sí —contestó Georgiana—. No he podido quitármelo de la cabeza. Pero no pienses que voy a sermonearte, porque no es mi deseo discutir contigo.

—Bien —dijo Elizabeth con alivio—. Porque no voy a dejarme disuadir.

Georgiana miró a su hermana a los ojos, fijamente.

—Eso me temía yo. Siempre has sido la más fuerte de las dos.

—¿Entiendes, pues, que debo ir?

Georgiana movió la cabeza en un triste gesto de asentimiento.

—Lo entiendo.

—¿Y crees que podrás convencer a Robert? Para mí significaría mucho contar con el consentimiento de los dos —suplicó Elizabeth.

—Lo intentaré —respondió Georgiana—. Necesito encontrar un momento en el que esté más predispuesto a ceder.

—Claro.

—Pero te echaré mucho de menos —se lamentó—. Ha sido difícil estar separada de ti desde que me casé. De niñas estábamos muy unidas. ¿Te acuerdas de cuando dábamos esquinazo a mademoiselle y nos escondíamos en

el cobertizo de las herramientas del jardín o íbamos a galopar por el borde de los acantilados?

–Y nos retábamos para ver quién corría más –añadió Elizabeth, abandonándose a sus evocaciones–. Me extraña que nunca nos descubrieran.

–Estaré muy preocupada por ti, queridísima hermana –dijo Georgiana, y su sonrisa se esfumó.

–Lo sé, pero tengo la total convicción de que no me ocurrirá ninguna desgracia. Soy joven y fuerte, y nada tonta. Además, tienes a Robert y vuestra vida juntos. ¿Cuándo pensáis volver a Plymouth?

–La semana que viene, creo. Pero no tardaremos en mudarnos aquí. Robert ya lo tiene decidido, y yo estaré encantada de volver a casa. –Dejó escapar un suspiro–. Aunque, sin ti, esto será un sitio más silencioso y triste.

–No estaré fuera para siempre. –Elizabeth apoyó una mano en el brazo de su hermana para tranquilizarla–. El tiempo pasará volando.

–Imagino que encontrarás las cosas muy cambiadas a tu regreso.

–¿Qué quieres decir? ¿Tiene Robert ya algún plan en mente? –Elizabeth la miró con preocupación–. ¿Hará reformas en la casa? ¿O en el jardín?

Se le revolvió el estómago al pensar que la esencia de la casa, en particular del jardín, pudiera cambiar sin ella saberlo, aunque esos asuntos escapaban a su control.

–No, nada más lejos –contestó Georgiana con una sonrisa–. En realidad, soy yo quien más habrá cambiado.

–¿Por qué, querida hermana? –Elizabeth tomó un sorbo de té.

Georgiana se miró tímidamente el regazo.

–Estoy encinta.

–¿Cómo dices? –Elizabeth se apresuró a dejar la taza. Sin querer, derramó el líquido caliente en el platillo y por poco se manchó la falda–. ¿Estás segura?

–Bastante –contestó Georgiana–. Aunque debo admitir que casi habíamos perdido las esperanzas, después de tanto tiempo...

–¡Vaya, esa es la primera buena noticia que oímos aquí desde hace semanas! –exclamó Elizabeth antes de mirar a su hermana con más atención–. Últimamente te notaba un poco pálida, pero pensaba que era por el fallecimiento de papá. ¿Cómo te encuentras? –Elizabeth tenía apenas una vaga idea de lo que conllevaba un embarazo; era algo de lo que solo las mujeres

casadas tenían conocimiento, y las enseñanzas de mademoiselle al respecto habían sido imprecisas.

–Me encuentro de maravilla –respondió Georgiana–. Aunque vengo sintiéndome un poco cansada, y un tanto indispuesta por las mañanas. –Miró a su hermana con expresión seria–. Estoy muy contenta, pero a la vez aterrorizada, querida hermana.

Las dos lanzaron una mirada al retrato de su madre, Augusta, que colgaba en la pared frente a ellas. El autor de ese retrato era el señor Rossetti, que había realizado un excelente trabajo. El vestido era de un azul idéntico al de sus ojos, con encaje de color crema en las mangas y el corpiño. En sus mejillas se formaban unos hoyuelos que le conferían un semblante dulce –sus dos hijas los habían heredado–, y su cabello rubio y sus ojos de color azul lavanda brillaban en el cuadro, casi como si estuviera viva, como si pudiera salir del lienzo y tomar el té con ellas en esa tarde soleada.

–Vaya, ahora me siento de lo más egoísta por irme y dejarte en un momento así –se lamentó Elizabeth, y una expresión de pesar empañó sus facciones.

Georgiana negó con la cabeza.

–No te preocupes. Robert me ha prometido que recibiré la mejor atención posible. Si es necesario, dice, residiremos en Londres en los meses previos al parto, para estar cerca de los mejores médicos. Mientras tanto, me dedicaré a coser devotamente para los pobres y me ocuparé de la supervisión de esta casa –dijo con un guiño casi imperceptible.

–Es verdad, Robert te cuida bien. Me alegra saber que estarás en buenas manos –contestó Elizabeth–. Ahora, si tu estado te lo permite, ¿podrías ayudarme a empezar a planear mi viaje? Me abruma solo pensar la gran cantidad de cosas que puedo necesitar. No sé por dónde empezar, y tú ayudabas a nuestro padre a preparar el equipaje para sus viajes.

–Faltaría más. Podemos utilizar varios de sus baúles. Le pediré a Bingley que los suba a tu vestidor. ¿Qué has encargado hoy en el pueblo?

Georgiana pensó en todo lo que se necesitaría para un largo viaje, desde sombrillas para proteger la pálida tez de Elizabeth del implacable sol sudamericano hasta sales aromáticas y una pequeña petaca de coñac: «Absolutamente esencial, según papá», insistió Georgiana. Las interrumpió en su planificación la llegada de Robert, que había regresado a la casa después de un recorrido por la finca. Vestía aún sus pantalones de montar y sus botas de cuero altas que le llegaban hasta las rodillas. Elizabeth miró la

indumentaria con envidia: cuánto más fácil habría sido su cabalgada el día anterior si hubiese podido llevar pantalón y botas.

–Has vuelto justo a tiempo para el té, querido –dijo Georgiana–. Sin duda tendrás sed y hambre.

–Es una tarea ardua con este calor, eso es cierto –comentó Robert–. De buena gana tomaré una taza. –Se volvió hacia su esposa, y Elizabeth casi se sintió una intrusa al ver la tierna mirada que cruzaron–. ¿Cómo te encuentras esta tarde, querida?

–Mucho mejor, gracias. Y ahora te diré, sin darte opción a oponerte, que he comunicado la buena nueva a Elizabeth.

Él arrugó la frente.

–Al fin y al cabo, es mi hermana –prosiguió Georgiana, y dirigió a Robert una sonrisa persuasiva.

–Sí, es una noticia maravillosa –se apresuró a decir Elizabeth.

–Ciertamente –convino él–. Es una bendición. Pero, si puede saberse, ¿de qué hablabais tan animadamente cuando he llegado? Me parece haber oído algo sobre vestidos y una capa nueva –dijo en tono burlón, al parecer apaciguado por su mujer.

–De hecho, querido, Elizabeth y yo estábamos planeando su vestuario para el viaje que está a punto de emprender –respondió Georgiana.

Robert enarcó las cejas, y empezó a formarse en su rostro una expresión ceñuda.

–Pensaba que ese tema había quedado zanjado anoche y que quedaba descartado que se aventurase a una expedición tan peligrosa. ¿Debo pensar que no se ha respetado en absoluto mi opinión? No me someteré a la decisión de la mayoría, aunque se trate de dos hermanas. Ahora soy el hombre de la casa, no lo olvidéis. Soy responsable de vosotras dos.

–Dejémoslo por ahora. Ya hablaremos de ello más tarde –dijo Georgiana, y le tendió una taza de té–. Siéntate y cuéntanos qué novedades has descubierto hoy.

La expresión ceñuda permaneció en el semblante de Robert.

–No discutiré contigo, mi querida Georgiana, puesto que no deseo alterarte, y menos en tu delicado estado. Pero tú... –Se interrumpió para mirar a Elizabeth–. Tú y yo debemos hablar de este asunto más detenidamente.

–La verdad, Robert, todo lo que tengas que decirle a mi hermana puedo oírlo yo también. Mi estado no es tan, tan delicado –insistió Georgiana.

–Tampoco yo deseo discutir, Robert –dijo Elizabeth–. Pero, como soy mayor de edad, estoy perfectamente capacitada para tomar mis propias decisiones sobre este asunto. Y la decisión está tomada. Lamento decir que dudo mucho que nada de lo que tengas que decirme vaya a convencerme de lo contrario, por más que lo intentes. Me consta que lo único que te mueve a actuar así es la preocupación, pero no temas, soy una mujer capaz. –Le dirigió una mirada audaz, retándolo a seguir llevándole la contraria.

Sídney, otoño de 2017

El ronco croar de una rana despertó a Anna. Debía de ser Vanessa: ese era el tono de llamada asignado a su madre por gentileza de su sobrina Jasmine.

–¿Y bien? –preguntó su hermana, impaciente, cuando por fin Anna contestó–. ¿Ha funcionado? ¿Conseguiste abrirla?

Anna se recostó en las almohadas y, mirando por la ventana del dormitorio, advirtió que apenas clareaba.

–¡Vanessa! –exclamó con indignación–. ¡Es domingo por la mañana! Ni siquiera ha salido el sol –masculló a la vez que consultaba la hora, evitando así limpiamente responder a la pregunta de su hermana.

–Ya, ya lo sé, pero tú siempre madrugas mucho, sea cual sea el día... –dijo su hermana, sin adoptar un tono de disculpa–. En todo caso, Fleur me tiene despierta desde antes del amanecer. Haga lo que haga, no consigo que duerma más allá de las cinco. Es cruel. No, es más que cruel; es una forma especial de tortura. ¿Puedes recordarme por qué quise tener hijos?

–Mmm –contestó Anna, cansada. Esa sería su única oportunidad de levantarse tarde hasta la siguiente semana. La noche anterior, después de cenar y volver en coche a su piso, se había entretenido con las macetas de su pequeño balcón, atendiendo las plantas, regando y quitando las malas hierbas. Se había quedado a ver una película de suspense hasta altas horas y luego le había sido imposible conciliar el sueño. Seguían desfilando por su mente, como en un zoótropo antiguo, parpadeando insistentemente, las imágenes del cuaderno que había encontrado y su extraordinario contenido. Había soñado con una planta semejante a un trífido que crecía por todo el piso y la atrapaba entre sus gruesos tentáculos verdes, y había despertado con una sensación de desasosiego.

–En cualquier caso, ¿quién te ha hablado de la caja? –preguntó, pese a que conocía de sobra la respuesta.

–Mamá, ¿quién iba a ser? Me telefoneó ayer por la tarde. Estaba impaciente

por contármelo todo. Te diré que resulta muy misterioso, ¿no crees? Un poco como la caja de Pandora, si quieres saber mi opinión. Según mamá, pesaba tanto que bien podría estar llena de lingotes de oro.

Anna soltó un gemido para sus adentros ante la inevitable intromisión a la que la sometería su hermana o, más probablemente, Harvey.

–¿Y bien? ¿Has tenido que ir al cerrajero?

Anna se debatió entre contarle a su hermana la verdad, o mentir y callarse sobre su hallazgo, al menos de momento. Cuantas menos personas interviniesen, mejor. Pero Vanessa era su hermana. Vaciló.

–Mmm, en realidad no... Pero una visita a la ferretería dio fruto.

–¡Oooh! Ya sabía yo que conseguirías abrirla. Siempre has tenido mucho sentido práctico. Venga, suéltalo. ¿Qué había? ¿Oro? ¿Joyas? ¿Cartas de amor? –preguntó con un tono expectante–. ¿Crees que la abuela Gus tenía un amante secreto?

–No, nada de eso, me temo. Creo que, como mínimo, es treinta años anterior al nacimiento de la abuela Gus.

–¿Y eso cómo lo sabes?

–Hay fechas –contestó Anna, enigmáticamente; le divertía tener a su hermana en vilo.

–Ya –dijo Vanessa con rotundidad–. Decidido. Voy para allá. Dame media hora para dejar encarrilada a la tropa. ¡Harvey! –gritó, y Anna tuvo que apartar el teléfono del oído–. ¡Harvey! Ha surgido algo. Con Anna. –Se oyó un sonido ahogado y un silencio–. Sí, lo digo en serio. –Su hermana colgó el teléfono.

«Estupendo –pensó Anna, y volvió a hundirse en su almohada–, al menos ahora sé cómo voy a pasar la mañana del domingo.»

El domingo era el día de la semana que menos le gustaba. En los días laborables, nada más despertar, repasaba mentalmente su lista de clientes y decidía quién requería atención y cuáles eran las tareas pendientes. Acto seguido, se levantaba y se metía en la ducha casi sin darse cuenta. Los sábados podía mantenerse ocupada: iba al gimnasio, se ponía al día con la compra y la colada, e incluso se encargaba de la contabilidad. Pero los domingos se le antojaban vacíos e interminables. Una hora en blanco tras otra. El día que la mayoría de la gente esperaba con ilusión, ella se despertaba casi siempre con una sensación de malestar, como un dolor en la boca del estómago.

La última vez que vio a Simon fue en domingo. Por aquel entonces los

domingos parecían espolvoreados de oro. Mañanas ociosas, desayunos fuera, un paseo o una visita a un jardín, una excursión en coche, alguna que otra escapada de fin de semana a la playa o a la montaña. Copas de vino tinto y fuegos de leña en la chimenea, y la reconfortante sensación de estar en los brazos de alguien a quien una quería y a la que querían en igual medida.

Anna apartó la ropa de la cama y tomó la determinación, quizá por billonésima vez, de dejar de autocondolverse. Se estremeció un poco al notar la brisa fría de aquella mañana de finales de otoño que entraba por la ventana abierta y le hacía cosquillas en las piernas desnudas. Sin vacilar, se dirigió a la ducha.

Vanessa llegó al cabo de una hora, muy agitada, con una bandeja de café y una bolsa de papel blanco en una mano, y las llaves en la otra.

–Es lo mínimo que podía hacer, teniendo en cuenta que te he despertado – explicó a la vez que movía la bolsa ante Anna con una sonrisa de disculpa. El aroma a pan recién hecho se propagó por el pequeño piso.

–Si son *bagels*, te perdono –dijo Anna malhumorada.

–Con salmón y queso fresco –añadió Vanessa.

–Más vale que lleven eneldo. Y cebolla.

Desayunaron en el soleado balcón de Anna. La parte de atrás del piso daba a un gran parque, la principal razón por la que Anna lo había comprado. Había pasado por alto el hecho de que el piso no era mayor que una caja de cerillas, y había preferido no ver el anticuado cuarto de baño y la moqueta raída, para quedarse con aquella vista tan, tan verde que la llevó a la conclusión de que era el sitio ideal.

Vanessa echó una ojeada a las plantas que se superponían a lo largo de la barandilla e inhaló el aroma a naranjo jazmín que perfumaba el aire. Miró hacia la pared del fondo, cubierta totalmente de verde, un jardín vertical donde medraban la menta, el tomillo, el perejil y el cebollino.

–Dios mío, Anna –dijo con envidia–. No sé cómo lo haces. Yo ni siquiera soy capaz de mantener vivo un cactus. Se me busca por herbicidioso en tres estados.

–La verdad es que no es tan difícil –respondió Anna, y se echó a reír–. Solo se necesita un buen fertilizante. Tengo un acuerdo con las cuadradas del parque

para que me den estiércol. En todo caso, tú bastante ocupada estás ya criando a tus propias tres flores, y eso tampoco se te da tan mal.

Vanessa alzó la mirada al cielo ante el comentario sensiblero de su hermana y olfateó, arrugando la nariz, como si oliera el estiércol. Luego se sentó en un extremo del banco, orientado hacia el parque. Anna se acomodó a su lado y se recostó en la pared, dejando los *bagels* entre ambas.

—¿Te acuerdas de cuando pasábamos juntas los domingos? Antes de Harvey. Antes de Simon. —Vanessa inclinó la cara hacia el sol y cerró los ojos ante el resplandor—. Te diría que echo de menos esos tiempos.

—Sí. ¿Y aquella vez que fuimos a Bondi Beach en autobús y casi se me llevó la corriente?

Vanessa se rio y pareció avergonzarse.

—Nunca lo olvidarás, ¿eh?

—No. La cara que pusiste cuando el socorrista me sacó del agua. —Anna soltó una carcajada—. Estabas hecha una furia conmigo, pero no podías gritarme, no delante de todo el mundo, en particular del socorrista.

—Guapo era, eso desde luego. Nunca se lo contamos a mamá, ¿verdad?

—No tenía sentido preocuparla. Además, vete a saber si nos hubiera dejado volver.

—Cierto. —Sonrió y se volvió para mirar a su hermana—. ¿Qué ha pasado, Anna?

—La vida, eso es lo que ha pasado, Ness.

Su hermana dio un bocado al *bagel*.

—¿Vas a compartir el secreto conmigo?

A Anna le dio un vuelco el corazón. Tragó saliva y acto seguido recobró la compostura. La caja. A eso se refería Vanessa.

—Verás, es todo muy extraño. ¿No es raro que una cosa así haya estado escondida durante tanto tiempo? Es como si alguien no quisiera que la encontraran. Es preciosa.

—Bien, pues veamos esa misteriosa preciosidad.

—¿Puedo acabarme antes el *bagel*? Tendremos que volver a entrar. No me gustaría que el viento se llevara algo del contenido. Es muy frágil —dijo Anna, masticando vorazmente.

—Uy, ahora sí me pica la curiosidad. Vamos. ¿Dónde está?

Vanessa arrugó la bolsa de papel vacía y, tras recoger las tazas de café, se

dirigió a la cocina. Anna entró detrás de ella a la vez que tragaba el resto del desayuno y luego se desvió hacia su dormitorio.

El cuaderno de dibujo seguía donde lo había dejado, dentro de la caja en el suelo, iluminado por un haz de sol, y Anna, al mirarlo, sintió una repentina premonición, un sentimiento de temor. ¿Qué había descubierto exactamente? ¿Qué cambios supondrían en su vida, tan ordenada?

—¡Dios bendito! —Vanessa estaba tan fascinada como Anna la noche anterior—. Es increíble. ¡Fíjate qué nivel de detalle! —exclamó, maravillada por el intrincado relieve, mientras deslizaba el dedo por la superficie de la caja—. Extraordinario.

Anna retiró la tapa, sacó el cuaderno y lo colocó en la mesa ante ellas. Vanessa pasó página tras página lentamente.

—Mira las fechas —dijo—. Abril, mayo, junio de 1887. O sea, a ver...

—Hace casi ciento treinta años.

Vanessa dejó escapar un silbido largo por lo bajo.

—¿Y tú crees que lleva escondido todo ese tiempo?

—Bueno, la abuela Gus nació en 1918, así que es treinta y tantos años anterior a ella.

—Me pregunto cómo llegó hasta ahí, y quién es el autor. ¿Crees que tiene algún valor?

A Anna ni siquiera se le había pasado por la cabeza que el cuaderno de dibujo pudiera valer algo. Le había interesado más saber a quién correspondía esa misteriosa «E» y qué historia se ocultaba detrás.

—¿Eso tiene alguna importancia?

—Supongo que no —contestó Vanessa—. Supongo que ahora es tuyo.

—Yo no estoy tan segura...

—¿Y de quién iba a ser, si no?

—No lo sé, pero voy a intentar averiguarlo.

—Desde luego es asombroso. La caja es preciosa incluso por dentro. — Vanessa acarició el ajado forro de terciopelo—. Espera un mo...

Volvió a deslizarse los dedos por el forro, y Anna vio que, al fondo, en un extremo, acababa de encontrar una presilla que ella había pasado por alto.

Vanessa tiró de la presilla, y la base de la caja se desprendió. Debajo quedó a la vista un compartimento secreto.

Las dos se sumieron en un silencio de estupefacción mientras contemplaban el contenido.

Muelle de Liverpool, 1886

Elizabeth no pudo contener un breve chillido de emoción al ver los cuatro altos mástiles, las velas plegadas y el monstruoso casco de hierro que se proyectaba sobre el muelle. Era digno de contemplarse. El buque se hallaba amarrado a tierra mediante cabos sujetos con gruesos nudos, que semejaban endebles en comparación con el enorme tamaño de la nave.

—¡Mira, Daisy, allí está! El *Corcovado*, uno de los veleros más magníficos que surcan los mares.

El nerviosismo de la doncella parecía equiparable al entusiasmo de Elizabeth, y se la veía aún más pálida que de costumbre mientras ambas miraban por la ventanilla del cupé de alquiler.

—Sí, señorita —contestó, estrechando su maleta de mano contra el regazo—. Una imagen sin duda imponente.

Alrededor todo era un hervidero de actividad como ninguna de las dos había visto nunca. Montañas de mercancías aguardaban en la dársena para ser cargadas en la bodega del buque, y los estibadores cruzaban instrucciones a gritos a la vez que empujaban carretillas por el muelle, serpenteando entre las pilas de cajas. Las familias se despedían llorosas de sus seres queridos. El bullicio y el caos eran tales que Elizabeth a duras penas logró asimilar la escena: solo ver a tantísimas personas y cosas en un mismo sitio la aturdió.

Habían tardado un par de días en realizar el largo viaje desde Cornualles hasta el noreste del país, con una parada en Londres para pernoctar (donde Elizabeth aprovechó para encargarse de una última tanda de pinturas y pinceles). Acompañadas por Helyer, lacayo de la casa y hermano mayor de Daisy, habían partido de la estación de Euston (Elizabeth en el vagón de primera clase) con destino a la ajetreada ciudad portuaria, donde pasaron la noche. Emocionada ante la inminencia del viaje, Elizabeth apenas había pegado ojo, y estaba ya en pie antes del amanecer para llegar al barco con tiempo de sobra antes de zarpar por la tarde. Elizabeth nunca había viajado tan lejos; de hecho, ni

siquiera había salido aún de Inglaterra. Se recordó que esa sería la menor de sus experiencias en los meses venideros, pero su emoción no menguó.

Ahora que veía con sus propios ojos el buque, uno de los mejores de la Compañía de Navegación a Vapor del Pacífico, de casi cuatro mil toneladas, se moría de impaciencia por hacerse a la mar.

–Despacio, señorita –dijo el lacayo mientras la ayudaba a bajar del carruaje.

–Gracias, Helyer –respondió ella, apoyándose en su brazo al verse zarandeada por la multitud en el embarcadero Prince.

–Voy a ocuparme de los baúles –anunció él, en cuanto la dejó sana y salva en la dársena– mientras usted y Daisy van a la terminal. –Señaló un edificio bajo y alargado en el extremo del muelle de madera antes de encaramarse al techo del carruaje para bajar la cantidad de baúles que Georgiana había considerado necesarios para el viaje.

Cuidadosamente guardada en uno de los baúles, había una caja metálica, similar a un joyero, pero mucho mayor. Confeccionada por la misma empresa que había fundido el reloj de sol de Trebithick, era un obsequio que su padre le había hecho poco antes de enfermar. Presentaba un grabado similar de flores y hierbas en forma de arabescos y, en el centro de la tapa, una estilizada «E» rodeada de flores y pájaros.

–¡Oh! –había exclamado Elizabeth al verla por primera vez–. ¡Papá, es preciosa!

–Bueno, querida mía, necesitas un lugar seguro para guardar tus dibujos.

–¡Me encanta! –dijo, y al abrir el pasador y levantar la tapa, quedó a la vista un forro de elegante terciopelo azul marino guarnecido con cinta de satén oscura.

–Aquí tienes también un candado –dijo su padre mientras lo buscaba a tientas en el aparador. A continuación, entregó a su hija un candado pequeño pero robusto en forma de corazón y una llave–. Y la caja es hermética. Cierra perfectamente. Es la mejor manera de proteger tu material de la humedad.

En ese momento Elizabeth se había preguntado qué necesidad había de resguardar tanto sus dibujos, pero todo se aclaró cuando su padre le confió la misión. También le había obsequiado varias finas láminas de cristal.

–Para secar las semillas –había explicado.

Elizabeth se volvió en busca de Daisy, que ya se había apeado del coche y miraba alrededor, asombrada ante tanta actividad. La doncella le dirigió una amplia sonrisa: daba la impresión de que empezara a dejarse llevar por la emoción en igual medida que Elizabeth.

Pasaban ya de las doce del mediodía; habían desayunado muy temprano solo a base de pan y té, y ahora Elizabeth tenía un hambre canina. Se moría de ganas de subir a bordo e ir al comedor, donde, según le habían informado, los aguardaban unos refrigerios.

–Vamos, Daisy. Más vale que nos pongamos en marcha.

–Sí, señorita –contestó la doncella, presa al parecer de una repentina pesadumbre. También Elizabeth experimentó un sentimiento de pérdida en medio de su expectación. Las dos dejaban atrás todo aquello que les era conocido. Aunque Elizabeth se había despedido de Georgiana y Robert hacía dos días, Daisy se enfrentaba ahora al último adiós a su hermano mayor, y lo abrazó con vehemencia, humedeciéndole el chaleco con sus lágrimas.

–Vamos, vamos, Daisy, no te pongas así –la reprendió él con delicadeza–. Vas a emprender una gran aventura, ¡a conocer mundo! No tardaremos en ver otra vez tu cara de pilla, no te preocupes. Ni en oír tus relatos sobre la vida en alta mar.

–Ya lo sé. Perdona, hermano –dijo ella a la vez que se sorbía la nariz, se desprendía de él y cuadraba los hombros–. Estaré bien. E intentaré no echarte demasiado de menos.

–Vamos ya, Daisy –instó Elizabeth con impaciencia, sucumbiendo al apetito–. Sécate esas lágrimas y pongámonos en marcha.

–Que Dios las acompañe –gritó Helyer a sus espaldas. Elizabeth percibió envidia en sus palabras.

Mientras ascendían por la pasarela, Elizabeth sintió un nudo en el estómago. Estaba a punto de emprender un viaje en barco hasta la otra punta del mundo en busca de una planta letalmente venenosa. Seguida de cerca por Daisy, Elizabeth no se permitió aflojar el paso. Ya era demasiado tarde para echarse atrás.

Solo había unos pocos pasajeros a bordo del *Corcovado*, puesto que era

predominantemente un buque de carga que llevaba correo y porcelana a Valparaíso haciendo escala en Burdeos, Lisboa y Río de Janeiro, y después regresaba con azúcar, cacao y telas. En el comedor de la nave, poco espacioso y de techo bajo, había una mesa de madera alargada, de extremo a extremo, flanqueada a ambos lados por sendas hileras de sillas redondeadas que iban fijadas al suelo. Elizabeth descubrió que estaban sujetas al intentar retirar una para sentarse.

–¡Uf! –exclamó, incapaz de moverla.

–Mire, señorita. Me parece que así le será más fácil. –Daisy había girado hábilmente el respaldo de la silla a un lado para que Elizabeth pudiera sentarse.

–Ah, gracias, Daisy –dijo Elizabeth, enrojeciendo al darse cuenta de su error.

En un aparador habían dispuesto una bandeja de pan con mantequilla y *plum cake*, y al lado había una gran tetera sobre un trébede metálico.

–¿Le sirvo una taza, señorita?

–Sí, por favor, Daisy, y otra para ti. Ahora que estamos a bordo, creo que podemos relajar un poco las normas habituales, ¿no te parece?

Daisy la miró con cara de incompreensión.

–No hay dependencias para el servicio, así que comeremos juntas. También dispondrás de mucho tiempo para ti, ya que yo necesitaré poca ayuda mientras estemos en alta mar.

–Sí, señorita.

–Pienso, pues, que podemos prescindir de eso de «señorita», ¿no, Daisy? Cuando éramos niñas y jugábamos juntas, éramos Daisy y Lizzie, y me parece, por tanto, que para este viaje deberíamos tratarnos así otra vez. ¿Qué me dices?

–Sí, se... Por supuesto, señorita Lizzie.

–Vamos, Daisy, puedes hacerlo mejor –ordenó Elizabeth.

–Sí, Lizzie –contestó Daisy obedientemente, y dirigió a su señora una sonrisa vacilante.

Una vez resuelto ese asunto menor, se concentraron en la importante cuestión de la comida. Por desgracia para Elizabeth, esa fue la última comida de la que pudo disfrutar en muchas semanas.

Llevaban en el mar menos de veinticuatro horas cuando se indispuso. Al día siguiente, Daisy y ella habían compartido un contundente almuerzo a base de estofado de ternera –bastante aceptable, pensó Elizabeth, removiendo la salsa con la cuchara, aunque no le habría venido mal un poco más de sal– y pudín de ciruela. Después de la comida, Elizabeth se retiró a su camarote.

–Anoche no pegué ojo, y creo que una siesta me ayudará a sacudirme este cansancio, Daisy –dijo.

–Por supuesto –respondió Daisy–. ¿Quiere que la acompañe a desvestirse? Elizabeth rehusó el ofrecimiento con un gesto.

–Creo que puedo aflojarme el corsé yo sola.

–Por supuesto. Entonces me quedaré en cubierta; me agrada el aire fresco.

Arrullada por el ronroneo de los motores del barco –viajaban a vapor cuando no había viento, pero de lo contrario iban a vela–, Elizabeth se durmió al instante, pese a la estrecha litera y el delgado colchón que les servía de cama.

Cuando despertó, el camarote estaba en penumbra, ya que por el pequeño ojo de buey era muy poca la luz que penetraba, y el buque se zarandeaba. La Biblia de viaje de Elizabeth, antes junto a la cama, había salido despedida hasta la otra punta del camarote, y su sombrero para el sol estaba en el suelo a su lado. Tenía el estómago revuelto, acorde con el movimiento del barco, y se llevó una mano a la boca.

–Ay, santo cielo –musitó al levantar la cabeza de la almohada. Encajada en la mesita de noche había una jarra, y justo cuando Elizabeth la alcanzó, brotó de su estómago un violento chorro de vómito, que en parte fue a parar a la jarra y en parte salpicó el suelo. Después de una sucesión de arcadas menores que la dejaron temblorosa, se limpió la boca con el dorso de la mano y, tambaleante, se puso en pie.

Cuando por fin tuvo la certeza de que no le quedaba dentro nada más que expulsar, salió del camarote, que ahora apestaba por el hedor acre del contenido de su estómago, y fue en busca de Daisy, apoyándose a duras penas en las paredes del pasillo camino de la cubierta.

El cabello de color fuego de la doncella era como una almenara, y Elizabeth la localizó en el otro extremo del barco. Se dirigió apresuradamente hacia ella, agarrándose a la barandilla del barco como si le fuera la vida en ello mientras este se bamboleaba y daba bandazos en el océano encrespado.

–¡Ay, Daisy! –exclamó cuando llegó junto a ella. El viento le agitó el pelo en torno a la cara y se llevó sus palabras.

–Elizabeth, ¿no le parece extraordinario? Fíjese en el mar. ¡Es inmenso! ¡No tiene fin! –Se la notaba exultante.

Daisy observó más atentamente a Elizabeth y advirtió su palidez verdosa.

–Señorita, ¿qué le pasa? ¿Está mareada? Ya nos previnieron.

Elizabeth, incapaz de pronunciar palabra, movió la cabeza en un gesto de asentimiento, viéndose inútil y débil, con tales náuseas que ni siquiera podía sentirse decepcionada consigo misma por sucumbir a semejante trivialidad. Se suponía que era una viajera intrépida, pero a la hora de la verdad caía ya en el primer obstáculo. Dejó escapar un sonoro gemido, y Daisy la tomó del brazo.

–Quédese aquí tanto como pueda. Lo peor para el mareo es estar bajo cubierta, según me ha explicado el señor Williamson.

–¿El señor Williamson? –Pese a la fragilidad de su estado, Elizabeth sintió curiosidad.

–Él y el otro caballero, el señor Windsor, han estado aquí hace un rato.

Elizabeth percibió un ligero rubor en las mejillas de Daisy.

–Tenían muchos consejos que dar sobre la vida a bordo. Es el cuarto viaje como este que hacen juntos.

–Vaya si tienen experiencia –contestó Elizabeth con los dientes apretados. Había visto a los dos caballeros en el comedor la noche anterior. En total, había en el salón dieciséis personas: una familia con tres hijos, aparentemente de entre cuatro y doce años, junto con su doncella y su criado, quienes, a falta de dependencias para el servicio, se sentaron en el extremo de la mesa; otras dos parejas, los dos caballeros, el capitán, y Elizabeth y Daisy. Conforme a su nuevo acuerdo, Elizabeth había insistido en que Daisy se sentara a su lado.

–Desde luego. Parece que han viajado mucho. Las islas Sándwich, donde quiera que estén, Australia y las Américas. Exportan mercancías a todo el mundo y tienen especial interés en el mercado de nitratos de Chile, aunque he de confesar que no sé muy bien qué son exactamente los nitratos.

–Impresionante, en todo caso –masculló Elizabeth–. Pero de momento, Daisy, lo que me preocupa es la perspectiva de estar indispuesta todo el viaje. –Se le cayó el alma a los pies ante la idea de pasar varios meses en tan lamentable estado. Tenía tan revuelto el estómago que no podía siquiera imaginar la posibilidad de volver a sentirse bien.

–Vamos, vamos. Tranquilícese –dijo Daisy para consolarla–. Pronto se

acostumbrará al mar.

–Me temo que mi camarote no está muy limpio –se disculpó.

–Ah, claro –respondió Daisy, entendiendo la insinuación–. Se lo dejaré como los chorros del oro en un santiamén. Aunque creo que debería quedarse aquí fuera el mayor tiempo posible. Al menos hasta que sirvan la cena.

Ante la mención de la cena, Elizabeth sintió una violenta sacudida en el estómago y se lanzó hacia la barandilla, donde expulsó bilis en el agua gris y encrespada.

Daisy apoyó una mano en la espalda de su señora y se la frotó con delicadeza en un movimiento circular.

–Vamos, vamos –repitió para calmarla–. Pronto se le pasará.

Elizabeth quería creerla desesperadamente.

Sídney, otoño de 2017

—¡Es como una cápsula del tiempo! —exclamó Vanessa.

Sacó un collar de azabache, tan pequeño que casi podía ser una gargantilla, formado por abalorios y lágrimas dispuestos en una elaborada composición. Sus facetas destellaban al sol.

—No tiene mucho valor, pero igualmente es bonito. De finales de la época victoriana, diría yo.

Antes de ser madre, Vanessa había trabajado para uno de los principales joyeros de Sídney, y su especialidad eran las piezas antiguas.

También encontró un espejo de mano con el dorso de plata, muy ornamentado pero deslucido. Tintineó ligeramente cuando se lo acercó a la cara, porque el cristal estaba un poco suelto. Admiró su reflejo en la superficie empañada por el tiempo y después, al darle la vuelta, vio detrás las letras A. T. entrelazadas.

—Así pues, aquí tenemos las letras A. T., y en los dibujos las letras E. T. —musitó Anna mientras lo examinaba.

Al lado del espejo encontró una pequeña fotografía granulosa en blanco y negro.

—¡Vaya, por fin tenemos alguna pista! —exclamó Vanessa a la vez que se la enseñaba a Anna.

La fotografía, montada en cartón rígido, mostraba una escena al aire libre: un hombre sentado en una anticuada silla de delgadas ruedas, junto a una joven rubia con el cabello recogido y un asomo de sonrisa en los labios. El hombre llevaba traje y alzacuello, y la mujer un vestido de mangas largas ahusadas, reducida la cintura a unas proporciones diminutas. Al fondo se veía una casa imponente, con más de doce chimeneas en lo alto de un tejado de pizarra a dos aguas muy inclinado. Flanqueaban la magnífica puerta de entrada unas ventanas altas y rectangulares, divididas en pequeños recuadros. Ante sí tenían

un amplio camino de acceso y a la izquierda, en primer plano, se sucedían varios arbustos grandes y frondosos.

–Parece Inglaterra, ¿no?

–Podría ser. –Vanessa dio vuelta a la foto–. Mira, hay algo escrito aquí detrás.

–¿Qué dice? ¿Puedes leerlo? –preguntó Anna con impaciencia. La emoción le corría por las venas ante ese descubrimiento. Era como encontrar pistas de un rompecabezas fascinante.

–«John Trebithick y su hija.» También hay una fecha. «Primavera de 1886» –añadió Vanessa.

–El mismo año en que están datados algunos de los dibujos –observó Anna–. Me pregunto si E. T. es su hija. ¿Crees que la artista es ella?

–O podría ser A. T. –le recordó Vanessa–. Como en el espejo. Y en todo caso el autor de las acuarelas podría ser un hombre.

–¿Guardadas en una caja así? –Anna tenía sus dudas.

–Buena observación.

–Es muy guapa, ¿verdad? –comentó Anna, examinando la imagen mientras Vanessa volvía a centrarse en la caja.

–¿Y esto qué es?

Insertada entre dos láminas de grueso papel había una flor, de color muy claro, casi traslúcida. Crujió cuando Vanessa posó el dedo en el pétalo.

–Esta es tu especialidad, hermana –dijo Vanessa, y se la entregó con cuidado–. ¿Qué crees que es?

–Así a bote pronto, una liliácea –contestó mientras la examinaba con delicadeza–. Pero es de una variedad que no había visto nunca.

Entretanto, Vanessa prestaba de nuevo atención al falso fondo de la caja. Al parecer, albergaba otro tesoro.

–Damasco, creo –observó. Sostenía en alto una pequeña bolsa cerrada con un cordel, que en su día tal vez fuera de un intenso escarlata, pero que ahora era de un rojo desvaído. Con cuidado, Vanessa aflojó el nudo del cuello de la bolsa y miró dentro. Con cara de perplejidad, vació el contenido en la mesa del comedor de Anna: rodaron por la superficie unos pequeños objetos marrones en forma de judías secas, y algunos fueron a parar al suelo.

Anna dejó de examinar la flor prensada y se agachó a recuperar las semillas desparramadas. Tras reunir las en la palma de la mano, sujetó una entre las yemas del pulgar y el índice, y la alzó para estudiarla con ojo de experta.

–Nunca había visto nada igual –musitó para sí, antes de devolver cuidadosamente todas las semillas a la bolsa–. ¿Y si plantara...?

–Y bien –dijo Vanessa, y volvió a sentarse–, ¿qué conclusión sacas de todo esto?

Anna seguía pensando.

–No estoy muy segura.

–¿Cómo ha podido conservarse todo esto así de bien tantos años?

–Bueno, la caja es bastante resistente. Debe de haber protegido estos objetos de todo aquello que habría podido dañarlos, como las temperaturas extremas o la humedad. Y el papel es bastante grueso; papel de tela, supongo, o algo parecido. Recuerdo haber leído algo al respecto en la asignatura de historia. A veces, antiguamente, hacían papel con paños viejos de algodón. ¡Ah, espera!

Anna alargó la mano hacia la estantería y sacó el cuaderno que se había llevado de la casa de Paddington.

–Esto es lo primero que encontraron los albañiles en el hueco. Me había olvidado.

Al abrirlo, la tapa crujió un poco, y Anna vio que la portadilla había sido arrancada. Pasó las hojas, densamente escritas con una letra de trazos finos y alargados, la tinta se había desteñido hasta quedar reducida a un tono sepia.

–Parece un diario –comentó–. Mira, en el encabezamiento de algunas páginas aparecen fechas.

–No debe de haber estado expuesto a la luz durante mucho tiempo –añadió Vanessa–. Eso también habrá contribuido a la conservación.

–Te parecerá raro –dijo Anna, apartando la vista del cuaderno–, pero cuando abrí la caja por primera vez, habría jurado que me llegó un olor a mar.

–Bueno, quizá haya llegado por mar.

–Sí, podría ser. O tal vez solo fueran imaginaciones mías. Pero los dibujos... No son de plantas autóctonas de Inglaterra. Ni de Australia, ya puestos –señaló Anna.

–¿Se te ocurre de dónde podrían ser?

–Anoche lo estuve pensando. Muchas de ellas me parecen sudamericanas.

–Entonces el misterio va en aumento –sentenció Vanessa–. ¡Qué emocionante! ¿Y el diario? ¿Lo firma alguien?

Anna negó con la cabeza.

–Parece que alguien ha arrancado las primeras hojas. Y la letra es muy

difícil de leer.

–¿Distingues algo? Trae, déjame verlo.

Anna había abierto el diario al azar, y juntas lo examinaron detenidamente.

–Aquí dice algo sobre un barco. «Las cubiertas están heladas...» ¿Pone ahí «heladas»? –preguntó Vanessa.

–Creo que sí.

–«Las cubiertas están heladas y no podemos salir de nuestro camarote...» Por lo visto, tenías razón en eso de que la caja ha llegado aquí en barco.

–Eso parece. Luego la examinaré con atención.

–¡Maldita sea! –gruñó Vanessa cuando empezó a sonar su móvil. Lo sacó del bolsillo del vaquero y miró la pantalla–. Harvey.

Anna se marchó a la cocina para recoger los restos del desayuno y dejar que Vanessa hablara con Harvey.

Su hermana no tardó en aparecer en la puerta.

–Tengo que salir corriendo. Quiere saber dónde ando. Francamente, es incapaz de ocuparse él solo de esas niñas más de cinco minutos. Pero ha valido la pena venir, hermana: esto es todo un hallazgo. ¿Tienes ya alguna idea de lo que vas a hacer con estas cosas?

Anna parpadeó. No se había detenido siquiera a pensar que fuese necesario hacer algo con aquello. De pronto se le ocurrió una idea.

–Bueno, está Jane, una de mis antiguas compañeras de la universidad. Ahora trabaja en el jardín botánico. He perdido el contacto con ella... –Hizo una pausa cuando Vanessa enarcó las cejas–. Sí, ya lo sé –prosiguió Anna–, pero podría preguntarle. A lo mejor lo sabe, o conoce a alguien que pueda arrojar cierta luz.

–Me parece un buen plan –comentó Vanessa a la vez que recogía las llaves y el bolso–. Mantenme al corriente. Me muero de curiosidad por saber más, y seguro que mamá también.

Aнна dedicó unas horas a descifrar las entradas del diario, pero con escasos resultados; fijar la mirada durante demasiado tiempo en aquella letra le daba dolor de cabeza. No se le ocurría qué relación podía existir con el cuaderno de dibujo y la caja, puesto que la caligrafía era distinta. Aunque las fechas

casi coincidían, pues las entradas del diario eran únicamente un año posteriores.

Llegó a la conclusión de que la autora se llamaba Marguerite, y de que viajaba en barco a Australia. Las primeras páginas tenían fecha de febrero de 1888 y trataban de largas jornadas en el mar, de ratas que le roían las botas y de una misteriosa «L», que estaba cada vez más inquieta e indispuesta. Marguerite parecía soportar la ardua travesía con entereza, recordándose que debía mantenerse fuerte, aunque comentaba que estaba ya harta de cenar una y otra vez una grasienta sopa de cordero, un pan tosco y queso duro. Tampoco aprobaba las abundantes jarras de ron que ingerían los pasajeros varones, y a menudo se retiraba temprano a su pequeño camarote con L, donde permanecía despierta en su dura litera mientras L dormía. Anna no había averiguado aún quién era «L», aparte de que era un bebé.

Tumbada en su cama infinitamente más mullida, Anna se dejó transportar en el tiempo, imaginando el barco en movimiento y las interminables semanas en el mar, olas dos veces más altas que un hombre que barrían la cubierta, intentando cuidar de un bebé indispuerto. Marguerite no mencionaba a un marido. ¿Qué hacía, pues, en alta mar con un niño? ¿Era viuda y el objetivo de su viaje era tal vez establecerse en una nueva tierra?

Anna apenas podía concebir el valor que se requería para emprender semejante viaje hacia lo desconocido y para colmo con un bebé a quien proteger.

Siguió leyendo. Marguerite parecía asustada, «contenta de haberse alejado de ese lugar» y de los «malos espíritus» que la perseguían. «Nunca podré volver a casa –escribió–. Ya que seguro que él me encontraría, y la criatura y yo correríamos peligro. Pero pronto seré una mujer libre, y estaré eternamente agradecida por eso.»

Un escalofrío recorrió a Anna cuando leyó esas frases. Era un horror tener que huir de casa, viajar durante semanas y enfrentarse a lo desconocido. Ciertamente Marguerite debió de ser una mujer valiente.

En alta mar, 1886

U nas aguas más plácidas no aliviaron el mareo de Elizabeth. El barco hizo escala en Burdeos y, después, en Tenerife, donde se obligó a salir y ver la espectacular cima. No se permitió a nadie desembarcar.

–Es peligroso –advirtió el capitán–. Me ha llegado noticia de hostilidades españolas.

Daisy le contó que habían encontrado a dos polizones en la bodega del barco. «Enseguida los pusieron a trabajar en la sala de calderas, según me han dicho.» Al cabo de unas semanas, rebosante de entusiasmo y con los ojos muy abiertos, describió a Elizabeth un numeroso grupo de ballenas cuyos chorros se alzaban a estribor. Al día siguiente dijo que había salido a cubierta por la noche, «y las estrellas se veían en el cielo tan brillantes que costaba creerlo».

Elizabeth no podía ni levantar la cabeza de la litera. Estuvo indispuesta casi todo el viaje hasta Río de Janeiro, una travesía de cerca de un mes, y sobrevivió solo a base de mordisquear gruesos trozos de pan seco y beber agua a sorbos. El agua potable llegó a estar tan turbia que se veían obligadas a filtrarla entre los dientes, y Elizabeth se estremecía al notar el correteo de las cucarachas en su litera por las noches. Se rascaba continuamente por las picaduras de los piojos que le asaeteaban brazos y piernas. Se sentía débil como un gato recién nacido. Cuando el tiempo lo permitía, podía descansar en una hamaca en cubierta, tapándose las rodillas con una abrigada manta de lana como una inválida, pero la sensación de bienestar que había conocido a lo largo de su joven vida era ahora tan escurridiza como el aroma de las campánulas en primavera en el bosque de detrás de Trebithick Hall. El último día de octubre, pese a ser su cumpleaños, fue incapaz de salir de su camarote. Se sentía en las últimas, y empezaba a preguntarse si sobreviviría a la travesía y llegaría a cumplir los veintiséis años.

Daisy, en cambio, estaba cada vez más pletórica gracias al tonificante aire marino, y Elizabeth advirtió que adquiriría más aplomo e independencia casi a

diario. Ojalá hubieran podido intercambiar sus papeles, pensaba lánguidamente, al observar que Daisy había entablado una amistad especial con el más joven de los dos caballeros de a bordo. Había interrogado a su doncella, y por lo visto, sin haberlo acordado formalmente, Daisy y el señor Williamson se las arreglaban para pasear juntos por la cubierta del barco todas las mañanas después del desayuno. Daisy reproducía animadamente sus conversaciones ante Elizabeth, tal vez con la esperanza de despertar su interés en algo, cualquier cosa, con tal de apartarla del atroz tedio del viaje.

–¡Exporta cacao de Brasil y Perú hasta los muelles de Inglaterra! –explicó Daisy–. Según él, con eso puede ganarse una fortuna, y el señor Windsor y él se proponen sacar sustanciosos beneficios de sus empeños. Al menos esas son las palabras que creo que ha utilizado. ¿Qué significa *empeño*?

–En este caso, trabajo –respondió Elizabeth. Impregnaba su voz cierta acritud después de oír los relatos de Daisy durante semanas–. Está claro que eso te impresiona mucho, Daisy.

–¿Cómo no iba a impresionarme una cosa así? –repuso Daisy, dolida.

Elizabeth se arrepintió de inmediato.

–Lo siento, querida Daisy. Lo que pasa es que estoy harta de encontrarme mal, por culpa de eso todo me parece de lo más desagradable.

–Y yo hago todo lo posible para distraerla –dijo Daisy con calma–. Así de simple.

Por tanto, Elizabeth no fue la única que sintió alivio cuando, a un día de viaje de Montevideo, despertó una mañana un tanto restablecida. Si Daisy se sorprendió al verla ya levantada cuando acudió a ayudarla a vestirse, no dijo nada.

–Creo que esta mañana desayunaré un poco, Daisy –anunció Elizabeth. Todas las mañanas anteriores había respondido con un gesto de rechazo al ofrecimiento de comida, negándose a pisar el comedor por temor a sucumbir otra vez a las náuseas.

–Sí, claro –contestó Daisy–. Está de suerte. El cocinero del barco repostó provisiones. Tenemos fruta fresca de un tipo que yo nunca había visto. Caquis. Son como tomates, pero el sabor se parece más al de una naranja. Y arándanos. Ay, los arándanos, ¡tiene que probarlos! –exclamó Daisy–. Nunca los había comido tan dulces y sabrosos.

El estómago encogido de Elizabeth, en lugar de revolvérsele como venía

ocurriéndole anteriormente en alta mar al pensar en comida, emitió un sonoro gruñido.

—Vamos, Daisy, probaré esas frutas extrañas. ¡Debo admitir que estoy famélica! —exclamó, sorprendida.

El aire era cálido y agradable, la luz brumosa, y Elizabeth se alegró de disponer del parasol que, por insistencia de Georgiana, se había llevado. Después del desayuno, Daisy fue a por el cuaderno de dibujo y los lápices de Elizabeth. A pesar de que todo lo demás estaba húmedo y pegajoso a causa del salitre, afortunadamente la caja, con su cierre hermético, había mantenido seco el material.

—No sé si eso tiene mucho sentido —dijo Elizabeth al ver lo que Daisy traía consigo. Contempló el horizonte; el mar estaba tan quieto como cristal fundido—. Porque hay muy poco que ver.

Le sorprendió percibir que Daisy la miraba con cierta inquietud, mordiéndose el labio, como si quisiera decir algo pero temiera hacerlo.

—¿Qué pasa, Daisy?

—Verá, señorita... Esto... Elizabeth. —La doncella se retorció la falda de algodón—. Me preguntaba si podría usted ayudarme a aprender a escribir. Sé leer un poco, mi padre nos enseñó a mis hermanos y a mí cuando éramos pequeños. Pero nunca aprendí a formar bien las letras, y me gustaría hacerlo. Es decir, si dispone del tiempo.

Elizabeth no pudo disimular su asombro.

—Pero si hablas con gran elocuencia. No tenía ni idea de que no supieras escribir y leer.

—Debo confesar que he estudiado detenidamente su manera de conversar, señorita Elizabeth, pero escribir ya es otra cosa. En cuanto a la lectura...

—Bueno, Daisy. Si en estos momentos algo nos sobra, es el tiempo, ¿no te parece? Me encantaría ser tu maestra, aunque solo fuera para mostrarte mi agradecimiento por lo bien que me has cuidado en estas últimas semanas.

—Era solo mi obligación —repuso Daisy.

Se sonrieron casi como cuando eran niñas, y Elizabeth cogió un diario que Daisy también le había llevado.

—Mira —dijo, y formó cuidadosamente las letras del alfabeto—. Yo las

escribo, y tú las copias debajo. Si en algo insistía mademoiselle Violette era en la elegancia de la caligrafía, así que te enseñaré tal y como me enseñó ella a mí.

El aire templado, el estudio diligente y el hecho de que por primera vez en varias semanas tenía alimento nutritivo en el estómago habían avivado el color de sus mejillas. Daisy y ella se reían juntas de la letra vacilante de la doncella cuando los dos caballeros las interrumpieron.

–Se la ve de mucho mejor ánimo, señorita Bligh –observó el señor Williamson a la vez que la saludaba con una inclinación de cabeza–. Permítanos presentarnos, dado que aún no hemos tenido el placer. Este es mi apreciado compañero, el señor Arnold Windsor, y yo me llamo Daniel Williamson.

Elizabeth entendió que aquel caballero hubiera impresionado a Daisy, ya que hablaba correctamente y su expresión era afable. Tenía unas facciones agraciadas y el cabello de un color rojizo parecido al de su doncella.

–Así es, señor Williamson –respondió Elizabeth tras un breve silencio. Su padre le había aconsejado que viajara con el apellido de soltera de su madre, para evitar que alguien la relacionase con Trebithick, y aún no se había acostumbrado al nuevo nombre–. Es un alivio volver a sentirme bien. Parece que, por fin, estoy hecha al movimiento del barco, como venía diciéndome Daisy.

–Y en buena hora –comentó él–, porque temíamos que no sobreviviera a la travesía.

Elizabeth vio que Daisy y el señor Williamson cruzaban una mirada y que su doncella se ruborizaba al percibir el interés de él. ¿Hasta qué punto habían intimado mientras ella guardaba cama?

–Ah, le aseguro que no soy la delicada flor que usted imagina –insistió Elizabeth.

–Tal vez el mar no sea lo suyo.

–En efecto –reconoció Elizabeth, y recogió la guía de viaje que Georgiana le había puesto en las manos cuando se marcharon–. ¿Qué opina usted de esto, señor Williamson? ¿«Los mejores viajeros son aquellos que pueden comer gato en China, ranas en Francia y macarrones en Italia; que pueden fumar con pipas de espuma de mar en Alemania, montar a lomos de un elefante en la India, cazar perdices en Inglaterra y ponerse un turbante en Turquía...»?

–Diría que coincido, señorita. «Allá donde fueres, haz lo que vieres.» –

Como para demostrar su argumento, se señaló la camisa de hilo, libre de corbata o plastrón.

—Pero hasta cierto punto —adujo Elizabeth—. Porque no concibo, en ninguna circunstancia, la posibilidad de perder toda noción de lo inglés.

Él ladeó el sombrero en dirección a ella y asomó una sonrisa a sus labios.

—Yo diría que ese es un riesgo que usted no corre, señorita Bligh.

Elizabeth eludió el hastío mediante las clases que daba a Daisy y la compañía de los otros pasajeros. El viaje fue largo, tedioso e incómodo y, tal vez por las penurias compartidas de la dura vida a bordo —a juicio de Elizabeth, las ratas, que de noche correteaban invisibles por su camarote, eran la peor de sus penalidades—, se habían convertido en una camarilla de viajeros muy unidos, obligados a estar juntos por los confines del buque y a desarrollar por tanto una relación de camaradería. Elizabeth se encariñó de los tres niños, sobre todo del más pequeño, y jugaba con ellos a corre que te pillo, la rayuela y el herrón cuando sus padres se cansaban de su compañía.

Se celebró la Navidad a bordo, si bien ninguno de los pasajeros habría considerado un festín aquella comida.

—En esta parte del mundo escasea el pavo —comentó en broma el señor Windsor.

—No obstante, tenemos un pudín excelente, ¿no es así? —terció Elizabeth a la vez que se llevaba a la boca una cucharada de ese postre a base de fruta y coñac. Había empezado a disfrutar de la compañía paternal del señor Windsor; le recordaba un poco a su padre por el interés que mostraba en todas las cosas de este mundo, pero se mantenía atenta a la nascente amistad entre Daisy y el señor Williamson. Pese a la relajación de los límites que imponía la vida a bordo, no deseaba que su doncella perdiera la cabeza y el corazón, ni que la abandonara en cuanto tocaran tierra. El viaje había cambiado a Daisy, reflexionó Elizabeth. Había demostrado ser una alumna despierta y, gracias a sus lecciones diarias, su lectura y su escritura habían mejorado mucho. Pero no era solo eso. Daisy no era ya la tímida campesina de Cornualles, sino una joven capacitada y resuelta que parecía no amedrentarse casi por nada.

Muy afectada por el tórrido calor del Ecuador, Elizabeth de nuevo se vio confinada a su camarote cuando el buque circunnavegó el cabo de Hornos con

mar gruesa, sacudiéndose y estremeciéndose hasta tal punto que temió que se partiera en dos. No pudo encontrar consuelo ni siquiera en las páginas de papel cebolla de su Biblia. Tiritando bajo un montón de mantas, apenas podía controlar el temblor de sus manos lo suficiente para distinguir las palabras. Aquel frío húmedo y gélido le había calado hasta los huesos. Si algún día se veía obligada a surcar otra vez el paso de Drake, sería demasiado pronto por mucho tiempo que pasara, decidió. Estaba impaciente por llegar a tierra firme.

Sídney, otoño de 2017

Cuando Anna salió del jardín botánico y entró en el café Flourish, se sorprendió al ver que la esperaban a la mesa no una persona, sino dos. Jane apenas había cambiado desde la última vez que Anna la viera años atrás, pero la otra persona era un total desconocido, y Anna no pudo por menos que sentirse un poco desconcertada por su presencia. Ya iba a ser bastante difícil reunirse con Jane después de tantos años y afrontar sus preguntas, y mucho más con un testigo inquisitivo delante.

–¡Anna! ¡Hola! ¡Estás estupenda! –saludó Jane levantando la voz, y se puso en pie para abrazarla–. Cuánto tiempo, ¿no? Debo reconocer que me sorprendió recibir tu mensaje. Creía que habías desaparecido de la faz de la tierra, o que te habías ido a la otra punta del mundo. Ese era tu plan, ¿no? ¿Después de la universidad?

Anna esquivó la pregunta con un gesto parco.

–No, aquí sigo.

Jane la miró sorprendida y de pronto pareció recordar que las acompañaba otra persona, un hombre que contemplaba a Anna con risueño interés.

–Anna, Noah. Noah, Anna –los presentó.

Noah tenía un apretón de manos firme, y Anna percibió brevemente el agradable calor seco de sus dedos y la piel encallecida de su mano antes de que la retirara. Tras las presentaciones, se sentaron.

–Veamos, Anna. Jane me ha dicho que quieres que alguien evalúe ciertos dibujos botánicos –dijo él.

–Bueno, no sé si se trata realmente de evaluarlos. Pero he pensado que a lo mejor Jane podía arrojar cierta luz sobre ellos.

–Noah es el verdadero experto en estas cosas –explicó Jane–. Por eso le he pedido que viniera. Hace poco ha sido comisario de una exposición. ¿La has visto? ¿La de Lion Gate Lodge, hace un par de meses?

Anna negó con la cabeza, y por un momento Noah pareció decepcionado.

Interrumpieron su conversación para pedir unos sándwiches y bebidas, pero luego Noah empezó a hablar de la exposición y el esfuerzo que le había exigido la recopilación del material.

–Se expusieron obras de algunos de los mejores artistas botánicos de Australia y Nueva Zelanda. En realidad, están infravalorados. Supongo que se debe al alto grado de especialización. El minucioso nivel de detalle que alcanzan es extraordinario, en algunos casos superior a una fotografía.

Anna asintió. También ella valoraba la complejidad y la maestría del arte botánico, y eso incluía las muestras del cuaderno guardado en la bolsa de percal que había dejado al lado de la silla. Pero prefería sacarlo más tarde; no quería que una mano descuidada derramara café sobre algo que se había conservado durante tanto tiempo en tan excelente estado.

–Y dime, ¿cómo han llegado a ti esos dibujos? –preguntó Jane.

–Estaban en casa de mi abuela, en Paddington. Los albañiles encontraron una caja vieja cuando retiraban unas estanterías empotradas.

Noah abrió mucho los ojos.

–Qué interesante. ¿Tienes idea de cuánto tiempo llevaban ahí?

–Veamos, la abuela Gus nació en esa casa, a principios del siglo XX, pero eso en realidad no sirve de nada, porque murió hace poco, y no puedo preguntárselo. Las estanterías estaban allí desde que mi madre tiene memoria. Ella se crio en esa casa. Los dibujos llevan fecha.

Noah y Jane la miraron con expectación.

–1887.

Noah dejó escapar un silbido, y Jane pareció impresionada, pero Anna no tuvo ocasión de entrar en más detalles porque la camarera les sirvió la comida.

Noah y Jane se abalanzaron sobre sus sándwiches, pero Anna advirtió que él le lanzaba alguna que otra mirada.

–Hay que ver cómo abre el apetito el aire libre –masculló Jane con la boca llena–. Sobre todo, en esta época del año; por las mañanas hace un frío de mil demonios. Pronto necesitaré guantes.

–Yo pensaba que estarías cómodamente instalada en algún acogedor laboratorio –comentó Anna después de tragar un bocado de su sándwich.

–Eso ni por asomo. Estamos propagando diversos almácigos autóctonos, para ver cómo afecta la temperatura a la germinación y el crecimiento.

Necesitan más cuidados que un recién nacido –comentó Jane en broma–. Aunque tienes razón. Me han trasladado aquí durante unos meses. Normalmente trabajo en el Banco de Plantas Australiano. Estamos llevando a cabo una amplia clasificación de plantas autóctonas y sus semillas. Casi cada día entran nuevas plantas en las listas de especies en peligro de extinción; la gente se asombraría si conociera el alcance del problema. También encontramos plantas nuevas: solo el año pasado se descubrieron más de mil variedades en todo el planeta, entre ellas algunas de café, chirivía y rosas, ¿no es increíble?

Anna asintió.

–También estamos investigando cómo conservar semillas mediante criogénesis.

–¿Qué? ¿Como si se congelaran embriones?

–Exacto. Solo que a muchas de nuestras especies tropicales no les sienta bien que las desequen y las congelen, así que tenemos que concebir otra manera de conservarlas.

Anna se acordó de pronto de la pequeña bolsa de semillas que Vanessa y ella habían encontrado en la caja, pero, por cautela, se abstuvo de comentarlo; no quería que le quitaran de las manos todo aquello. Primero le interesaba saber qué eran los dibujos y descifrar el resto del diario antes de preocuparse por una pequeña bolsa de semillas desecadas y una flor prensada.

Mientras Jane seguía hablando de su trabajo en el banco de semillas, Anna se terminó el sándwich y tomó un sorbo de café muy caliente. Cuando acabaron de comer y les retiraron los platos, Anna alargó el brazo hacia la bolsa que contenía el cuaderno de ilustraciones. Jane y Noah permanecieron en silencio cuando ella lo abrió por la primera página, una vistosa acuarela de un arbusto verde oscuro colmado de fruta de color morado intenso; en un dibujo aparte aparecía representada la fruta con todo detalle.

–*Aristotelia chilensis*, o maqui –dijo Jane–. A rebosar de antioxidantes y presentada hoy día como «superalimento».

Al pie de la hoja había una nota a lápiz.

–«Las hojas se utilizan para infusiones de *chicha*» –leyó Noah–. Sea lo que sea. «Dolor de garganta, cicatrizante, calmante» –continuó–. Extraordinario. No doy crédito al excelente estado de conservación. Apenas se nota el paso del tiempo.

Pasó la hoja y encontró una ilustración de un alto árbol semejante al roble,

de corteza marrón oscuro, hojas verdes ovaladas y densas flores blancas.

–«*Quillaja saponaria*, arbusto del jabón» –leyó–. «Jabón autóctono, para los pulmones y la buena salud.»

Siguieron hojeando el cuaderno, que contenía más de cien dibujos, todos de plantas distintas.

–Oye, ya sabrás que todas esas plantas son naturales del sur de Chile, ¿no? –preguntó Jane–. Y en su mayoría son plantas medicinales, por lo que se ve.

–Mmm –musitó Noah–. Es raro. –Llegó al final del libro, lo cerró con cuidado y se lo entregó a Anna, que lo guardó otra vez en la bolsa de percal–. No parece obra de ninguno de los artistas australianos de esa época, porque en ese caso seguro que yo lo habría reconocido. Sospecho que podría ser inglés. Desde luego, se trata de un hallazgo importante. La destreza artística y el estado de conservación son asombrosos.

–¿Qué vas a hacer con esto? –preguntó Jane.

–Ni idea –reconoció Anna.

–El estilo no se parece a nada de lo que yo conozco –declaró Noah–. Y los artistas botánicos, por precisos que sean, suelen tener un estilo característico, si uno sabe en qué fijarse, casi como una huella dactilar. –Al decirlo, se llevó el dedo a los labios en actitud pensativa–. Conozco a una persona que a lo mejor podría ayudarnos.

–¿Has encontrado alguna otra cosa? –preguntó Jane–. Has dicho que estaba en una caja.

–Bueno, había una foto –admitió Anna–. Parece que es de ese mismo año, pero anterior. Aparecen dos personas frente a una casa antigua. En primer plano se ve un arbusto, que parece un rododendro.

–O sea, que tienes un cuaderno de dibujos antiguo lleno de acuarelas extraordinarias hechas aparentemente en Chile y una fotografía antigua –dijo Jane, pensativa–. Y estaban ocultos detrás de una estantería. Ciertamente curioso.

Mientras recogían sus cosas para marcharse, Jane se rezagó con Anna, dejaron que Noah las precediera.

–Anna –dijo Jane–, nunca he tenido ocasión de decirte lo mucho que sentí lo de Simon.

Anna levantó la mano para interrumpirla.

–No importa. De verdad. Hace mucho tiempo de eso.

Jane captó la indirecta. La verdad era que sí importaba todavía, y mucho,

pero Anna no tenía el menor deseo de desenterrar el pasado y menos delante de otra persona.

Cuando alcanzaron a Noah, él le puso un papel en la mano.

–Es mi dirección de correo electrónico. –Por un momento Anna temió que le pidiera cita. Había advertido en sus ojos una mirada especulativa en la que se adivinaba un interés que iba más allá de las acuarelas–. Mándame un mensaje, y yo intentaré averiguar los datos de la persona que, según creo, podría saber algo más sobre esto.

–Estupendo –dijo ella–. Mmm. Gracias.

–Ya sabía yo que era buena idea traerlo –comentó Jane con picardía cuando se despidieron.

Anna volvió sola a pie a través de los jardines, disfrutando de la paz y la quietud que se respiraban lejos de las bulliciosas calles de la ciudad. Procuró no pensar en las veces que Simon y ella habían estado allí, los ociosos pícnicos a la sombra de las enormes higueras de Moreton Bay, cuando cruzaban cogidos de la mano los puentes ocultos de los jardines, conversaban, se enfrascaban en discusiones y finalmente se besaban con el estanque de los lotos como telón de fondo, pero esas imágenes casi parecían estampadas en el paisaje. Había sido uno de sus sitios preferidos en Sídney, pero ella no había vuelto desde hacía años. Y tenía sus razones.

Como por voluntad propia, sus pasos la llevaron a través de la roaleda, el arbol de sus flores ya apagado por la llegada de los primeros fríos. A Gussie le gustaban las rosas más que cualquier otra flor, pero siempre le había costado cultivarlas en su pequeño jardín trasero. Sencillamente, Sídney no ofrecía el clima adecuado.

Llegó al reloj de sol de bronce situado en el centro del herbario y deslizó los dedos por su superficie en relieve; se fijó en la tenue marca de suciedad que tenía bajo las uñas, y que nunca conseguía eliminar del todo. Siguió las formas del orégano, la menta, el perejil y, por supuesto, el romero. «Para el recuerdo», susurró.

Valparaíso, 1887

—¡Ay, Daisy! —exclamó Elizabeth cuando la doncella entró en el camarote para ayudarla a hacer el equipaje la mañana de su llegada a Valparaíso—. Estoy hecha un manojo de nervios. Ahora sí que vamos a empezar a explorar en serio.

—Sí, desde luego —contestó la doncella, aunque su voz no reflejaba ni remotamente el entusiasmo de su señora.

Elizabeth la miró atentamente.

—Echarás esto de menos, ¿verdad? —Elizabeth comprendió que para Daisy dejar atrás a sus nuevos amigos sería doloroso.

Daisy asintió con la cabeza.

—El señor Williamson me ha informado de que pasarán unos meses en Brasil y Argentina, pero después volverán a Valparaíso.

—Bien, pues estoy segura de que esta no será la última vez que lo veas —dijo Elizabeth animadamente. Para sus adentros se alegraba de que aquellos hombres se ausentaran al menos durante algún tiempo y la amistad de Daisy con el señor Williamson se atajara de raíz.

Daisy permaneció en silencio mientras se afanaba en plegar y guardar las prendas de su señora.

Nada más salir a cubierta, Elizabeth olió la costa. Era un aroma a vegetación, tierra y humo de leña, y le llegó incluso un leve hedor a cloaca, pero para ella, después de meses en alta mar, fue como si flotara en la brisa el perfume más dulce. Con los ojos cerrados, respiró hondo. ¡Por fin! Empezaría ahora el verdadero propósito de su viaje.

Escrutando a lo lejos, vio el pequeño puerto y un gran número de barcos —debía de haber sesenta o más—, entre ellos lo que parecía una fragata de la

Armada. Soplaban un fuerte viento desde el mar, por lo que pronto Valparaíso se dibujó a la vista con mayor nitidez. La localidad portuaria se extendía al pie de los acantilados. Cerca de la orilla, unos cuantos edificios de piedra bajos y alargados con ventanas espaciadas a intervalos regulares se sucedían a lo largo de las calles adoquinadas anchas y ligeramente curvas; más arriba se alzaban casas de paredes enjalbegadas y tejados rojos. Además de los barcos ya anclados, había numerosas embarcaciones no mayores que botes de remo a menos distancia de ellos.

–¡Vaya! ¡Esa zona se parece mucho a un pueblo pesquero de Cornualles! – exclamó Elizabeth, sorprendida. Tras recorrer casi medio mundo en barco, esperaba algo mucho más exótico.

–Tierra a la vista, ¿eh, señorita Elizabeth? –La voz que oyó a sus espaldas era la del señor Windsor–. Se alegrará de volver a pisar tierra firme, me atrevería a decir.

–Desde luego. Tengo una carta de presentación para el cónsul general de Santiago, un tal señor Fraser. Aunque he de reconocer que esperaba a mi padre, no a mí. ¿No lo conocerá usted por casualidad?

El señor Windsor negó con la cabeza.

–No, pero tiene fama de ser un hombre excelente.

–Ah, me complace oírlo –respondió ella–. Creo que nos quedaremos un tiempo en Valparaíso antes de seguir camino hacia Santiago.

–Un plan sensato, señorita Elizabeth. Porque del mismo modo que tardó un tiempo en acostumbrarse al barco, tendrá que habituarse también a pisar tierra firme otra vez.

Varias horas después de echar anclas, y mientras Elizabeth contemplaba fascinada la muchedumbre de gente que llegaba para recibir el barco, José, un criado de un tal señor Campbell, se acercó a Elizabeth a bordo. Esperaba encontrarse con su padre; así y todo, la informó de que sería un placer para él acompañarla hasta su alojamiento. Daisy se quedó en el barco para organizar la descarga de sus enseres, y Elizabeth fue a la costa en un pequeño bote de remos y luego siguió a pie por un camino de tierra. Sintió un mareo al percibir la tierra firme bajo sus pies, y la decepción por ser tan mala marinera, que la había atormentado durante las largas jornadas en el mar, desapareció en cuanto

absorbió con avidez las imágenes y sonidos nuevos de la ciudad. El paisaje formaba un anfiteatro natural, como los que había visto en los libros sobre la época romana, con edificios rectangulares, algunos con columnas y columnatas, así como elegantes plazas con fuentes y flores en el terreno llano que rodeaba la bahía, y, más arriba, viviendas de menor tamaño dispuestas a lo largo de calles estrechas que serpenteaban ladera arriba y en la planicie situada en lo alto.

—Allí puede ver el *ascensore*, la Concepción. Se terminó hace apenas tres años —explicó el criado a la vez que señalaba un carruaje en forma de caja que se desplazaba por raíles dentados.

Elizabeth observó la temible pendiente; luego se volvió de nuevo hacia la bahía. A lo lejos veía el *Corcovado*, sus mástiles ahora con las velas recogidas. La súbita toma de conciencia de la distancia que Daisy y ella habían recorrido la golpeó como un puño en el plexo solar, y por un momento se quedó sin aire en los pulmones.

Pero no tuvo tiempo para cavilar sobre esas cuestiones, ya que enseguida llegaron al alojamiento que su padre había reservado. Era la casa de un comerciante inglés y su mujer, los Campbell, que se habían establecido en ese puerto hacía unos diez años. Eran los propietarios de una tienda de abastos, la mayor de la ciudad, según le había contado a Elizabeth, y además acogían huéspedes de vez en cuando.

Una vez allí, José susurró algo al oído de una mujer robusta de mejillas rubicundas que salió a recibirlos. Elizabeth oyó que mencionaban el nombre de su padre.

—¡Dios santo! —La señora Campbell era aficionada a los colores vivos (que recordaron a Elizabeth el plumaje de las aves que había visto en el camino hacia la casa), y su cuerpo casi ocupaba por completo el estrecho pasillo—. Debo confesar que esperábamos al señor Trebithick. Pero es para mí un gran placer que su hija, ya que él hablaba mucho de usted y su hermana, haya viajado hasta aquí para visitar este bello país. —Obsequió una radiante sonrisa a Elizabeth, que sintió la calidez de su bienvenida y la agradeció de inmediato—. Vamos, vamos, debe de estar agotada solo de venir a pie hasta aquí. Y se diría que puede salir volando a la mínima ráfaga de viento. ¡Pero si está en los huesos! ¿Y ha viajado desde tan lejos usted sola, dice?

—Bueno, me acompaña mi doncella, que no tardará en venir del barco —respondió Elizabeth.

–Sí, sí, nuestro criado se encargará de traerla sana y salva, junto con sus baúles. Pero ahora... ¡la comida! –La señora Campbell dio unas palmadas—. Tenemos que comer –dijo mientras la guiaba a través de un patio. La vivienda era una casa de adobe modesta pero limpia, y cuatro paredes encuadraban el patio en el que se hallaban en ese momento. En él crecían plantas de una diversidad que Elizabeth nunca había visto –rosas blancas, claveles, lobelias, mimosas, incluso guisantes de olor– y caían unas sobre otras en vigoroso abandono. En un extremo se hallaba el herbario, y Elizabeth reconoció la ruda, el hinojo, la alcaravea, la salvia, el tomillo y la menta. A través del umbral de una puerta situada al fondo del patio, vio olivos y limoneros, y en el corto camino desde el puerto hasta la casa había distinguido unas plantas altas y puntiagudas semejantes a cardos, palmeras y árboles colmados de flores blancas. La asaltó de inmediato el deseo de abrir su cuaderno de dibujo y sacar la lupa del bolsillo de su capa para capturar los complejos detalles de la flor de un almendro, el cáliz y la corola, los estambres y el carpelo, o tal vez dibujar la voluta del zarcillo de una parra o una afilada hoja de aloe, pero su anfitriona insistió en que se sentara con ella mientras les preparaban la comida. Habría sido una descortesía negarse.

La monotonía del barco y la interminable uniformidad del mar y el cielo habían despertado en ella el anhelo de tanta belleza, y la absorbió ávidamente.

–Qué serenidad la de este lugar –se admiró al sentarse a la sombra ante una mesa—. Y qué exuberancia por todas partes.

–Aquí todo crece con mucha facilidad –coincidió su anfitriona—. No se requiere apenas esfuerzo para cultivar una planta desde la semilla, pero sin duda su padre ya se lo habrá contado. Parece que fue ayer cuando el señor Trebithick estuvo aquí con nosotros e íbamos con él a hacer divertidas excursiones a la cordillera. Lamento mucho su pérdida, querida; sé el gran afecto que sentía por usted y su hermana Georgiana.

–Gracias, significa mucho para mí oírsele decir –respondió Elizabeth.

–Debe verme como una madre mientras esté aquí –insistió ella, aunque Elizabeth no necesitaba una madre desde hacía muchos años, ni, de hecho, sabía qué se sentía al tener una. Mademoiselle Violette había sido lo más parecido a esa clase de relación que Georgiana y ella habían conocido, pero asintió educadamente.

–Pronto conocerá al señor Campbell, pero debo decir que pasa casi todo el día en nuestro establecimiento, allá en la ciudad –explicó la señora

Campbell—. Me temo que tendrá que conformarse con mi compañía durante la mayor parte del tiempo. —Lo dijo con un destello en la mirada, como si compartiese una broma entre las dos, y Elizabeth sintió incluso más afecto por ella.

Salió al patio una joven doncella chilena de espeso cabello oscuro recogido en una trenza que le caía por la espalda. Cruzó con ligereza el suelo de tierra con una bandeja en las manos, que colocó ante ellas, sonriente.

—Gracias, Mercedes —dijo la señora Campbell. La doncella desapareció tan calladamente como había llegado.

Elizabeth se sorprendió al ver una gran taza de madera con un cuenco muy ancho en lugar de la tetera y las tazas de porcelana que esperaba, pero aguardó a ver qué hacía su anfitriona. La señora Campbell levantó la taza y sorbió por un tubito fino de plata que, como advirtió Elizabeth, asomaba de esta.

—Mate —dijo después de tomar un sorbo—. Lo encuentro muy refrescante. —Entregó la taza a Elizabeth, que miró vacilante las hierbas verdes prensadas y el agua de la taza. ¿Se esperaba de ella que bebiese del mismo tubito que su anfitriona? La señora Campbell asintió para animarla.

Por lo visto sí era eso lo que se esperaba.

Elizabeth succionó por el tubito y se le llenó la boca de un líquido caliente y áspero. Era amargo, y se estremeció sin querer.

La señora Campbell se echó a reír.

—No se preocupe, querida, ya se acostumbrará. Acabará gustándole.

Elizabeth no estaba muy segura.

—Tenga, pruebe una de estas. El dulzor le vendrá bien. —Ofreció una bandeja que contenía varias pastas pequeñas y doradas en forma de media luna—. Empanadas. Suelen estar rellenas de carne, pero a mí me gustan estas, sobre todo por la tarde, un pequeño tentempié después de la siesta y antes de volver a la tienda —explicó.

Elizabeth, agradecida, aceptó una y dio un bocado. El relleno de aquella pasta con un ligero sabor a queso era la pulpa dulce de peras maduras con canela y clavo.

—Deliciosa —dijo después de tragar.

La señora Campbell asintió en un gesto de aprobación.

—Parece que no le vendría mal un poco de carne en los huesos, muchacha.

La señora Campbell demostró cierto descaro con su observación, pero

Elizabeth no le concedió importancia. No se ofendió; cierto era que el vestido le quedaba muy holgado, pese a los esfuerzos de Daisy para ajustarle el corsé.

–He estado muy indispuesta a lo largo del viaje –admitió Elizabeth–. He sobrevivido a base de pan y pastillas de menta.

–Bien, pues, cómase otra –ofreció la señora Campbell, volviendo a empujar la bandeja hacia ella.

En ese momento la bandeja comenzó a temblar y varias empanadas cayeron al suelo de tierra. Las hojas de las plantas habían empezado a estremecerse, y la mesa se sacudió y bailó, agitando la taza de mate, que derramó un líquido verdoso por todas partes. El mareo que la había atormentado en el barco la asaltó de nuevo.

–¿Qué... qué es eso? ¿Qué pasa? –Elizabeth, presa del pánico, abrió mucho los ojos.

Sídney, otoño de 2017

Anna se puso un peto, unas botas y unos gruesos guantes que sacó de la parte de atrás de su camioneta, y dedicó la tarde a quitar las flores marchitas y arrancar las esparragueras que habían invadido totalmente el jardín delantero de su cliente. Mientras trabajaba, sudorosa bajo el cálido sol, la fotografía acudió de nuevo a su mente. «Claro», masculló para sí. ¿Cómo no se le había ocurrido buscar en Google el nombre escrito al dorso? Trebithick. Merecía la pena probarlo. Sacó el teléfono del bolsillo, pero se dio cuenta de que se le había agotado la batería y soltó una maldición. Tendría que esperar a llegar a casa. Después la tarde avanzó lentamente. Siguió retirando más hierbajos invasores mientras se arremolinaban en su imaginación las posibilidades de identificar la casa de la fotografía. Y a partir de ahí... Bueno, ¿quién sabía? Estaba impaciente por llegar a casa, así que, poco antes de las cinco, cuando la luz empezaba a declinar al iniciarse una magnífica puesta de sol de tintes rosa y oro, se quitó los guantes y cargó la camioneta para hacer un último alto en el vertedero.

Ya era de noche cuando llegó a su casa, y fue directa a la ducha. Necesitó restregarse bien para quitarse la suciedad del pelo y la piel, pero al final estaba limpia, seca y cómodamente vestida con su jersey afelpado, sus mallas y sus calcetines esponjosos preferidos. Encendió la calefacción: por la noche desde luego refrescaba. La nevera reveló un par de manzanas mustias, media barra de pan y un trozo de queso. Famélica, se preparó un sándwich de queso con pan tostado y abrió una botella de vino tinto. Al fin y al cabo, era viernes. Pero solo se permitió una copa. A la mañana siguiente tenía que madrugar para la clase de *spinning*.

Cuando terminó de comer y se limpió las migas de las manos, volvió a sentarse ante el ordenador portátil. Tecleó la palabra «Trebithick» en el navegador y contuvo el aliento mientras se cargaba la página.

En una web dedicada al patrimonio nacional inglés aparecía Trebithick

Hall. Por lo visto, era un edificio de categoría II que se hallaba en Inglaterra, cuyo significado Anna desconocía. Buscó una foto, pero no encontró. A continuación, pulsó otro vínculo: «Casas históricas de Cornualles».

¡Premio!

De pronto se recostó, tan emocionada que casi volcó la copa.

Ahí estaba. Exactamente igual que en la foto antigua. Las mismas ventanas alargadas, el camino de grava circular y la ancha puerta de entrada. Seguía ahí incluso el rododendro.

Anna agarró el teléfono.

–Tengo a diez niñas de ocho años aquí bailando al son de la música de Taylor Swift y no oigo ni mis propios pensamientos –vociferó su hermana al descolgar–. ¿Y tú qué cuentas?

–Atiende –empezó a decir Anna–. Me parece que he encontrado algo.

–Espera un segundo, déjame ir a un sitio un poco menos ruidoso... ¡Ivy!

Anna se apartó el teléfono del oído mientras su hermana, a gritos, pedía a su hija adolescente que vigilara a sus hermanas menores.

–Vale. Esto ya está mejor.

El volumen de la música había bajado, y Anna se aclaró la garganta y comenzó a leer de la página web.

–«Trebithick Hall fue donada a Patrimonio Nacional por Florence Deverell en 1970. Florence (nacida en 1935) no contrajo matrimonio. Es hija única de George Deverell (1887-1960) y bisnieta de John Trebithick, que adquirió renombre como buscador de plantas y aventurero a finales del siglo XIX. Muchas de las plantas exóticas que él trajo de sus viajes florecen todavía en los jardines, ahora abiertos al público» –dijo con un tono triunfal en la voz.

–O sea, si esa tal Florence Deverell nació en 1935, ahora tendría... ¿Cuántos años?

–Ochenta y dos –calculó Anna–. Eso si sigue viva, claro.

–Bueno, según Patrimonio Nacional, así es –observó Vanessa.

–¿Y eso cómo lo sabes?

–Si no, habrían puesto la fecha de su muerte.

–Ah, claro –dijo Anna, abrumada por lo que acababa de averiguar. Con eso, el cuaderno de acuarelas adquiriría una dimensión aún más real; el hallazgo le confería un vínculo vital y convincente con un lugar, y con el presente–. ¿Crees que deberíamos intentar localizar a esa Florence Deverell?

–¡Sí, por supuesto! –contestó Vanessa–. Tal vez ella conozca la historia que hay detrás de todo esto; a lo mejor incluso sabe cómo acabó esa caja en Sídney. Al menos tienes que intentarlo. ¡De acuerdo, ya voy! –gritó.

–¿Qué?

–Perdona, no te lo decía a ti. Las niñas quieren que vaya a hacer de juez en su baile. Es posible que no recupere ya nunca el oído y no me explico dónde ha aprendido Fleur algunos de esos pasos –dijo Vanessa–. Desde luego, en clase de *ballet* no.

–Bueno, quizá te convenga impedir que vea videoclips los domingos por la mañana temprano –contestó Anna.

–¿Y tú eso cómo lo sabes?

–Las tías preferidas se enteran de los más diversos secretos –respondió, y se rio a la vez que colgaba el teléfono.

Anna fijó la mirada en la página web y luego prosiguió su búsqueda de información sobre John Trebithick. Se entusiasmó al encontrar un par de referencias a él como célebre botánico y buscador de plantas, así como proveedor de plantas exóticas. Mucho más tarde, cuando se le cerraban los ojos por el cansancio y ya no avanzaba, recordó el papel que Noah le había obligado a aceptar después de la comida. Lo sacó del bolsillo de su vaquero, lo alisó y tecleó su dirección de correo electrónico, pero de pronto se interrumpió, vacilante, dejando los dedos inmóviles sobre el teclado.

Al final decidió ser breve, y se limitó a recordarle su anterior encuentro y a preguntarle si realmente podía ponerla en contacto con ese amigo suyo que sabía más sobre los ilustradores botánicos ingleses del siglo XIX. Tras pulsar «Enviar», apagó el portátil y se fue a la cama.

A la mañana siguiente Anna madrugó y por primera vez desde hacía años no le apeteció cruzar en coche la ciudad para ir al gimnasio. Era un día despejado y luminoso, y sintió deseos de ver el mar. Se puso la ropa de deporte, bajó por la escalera de su edificio y montó en la camioneta. Al cabo de un cuarto de hora, estaba en la playa.

El mar estaba picado a causa del fuerte viento del sur que había estado soplando toda la noche, y solo los surfistas más aguerridos –o posiblemente los más temerarios– se atrevían a meterse en el agua. Anna observó el embate

de las olas en la orilla y la espuma que formaban, casi sin prestar atención al puñado de corredores y paseantes en torno a ella. Se descalzó y hurgó en la arena con los dedos de los pies; cuando el agua se los mojó, expulsó el aire de los pulmones. Aunque era otoño, el mar aún no había perdido del todo la temperatura veraniega y su contacto le alivió los pies y le serenó el alma. Hacía años que no iba a la playa, un sitio que de niña le encantaba, a pesar de que estaba a pocos minutos en coche. ¿Por qué había dejado pasar tanto tiempo? ¿De verdad se lo había impedido el trabajo? ¿O acaso se había privado inconscientemente del elemental placer de un paseo por la arena? Vivía como una sonámbula desde hacía demasiado tiempo.

Valparaíso, 1887

—Ha sido solo un pequeño temblor. Los hay continuamente. No tiene por qué preocuparse. Bueno, al menos la mayoría de las veces.

La señora Campbell esperó unos segundos hasta que el temblor remitió y, a continuación, dio unas sonoras palmadas. La doncella que había servido la infusión apareció de nuevo y empezó a recoger y limpiar con envidiable calma.

Elizabeth respiró hondo y fingió serenidad. Por un momento pensó en Daisy, que muy probablemente estaría ya camino de la casa. Después de su experiencia a bordo, no le cabía duda de que su criada era del todo capaz de cuidar de sí misma, pero un terremoto era algo que inquietaría incluso al viajero más ecuánime.

La señora Campbell se puso en pie.

—He de volver a la tienda. Confío en que tenga usted todo lo que necesita, pero si no, llame a Mercedes y ella la atenderá. Nos veremos en la cena esta noche. Será a las diez. Tarde, ya lo sé, pero esa es aquí la costumbre.

Elizabeth se quedó sentada en el patio, planteándose cómo pasar el resto de la tarde. Estaba impaciente por empezar a explorar, pero, después de tanto tiempo a bordo del barco, no sabía si las piernas la sostendrían mucho tiempo. Aunque el sol resplandecía, la brisa era fresca y el tiempo idóneo para dar un paseo. Resuelta, se recogió la falda para no arrastrarla por la tierra y regresó a la habitación que la señora Campbell le había enseñado antes.

—¡Ah, ya estás aquí! —exclamó Elizabeth al abrir la puerta y ver a Daisy en el dormitorio de ambas, rodeada de varios baúles—. ¿Has notado los temblores? ¿Te has asustado?

—No. El señor Williamson ya me había prevenido.

—Afortunada tú. A mí me ha dado un susto de muerte —dijo Elizabeth.

Daisy la miró con semblante comprensivo.

—Bueno, por lo que veo, no ha habido ningún desperfecto. —Señaló un

armario oscuro que abarcaba casi toda una pared de la modesta estancia—. He colgado algunos de sus vestidos, pero he preferido no deshacer todo el equipaje. No hay sitio suficiente.

—Gracias, Daisy.

—Bien —contestó la doncella, e inclinó la cabeza.

—Veamos, ¿dónde está mi cuaderno de dibujo? Los dedos me piden que me ponga ya manos a la obra. ¿Has visto la diversidad de plantas que hay aquí? Ni en sueños me lo habría imaginado, y mi padre se quedó corto en sus descripciones.

—De no haber sido así, ahora se sentiría usted decepcionada —señaló Daisy con una sonrisa irónica.

—¿Me acompañas a explorar brevemente las inmediaciones?

—¿Al centro de la ciudad?

—No, no. Deseo ver el paisaje de alrededor. Los campos, los olivares y los almendros. He alcanzado a verlos de camino hacia aquí.

—No debemos alejarnos mucho. Sería lamentable que nos perdiéramos en nuestro primer día aquí —advirtió Daisy—. Y aún no se ha recuperado usted por completo del viaje.

—¡Bah! —repuso Elizabeth—. Confío plenamente en mi sentido de la orientación.

Las dos jóvenes se pusieron en marcha. Elizabeth llevaba el vasculum y el morral de su padre colgados a un hombro, y un pequeño caballete portátil al otro, mientras que Daisy acarreaba una cartera que contenía el cuaderno y las pinturas. Pero el camino, estrecho, irregular y empinado, era arduo. La tierra se balanceaba bajo los pies de Elizabeth como si se hallara aún en alta mar, y empezó a cobrar conciencia de lo mucho que se había debilitado en el barco. Se veían obligadas a parar con frecuencia para descansar, y su pañuelo de batista, que utilizaba para enjugarse el sudor de la frente y la nuca, pronto se empapó.

Mientras tomaban el mate, la señora Campbell había mencionado un almendral, y Elizabeth sintió alivio cuando finalmente lo encontraron, delimitado por un bello arroyo que corría sobre un lecho de guijarros no más

grandes que guisantes. Extrajo una tacita de plata del morral de su padre y se arrodilló para sumergirlo en el agua, y lo llenó hasta el borde.

–Ven, Daisy, ayúdame a ponerme en pie –pidió, y le tendió la mano.

Daisy la ayudó a levantarse de la orilla, y Elizabeth le ofreció la taza primero a ella.

–Bebe –insistió.

Cuando le tocó el turno a Elizabeth, exclamó:

–¡Vaya! ¡Qué bien sabe!

Después de beber durante meses el agua salobre de los depósitos del barco, el agua pura de ese arroyo le supo limpia y dulce.

Daisy movió la cabeza en un gesto de conformidad y luego alzó la vista. Habían ascendido hasta lo alto de uno de los escarpados montes que rodeaban la ciudad y desde allí se veía a lo lejos la abrupta cordillera, coronados sus picos de nieve blanca y reluciente. Unos colibrís revoloteaban entre las flores de los almendros, y Daisy exclamó al ver un amago de un color verde apagado.

–¡Ah! El señor Williamson me habló de ese papagayo. Es muy conocido en la zona.

–Es un bicho más bien feo, ¿no te parece? Pero, aun así, curioso –contestó Elizabeth. A ella le interesaba mucho más documentar las exquisitas flores que tenía ante sí. Plantó el caballete y colocó el cuaderno en él. Después de elegir un pincel, humedeció las pastillas de acuarela en su paleta de viaje con un poco de agua de la taza y, con cuidadosas pinceladas, empezó a plasmar las flores de los almendros con minucioso detalle. Su padre los había cultivado con éxito en Trebithick, pero ella nunca los había visto crecer en plena naturaleza.

Muy a menudo Elizabeth seleccionaba muestras de plantas para estudiarlas detenidamente en casa, y las dibujaba a lápiz antes de empuñar el pincel, dedicando horas a asegurarse de que capturaba todos los detalles con precisión. Pero de un tiempo a esa parte había empezado a experimentar con un estilo pictórico más libre. En rigor no era el estilo de ilustración que había aprendido, y dudaba que su padre lo hubiera aprobado, pero le gustaba la inmediatez de esa forma de trabajar. La clave estaba en conseguir la iluminación adecuada: una fuente intensa ayudaba a crear el sombreado y confería al dibujo un efecto tridimensional. La luz de la tarde era perfecta, y

utilizó también un pincel seco, frotado sobre las pastillas de pintura, para añadir detalle y profundidad a las acuarelas.

Daisy se retiró a la sombra de un árbol de amplia copa a unos metros de distancia.

—Es un canelo, creo —explicó Elizabeth en voz alta, interrumpiendo su trabajo por un momento—. Da falsa canela.

—La huelo —dijo Daisy, y olfateó el aroma con satisfacción—. Es un olor parecido al de la tarta de manzana de la cocinera. —Se sentó y se apoyó en el fragante árbol—. Creo que descansaré aquí mientras usted dibuja.

Daisy cerró los ojos y no tardó en dormirse, pero Elizabeth, absorta en su trabajo, siguió pintando. Apenas reparó en que refrescaba y el sol se deslizaba lentamente por detrás del horizonte. Como solía ocurrir cuando estaba inmersa en su arte, perdía la noción del tiempo y se le pasaban las horas en un abrir y cerrar de ojos. Solo cuando empezó a forzar la vista para ver la planta que tenía ante sí —un ejemplar especialmente hermoso de ficus—, tomó conciencia de que la luz decaía y de que se le habían agarrotado los músculos. Tenía que acabar. Tras plasmar su firma —las iniciales E. T. dibujadas con un floreó— y la fecha, recogió el material y se dirigió rápidamente hacia su doncella.

—¡Daisy, Daisy! —llamó mientras la sacudía con delicadeza—. Tenemos que irnos inmediatamente; pronto se hará de noche.

Elizabeth tuvo que levantar la voz al oírse el clamor de las campanas de las iglesias de la ciudad mucho más abajo.

Daisy se incorporó en el acto.

—¡Cielos! No tengo la impresión de haber dormido tanto. Oh, Elizabeth, lo siento.

—La culpa no es tuya. Yo tampoco me he dado cuenta de cómo pasaba el tiempo.

Daisy se levantó con dificultad, y juntas se dispusieron a volver por donde habían llegado. Sin embargo, por desgracia para ellas, la puesta de sol chilena era breve, y no habían transcurrido más de veinte minutos cuando avanzaban a trompicones casi a oscuras, sin más iluminación que la de las estrellas y la de unas cuantas luces procedentes del puerto para guiar sus pasos. A Elizabeth le costaba no pensar en los barrancos que habían bordeado durante el ascenso. Unos pocos pasos en la dirección equivocada y podían sufrir una caída fatal.

Oía los sonidos de pequeñas criaturas nocturnas que salían de sus madrigueras. En el barco, el señor Windsor había hablado de las manadas de

pumas que rondaban por aquellos montes, y se estremeció ante la idea de encontrarse aunque fuera solo con uno de ellos. Para sus adentros, se maldijo por haberse abstraído tanto en su trabajo. ¡Valiente viajera estaba hecha! Extraviada, en la oscuridad, apenas veinticuatro horas después de poner los pies en un nuevo continente en la otra punta del planeta. Se sintió estúpida, pero el orgullo no le permitió reconocerlo ante Daisy.

—¿Y si cantamos? —propuso—. Así no pensaremos en el camino de regreso.

Empezó a entonar su canción preferida de la infancia y su diáfana voz de soprano reverberó en la oscuridad.

Cuando llevaban caminando lo que se les antojó más de una hora, Elizabeth oyó una tos a lo lejos y, al alzar la vista, vio el vaivén de una pequeña luz.

—¿Quién... quién va? —preguntó vacilante.

No hubo respuesta.

—Sé que he oído algo —dijo a voz en cuello, esta vez envalentonada—. Quienquiera que sea, muéstrese.

Redujo el paso y, tras abrir el morral, cerró los dedos en torno a la pequeña navaja de su padre. Con el corazón acelerado, la sacó y la mantuvo oculta entre los pliegues de la falda.

Otra tos, seguida del susurro de la hierba que bordeaba el camino. La luz se acercó.

—Señorita.

Ante ellas surgió el rostro oscuro de un hombre. Elizabeth le veía el blanco de los ojos y el resplandor de los dientes a la luz del farol.

—Hola —contestó ella, lo cual abarcaba casi por completo sus conocimientos de español.

—¿Señorita Elizabeth? —El hombre se encontraba ya ante ella y sostenía el farol ante su cara.

A la vez que se preguntaba cómo demonios conocía su nombre, Elizabeth no pudo por menos que fijarse en su tez morena y tersa, y en su sonrisa encantadora. Parecía tener más o menos su misma edad, o quizá fuera un poco mayor, era más alto que muchos de los chilenos que había visto al cruzar la ciudad horas antes ese día, y sus ojos, a la altura de los de ella, eran de un azul sorprendente, del mismo color que las hortensias que florecían cada primavera

en Trebithick. Dejó escapar un ligero suspiro de alivio; aun así, mantuvo firmemente empuñada la navaja.

–¿Señorita Elizabeth? –volvió a preguntar él.

–Sí, sí. Soy yo –respondió ella.

–Me envía la señora Campbell –informó el hombre–. Tomás Esteban Flores, a su servicio. –Realizó una teatral reverencia–. Al ver que usted no volvía, se ha preocupado, sobre todo pensando que no conoce la ciudad. Hay varias quebradas y barrancos no lejos de aquí, y un viajero desprevenido podría caer accidentalmente en alguno. Además, es peligroso andar por ahí ya de noche, para cualquiera, pero sobre todo para una dama como usted.

Elizabeth relajó un poco los dedos en torno a la navaja al oír sus palabras.

–Me ha pedido que saliera a buscarla –prosiguió–. Me complace mucho haberla encontrado y poder ahora acompañarla de regreso sana y salva a su alojamiento.

–¡Gracias! –exclamó Daisy–. Porque tiene usted razón, nos hemos perdido.

–No nos hemos perdido ni mucho menos, solo se nos ha hecho un poco tarde –corrigió Elizabeth–. No nos hemos dado cuenta de lo tarde que era, pero no nos hemos perdido.

Tomás levantó las comisuras de los labios.

–Claro, señorita. Pero permítanme guiarlas de vuelta a la hostería. Sería faltar a mi obligación si no lo hiciera. Y la señora Campbell no es una mujer cuyos deseos puedan desobedecerse fácilmente.

–Lo entiendo –dijo Elizabeth. Por más que la irritara, él tenía razón–. Como usted quiera.

Como no había espacio suficiente para que los tres caminaran hombro con hombro, Tomás encabezó la marcha por el estrecho camino, seguido por Daisy y Elizabeth en fila india. En cuestión de minutos llegaron a la verja trasera de la casa de los Campbell.

–¿Lo ve? No estábamos tan lejos de casa –dijo Elizabeth, incapaz de reprimir un tonillo de desafío en su voz cuando entraron en el patio.

–En efecto, señorita –respondió Tomás.

Elizabeth no sabía bien por qué estaba tan molesta. El pobre hombre solo había hecho lo que le habían encargado. Pero algo en su actitud, que sin ser del todo arrogancia era sin duda una excesiva seguridad en sí mismo, la crispaba. Nunca se había cruzado con un hombre como él. Se movía con una agilidad felina, pisando delicadamente con sus extrañas sandalias, que

parecían atadas a sus pies mediante un grueso cordel. A la luz que salía por la puerta abierta distinguió su ropa: un pantalón holgado de una tosca tela semejante al lino y un blusón de color claro abierto en el cuello bajo un poncho grueso que le llegaba por debajo de la cadera. Su cabello, abundante, oscuro y lustroso le enmarcaba la cara y le llegaba a los hombros. Vestía como un nativo, pero poseía el porte y la manera de hablar de un hombre educado, adornada por un encantador acento español. El efecto general era desconcertante, como si un auténtico Adán, perfectamente formado, hubiese surgido de los montes que se alzaban tras ellos. Elizabeth sacudió la cabeza para despejársela. Desde luego, la asaltaban las fantasías más delirantes. Debía de ser efecto de la agitación del día, se dijo. Desde esa mañana había desembarcado, había ido a su alojamiento, había experimentado un terremoto y la había sorprendido la oscuridad, pero se negaba a reconocer que se hubieran extraviado. En un solo día le habían pasado más cosas que en meses, si no años. Aunque ansiaba la aventura, empezaba a preguntarse si todos los días serían tan imprevisibles como ese.

–Ahora las dejo para presentar mis respetos a la señora Campbell.

Tomás Esteban Flores hizo otra reverencia y las dejó allí en el patio.

Elizabeth supuso que debería alegrarse de no haber sufrido una desgracia en su primer día en Valparaíso y de que ese hombre fuera amigo y no enemigo. Pero había algo en él que la intrigaba, aunque no sabía qué era exactamente. A su pesar, lamentó no haber hablado más con él en el camino de regreso a la casa. No había dado apenas indicios de quién podía ser exactamente.

Sídney, otoño de 2017

Anna empezó a descifrar laboriosamente el diario, pasándolo a un documento en su ordenador. Después de transcribir diez o doce páginas, sabía ya que Marguerite y su hija –Lily– habían llegado a Sídney en barco y pasado seis semanas en el centro de cuarentena de la ciudad, situado en un aislado saliente de tierra cerca de Manly. Durante ese tiempo, Marguerite había entablado amistad con otra mujer, Alice, cuyo marido había enfermado y muerto en el barco durante la travesía desde Irlanda, y por tanto tenía que criar ella sola a su hijo de corta edad. Anna averiguó que Marguerite y Alice planeaban buscar juntas alojamiento y empleo en cuanto se hubiese comprobado que no padecían ninguna enfermedad potencialmente contagiosa. «Quizá una colocación en una tienda...», había escrito. Preocupada por quién cuidaría de su hija Lily, Marguerite proseguía: «Dispongo de un poco de dinero, pero tengo una gran deuda, una que he jurado saldar con el tiempo, así que debo encontrar lo antes posible un medio para mantenernos la niña y yo». También contaba que a bordo había conocido a un hombre: «Joseph Bailey ha sido muy amable con Lily y conmigo. Pasamos el rato conversando tranquilamente o paseando por la cubierta, para gran diversión de Alice. Es carpintero y prevé encontrar un buen empleo en Sídney. Admito que le he tomado mucho afecto y espero que nuestra amistad continúe después de desembarcar. Él me ha prometido que así será, pero yo ya no estoy segura de nada en esta vida, puesto que esta puede ser de una crueldad insoportable. Se nos arrebató a los seres queridos sin previo aviso».

Pasaban apenas de las siete cuando Anna aparcó delante de la casa de su hermana, junto al pequeño utilitario de cinco puertas de su madre y el reluciente todoterreno blanco de Vanessa.

La puerta de la calle estaba entreabierta. La empujó y anunció su llegada al cruzar el umbral.

–Estamos en la parte de atrás –informó a voz en cuello su cuñado para hacerse oír por encima de la música y de las risas de las niñas.

–¡Eh, mamá! –vociferó Ivy, su sobrina mayor, apartando la vista del iPad con el que parecía estar grabándose a sí misma.

–Es una aplicación para hacer memes –explicó Vanessa mientras se acercaba para darle un abrazo–. La verdad es que es muy divertida.

–Te creo –respondió Anna, y se agachó para saludar a su sobrina menor, Fleur, que llevaba un pijama salpicado de manchas rojas de algo pringoso.

–Mmm... De fruta –observó Anna, aspirando su olor–. ¡Delicioso! ¿Me das un poco?

Fleur la miró y soltó una risita.

–No, tonta. Eso no se come. Es gel de baño.

–Ah, vale –dijo Anna, muy seria, antes de levantarla por encima de la cabeza y hacerle pedorretas en la tripa, con lo que Fleur se deshizo en estridentes carcajadas de placer–. Uf, ¿cuándo has crecido tanto? ¡Cada vez que os veo, estáis más grandes! –se lamentó, y la dejó en el suelo.

–Son como malas hierbas –aseguró Vanessa–. Ivy está casi tan alta como yo. ¿Cuándo ha ocurrido eso exactamente?

«Sí, ¿cuándo ha ocurrido?», se preguntó Anna. Parecía que no hacía más de cinco minutos que Ivy era de la misma estatura y edad que Fleur ahora, y que Fleur era un bebé de cara regordeta.

–Eh, Jas –saludó Anna a su sobrina mediana.

Jasmine apartó la vista de su libro, estiró las piernas largas y flacas y movió los dedos de los pies como si se le hubiesen dormido después de permanecer mucho rato en la misma posición.

–Hola, tía Anna –saludó antes de volver a enfrascarse en su libro y replegar las piernas otra vez debajo del cuerpo.

–Hola, cariño –dijo Eleanor mientras se acercaba a dar un beso a Anna–. ¿Cómo estás?

–Bien –respondió Anna con una sonrisa, tomando conciencia de que, en efecto, lo estaba. No sabía si lo que le había mejorado el ánimo era la visita improvisada a la playa o la lectura de esa tarde sobre alguien que atravesaba tiempos más difíciles que los suyos, pero se sentía como si se hubiese desprendido de un pedrusco que llevaba a cuestas sin darse cuenta–. He

estado leyendo el diario. Parece la historia de una mujer, Marguerite, y su hija, Lily, que llegaron a Sídney a finales de la década de 1880. En el momento de la narración, se encuentra en el centro de cuarentena; en fin, solo he llegado hasta ahí. Es muy difícil entender la letra, por lo tenue y vacilante. La ortografía da ciertos problemas, por decir poco.

–Guay –exclamó Ivy–. Estudiamos lo del centro de cuarentena allá por... o sea, quinto. ¿Sabíais que allí hay... o sea, fantasmas? ¿O sea, fantasmas de verdad? Uuuuh...

Fleur se escondió detrás de Anna.

–Cielos –dijo la madre de Anna–. ¿Has dicho Lily?

–Sí, ¿por qué?

–Mi abuela se llamaba Lily. Vuestra bisabuela.

–¿Seguro? –preguntó Vanessa.

Su madre la miró con las cejas enarcadas.

–Pues entonces tiene que ser ella –dedujo Anna, y sintió un revoloteo de expectación en el estómago.

–¿Cuál era el apellido de Lily, mamá?

–Bailey. ¿Por qué?

–¡Así que Marguerite se casó con el carpintero! –exclamó Anna.

–¿El carpintero?

–Menciona que conoció a un tal Joseph Bailey en el barco, rumbo a Sídney.

–Dios bendito, ese era vuestro tatarabuelo.

–O sea que Marguerite era mi tatarabuela, tu bisabuela.

–Qué emocionante, cariño. Pero todavía no entiendo la relación con el cuaderno de dibujo.

–Yo tampoco –reconoció Anna–. De momento.

–¿Vas a pedir una tasación? –preguntó Harvey, que acababa de reunirse con ellas–. Es posible que tenga un valor considerable, ¿sabes? En la oficina hay un tipo... Creo que su mujer trabaja en Sotheby's. Podría preguntárselo.

Anna se erizó.

–Aunque lo tenga, no me plantearía venderlo ni por asomo –contestó.

–¿Tú? Y nosotros, ¿qué? –preguntó Harvey–. ¿No es de toda la familia?

–¡Harvey! –lo reprendió Vanessa–. Déjate de bromas.

Anna no creía que su cuñado hablase del todo en broma. Pero sus palabras le causaron cierta inquietud. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza que los objetos hallados en la casa pudieran no ser responsabilidad suya. Los

había encontrado ella, en la casa que era ahora de su propiedad. Le traía sin cuidado su valor, monetario o de cualquier tipo. Sencillamente quería averiguar por sí misma quién era el artista y cómo había ido a parar la caja a casa de su abuela, y también cuál era la conexión entre el diario y el cuaderno de dibujos, porque tenía que haberla, eso lo sabía por intuición. Pensó que quizá la «E» del cuaderno fuera la Marguerite del diario, que acaso hubiese escrito con un alias o se hubiese cambiado el nombre. Pero eso no explicaba las distintas caligrafías. Era mucho lo que quedaba por descifrar. No podía dejarlo correr sin más; tenía que conocer la historia que se ocultaba detrás, y más ahora que sabía que el diario lo había escrito su tatarabuela. Eso al menos era un misterio que tenía alguna posibilidad de resolver, acerca del cual podía encontrar respuestas. Ya pensaría más adelante qué hacer con los dibujos; quizá los donara a un museo.

—No digas tonterías, Harvey —atajó la madre de Anna en un tono que no admitía réplica alguna—. La abuela le dejó la casa a Anna, y todo su contenido. Y con eso está todo dicho.

Eso no era estrictamente cierto, pero Anna lanzó a su madre una mirada de gratitud.

—¿Y qué hay de la foto? —preguntó Vanessa—. ¿Alguna otra pista por ese lado? Anna ha localizado Trebithick Hall —explicó a su madre—. Allí se tomó la foto, esa de la que te hablé, la que apareció en el diario.

—Sí, está en Cornualles, en Inglaterra —añadió Anna—. Y sin duda allí sigue. Es propiedad de Patrimonio Nacional. Pero —se interrumpió para asegurarse de que la escuchaban el último miembro de la familia, una tal Florence Deverell, aún vive. Busqué su nombre y encontré a una tal F. E. Deverell, que vive en un lugar llamado Trevone Bay. Luego miré en Google Maps y vi que está muy cerca de Trebithick Hall. Tiene que ser ella, ¿no? ¿No? —Miró a su madre y su hermana con semblante esperanzado.

—Vaya —dijo su madre—. Una excelente labor detectivesca, querida. Es posible que tengas razón, creo.

—Intenté llamar, varias veces, pero no contestaron. Así que mandé una carta —añadió Anna.

—¿No me digas que vas a ir tú misma con la foto? —preguntó Harvey.

Anna guardó silencio, apagándose de pronto su humor exultante. Todos sabían que ella nunca había salido siquiera del país, por no hablar ya de irse tan lejos como a Inglaterra. Había hecho planes, por supuesto. Hasta había

comprado los billetes, los había tenido en su cómoda. Un viaje de seis semanas por los grandes jardines de Europa: Kew, Giverny, Versalles, Château de Villandry, incluso los Jardines Perdidos de Heligan, en el propio Cornwall. Todo eso fue antes de que Simon... Se contuvo para que los recuerdos no la llevaran más allá.

–La cena está lista, gente. –Vanessa reunió a las niñas y las envió al cuarto de baño para que se lavaran las manos.

–¿Puedo sentarme a tu lado, tía Anna? –preguntó Fleur.

–Claro, cariño. –Anna apartó la silla contigua.

Después de cenar y de leerle a Fleur un cuento en la cama, Anna regresó al salón, donde su madre y Vanessa cuchicheaban. Afortunadamente, no había ni rastro de Harvey.

Cuando Anna llegó junto a ellas, se callaron.

–Mejor será que me ponga en marcha –anunció con la familiar sensación de que hablaban de ella. Pero era algo que había aprendido a pasar por alto con los años–. Gracias por la cena. –Abrazó primero a su hermana y luego a su madre, y se encaminó hacia la puerta.

–Nos tendrás al corriente sobre el diario, ¿verdad, querida? –dijo su madre.

–Claro. Gracias, mamá –respondió Anna antes de irse–. Te quiero.

–Yo también te quiero –afirmó su madre.

–Hasta la vista, hermana –se despidió Vanessa, acompañándola hasta la puerta–. Y perdona por lo de Harvey. Carece por completo del gen de la sensibilidad. Pero no lo hace con mala intención.

Anna contuvo un resoplido de indignación hasta que la puerta quedó firmemente cerrada a sus espaldas. Antes prefería seguir soltera a soportar esa clase de condescendencia autocomplaciente en una pareja. Sin poder evitarlo, se indignó porque él hubiera dado por sentado que ella nunca traspasaría los límites de su vida cuidadosamente controlada. Él no lo sabía, pero, sin proponérselo, había plantado en la cabeza de Anna la semilla de una idea.

Valparaíso, 1887

Tras regresar sanas y salvas, Daisy fue conducida a la cocina y Elizabeth se reunió con los Campbell para una cena tardía. El señor Campbell, tan corpulento y rubicundo como su mujer, saludó a Elizabeth afectuosamente.

–Querida mía, es usted bienvenida a esta casa, como sin duda mi querida esposa ya le habrá dicho. Su padre llegó a ser íntimo amigo nuestro, y lamentamos su pérdida, aunque consideramos una bendición conocerla.

Después de un viaje tan largo, Elizabeth se sintió reconfortada por la muestra de cordialidad de la pareja y por hallarse en compañía de personas que habían conocido a su padre. Respiró hondo antes de hablar.

–Me temo que debo pedirles que no revelen mi identidad, ni mi relación con mi padre. Tengo razones para pensar que cierta gente podría albergar malas intenciones contra mí, y preferiría seguir de incógnito.

La señora Campbell exhaló un suspiro de consternación.

–Me presento como una viajera que viene a dibujar la singular flora de la región, una artista, si quieren. Solo eso –prosiguió Elizabeth.

–¿De incógnito? –El señor Campbell pareció sorprenderse, pero accedió a la petición de Elizabeth.

–Por supuesto, querida –dijo la señora Campbell–. Por respeto a su padre no diremos una sola palabra.

–No le habrán dicho nada al señor Flores, ¿verdad? –preguntó Elizabeth.

–No, claro que no.

Aliviada, y con la esperanza de que mantuvieran el secreto, Elizabeth cogió su tenedor, asaltada nuevamente por un apetito voraz. Disfrutaron de un festín a base de verduras tan frescas como no veía desde hacía meses y un delicioso estofado de ternera con especias. Después de semanas de mareos y alimentos de mala calidad a bordo del barco, Elizabeth repitió gustosamente en cuanto se lo ofrecieron. Ya al final de la cena, volvió a mencionar a su rescatador.

–Ese hombre, el señor Flores, el que ha venido a buscarnos... –titubeó y

tomó un sorbo del denso vino blanco que tenía en la copa.

–Ah, sí –dijo la señora Campbell con una sonrisa de complicidad–. Estará de acuerdo conmigo en que es un hombre muy interesante, ¿no?

–En realidad, apenas hemos hablado. Dio con nosotras a menos de veinte minutos de aquí.

–Es hijo de uno de los hombres más destacados de la región, el señor Mateo Flores. –La señora Campbell fue entusiasmándose a medida que hablaba del tema–. Dicen que su madre era una *machi*, una curandera mapuche, y cuentan las malas lenguas que embrujó al señor Flores recurriendo a un filtro amoroso. Naturalmente, yo tiendo a pensar que todo eso son paparruchas, pero, por lo visto, en su día fue todo un escándalo. Aunque desde entonces han pasado ya unos treinta años, aquí la gente tarda mucho en olvidar.

Elizabeth miró a su anfitriona con los ojos muy abiertos.

–Siga, siga –la instó al mismo tiempo que el señor Campbell carraspeaba sonoramente y sacudía la servilleta en dirección a su mujer como para disuadirla de seguir hablando.

La señora Campbell hizo oídos sordos.

–Cuando los chilenos enferman, llaman a una *machi*; son mujeres con gran poder y sus aptitudes para la sanación son muy respetadas –explicó–. Pero, lamentablemente, Sayelita, que así se llamaba su madre, murió cuando Tomás tenía unos diez años. Se criaron en la estancia de la familia en las montañas, entre Valparaíso y Santiago, aunque Tomás vive la mayor parte del tiempo en Valparaíso. A veces trabaja como intérprete entre los chilenos y españoles de aquí y los británicos, y de guía, aunque también ayuda a su padre en sus negocios. Conoce esta zona mejor que nadie, razón por la cual, cuando ha venido de visita esta tarde, lo he mandado a buscarlas a usted y su doncella al ver que no habían regresado antes del anochecer.

«Eso explica su excelente inglés –pensó Elizabeth–. Y su seguridad en sí mismo.»

–Es un joven encantador –comentó la señora Campbell, guiñando un ojo a Elizabeth–. Así que ándese con cuidado, querida. –Se advertía cierta picardía en su voz, pero Elizabeth se recordó su deseo de que nada la apartara de su objetivo, la misión que le había encomendado su padre. También tenía mucho interés en recoger y catalogar el mayor número posible de especies vegetales autóctonas; solo con lo que había visto hasta el momento, la sangre le corría ya más deprisa por las venas.

De ahí pasaron a hablar de la reciente guerra entre Chile, Bolivia y Perú, y la cena concluyó sin que volvieran a mencionar al señor Flores.

Esa noche Elizabeth durmió profundamente, aunque al principio temió no poder conciliar el sueño, porque, cada vez que cerraba los ojos, el suelo se mecía bajo ella, como si estuviera nuevamente en el camarote del *Corcovado*. Así que, a la mañana siguiente, cuando despertó, en un primer momento no supo dónde se hallaba. Se había acostumbrado a estar en un camarote a oscuras y a dormir entrecortadamente por los crujidos y el bamboleo del barco hasta que Daisy entraba para arrancarla de su sueño. Pero esa mañana el sol penetraba a raudales por una pequeña ventana, situada a gran altura en la pared frente a su cama. Distinguió el delicado canto de un ave, unos trinos repetidos de excepcional dulzura, que le recordaron el gorjeo de los pardillos en los trigales que rodeaban Trebithick.

Mientras rememoraba los hechos del día anterior, se desperezó con languidez, disfrutando del roce de las finas sábanas de hilo en la piel, y de no experimentar la desagradable sensación del aire húmedo y salitroso unido al de una litera estrecha en continuo movimiento.

La noche anterior se había dado su primer baño en agua dulce desde que partió de Trebithick Hall —el agua salada era lo único de lo que disponía a bordo del barco—, y Daisy le había lavado el cabello largo y rubio, para acabar enjuagándoselo con manzanilla que habían encontrado en el patio. Mientras percibía su melena, desparramada y sedosa sobre la almohada, su pensamiento se desvió hacia el recuerdo de los rizos oscuros y lustrosos de Tomás Flores. ¿Qué sensación le produciría su contacto entre los dedos? Tomás Esteban Flores. Dejó salir el nombre de sus labios, y le gustó el sonido.

Un golpeteo en la puerta la devolvió a la realidad. ¿Qué le estaba pasando? Nunca antes había mostrado el menor interés por un hombre. Bueno, aparte de Tommy Pengelly, el hijo del párroco, que cantaba como un ángel en la capilla de Trebithick. Eso había sido una breve fascinación, que terminó un domingo por la mañana cuando lo vio en el camposanto, después de un oficio, tirar castañas a las ardillas que vivían en los castaños de indias.

No se le había ocurrido pensar que quizá se debía precisamente a su aislamiento en Trebithick Hall, sin más compañía que la de su institutriz y su

hermana, el que no hubiese tenido la oportunidad de sentirse atraída por ningún miembro del sexo opuesto. Para Georgiana había sido distinto. Un poco antes de los diecinueve años, la habían enviado a Plymouth para pasar el verano con su tía abuela, y fue allí donde captó la atención de Robert. Se consideró que Elizabeth era aún demasiado joven, y se quedó en casa, montando en su poni y jugando entre los invernaderos. Cuando ya tuvo edad para disfrutar de la misma experiencia, su tía abuela Isabel no estaba bien de salud y ya no recibía visitas.

En ese momento apareció Daisy en la puerta, con una radiante sonrisa en el rostro.

–Buenos días, señorita Elizabeth. Espero que haya dormido bien.

–Hacía meses que no dormía tan bien, la verdad. Es un verdadero alivio haber desembarcado. Aunque admito que la tierra aún se mece un poco bajo mis pies.

–Desde luego no echo de menos el olor –dijo Daisy con un estremecimiento–. A tripas de pescado y agua salada, y otras cosas aún peores.

–Hoy es domingo, ¿no? –preguntó Elizabeth.

–Sí. La señora Campbell me ha pedido que le pregunte si quiere acompañarla a la iglesia esta mañana. Saldrá a las diez.

–Por supuesto. Pero ¿qué hora es? Tengo la sensación de que he dormido demasiado.

–No se preocupe –dijo Daisy con voz risueña–. Aún es temprano, y tenemos tiempo de sobra para que se arregle.

–Debes venir tú también. Tal vez quieras ver un poco la ciudad.

–Como usted guste –contestó Daisy con una rápida inclinación de cabeza.

Fueron a la iglesia en una carreta tirada por una mula.

–Es la manera más fácil de viajar cuando no somos muchos –explicó la señora Campbell mientras les indicaba que subieran por los peldaños de la carreta descubierta.

Las dos jóvenes miraron alrededor con admiración mientras recorrían la corta distancia hasta las calles principales de la ciudad.

–¡Mire! –exclamó Daisy–. Eso debe de ser la iglesia.

Elizabeth, que permanecía atenta a las plantas de los márgenes del camino por el que avanzaban, se volvió hacia donde Daisy señalaba. Se encontraban

ya en la tierra llana próxima a los muelles, y ante ellas se alzaba una iglesia de piedra coronada por un hermoso campanario escalonado.

–La iglesia de San Francisco –anunció la señora Campbell–. También hace las veces de faro. He pensado que a lo mejor le gustaría asistir a un oficio tradicional. Católico, por supuesto –pronunció la última frase en voz baja–. Tomen –dijo, y les entregó sendas mantillas de encaje negro plegadas–. Envuélvanse con esto. Aquí la tradición exige taparse la cabeza y los hombros.

Cuando entraron en la iglesia, Elizabeth vio que estaba atestada de familias y, a juzgar por sus distintas indumentarias, eran chilenas y europeas. Encontraron un sitio hacia el fondo, y Elizabeth se dejó envolver por las palabras del oficiante –en español, idioma incomprensible para ella– mientras contemplaba el techo abovedado. Perdida en sus ensoñaciones, se preguntó si volvería a surgirle la oportunidad de coincidir con el señor Flores, sobre todo porque le intrigaba la historia de su madre, o eso se dijo con firmeza. Sayelita debía de conocer las plantas chilenas más eficaces, las que controlaban la fiebre, las que ahuyentaban los malos espíritus o las que aplacaban los delirios. Seguramente también debía de conocer la planta que su padre buscaba. De hecho, reflexionó Elizabeth, tal vez Sayelita había transmitido parte de esos conocimientos a su hijo. Bien estaba dibujar los almendros y las higueras, pero en realidad su propósito era encontrar plantas medicinales autóctonas de Chile, tisanas y remedios, hierbas con propiedades misteriosas, con la facultad de sanar o dañar en función de la forma de preparación y la dosis, por no hablar de la singular planta que su padre le había encargado que buscara: la trompeta del diablo. Desde luego ella había viajado hasta allí para cumplir la promesa que le había hecho, gracias a la cual no se había sumido en un dolor incontrolable cuando él murió, y que la había sostenido durante la larga y atroz travesía hasta Valparaíso. Pese a que había superado la peor parte del viaje, era muy consciente de que la auténtica prueba estaba por venir.

Sídney, otoño de 2017

El lunes por la noche apareció en la carpeta de entrada un mensaje de Noah, y Anna lo abrió con vivó interés.

«Fue un placer conocerte la semana pasada, Anna. La persona que podría arrojar algo de luz sobre tu hermoso cuaderno de dibujo es el doctor Edwin Hammett-Jones. Es un taxonomista de Kew, especializado en flora sudamericana, y se interesa además por los ilustradores botánicos ingleses. Puedes ponerte en contacto con él en...» leyó, deslizando la mirada rápidamente por el texto.

Se disponía a cerrar el mensaje cuando vio la posdata: «Avísame si algún día te apetece tomar algo o ir al cine».

Pese a encontrarse en su casa sola, notó que se ruborizaba. ¿Estaba proponiéndole una cita? Dios santo. No sabía qué contestar, así que decidió dejarlo de lado por el momento. Cerró el mensaje y optó por empezar a redactar un correo para el doctor de nombre rimbombante, Edwin Hammett-Jones.

«Apreciado doctor Hammett-Jones», comenzó. Explicó dónde había encontrado el cuaderno y después adjuntó una foto de un par de dibujos que había tomado con el teléfono. «Si le es posible ayudarme de algún modo a identificar al artista, le estaría muy agradecida», concluyó. Pulsó «Enviar» y luego cerró el portátil.

Posó la mirada en la bolsa de seda con semillas hallada también en la caja, y volvió a aflorar a su mente la idea que se le había ocurrido nada más ver la bolsa. Según contaban, había sido posible devolver a la vida semillas de siglos de antigüedad. Abrió de nuevo el portátil y empezó a investigar. Sí, estaba en lo cierto: existían incluso unas semillas de loto de mil doscientos años encontradas en una marisma en China que habían germinado con éxito. La asaltó una repentina expectación. Tal vez. Solo tal vez.

Al cabo de más o menos una hora, después de leer todo lo que encontró

sobre el tema, cerró el portátil. Tras separar alrededor de una docena de semillas, las frotó suavemente con papel de lija y luego las sumergió en una solución de compost y agua, donde las dejaría en remojo toda la noche. Decidió que ya se plantearía a la mañana siguiente qué hacer con respecto a la invitación de Noah.

Cuando despertó, Anna sintió una vez más renacer la esperanza. Tumbada allí, cavilando sobre esa emoción inusual, de pronto otro pensamiento interrumpió los demás, y se levantó de la cama de un salto, encendió la tetera y abrió el portátil.

Dos nuevos mensajes. Uno de Noah, y uno del doctor Hammett-Jones. Se lo imaginó como un viejo encorvado con gafas de media luna –corto de vista a fuerza de escrutar antiguas acuarelas– y cabello ralo, sentado en un archivo polvoriento en algún lugar en la otra punta del mundo.

Primero abrió el correo electrónico de Noah. «Lo siento –decía–. Espero que no lo consideraras un atrevimiento por mi parte. Esto, quiero decir, lo de invitarte a salir. Al fin y al cabo, bien podrías estar casada, o comprometida o emparejada. Mis disculpas si así es. Pero si estás interesada, el ofrecimiento sigue en pie.»

Desde luego Anna no se encontraba en ninguna de esas situaciones, ni casada ni comprometida ni emparejada, pero ¿estaba interesada? No lo sabía. Una voz dentro de su cabeza la prevenía contra la posibilidad de iniciar una relación con alguien, pero otra voz, una que cobraba fuerza día a día, la instaba a animarse, a vivir un poco. «Solo será una película o una comida, por el amor de Dios», se reprendió. Todavía indecisa, dejó el mensaje abierto en el escritorio y pasó al del doctor Hammett-Jones.

«Apreciada señorita Jenkins: Acuso recibo de su material. Me formo cierta idea de su procedencia; aun así, necesitaría la obra de arte original para evaluar debidamente la autoría. Con mucho gusto la recibiría y realizaría un examen adecuado cuando usted lo considere oportuno. Un cordial saludo, E. Hammett-Jones.»

«Bien –pensó Anna, decepcionada–. Gracias por nada.» El texto sonaba tan pomposo como su apellido, y no le servía de la menor ayuda. ¿De verdad creía ese hombre que iba a viajar a Inglaterra así sin más?

Después, no obstante, cuando se lo mencionó a Vanessa, su hermana le hizo ver que él no había desechado su correo electrónico sin más.

–Dice que con mucho gusto te recibirá –observó ella–, y que realizará un examen adecuado. Eso no es precisamente negativo.

–Ya, pero eso me exigiría ir a Inglaterra –replicó Anna–. ¿Y quién tiene tiempo para eso?

–¿No hay nadie más aquí, en Sídney, que pueda ayudarte?

–Según Noah, no. Ese inglés es el referente obligado en lo relativo a las acuarelas botánicas de finales del siglo XIX.

–¿Noah?

–Trabaja con mi amiga Jane, en el jardín botánico. Sabe un poco sobre ilustración botánica, pero básicamente de artistas australianos. Es él quien me remitió al doctor Hammett-Jones. Ha sido muy útil.

–Ah, ¿sí? –Vanessa la escrutó con actitud especulativa.

–No en ese sentido –respondió ella, exasperada, aunque eludió la mirada de Vanessa. ¿Cómo era posible que su hermana tuviera un sexto sentido sobre esas cuestiones?

–Vamos, hermana, no hagas lo mismo que mamá –dijo con delicadeza.

–¿Qué quieres decir?

–Ella nunca volvió a intentarlo, después de que papá...

–Eso no es del todo justo. Tenía que cuidar de nosotras.

–¿Y tu excusa cuál es? Anna, cariño, debes dejar que entre otro hombre en tu vida, darle una oportunidad a alguien. No puedes aislarte para siempre, o te olvidarás de vivir.

Anna no contestó.

Esa mañana también coló las semillas, las envolvió en papel de cocina humedecido con agua y las metió en una bolsa de plástico hermética, que dejó en el alféizar de la ventana, expuesta al sol otoñal. Miró cómo estaban las semillas cada día de la semana, pero en ningún momento observó el menor cambio. Sabía que era una posibilidad remota; aun así, se permitió albergar esperanzas.

Sin embargo, la quinta mañana, cuando retiró el envoltorio húmedo, un diminuto brote verde asomaba de una de las semillas.

—¡Increíble! —exclamó en voz alta, y empezó a bailar por el piso—. ¡No me lo puedo creer!

Retiró con cuidado todas las semillas y descubrió que tres de ellas mostraban claras señales de germinación. Salió al balcón a por una maceta grande de barro. Tras echar un poco de compost hecho con bosta de caballo y mezclarlo con una bolsa de tierra para macetas que tenía allí, llenó el tiesto casi hasta el borde. Luego, utilizando la punta de un lápiz, realizó agujeros poco profundos y colocó cuidadosamente una semilla en cada uno, hasta tener plantadas cinco o seis, que cubrió con más tierra. Regó primero esa maceta, y después las otras plantas; a continuación, la colocó en una zona soleada. Solo el tiempo diría si esas minúsculas semillas germinadas florecerían o se malograrían.

Alrededor de una semana después de recibir el mensaje del doctor Hammett-Jones, Anna había pasado un domingo soleado pero frío desherbando el pequeño recuadro de tierra del jardín trasero de su abuela, podando a fondo el manzano, recortando los arbustos y, en general, imponiendo orden en el caos del abandono. Fue en cierto modo como un día de trabajo más para ella, pero le encantó ver resurgir el jardín, contemplarlo tal como lo recordaba en los tiempos en que la salud de Gus le permitía atenderlo.

En una esquina del fondo del jardín había un pequeño cobertizo, en realidad poco más que un armario que en otro tiempo había sido el antiguo excusado, pero ahora estaba provisto de estantes para guardar macetas viejas y herramientas de jardinería. Tras recortar la enredadera de fruta de la pasión demasiado crecida que trepaba en torno a la puerta, Anna levantó el picaporte y echó un vistazo dentro. Al ver un par de guantes, todavía con la forma de los nudosos dedos artríticos de Gussie, sintió en los ojos el escozor de las lágrimas. Al apartarlos, vio unos catálogos antiguos de semillas y un cuaderno al fondo de un estante. Gus siempre había tenido la arraigada costumbre de anotar todo lo que ocurría y crecía en su jardín de una temporada a otra, y Anna sintió una curiosidad profesional y personal por lo que pudiera haber recogido en aquel cuaderno, así que se lo metió bajo el brazo.

Se disponía a volver a la casa cuando sonó el móvil. Después de sacarlo del bolsillo, miró el número desconocido en el identificador de llamada.

–¿Diga?

–¿Anna? Soy Noah.

Anna se paró en seco, incapaz repentinamente de concebir una sola respuesta sensata.

–Oye, siento molestarte...

–No pasa nada, no me molestas en absoluto –consiguió decir por fin, sorprendida de que su voz sonara casi normal, y maldiciéndose por no haberle contestado.

–Bueno, esto... Solo quería saber qué ha pasado con mi contacto en Kew, Edwin. ¿Te ha dicho algo sobre quién podría ser el artista?

–En realidad no, por desgracia –respondió Anna con un suspiro–. Dice que no puede hacer gran cosa a menos que vea el material con sus propios ojos.

–Vaya –dijo Noah–. Qué lástima. Lo siento.

–Tú no tienes la culpa. Pero no estoy dispuesta a envolverlos y mandarlos a la otra punta del mundo. ¿Quién sabe qué podría pasarles? Nunca me lo perdonaría si se perdieran o dañaran.

–No, claro, lo entiendo –coincidió Noah.

–Oye, gracias por intentarlo. Te lo agradezco. En serio. Quizá nunca sepamos quién los hizo.

–Pero no puedes rendirte tan fácilmente –dijo él–. Podría ser la clave para acceder a una historia fascinante. No sé tú, pero yo desde luego estoy intrigadísimo.

Anna oyó hablar al comisario de exposición que Noah llevaba dentro y supo que tenía razón.

–Oye, la decisión es tuya, obviamente, pero ahora que lo has descubierto, ¿no quieres averiguar más? –prosiguió él–. ¿Y si te invito a cenar y pensamos juntos en cuál debería ser el siguiente paso?

Anna se quedó de una pieza. Pasaron unos segundos.

–Anna, ¿sigues ahí? –preguntó él–. Solo a cenar –añadió con delicadeza.

–De acuerdo –se apresuró a contestar ella–. ¿Qué tal el sábado que viene?

–Ah, bien –dijo él, aparentemente sorprendido, pero a la vez satisfecho–. Vale. O sea, esto... Bien. Chiswick, el restaurante, no el barrio ¿A las siete y media? El *maître* es amigo mío. Seguro que nos consigue una buena mesa.

–Eso estaría bien. Nos vemos entonces.

Anna cortó la comunicación sin darse tiempo para cambiar de idea.

Valparaíso, 1887

A su regreso de la iglesia, la señora Campbell propuso una excursión a la que había invitado también a varios de sus conocidos.

–Monta usted a caballo, ¿verdad, querida? –preguntó a Elizabeth.

–Por supuesto –contestó ella–, y Daisy también. No podría haberme hecho una propuesta mejor.

El grupo –compuesto por Elizabeth, Daisy, la señora Campbell (el señor Campbell, ocupado con sus cuentas, había descartado toda posibilidad de acompañarlos) y una pareja, los señores Gordon, con su hija, Sibyl– partió a última hora de la mañana. Los Gordon eran una grata compañía, y Elizabeth enseguida entabló conversación con ellos. «Somos los Gordon de Wiltshire –explicó la señora Gordon–. De Salisbury. Seguro que ha oído hablar de nosotros.» Elizabeth no los conocía, pero se abstuvo de decirlo. El trío –con intereses comerciales en la región, según la señora Campbell llevaba en Valparaíso unos años. Sibyl, a quien Elizabeth calculó una edad similar a la suya, era una joven remilgada, casi infantil, de manos pequeñas y cintura minúscula tan encorsetada que Elizabeth se preguntó cómo podía respirar. Elizabeth se sentía casi descomunal a su lado, aunque advirtió que Sibyl manejaba su montura, una excitable yegua zaina, tan bien como alguien del doble de su tamaño y su fuerza.

Iban camino de Lagunilla, un lago de agua dulce no muy lejos del mar. El recorrido comenzó con una empinada cuesta, y el caballo de Elizabeth tropezó una o dos veces en el terreno desigual. Era todo un reto permanecer en la silla, pero su montura parecía plácida, y Elizabeth se alegró de que no le hubieran asignado un animal de carácter más difícil. Pensó fugazmente en *Achilles* y en quién estaría montándolo en casa. Georgiana no sería, eso por descontado,

pero Robert era un jinete diestro y quizá considerara oportuno mantenerlo ejercitado. Dejó escapar un suspiro. Ahora Inglaterra, Cornualles y Trebithick Hall se le antojaban parte de otra vida. Le costaba creer lo avanzado que el embarazo de su hermana debía de estar ya.

No tardaron en llegar al altiplano y cabalgaron en buena armonía bajo el sol cálido. A Elizabeth volvió a llamarle la atención la belleza del paisaje, con la costa y el puerto a un lado, y las lejanas cumbres nevadas de los Andes al otro.

—¡Qué país tan hermoso! —exclamó, dirigiéndose a Sibyl—. Tan agreste y verde.

—Bueno, es que esta es la estación del crecimiento. No siempre está todo tan verde. Al final del verano, se verá todo agostado y seco —contestó Sibyl—. Después, en invierno, es aún más yermo.

Llegaron a un arroyo, que en algunos sitios se remansaba entre la espesa hierba y en otros saltaba por un lecho pedregoso. Los caballos lo vadearon en un punto poco profundo y siguieron adelante entre arbustos de laurel y mirto que desprendían un aroma dulce y penetrante bajo el sol de la tarde.

Elizabeth se sorprendió al ver, cuando llegaron al lugar elegido para el pícnic, una fogata humeante entre varias grandes piedras de granito. Había una manta extendida en el suelo no muy lejos del fuego, a la sombra de unos frutales desmedrados.

No habían tenido ocasión de desmontar, cuando tres hombres con sombreros de paja de ala ancha y copa aplanada, y altas botas de cuero, surgieron del monte ante ellos. Armados con escopetas. Elizabeth ahogó una exclamación.

—Le he pedido a José que nos precediera —aclaró la señora Campbell—. El señor Flores se ha ofrecido a acompañarlo —añadió, lo cual explicaba la presencia del segundo hombre y la causa de la exclamación de sorpresa de Elizabeth. No conocía al tercer hombre.

Cuando se acercaron, Elizabeth advirtió que Tomás cargaba también con un par de aves. Perdices, si no se equivocaba. Él hizo una seña al grupo con la mano y levantó las aves en un gesto triunfal.

—¡Hola! ¡Nos daremos un festín! —anunció en voz alta, y sus dientes resplandecieron bajo el sol.

Elizabeth, cuyo caballo avanzaba al paso junto al de Sibyl, no pudo por menos que percibir el vivo interés de esta, y le lanzó una mirada de reojo. Sí, tenía las mejillas sonrojadas y le brillaban los ojos, y no era solo por el calor del día o por el polvo del camino. Sibyl Gordon estaba interesada en el señor Tomás Flores. Ciertamente era un hombre de un atractivo perturbador, para quien se fijara en esos detalles, pero Elizabeth apartó firmemente el frívolo pensamiento.

Deseaba hablar más con él, pero no por las obvias razones de su exótica buena presencia. Le intrigaban las historias que había contado la señora Campbell sobre su madre, y se le ocurrió que tal vez él podría ayudarla a encontrar la trompeta del diablo, pero sabía que debía andarse con cuidado.

El grupo desmontó y amarró los caballos a corta distancia del lugar del pícnic mientras José les llevaba cubos de agua, extraída del lago, para sus monturas. Daisy fue a ver si se requería su ayuda para preparar el pícnic, y los otros buscaron sitios cómodos donde sentarse en la exuberante hierba.

Tomás se había retirado a lo alto de un peñasco de superficie plana a cierta distancia de donde estaban, y Elizabeth lo observó desplumar expertamente las aves cobradas y sacar después una afilada navaja de su morral. Cuando abrió en canal las perdices, las tripas se desparramaron por la roca, humeantes y sanguinolentas, y Elizabeth apartó la vista. Ella no era especialmente impresionable, ya que se había criado presenciando esa clase de actividades, pero no le gustó ver la sangre de vivo color en las manos tersas y morenas de Tomás.

El tercer hombre tenía el cabello casi blanco de tan rubio, en marcado contraste con el pelo oscuro de Tomás. Elizabeth no tuvo que preguntarse por mucho tiempo quién era, puesto que la señora Campbell, mientras trajinaba para asegurarse de que todo se organizaba a su entera satisfacción, de pronto se detuvo y corrió hacia ellas.

—Ah, les ruego que me perdonen. Señorita Elizabeth Bligh, señorita Sibyl Gordon, permítanme que les presente al señor Damien Chegwidden. Llegó de Inglaterra hace unos meses. Al señor Chegwidden le interesan las plantas en gran medida, como a usted, Elizabeth.

Ella fijó la mirada en un par de ojos negros como el carbón, esforzándose en mostrarse impertérrita a la vez que tragaba el nudo que se le había formado en la garganta. Ese hombre no se parecía en nada al monstruo que ella había concebido en su imaginación, ya que era mucho más joven de lo que esperaba

y sumamente apuesto, con su cabello claro y su tez ligeramente bronceada. Vestía con gran elegancia –traje de hilo de color crema y plastrón de color escarlata sujeto con un alfiler de ámbar–, pero sus ojos la traspasaron como dos trozos de obsidiana pulida.

Así que era cierto: el hombre acerca del cual su padre la había prevenido encarecidamente sí estaba allí. No se sentía en absoluto preparada para conocerlo tan pronto y maldijo en silencio a la señora Campbell por sus despreocupadas palabras sobre su interés común.

Elizabeth sintió en el pecho el doloroso latido del corazón, pero disimuló su consternación con una risa, fingiendo una alegría muy alejada de sus verdaderos sentimientos.

–Bah, en realidad solo me gusta dibujar plantas y flores. Recuerdos –dijo–. Nada más.

El señor Chegwidden inclinó la cabeza en dirección a las mujeres.

–Encantado de conocerlas, señoritas –saludó–. Da la casualidad de que yo también dibujo un poco.

Parecía totalmente inofensivo, un caballero, incluso, pero Elizabeth sabía que no lo era. Su padre le había advertido sobre los taimados métodos que empleaba para conseguir lo que quería. El corazón seguía palpitándole con fuerza y tenía las manos cada vez más pegajosas: si todo lo que su padre le había dicho era cierto, correría un peligro mortal si ese hombre llegaba a averiguar su verdadera identidad. ¿Podía confiar en que la señora Campbell mantuviera su promesa?

Con manos trémulas, Elizabeth sacó su cuaderno y sus acuarelas de la alforja que había llevado consigo. Recordaba haber visto un arbusto muy poco común mientras desmontaban y decidió que ese podía ser el momento oportuno, no solo para plasmarlo, sino también para apartarse de la presencia de Damien Chegwidden y poner en orden sus pensamientos. Su padre le había advertido que quizá coincidiera con él en algún momento, pero la inquietaba sobremanera que hubiera sucedido de forma tan imprevista. Colocándose en equilibrio sobre una roca cerca de la planta, instaló el caballete y sacó el pincel. El murmullo de la conversación de los demás pronto fue quedando en segundo plano a medida que se abstraía en su pintura. Cuando empezó a pintar dejaron de temblarle los dedos, pese a que los pensamientos se arremolinaban aún en su cabeza.

—Se le da muy bien, ¿eh?

La voz sonó junto a su oído, cálida y aterciopelada como la miel. Se había acercado a ella con tal sigilo que la había tomado por sorpresa. Se le erizó el vello de la nuca y se estremeció involuntariamente por la proximidad de aquel hombre.

—Me ha dicho la señora Campbell que es usted ilustradora, especializada en plantas.

Ella asintió.

—Quizá pueda decirme cómo se llama esta —pidió ella, señalando el arbusto que había dibujado.

—Pues, sí, eso es un quillay. —Tomás tendió la mano hacia la planta y desprendió un pequeño fragmento de corteza—. Es nuestro jabón para lavar, ¿sabe?

Elizabeth lo miró con incredulidad. No entendía que un trozo reseco de corteza pudiera limpiar nada, pero a todas luces los conocimientos de él eran muy superiores a los suyos.

Una luz destelló en los brillantes ojos azules de Tomás.

—¡Veo que no me cree! —Se rio. Se alejó, y Elizabeth apenas tuvo tiempo de percibir su ausencia cuando Tomás volvía ya del lago con un balde de cuero lleno de agua. Arrancó un poco más de corteza y hundió las manos en el agua. Las sacó y se las frotó con la corteza entre las palmas. Efectivamente, en breve empezó a formarse una ligera espuma.

—¿Quiere probarlo? —preguntó él.

Elizabeth negó con la cabeza.

—Tengo las manos muy limpias y no quiero humedecer el cuaderno de dibujo, pero gracias por la demostración —dijo remilgadamente, con la esperanza de que la sonrisa de su rostro disimulara el filo de sus palabras—. Pero ¿puede decirme cómo se escribe qui...? ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Quillay —repitió él, antes de deletrearle el nombre.

—Según parece, conoce muy bien la flora de esta región.

Él ladeó la cabeza.

—Un poco —respondió con modestia—. Tenemos la suerte de contar con muchas plantas de gran interés para coleccionistas como el señor Chegwidde, aunque admito que yo las admiro tanto por su belleza —se interrumpió para

arrancar una flor de color azul intenso de una mata que tenía al alcance de la mano— como por su rareza. —Se la ofreció—. Azafrán de primavera azul.

Con una inclinación de cabeza, Elizabeth aceptó la flor y se la acercó a la cara. Ese hombre le recordaba a su padre por el entusiasmo que mostraba ante todo aquello que crecía de la tierra, y sintió una punzada agri dulce.

—Ciertamente es de una belleza asombrosa —admitió—. He descubierto que solo cuando se contemplan las cosas debidamente con el interés de un botánico, o un artista, se ve realmente su verdadera naturaleza.

—Así es —dijo Tomás, sin apartar la vista de ella.

Elizabeth se sintió como un espécimen bajo el microscopio, de tan atentamente como la examinaba. Cuando alzó la vista para devolverle la mirada, el tiempo pareció detenerse. Estaba planteándose la mejor manera de formular una pregunta sobre su madre cuando los interrumpieron.

—¿Qué es lo que les resulta tan fascinante a los dos? —preguntó Sibyl mientras se acercaba—. Les ruego que me incluyan —añadió con coquetería, mirando fijamente a Tomás.

Él la obsequió con su sonrisa cálida y presta.

—Claro, señorita Gordon. La señorita Bligh no me ha creído cuando le he dicho que es posible usar una planta para lavarse, ¿lo ve? —Le mostró las palmas de las manos, antes manchadas de sangre tras destripar a las perdices, y ahora impolutas y rosadas.

—Ah, sí, el quillay —dijo con voz cantarina—. A mí me lo enseñó nuestra doncella. Pero, claro, usted está recién llegada y hay mucho que aprender.

—Desde luego, y estoy deseando que ustedes dos me enseñen —contestó Elizabeth con dulzura, a lo que Sibyl reaccionó con una expresión de sorpresa.

Elizabeth confiaba en que Tomás pudiera darle alguna pista en su búsqueda de la trompeta del diablo, pero tendría que preparar el terreno hasta llegar a la pregunta, granjearse antes su confianza, conocerlo mejor. Eso requeriría tiempo, pero si esa conversación servía de indicio de algo, no resultaría un gran esfuerzo. Prefería no precipitarse, y no podía permitir que el señor Chegwidden, ni de hecho nadie, sospechara de su verdadero propósito en Valparaíso. También pensó que podía dar por sentado, sin miedo a equivocarse, que el señor Chegwidden no había encontrado aún la trompeta del diablo, porque en caso contrario sin duda se habría marchado con ella en el primer barco disponible. Esa conclusión alimentó su determinación y la llevó a acariciar la esperanza de que el tiempo estaba a su favor.

–Ahora debo ir a ocuparme de las perdices si queremos comer pronto – anunció Tomas, interrumpiendo los pensamientos de Elizabeth–. Discúlpenme, señoritas.

Sibyl lanzó un vistazo al cuaderno de Elizabeth.

–Qué afortunada es de poseer esa aptitud. Juro que, al ver esto, tomo conciencia de mis propias limitaciones. –Se traslució en su voz un tonillo de reticente admiración.

El señor Chegwidden se acercó a ellas, y Elizabeth hizo lo posible por mantener una expresión amable.

–Coincido con la señorita Gordon –declaró–. Es usted una artista consumada, señorita Bligh. Me encantaría saber dónde ha adquirido esa aptitud. ¿Quién le ha enseñado?

«Cíñete a la verdad, pero solo en la medida en que no te comprometa», le había aconsejado su padre.

–Fue mi institutriz la primera en animarme. Pero poseo escasa instrucción formal, más allá del estudio de la *Revista Botánica de Curtis*. –Se abstuvo de añadir que fue su padre quien le dio a conocer la publicación.

–Ah, sí –dijo él–. La conozco bien, una excelente revista, a decir verdad.

–Ay –exclamó Sibyl con otro suspiro–. Me encantaría saber dibujar.

–Vamos, Sibyl, la modestia no te favorece –intervino la señora Gordon, que había oído el final de la conversación al reunirse con ellos–. No es posible hacerlo bien todo, y basta con oírte cantar para saber hasta qué punto eso es una bendición de Dios.

Sibyl se ruborizó ante la jactancia de su madre.

–¡Madre, por favor!

Elizabeth dejó el cuaderno. Sus esperanzas de quedarse a solas no se habían cumplido, y en todo caso, razonó, sería de mala educación desentenderse del resto del grupo durante demasiado tiempo.

–¿Volvemos con los demás? –propuso, mirando en dirección a la señora Campbell y el señor Gordon, que se habían acomodado cerca de una roca mientras Daisy sacaba las provisiones que habían llevado consigo–. De todas maneras, ya prácticamente había terminado.

Mientras comían, Sibyl y su madre chismorreaban con la señora Campbell

acerca de una familia norteamericana que se había establecido en Valparaíso el año anterior. Elizabeth apenas prestó atención a la charla, ya que casi no conocía a la familia en cuestión.

Mientras chupeteaba un muslo asado de perdiz, asombrosamente succulento y cien veces mejor que cualquiera de las cosas que había comido a bordo del barco, Elizabeth reflexionaba sobre cómo podría localizar la misteriosa trompeta del diablo.

¿Sería Tomás la persona indicada en quien depositar su confianza? ¿O lo unían estrechos lazos con el señor Chegwidden? Aún debía determinar el carácter exacto de su relación. Allí sentada, Elizabeth cavilaba sobre su dilema, cerrando los dedos en torno a la exuberante hierba verde como para anclarse al suelo. Alzó la vista y su mirada se cruzó con la de Tomás. Él la contemplaba como si fuera un artefacto fascinante, digno de minucioso estudio, y al sentirse así observada, le subió el calor a las mejillas. Miró alrededor al resto del grupo; todos, incluido el señor Chegwidden, seguían absortos en la larga saga narrada por la señora Campbell. Elizabeth se puso en pie para estirar las piernas, que se le habían entumecido de estar sentada en el suelo.

–Hace calor –dijo en voz baja a Daisy–. Creo que bajaré un rato al lago.

Tomás se levantó de un salto.

–Yo la acompañaré, señorita Elizabeth. No me lo perdonaría si se perdiera. –Lo dijo con una sonrisa de complicidad, y Elizabeth tuvo que morderse la lengua para no contestar que difícilmente podía perderse en un paseo hasta el lago que, como mucho, estaba a trescientos metros.

–Vaya, muchas gracias, señor Flores, eso sería muy amable por su parte –respondió ella, y lo tomó del brazo cuando se situó a su lado. Contuvo la respiración, esperando que nadie decidiera unirse a ellos, pero, al parecer, todos prefirieron quedarse, así que se recogió la falda con la otra mano y partieron en dirección al lago.

Cuando se detuvieron, Elizabeth había decidido ya ir al grano.

–Perdóneme la impertinencia, pero la señora Gordon me habló de su infancia –dijo.

–Ah, ¿sí? ¿Y eso? –Se lo veía desconcertado.

–No es mi intención faltarle al respeto. Pienso más bien que la suya debió de ser una niñez fascinante. Tengo entendido que su madre era una curandera muy bien considerada.

La sombra del desconcierto desapareció de su semblante.

–Sí, lo era. Mucha gente acudía a ella en busca de sus remedios y sus conocimientos. Sabía mucho. Quizá no en un sentido convencional, pero era poco lo que desconocía acerca del poder de las plantas. Plantas que crecen alrededor de nosotros, a las que casi nadie presta atención. Ella sabía exactamente cómo prepararlas, cómo combinarlas y cómo curar enfermedades para las que otros médicos no tenían solución. También sabía dónde encontrar los especímenes menos comunes y más sagrados.

–Y lógicamente le transmitió a usted esos conocimientos –aventuró Elizabeth.

–Bueno, en parte, sí, pero solo lo más sencillo. Yo era aún pequeño cuando ella murió. En cualquier caso, mi madre creía que solo las mujeres debían acceder a los conocimientos más sagrados. A diferencia de las costumbres de su país, por lo que me han contado.

–Ya entiendo –respondió Elizabeth, procurando disimular su decepción. Finalmente, quizá no fuera él la persona apropiada para preguntarle por la trompeta del diablo. Contempló la orilla del lago, a rebosar de juncos, aunque reparó en un claro un poco más alejado donde un pequeño guijarral permitía acceder fácilmente al agua sin mojarse las botas—. Aun así, si no es abusar de su indulgencia, ¿podría pedirle que me ayude a identificar algunas de las plantas autóctonas de Valparaíso? Naturalmente, reconozco la acacia y la anémona, el geranio y la fucsia, y estoy segura de que hemos cabalgado entre laureles, pero hay otras muchas que desconozco por completo. Le agradecería su ayuda y por supuesto puedo recompensarlo por su tiempo.

Tomás encendió una pequeña pipa de arcilla y dio una intensa calada.

–No hablemos de dinero en un día tan hermoso, señorita Elizabeth. Será un placer servirla. –Hizo una burlona inclinación—. No en vano esto se llama «Valle del Paraíso» –añadió, y Elizabeth sintió la cálida caricia de su voz a escasos centímetros de los oídos.

Se estremeció al oír el vibrante sonido tan cerca de la cara, pero una nota de cautela asomó a su conciencia. Esperaba haber tomado una decisión juiciosa al solicitar su ayuda, pero le preocupaba la posibilidad de que el señor Flores tuviera una estrecha relación con el señor Chegwidden. Tenía mucho que averiguar y debía andarse con cuidado.

Esa noche, mientras Daisy ayudaba a Elizabeth a vestirse para la cena, esta notó atribulada a su doncella.

–Daisy, ¿estás bien? –preguntó.

–Sí, señorita –respondió la doncella, pero su tono no la tranquilizó. Se volvió de cara a Daisy y observó su rostro atentamente—. ¿Qué pasa? ¿Has estado llorando?

La doncella se sorbió la nariz, pero movió la cabeza en un gesto de negación.

–¿Echas de menos a tu familia? Ya sé que estamos muy lejos de casa, pero pensaba que hasta el momento disfrutabas de la aventura.

–No, señorita, no es eso.

–Pues entonces, vamos, cuéntamelo. No me gusta verte tan alterada.

A Daisy le tembló la voz.

–Ha sido el señor Chegwidden...

–¿Qué ha hecho? –preguntó Elizabeth, y apretó los labios en una severa línea.

–En realidad, no ha sido gran cosa. Mientras usted paseaba por la orilla del lago con el señor Flores, se ha acercado a mí y ha empezado a hacerme preguntas.

–¿Qué clase de preguntas? –La recorrió un escalofrío.

–De dónde soy, qué me ha traído a un lugar tan lejano... Él también es de Cornualles, ¿sabía?

–Pues la verdad es que sí –respondió Elizabeth—. Pero eso ahora no viene a cuento. ¿Qué le has dicho exactamente?

–Solo que soy de Trevone, y que he sido su doncella desde hace varios años.

–¿Algo más? Recuerda que estamos aquí más o menos de incógnito.

–No, nada más, se lo prometo.

–Bien. ¿Y qué ha dicho para que te alteraras tanto?

–Verá, en ese momento no había nadie cerca. Me parece que los demás se habían ido al lago, más allá de donde se encontraban ustedes. Él... ha intentado... Bueno, ha intentado besarme, y más. Yo no lo he incitado, ¡lo juro!

–Elizabeth advirtió que Daisy estaba roja de vergüenza—. Me ha roto el delantal y... un botón del vestido. No he querido gritar y armar alboroto, pero me he defendido de él lo mejor que he podido.

–¡Oh, Daisy! –exclamó Elizabeth, enfurecida en solidaridad con su doncella–. Qué hombre tan vil y despreciable. ¡Cómo se atreve! Pienso decírselo a la señora Campbell ahora mismo.

–No, por favor –suplicó Daisy–. Me moriría de vergüenza.

–¿Ha hecho algo más? –preguntó Elizabeth.

–No, eso ha sido todo. La señorita Gordon ha vuelto antes de que pudiera seguir propasándose conmigo.

–Gracias a Dios. Ahora escúchame, Daisy –dijo, sujetando a la doncella por los hombros–. Me aseguraré personalmente de que nunca vuelvas a quedarte a solas con ese individuo temible, ¿entiendes?

–Sí, señorita Elizabeth.

Sídney, otoño de 2017

En sus ratos de ocio, Anna se dedicaba a transcribir el diario de Marguerite, aunque su avance seguía siendo de una lentitud exasperante. Marguerite había encontrado alojamiento en Surry Hills –«Es un sitio aceptable, aunque hace un frío atroz y el viento silba por las rendijas de las puertas y las ventanas.»– con Alice, su amiga del centro de cuarentena, y empleo como criada, encargada de la limpieza, en una gran casa de Potts Point. «Una mujer de nuestra calle cuida de la niña. Parece bastante bondadosa, pero estoy preocupada.» Lily, por lo visto, había contraído una tos espantosa, y Marguerite temía por su salud. Marguerite también escribía a menudo sobre un pasado misterioso, aunque nunca mencionaba su lugar de procedencia antes de llegar a Sídney. «No debo volver nunca. Él no debe encontrarme nunca», había escrito. ¿De quién había huido?, se preguntó Anna. ¿De su marido, tal vez?

–Es buen tío, ¿sabes? Deberías darle una oportunidad. –La voz de Jane interrumpió sus pensamientos.

–¿Mmm? –Anna, sobresaltada, alzó la vista.

–Te lo digo en serio. Debes volver al mundo real, Anna. Sé que lo has pasado mal, pero no puedes esconderte de la vida eternamente, en serio. Noah es buena persona. Es de fiar.

Estaban en la casa de su abuela, donde Anna había pasado todo el día poniendo orden en el desorden polvoriento que habían dejado los albañiles y fregándolo todo de arriba abajo. Tras detenidas reflexiones, había decidido pintar la fachada de un verde frío, el color de una hoja nueva. En todo caso, la pintura morada había empezado a descascarillarse, y aunque era del agrado de Gussie, en realidad a Anna no le gustaba. Después de varios días de esfuerzo, había devuelto el magnífico jardín de Gus a su estado anterior, y ahora la casa tenía tan buen aspecto por dentro como por fuera. Los albañiles habían instalado una cocina, armarios blancos y una encimera de granito claro, y habían pulido y barnizado de color caoba la tarima del suelo. Las paredes

ahora eran de un blanco radiante, y Anna se había paseado por la casa en calcetines, deleitándose con el aroma a pintura. Olía a limpio y a nuevo. La reconfortaba oír aún el tictac del reloj de Gussie en la repisa de la chimenea. Aunque solo había algún que otro mueble viejo para suavizar el espacio semivacío, la zona habitable, ahora más amplia, resultaba acogedora. Preparada para un nuevo inicio.

«Un poco como tú», insistía una vocecilla en su cabeza.

A medida que la casa cobraba forma y Anna empezaba a preguntarse más seriamente qué hacer con ella, tuvo una idea. Quería a alguien con mano para las plantas que cuidara del jardín, y prefería que viviera allí una persona a quien ella conociera.

–De hecho... –comenzó a decir Anna, asomando una sonrisita a su cara.

–Has dicho que sí, ¿no? –exclamó Jane, animada–. ¡Qué bien! ¿Adónde vais a ir y cuándo?

–Puede que vayamos a algún sitio esta noche –contestó Anna, tímidamente–. Pero, ven –dijo, cambiando de tema–, vamos a echar un vistazo al jardín.

–¡Oh, qué maravilla! –exclamó Jane cuando Anna abrió la puerta de atrás. Recorrieron el sendero hasta el banco situado al fondo del jardín–. Yo estoy buscando casa. Van a vender mi piso, y no he visto más que cajas de hormigón frías e impersonales.

Anna asintió.

–Ya lo sé. Lo mencionaste en la comida hace unas semanas. ¿Ha habido suerte?

Jane negó con la cabeza.

–Es imposible. No hay nada. Bueno, o al menos nada que yo pueda pagar. Daría cualquier cosa por tener un sitio con un poco de jardín. Pero en esta parte de la ciudad eso es más difícil que encontrar agua en el desierto. Y si hay un mínimo de espacio verde, el alquiler se dispara. No sabes la suerte que tienes... –Se interrumpió, al darse cuenta de que en realidad Anna no había sido especialmente afortunada en los últimos años–. En fin, ya sabes lo que quiero decir.

Anna le indicó que tomara asiento, y ella se sentó en el extremo opuesto del banco y se volvió hacia su amiga.

–No, no voy a venir a vivir aquí –aclaró.

–¿Por qué no? Esto –dijo, y extendió totalmente los brazos– es magnífico. ¿Te has vuelto loca?

–No, estoy muy a gusto en mi pisito de Queens Park.

–¿O sea, que vas a alquilarla? –preguntó Jane, y en su rostro se dibujó una clara expresión de interés–. Aunque dudo que yo pueda pagarlo.

–¿Te gustaría? –ofreció Anna.

Jane la miró.

–¡Anna! ¿Lo dices en serio?

Anna asintió, ahora con una amplia sonrisa en la cara.

–La verdad es que me gustaría alquilársela a alguien que la cuidara, alguien que se ocupara del jardín.

Jane se levantó y, exultante, abrazó a Anna.

–¡Me encantaría! Es una casita perfecta, y el jardín es espectacular. Gracias, Anna, gracias. Pero ¿cuánto quieres a la semana? –preguntó con cara de duda–. Mi presupuesto no es gran cosa.

–Precio de amigo –contestó Anna para tranquilizarla–. Lo que estés pagando ahora. Solo quiero que la casa esté bien cuidada.

–Uy, la cuidaré como un tesoro. De verdad que sí. Pero ¿estás segura? Podrías sacar mucho más si la alquilaras a través de una agencia. –Jane parecía preocupada y entusiasmada al mismo tiempo.

–Claro que sí. La semana que viene vendrá el fontanero para hacer las últimas comprobaciones, pero, por lo demás, está lista para entrar a vivir.

–¿Lo dices en serio?

–Creo que sí –respondió Anna entre risas, disfrutando de la sensación de poder hacer feliz a otra persona, para variar.

Antes de irse, Jane hizo prometer a Anna que la llamaría y le contaría cómo había ido la cita con Noah.

–No sabes cuánto me alegro de que hayamos recuperado el contacto –dijo–. Te he echado mucho de menos, créeme.

Como Anna se había saltado su habitual clase de *spinning* de los sábados (la tercera semana consecutiva; no sabía si estar molesta o estar satisfecha consigo misma) para reunirse con Jane en la casa, necesitaba salir y desfogarse un poco. Al ofrecer la casa a Jane, había puesto en marcha la primera parte de su plan, pero ahora experimentaba una sensación de vértigo

como consecuencia de haber hecho realmente algo para cambiar el rumbo de su vida por primera vez en muchos años.

Paseó por las tortuosas calles de Paddington. Recorrió New South Head Road y luego cruzó a la otra acera para entrar en el frondoso parque que bordeaba la orilla de la bahía de Rushcutters. Apareció a la vista el puerto azul y tranquilo, la superficie espejada llena de embarcaciones cuyos mástiles traspasaban como agujas el claro cielo otoñal. Mientras avanzaba entre la acumulación de hojas caídas, oyó el característico tintineo hueco de las drizas procedente del puerto deportivo, al que se superponían los gañidos de varios perros pequeños a los que paseaban musculosos dueños. Llevaba una bolsa, y cuando llegó a la orilla, encontró un banco donde sentarse y sacó el cuaderno que había encontrado en el cobertizo del jardín de la abuela Gus. Anna se revolvió en el banco para ponerse cómoda y empezó a leer, pero las palabras se desdibujaron ante sus ojos cuando reconoció aquella letra tan familiar en el papel. Una letra que había visto en numerosas felicitaciones por su cumpleaños, siempre con un billete de diez dólares dentro, independientemente de los años que cumpliera. Parpadeó y pasó la hoja. Constaban el mes y el año en el encabezamiento, y a este seguía una anotación en clave: «Enero. Pestazo. Albahaca infestada de arañuela. Rodrigones nuevos».

Anna leyó allí sentada, y su entorno se desvaneció a medida que se abstraía en los apuntes de su abuela. Era casi como si Gussie estuviera a su lado, refunfuñando por la falta de lluvia y maldiciendo por no poder desherbar ya ella sola. El cuaderno era un hilo que las comunicaba, y Anna lo guardaría siempre como un tesoro.

El asiento era tan duro que le resultó incómodo quedarse demasiado rato, así que se levantó, se desperezó y volvió a guardar el cuaderno en la bolsa. Sin plantearse adónde ir, empezó a caminar por la playa y luego se adentró en las calles tortuosas de Darling Point, hasta llegar a Double Bay, donde vio a ancianas peinadas de peluquería y madres enfundadas en licra tomando café al sol de la tarde. Después siguió por el tramo ancho de Rose Bay y por la empinada cuesta de New South Head Road, o «Cuesta Rompecorazones», como se conocía entre los corredores que ascendían por allí a decenas de miles cada agosto, en una carrera desde la ciudad hasta la orilla del mar en Bondi Beach. Sus pasos la llevaron hasta Nielsen Park. Esa había sido una de las playas preferidas de Simon, y en verano hacían novillos en la universidad

para ir a refrescarse en sus plácidas aguas, mientras contemplaban la ciudad a lo lejos.

Era allí donde habían esparcido sus cenizas, desde una lancha prestada, a cien metros de la orilla. Anna se había sentido como una farsante al participar en aquello, pero no soportó la idea de herir a los padres de él si se negaba a ir. Regresó allí meses más tarde, y en esa ocasión llevaba en el bolso una plántula cuyas raíces había envuelto con papel de cocina húmedo.

Sabía dónde la había plantado exactamente, al fondo del parque, en un lugar en el que por la mañana daba el sol, y por la tarde quedaba bajo una sombra moteada. Cuando se acercó, contuvo la respiración: *Acacia spectabilis*, o zarzo de la gloria, como se la conocía más comúnmente. Aunque aún era pronto para la floración, sus capullos amarillos arracimados emitían un resplandor dorado, alegrando el sombrío paisaje. En lugar de marchitarse, como se había temido, la plántula había medrado a lo largo de los años desde que la plantó. Olisqueó su tenue perfume, fijándose en el color de las flores: así se imaginaba ella lo agridulce, si es que una emoción podía tener color. Simon sin duda habría valorado su belleza, pensó con añoranza.

Al cabo de un rato, se dio media vuelta y, mientras desandaba el camino, sus pensamientos se desviaron lentamente de Simon a Marguerite. Se imaginó una fila de mujeres remontándose en el tiempo, que empezaba con la misteriosa Marguerite a su llegada desde quién sabía dónde a bordo de un barco que había surcado bamboleante el encrespado océano meridional, hasta llegar a la abuela de Anna, para terminar en la propia Anna. ¿Era posible que ese diario pudiera ser también una conexión con su pasado, que fuera una voz que contenía también un mensaje para ella, aunque llegara desde mucho más lejos que el cuaderno del jardín de su abuela? En ese momento, tomó la decisión. Solo había una manera de averiguarlo.

Valparaíso, 1887

Una mañana, al cabo de una semana, Elizabeth estaba terminando de desayunar sentada a una pequeña mesa en el patio cuando se presentó allí Tomás.

Durante su anterior excursión, mientras estaban a solas a orillas del lago, él había propuesto esa jornada para iniciar su tarea de identificación de plantas. Elizabeth había vivido desde entonces en un estado de creciente expectación. Ese día incluso Daisy advirtió su alteración, y a la vez que la ayudaba a vestirse, le cepillaba la melena rubia y se la recogía en un moño en la nuca, le lanzaba miradas de curiosidad. Elizabeth tuvo que hacer un esfuerzo para quedarse quieta durante las atenciones de Daisy, de tan nerviosa como se sentía ante la perspectiva de ver a Tomás en menos de una hora. Ese hombre la tenía obsesionada desde el pícnic, y acudía a su memoria una y otra vez la forma en que le había sostenido la mirada, la profundidad de sus ojos azules y la dulzura con que le hablaba.

–¡Ah, señorita Bligh! –saludó–. No, no se levante. Acabe de desayunar, por favor. Mercedes va a traer café, así que la acompañaré, si no le importa.

Contra lo que era habitual en ella, no supo qué decir, y se vio obligada a hablar del tiempo, que, según la señora Campbell, era muy caluroso para esa época del año.

–Eso significa que puede que encontremos más plantas en flor de lo que es normal en estas fechas –señaló Tomás. También él parecía mucho más callado que en su anterior encuentro.

–Sí, claro, es verdad –contestó ella–. No se me había ocurrido. ¿Adónde propone que vayamos? ¿A la misma zona a la que fuimos la semana pasada para el pícnic?

–No, creo que deberíamos ir hacia el este, en dirección a la sierra, por la carretera de Santiago. No muy lejos de allí hay un valle, el Valle de las Palmas, o el Cajón de las Palmas, como decimos aquí. Pienso que le gustará.

Cabalgaron varias horas. Los acompañaba Daisy, aunque se mantenía a una distancia discreta para dejarlos hablar en privado. Tal vez en esa parte del mundo las normas sociales se relajaran, pero Elizabeth debía tener en cuenta su reputación, y ni se le habría ocurrido adentrarse en un paraje despoblado con un caballero desconocido, por encantadores que fuesen sus modales.

Siguieron un arroyo a través de la espesa hierba hasta llegar a un estrecho paso de montaña sumido completamente en la sombra. Mientras los caballos avanzaban, Elizabeth se estremeció por la frescura tonificante y grata del aire, y se maravilló al ver que, en el camino, los arbustos seguían húmedos de rocío.

Alzó la vista hacia las cumbres de las montañas, resplandecientes a causa de la nieve que se adhería a sus escarpadas laderas rocosas. Allí, en la cordillera andina o en los valles de las faldas de los montes, según le había dicho su padre, era donde más probabilidades tenía de encontrar la trompeta del diablo. Pero ¿cómo iba a viajar hasta un lugar tan imponente? «Es una planta escurridiza –le había susurrado su padre en su lecho de muerte–. Algunos la confunden con la trompeta del ángel, mucho más común, lo cual entraña un gran peligro.» Elizabeth se estremeció al recordar esas palabras.

–¿Se encuentra bien? –preguntó Tomás, observándola atentamente–. ¿Le apetece descansar?

–No, no, estoy bien; es solo que me he acordado de una cosa –respondió ella.

Tomás siguió mirándola con expresión interrogativa.

–Mi padre. Estaba pensando en lo que me dijo antes de... antes de morir.

–Lo siento. La señora Campbell me comentó que había perdido usted a sus padres. Opino que es muy valiente al emprender sola un viaje como este. ¿Su padre era también un entusiasta de las plantas?

Elizabeth negó con la cabeza.

–No –mintió–. Le interesaban asuntos menos efímeros. Lo echo muchísimo de menos, pero la verdad es que pasaba mucho tiempo ausente, así que supongo que estoy acostumbrada. En cuanto a mi valor, a veces me pregunto si no seré más necia que valiente.

Siguieron adelante y, tras cruzar un desfiladero entre dos escarpadas laderas, accedieron a un valle de una belleza excepcional. Las abejas volaban alrededor de flores de un sinfín de colores que crecían entre la espesa hierba.

Palmeras altas de hojas puntiagudas delimitaban el contorno del valle, que, según calculó Elizabeth, se extendía a lo largo de casi un kilómetro. Solo se oía el chacoloteo de los cascos de los caballos por la estrecha senda, sus coletazos cuando espantaban moscas, el susurro del viento entre los árboles y el zumbido de las abejas. Aunque al principio del recorrido habían visto a jornaleros trabajar en los campos, allí no había un alma.

Al cabo de un rato, Tomás detuvo su caballo y desmontó, destellando sus espuelas de plata al sol que ahora iluminaba el fondo del valle.

–El Cajón de las Palmas, como le he prometido, señorita –dijo, y señaló alrededor con una floritura–. Deberíamos hacer un alto, para que descansen los caballos.

–Qué hermoso es el lugar al que nos ha traído, señor –se admiró Elizabeth.

Tenían el valle ante sí, dividido por un arroyo que serpenteaba plácidamente entre la verde hierba, densa y exuberante.

–¡Válgame Dios! ¡Así me imaginaría yo el jardín del Edén! –añadió.

–Me complace oírlo –dijo él–. Es uno de mis sitios preferidos. Me alegra compartirlo con usted.

–¿También ha compartido este lugar con el señor Chegwidden? –preguntó Elizabeth sin poder evitarlo.

–¿Por qué menciona a ese hombre? –preguntó Tomás.

–Bueno, es que, según he oído, tiene mucho interés en explorar la zona –contestó ella, como si tal cosa.

–Es verdad que hace un tiempo contrató mis servicios para guiarlo en sus exploraciones.

A Elizabeth se le cayó el alma a los pies.

–Pero aquí no lo traje, no –añadió.

–¿Son ustedes amigos? –preguntó ella.

–Nos presentó la señora Gordon y hemos pasado algunos días juntos, pero él no ha estado en Valparaíso tanto tiempo como para que lo considere amigo mío, aunque parece un caballero de lo más cordial.

–Ya veo –respondió Elizabeth.

–Es un entusiasta de las plantas, como usted. Pero me ha dicho que su intención es reunir determinadas especies y llevárselas a Inglaterra. Hay mucha demanda; con cada barco, según parece, llegan más y más buscadores de plantas.

–Ah, sí, he oído hablar de esa práctica –dijo ella–. ¿Y eso no molesta a sus

compatriotas?

–Mire alrededor –respondió él y se rio, abriendo los brazos en un amplio gesto–. Unos pocos esquejes menos no se notarán.

–Supongo que no. –Elizabeth sonrió–. Bueno, estoy impaciente por ponerme a pintar –anunció a la vez que desmontaba y le entregaba a él las riendas.

–Cómo no –dijo Tomás–. Tiene usted aquí muchas cosas por descubrir.

Ella se encaminó hacia las palmeras, y Daisy se quedó descansando no muy lejos de los caballos. Los árboles se alzaban imponentes ante ella, sus troncos marrones surcados de sucesivos círculos y coronados por un despliegue de puntiagudas hojas de color verde oscuro. Racimos de grandes vainas redondas y verdes colgaban por debajo de las frondas.

–Esto desde luego no se parece a Cornualles –musitó ella para sí.

Se sentó en un retazo de sol y, tras disponer la falda alrededor hasta sentirse cómoda, abrió su cuaderno de dibujo. Una vez más se concentró en su trabajo, casi sin darse cuenta de que el sudor había empezado a correr entre sus omóplatos y a formar un pegajoso reguero espalda abajo. Había llevado consigo varios vestidos de algodón ligeros, pero incluso el tejido más fino se le habría antojado un abrigo ahora que la brisa ya no la refrescaba.

–Talamos las palmeras más viejas y las quemamos. El jugo que se obtiene es una exquisitez para los chilenos –explicó Tomás, que, acercándose a ella, le ofreció una cantimplora de agua–. Es más dulce que cualquier miel.

Elizabeth, sedienta, bebió, agradecida por su consideración.

–¿Hay por aquí alguna otra planta que deba conocer? ¿Alguna con propiedades especiales?

–Bueno, hay muchas. Está el culén. –Señaló una planta de flor amarilla muy parecida a un ranúnculo que crecía a corta distancia–. Mi madre trituraba las hojas recién recogidas y las mezclaba con grasa para preparar una cataplasma con la que curar heridas, o la dejaba secar y la hervía, y la infusión resultante bajaba la fiebre. El tallo produce una resina que utilizan nuestros zapateros. Si uno sabe dónde buscar, hay alrededor remedios y muchas cosas más –explicó, abarcando el valle con un gesto.

–Entiendo –respondió Elizabeth–. ¿Y hay alguna planta perjudicial?

–Ah, de esas también hay muchas –contestó él–. Por supuesto, hay algunas que parecen plantas curativas pero engañarían al lego, y otras que, si no se preparan como es debido, son venenos mortales.

Elizabeth se estremeció en un gesto teatral.

—Oh, hábleme más de esas —lo incitó Elizabeth, haciéndose la ingenua—. No me gustaría cometer un error.

—No tema. Me he asignado el papel de guardián personal suyo en lo que atañe a la identificación de plantas.

Elizabeth se rio.

—¿Y qué he hecho yo para merecer tal atención?

—Señorita Bligh, su belleza es mi recompensa —contestó él a la vez que tendía la mano y le rozaba el cabello dorado con las yemas de los dedos.

Elizabeth se sonrojó y desvió la mirada. No estaba acostumbrada a las insinuaciones de un hombre y de pronto no encontró palabras.

—Me halaga usted, señor Flores. Seguro que en Valparaíso no escasea la belleza. Lo he visto con mis propios ojos. La señorita Gordon, por ejemplo.

—Sí, pero ninguna es tan enigmática como usted —dijo él—. Me juego cualquier cosa a que se esconde en su interior algo más que lo que se ve a simple vista. Intuyo que se reserva muchas cosas. Y eso, claro está, la convierte en una mujer fascinante. —Lo dijo medio en broma, pero la expresión de sus ojos era seria.

—Bueno, fascinante o no, lo único que me reservo ahora mismo es un hambre feroz. ¿Vamos? —preguntó ella, y tendió la mano para que él la ayudara a levantarse.

Tomás se rio, echando atrás la cabeza y enseñando sus dientes blancos.

—¿Cómo no, señorita? ¡No me gustaría interponerme entre usted y su almuerzo!

Después de comer, Elizabeth volvió a centrarse en su arte mientras Daisy recogía. Tomás, con toda naturalidad, se tendió bajo una palmera, se tapó la cara con el sombrero y se dispuso a dormir. Elizabeth lo miró con envidia. Estaba cansada de la cabalgada y de buena gana lo habría imitado, pero quería acabar su estudio de la palmera y, después, dedicar un rato más a explorar.

—¡Señorita!

La voz llegaba de lejos, pero Elizabeth la reconoció de inmediato.

–¡Estoy aquí! –respondió ella. Interrumpió su estudio de una pequeña planta de flores blancas en forma de estrella de cinco puntas para hacer una seña a Tomás. Casi había terminado; le bastaban unas pinceladas más para acabar de plasmarla, pero él, con gestos, le indicaba que regresase.

–No debería haberse alejado tanto –desaprobó él cuando por fin llegó hasta ella, trasluciéndose en su voz cierta irritación.

–Vamos, no exagere –replicó Elizabeth–. Estaba totalmente a la vista. ¿Podría quizá hablarme de esta planta? –Señaló el modelo de su dibujo.

–Ah, esa. Es una especie de patata. Los tubérculos son deliciosos.

Una risa brotó de ella.

–¡Veo que sin duda con usted cerca nunca me moriré de hambre!

–De eso puede estar segura –confirmó él con una sonrisa, ya sin el menor asomo de enojo.

–¿Y estas? –Señaló un arbusto de flores de forma acampanada y color morado intenso que cabeceaban en la brisa.

–Ajá, esa es el palo de bruja. Alivia muchos dolores y molestias, pero también puede causar la locura. Era una de las plantas preferidas de mi madre. –Se interrumpió y arrancó unas cuantas flores y hojas, evitando con cuidado las espinas de los tallos–. Se ven muy pocas –explicó–. Mi hermana se alegrará de que se la lleve. Ahora vamos –dijo, otra vez con brusquedad–. Me temo que tenemos que irnos. No quiero que se nos haga de noche.

Al oír esas palabras, Elizabeth no pudo evitar recordar su primer encuentro. La verdad era que no sabía qué pensar del señor Tomás Flores. A ratos se mostraba totalmente encantador y agradable, y ella se veía como una amiga especial suya, y a ratos actuaba con una aspereza rayana en la descortesía, tratándola como a una colegiala ingenua.

Fue mientras cargaban las alforjas cuando Elizabeth reparó en ella. De hecho, al principio no la vio; lo que le llamó la atención fue el intenso destello de color aguamarina del ala de un colibrí en la que se reflejaba la luz del sol. Cautivada por su belleza iridiscente, avanzó hacia él y, en su premura, se le enganchó la puntera de la bota en una raíz que sobresalía entre la hierba y tropezó.

Y allí estaba.

De muy baja altura, con hojas redondeadas de color verde bosque que parecían gruesas y jugosas. La planta presentaba unas flores blancas oscilantes, muy cerradas, como el pico de un pelícano. Reveladoras bandas de un morado casi negro delimitaban el contorno de los pétalos de color crema. A no ser por esas bandas, habría pensado que era la especie más común y totalmente inocua, la trompeta del ángel, pero tuvo la certeza de que no lo era.

Se le paró el corazón; acto seguido empezó a latirle como si fuera a salirse del pecho, y el pensamiento se le aceleró para no quedarse rezagado. ¿Podía ser? ¿De verdad? ¿Era posible que hubiera tropezado con ella sin más? ¿Iba a ser así de fácil? Era exactamente como se la había descrito su padre. Le había dicho que existían más probabilidades de encontrarla en las montañas, pero ella estaba casi segura de que era esa. No disponía de tiempo para hacerse con un espécimen, ni tenía dónde esconderlo. Y en todo caso su padre le había advertido que, para manipularla, debía extremar la cautela, para que el polen o la savia sumamente tóxicos no entraran en contacto con su piel.

Como no quería llamar la atención de Tomás o Daisy, se irguió y volvió junto a ellos. Ambos se hallaban al otro lado de los caballos, preparándolos, y por tanto no habían visto su tropezón, ni la emoción que sin duda debía de haber asomado a su rostro con el descubrimiento.

Frustrada, Elizabeth sabía que la única manera de hacerse con las muestras que necesitaba era regresar al valle en otro momento. ¿De verdad sería capaz? Miró atentamente alrededor, memorizando el paisaje, fijándose en dos palmeras centinela, mucho más altas que las demás, al oeste de donde se hallaban. Al sur había un gran peñasco que parecía el pico curvo de un águila. Se apartó unos pasos y abrió el cuaderno para esbozar rápidamente la vista del valle con esos dos elementos distintivos. Ese burdo mapa sería su mejor opción para encontrar otra vez la planta.

—¿Sigue dibujando? —preguntó Tomás, interrumpiendo su concentración—. Elizabeth, me temo que debemos marcharnos. —Hablabla de nuevo con severidad.

—Es un lugar tan hermoso que necesitaba hacer un rápido esbozo para recordarlo —dijo ella atropelladamente.

—Debe saber que podemos volver siempre que quiera —le prometió Tomás.

Sí, le sonrió, volvería, y la próxima vez estaría preparada para llevarse la trompeta del diablo.

Sídney, otoño de 2017

Anna avanzó entre la gruesa alfombra de hojas caídas en el césped camino del restaurante, disfrutando con los crujidos que emitían al aplastarlas con las suelas de sus botas, y conteniendo la tentación infantil de lanzarlas al aire a patadas.

Había oscurecido mientras recorría la corta distancia desde su piso en Queens Park y, para cuando llegó, había refrescado. En lugar de recogerse el pelo descuidadamente en lo alto de la cabeza, se lo había soltado e incluso se había aplicado una pizca de maquillaje para la ocasión, aunque tenía las mejillas sonrosadas por el frío y el cutis, que enseguida se le bronceaba, moreno después de varios días trabajando a la intemperie. Había sacado de las profundidades de su armario un ajustado pantalón y una blusa de seda, y se había calzado unas botas de cuero altas sin tacón; encima llevaba un abrigo azul marino. Era todo un cambio con respecto a los vaqueros y la sudadera manchada de barro, y tenía la sensación de que no era la misma persona que en días laborables.

Al abrir la puerta del restaurante, la asaltó el zumbido de las conversaciones y el tentador aroma de la comida a medio preparar. Respiró hondo al percibir en el ambiente un olor a tomillo y a ajo. El efecto, intensificado por los calefactores que echaban aire en el comedor acristalado, era envolvente y acogedor.

Noah la esperaba, sentado a una mesa en la parte delantera del invernadero que daba al jardín, y se levantó cuando ella llegó para darle un beso en la mejilla.

–Hola, Anna –saludó–. Qué guapa estás.

Ella le sonrió, de pronto cohibida, muy consciente de que esa era su primera cita en más de cinco años. ¿Cómo debía comportarse? No tenía ni idea.

–Gracias, Noah. Tampoco es que tú vayas muy desaliñado –contestó ella,

fingiendo una naturalidad que no sentía al fijarse en su camisa bien planchada y su rebelde pelo rizado.

En cuanto Anna se sentó ante él, el camarero los mantuvo ocupados, desplegando las servilletas, ofreciéndoles la carta y sirviéndoles agua.

–Me ha contado Jane que tienes tu propia empresa de jardinería –empezó Noah.

–No es nada del otro mundo. Básicamente me dedico a hacer el mantenimiento, desherbar y cortar el césped, esas cosas. De vez en cuando me encargan un poco de paisajismo. Esa es la parte divertida.

Noah movió la cabeza en un serio gesto de asentimiento.

–Debe de estar bien pasarse el día al aire libre, aunque quizá en invierno no tanto. –Levantó el vaso en dirección a la ventana y al exterior, donde ya era de noche.

–Pues sí –confirmó Anna, y buscó algo más que añadir. Desde luego, no tenía la menor idea de cómo entablar las charlas intrascendentes que supuestamente se requerían para ocasiones como esa. Mientras se afanaba en buscar un tema de conversación adecuado, llegó el camarero para tomar nota.

–Y dime –continuó ella, movida por una súbita inspiración, en cuanto volvieron a quedarse solos–. ¿De dónde surgió tu interés por la ilustración botánica?

Había dado en el clavo: Noah se lanzó a describir la historia del dibujo en botánica.

–¿Sabías que la más antigua obra botánica ilustrada data del año 512? El *Codex Vindobonensis* –explicó. Prosiguió con una enumeración de los principales tratados botánicos hasta la actualidad y después le contó su propia iniciación en el tema–. De hecho, se observa ahora un resurgimiento del interés en el arte botánico. Creo que se debe a nuestra gradual toma de conciencia del papel que desempeñan las plantas en la conservación de nuestros ecosistemas.

Anna expresó su conformidad con un gesto de asentimiento.

–La ilustración botánica, por su extrema precisión, es una forma de registrar la vida vegetal del presente y preservarla para el futuro. Los ilustradores trabajan en colaboración con los científicos y los ecologistas. Incluso existe un grado universitario –concluyó.

Anna escuchó con interés hasta que llegaron los entrantes.

–Tiene buena pinta, ¿eh? –comentó Noah con una sonrisa–. Este sitio me

encanta.

–¿Traes aquí a todas las chicas a las que invitas a cenar? –Anna se arriesgó a plantear una pregunta atrevida.

–Solo a las guapas.

–¡Ah, claro! –Ella le devolvió la sonrisa a la vez que tomaba el tenedor y ensartaba unos ñoquis.

Comieron, bebieron y charlaron durante toda la cena, y Noah incluso consiguió hacer reír a Anna un par de veces. Cuando terminaron y él pagó la cuenta, recuperaron sus abrigos y salieron al aire frío de la noche.

–No he venido en coche, mucho me temo –dijo Noah–. ¿Te acompaño a casa en taxi?

Anna negó con la cabeza.

–Prefiero ir a pie; no vivo muy lejos de aquí.

–Entonces te acompaño –propuso él galantemente, y le ofreció el brazo antes de que ella tuviera ocasión de negarse.

Recorrieron tranquilamente Queen Street, mirando los escaparates de los anticuarios.

–Estoy planteándome llevar el cuaderno de dibujo a tu amigo, el doctor Hammett-Jones, a Kew –anunció ella de repente.

–¿No me digas? ¿Te vas a Inglaterra? Ya sé que la mayoría de la gente no entendería que te fueras tan lejos por un cuaderno lleno de flores bonitas, pero, por si te sirve de algo, a mí me parece una idea excelente.

–Bueno, no solo lo hago por eso –aclaró ella–. Me gustaría ver alguno de los magníficos jardines durante mi estancia allí, quizá incluso tomar el Eurostar para visitar Francia, Giverny...

–Vaya, ahora sí te envidio –respondió él–. Yo fui hace unos años, y nunca lo he olvidado. Te encantará.

–Sí, bueno, en principio tenía previsto ir hace mucho tiempo, pero... –Se encogió de hombros–. No fue posible. Tengo un pasaporte que nunca he utilizado; de hecho, creo que le queda solo un año de vigencia, así que debo ir antes de que caduque para no tener que pasar por todo el lío de renovarlo –añadió.

Él le tomó la mano con delicadeza y la miró.

–Jane me lo contó... –dijo–. Lo de Simon.

–Ah. –Anna no sabía si enfadarse con su amiga o sentir gratitud por haberle ahorrado la necesidad de explicarlo–. Bueno, fue hace mucho tiempo.

–Sí, pero uno no supera algo así de un día para otro.

–No, supongo que no.

Habían llegado a su edificio, y Anna se detuvo frente a la entrada.

–Esta es mi casa, aquí vivo. –Señaló la ventana iluminada de la segunda planta–. Gracias por la cena. Me lo he pasado bien. –No eran palabras vacías. Por primera vez en mucho tiempo había pasado una velada en compañía de un hombre atractivo, muy atractivo, a decir verdad, que era interesante y la hacía reír. Tal vez incluso le hubiera devuelto algo de fe en el mundo.

–Cuando quieras, Anna. De verdad, cuando quieras. –Noah se inclinó hacia ella. En el último instante, Anna volvió la cabeza a un lado y los labios de él le rozaron la mejilla–. Solo para que lo sepas, yo también me lo he pasado bien –dijo él en voz baja.

–Gracias de nuevo, Noah –respondió ella, y tras darle un rápido abrazo, se apresuró a entrar en la portería de su edificio. No sabía bien si estaba preparada para contestar a la pregunta que había vislumbrado en los ojos de él.

Valparaíso, 1887

Elizabeth no encontró una oportunidad para escabullirse sin ser vista hasta varias semanas después de su excursión con Tomás. La señora Gordon y Sibyl se empeñaron en presentarla a lo que pasaba por ser la alta sociedad de Valparaíso, y acabó siendo invitada a una interminable sucesión de almuerzos y cenas en su honor. La comida era mejor de lo que habría podido imaginar y ciertamente la compensó por las privaciones del viaje por mar. Abundaba la carne, con frecuencia a la brasa —el asado— y una gran variedad de verduras, entre ellas el maíz tierno y los tomates. También había mucho pescado, aunque no siempre especies que Elizabeth reconociera. Le gustaban especialmente las *sopaipillas*, unas tortas de pan ácimo fritas preparadas con harina y calabaza, así como las empanadas que hacía la cocinera de la señora Campbell casi a diario.

Se encontró con el señor Chegwidden en un almuerzo, y para alarma suya acabó sentada a su lado. Cuando se dio cuenta, ya era tarde para pedir a la anfitriona que la cambiara de sitio. En todo caso, no deseaba llamar la atención, así que intencionadamente se hizo la ingenua; sin embargo, no tuvo que fingir quedar impresionada por sus relatos sobre sus viajes a la India y Ceilán, Singapur y China. Ella le explicó que sus padres habían muerto hacía mucho tiempo y que, con ayuda de una pequeña herencia, estaba impaciente por avanzar en sus estudios de botánica.

El señor Chegwidden, por su parte, parecía disfrutar con su papel de protector, y Elizabeth, pese a conocer la perfidia de su comportamiento tanto con Daisy como con su padre, descubrió sorprendida que era una grata compañía. Poseía el peligroso encanto de alguien consciente de su gran atractivo para las mujeres, y la cautivaba con su amena conversación y sus comentarios extravagantes sobre el resto de los invitados.

—¿Ve al capitán Chapman, aquel de allí? —le susurró él al oído para que no lo oyera nadie más.

–¿Qué le pasa? –A Elizabeth le habían presentado al capitán de la Armada británica al llegar al almuerzo, y la había intimidado la severidad de su semblante.

–Cuentan que tiene un mono en su camarote. ¡Como animal de compañía! Y para colmo lo arrulla como a un bebé. Le da de comer los más selectos dulces de su mesa e incluso le permite beber de su jarra de ron.

–¡No me diga! –Elizabeth quedó atónita, sin saber si creerlo. Inventada o no, era una anécdota graciosa.

Pese a aquellas curiosas historias, Elizabeth se recordó muy seriamente la advertencia de su padre y la conducta censurable del señor Chegwidden con Daisy. No se dejaría engañar por ese lobo con piel de cordero.

–Tendré que presentarle a los caballeros de Kew cuando volvamos a Inglaterra –insistió él hacia el final del almuerzo–. Estarán muy interesados en su obra.

–Bah, lo dudo, pero es usted muy amable por pensarlo. Me conformo con hacer mis pequeños dibujos y acuarelas –dijo ella con modestia antes de dirigir la conversación otra vez hacia él y arriesgarse a plantear una pregunta–. Y dígame, si es tan amable, ¿ha encontrado alguna planta interesante desde su llegada?

Él respondió con un parco gesto de asentimiento.

–Podría ser, señorita Bligh –contestó burlescamente–. Pero estoy seguro de que las montañas tienen maravillas mayores que ofrecer.

Ella supo, sin necesidad de preguntarlo, a qué se refería.

Los días en que Elizabeth pensó que acaso tendría oportunidad de escapar, las inclemencias del tiempo la obligaron a quedarse encerrada en su alojamiento, donde se dedicó a catalogar los dibujos y pinturas que había realizado hasta el momento, y empezó una serie de acuarelas sobre las plantas que rodeaban la villa de los Campbell.

Una mañana, cuando por fin pareció que cesaba de llover, la señora Campbell invitó a Elizabeth al mercado.

–Tal vez lo encuentre interesante; en esta zona se cultivan frutas y verduras de lo más asombrosas –explicó mientras desayunaban en el patio–. La cocinera suele encargarse de la compra de nuestras provisiones. Pero a mí me

gusta ir cuando puedo y ver los productos de temporada. Y de paso compruebo que no me sisa –añadió con una risa afable.

La plaza de la ciudad, en la que se plantaba el mercado, era un hervidero de actividad cuando llegaron al cabo de una hora aproximadamente. Los puestos, donde se amontonaban manzanas de color verde vivo, naranjas, limas, calabazas y melones, rivalizaban por su atención con los de vendedores de coles, judías, coliflores y una especie de espárragos finos. Todo relucía de tan fresco y estaba hermosamente expuesto en cestas de cuero trenzado. Las dos mujeres avanzaron muy ufanas entre los chilenos, los hombres vestidos con calzones y chalecos sobre camisas de hilo, pañuelos de colores y sombreros de paja; las mujeres con mantillas de intensos colores y faldas largas y oscuras; todos regateaban con los vendedores e intercambiaban unas cuantas monedas de cobre o billetes raídos una vez acordado el precio.

Elizabeth contempló la escena con asombro y placer, y estuvo a punto de perder a la señora Campbell en un puesto donde vendían toda clase de hortalizas de hoja verde, que en su mayor parte nunca había visto, y lamentó no tener a mano el material para dibujarlas.

Después de más de una hora, y de haber observado a la señora Campbell hacer sus compras, se disponían a marcharse cuando Elizabeth lo vio. Se le cortó la respiración al reconocer la alta silueta de Tomás a lo lejos. No había hablado con él desde su excursión hacía varias semanas y de nuevo la sorprendió su apostura. ¿Cómo podía haber olvidado aquellos anchos hombros, aquellos ojos azules como el mar una tarde de verano en Lady Luck Cove? Sintió un inexplicable deseo de deslizar los dedos por su cabello, oscuro y reluciente bajo el sol, para palpar su suavidad, su fortaleza. Percibió la energía vital que lo envolvía, distinguiéndolo de los demás hombres que tenía alrededor, a la mayoría de los cuales les sacaba la cabeza y los hombros. Se dispuso a llamarlo, pero las palabras se apagaron en su garganta cuando vio a su lado a una hermosa joven de piel oscura; el cabello le colgaba a la espalda en dos gruesas trenzas y tenía manchas de color en sus pronunciados pómulos. Elizabeth lo vio inclinarse hacia ella para susurrarle al oído y rodearle los hombros con el brazo en actitud protectora. Era un gesto íntimo, de eso no le cupo la menor duda. La mujer vestía el traje tradicional, como muchas de las compradoras del mercado, pero ella parecía conferir una elegancia especial a la blusa blanca fruncida y al mantón de color guinda que

envolvía su esbelta figura. A su pesar, Elizabeth fue incapaz de apartar la mirada de ellos.

Mientras se alejaban, sin reparar en la presencia de Elizabeth, de pronto se sintió abatida y estúpida por no haber supuesto que Tomás tendría novia, tal vez incluso esposa, por más que él no lo hubiera mencionado. Inexplicablemente irritada con la señora Campbell por no haberla informado, Elizabeth respiró hondo y se recordó severamente que en realidad eso carecía de importancia. No había realizado un viaje tan largo a bordo de un maldito barco y sobrellevado semanas de mareo para prendarse del primer hombre apuesto con el que se tropezaba. Se le había encomendado una tarea, que era mucho más trascendental y de mayores consecuencias que los simples asuntos del corazón. Si conseguía dar con la planta que buscaba, regresar a Inglaterra con ella y entregarla sin percances a los hombres de ciencia de Kew, no solo habría cumplido la promesa hecha a su padre, sino que, además, habría incidido en la vida de muchas personas. Los científicos podrían propagarla, estudiarla y ponerla a disposición de quienes la necesitaran. Sin duda era una noble empresa y no vacilaría en llevarla a cabo. Eso era mucho más importante que el favor de un joven, por apuesto y agradable que fuera.

—Mire esto —dijo la señora Campbell, que se había dirigido hacia ella apresuradamente sosteniendo en alto varias bolsas de yute llenas a rebosar de verduras de hoja y lustrosas naranjas—. ¡Esta noche la cocinera nos preparará un festín!

Elizabeth asintió, intentando compartir su entusiasmo, pero no podía quitarse de la cabeza la imagen de Tomás y la hermosa joven chilena.

Si la señora Campbell notó su silencio en el camino de regreso a la casa, se lo calló. En cuanto llegaron, Elizabeth fue en busca de Daisy para refrescarse después del polvoriento recorrido, con la idea de proseguir luego con sus dibujos. Cada vez le resultaba más frustrante no disponer de una oportunidad para volver sobre sus pasos hasta el Valle de las Palmas, y pensar que Damien Chegwiddden podía llegar allí antes que ella. Pero, se decía a sí misma, ¿de verdad era posible que se hubiera tropezado con la trompeta del diablo escasas semanas después de su llegada? Tras consultar los dibujos que le había entregado su padre y compararlos con la imagen que ella recordaba, descubrió muchas similitudes: el tamaño y la forma de las hojas eran idénticos, pero en el dibujo de su padre las flores aparecían abiertas, no cerradas como una bolsa, así que era imposible saberlo con certeza.

–¡Señorita Elizabeth! –dijo Daisy, interrumpiendo sus cavilaciones–. Hay un mensaje para usted. Lo ha traído el criado de los Campbell hace un rato.

–Gracias, Daisy. ¿Dónde está?

–Lo ha dejado en la sala de mañana. ¿Quiere que le traiga un poco de mate? Se la ve muy cansada. ¿Le ha gustado el mercado?

–Me ha parecido fascinante, la verdad. Sorprende la variedad y la frescura de las verduras. ¡A su lado nuestras patatas y zanahorias de Cornualles dan pena! Estoy perfectamente, pero sí, gracias, Daisy, me apetece un poco de mate. –Se había acostumbrado a esa bebida verde y amarga; en realidad, se había aficionado bastante.

Daisy regresó con la bebida y le entregó el mensaje, que resultó ser una carta. De Tomás.

Le dio la vuelta y se fijó en el sello rojo, que representaba un árbol cuyas ramas se extendían hacia el contorno de la cera.

«Señorita Elizabeth –empezaba el texto de fluida caligrafía–: Sería para mí un honor que aceptara usted la invitación a la fiesta que se celebrará el sábado de la semana que viene.»

Elizabeth siguió leyendo. Tanto Daisy como ella estaban invitadas a una fiesta en casa de la familia de Tomás, la Estancia Copihue, a casi un día de viaje desde Valparaíso. Según la carta, la celebración se prolongaría hasta entrada la noche, y estaban invitadas a alojarse allí.

Elizabeth no sabía qué pensar. Por un lado, quería permanecer lo más alejada posible de la perturbadora presencia de Tomás, sobre todo ahora que había descubierto que muy probablemente estaba prometido a otra, si no casado; pero, por otro lado, sería una descortesía negarse a ir sin un pretexto razonable para ello, y a bote pronto no se le ocurrió ninguno. No pudo por menos de preguntarse por qué Tomás se interesaba tanto en ella, por qué se había molestado en llevarla al Valle de las Palmas y ahora la invitaba a conocer a su familia. ¿Era solo porque ella acababa de llegar a la ciudad y se sentía obligado a tomarla bajo su ala?

Elizabeth deslizó el dedo por las letras escritas a tinta, intentando decidirse.

Sídney, invierno de 2017

Anna se agarró a los brazos de su asiento cuando el avión despegó, sus nudillos blancos en contraste con el cuero oscuro. Miró la mochila que había colocado bajo el asiento de delante. Contenía el cuaderno de dibujo, el diario y la fotografía; no había querido facturarlos con la maleta. Nunca había ido en un avión tan grande ni hecho un viaje tan largo, y por tanto no sabía si las náuseas se debían a los nervios o al despegue. En cualquier caso, la asombraba la rapidez con que estaba sucediendo todo, y el hecho de encontrarse de camino a la otra punta del mundo.

–Bueno, es una decisión audaz, hermana –había sido la respuesta de Vanessa–. Pero ¿por qué no? Tómalo como unas vacaciones, visita algún que otro lugar de interés.

–Sí, eso –la animó su madre–. Me parece una idea excelente.

Las dos la miraban como si se hubieran comido algo delicioso y quisieran que también ella lo probara.

–Y ahora –anunció Eleanor– resulta que yo también tengo una noticia. Se me ha ocurrido hacer una pequeña investigación. Intentar averiguar algo sobre nuestro árbol genealógico, ver si es posible establecer vínculos. He estado buscando en internet. Hay una web sobre ascendencias familiares y...

–Ah –la interrumpió Anna–. Eso mismo iba a hacer yo. Noah lo mencionó.

Vanessa le lanzó una mirada interrogativa que Anna pasó por alto resueltamente.

–Pues me he adelantado –replicó su madre, y sacó una hoja plegada del bolso. Eleanor había dibujado un gráfico que mostraba su rama de las sucesivas generaciones de la familia. Empezaba por Anna y Vanessa, retrocedía hasta ella, la abuela Gus, Lily (que murió en 1960), y luego una línea de puntos llevaba hasta Marguerite y la palabra «madre» con un interrogante–. El apellido de Lily era Bailey.

–Bueno, vinieron aquí en barco –dijo Vanessa–. Imagino que en el diario no

se menciona el nombre del barco en que viajaron, ¿no?

Anna negó con la cabeza.

–Pero tiene que haber una manera de averiguarlo. Y puede que haya más pistas en Trebithick Hall, o que Florence Deverell pueda darnos algún dato. Seguro que existe una conexión entre el diario y los objetos de la caja.

–¡Uy, tienes que ir! Ojalá pudiera acompañarte, pero a Harvey le daría un patatús si lo dejara solo al frente de todo.

–¿Y qué pasa con tu trabajo? –preguntó su madre.

–En realidad es una buena época del año para marcharme. En cualquier caso, en invierno hay menos actividad, y Sally puede arreglárselas sin mí durante unas semanas.

–Qué bien –exclamó Vanessa con una nueva expresión de respeto en el rostro–. Lo tienes todo pensado.

–Por lo visto, no hay nada que te retenga –añadió su madre.

–Supongo que no –dijo Anna, quien, pese a ello, tenía la sensación de que el suelo se hundía bajo sus pies.

Así que, una semana después, allí estaba ella, suspendida en el aire y atrapada entre dos mundos, esperando emocionada el comienzo de la aventura.

Su entusiasmo fue considerablemente menor cuando, al cabo de cinco películas, media novela y un par de horas escasas de sueño, cruzó a trompicones la aduana, recogió su equipaje y se sumó a la cola de la parada de taxis. Se animó un poco cuando vio la tranquilizadora fila de vehículos negros; tan británicos, pensó con una sonrisa. Eran como los de las películas. Cuando le llegó el turno, montó y absorbió con avidez el entorno que se desplegaba ante ella. Era primera hora de la mañana, pero había menos tráfico del que esperaba y, en un visto y no visto, el taxista paró ante la dirección que ella le había dado.

–Aquí es, guapa –anunció.

–¿Richmond? –preguntó ella.

El taxista anunció.

–Larkfield Road, como me ha indicado.

Anna miró por la ventanilla del taxi las ordenadas casas de ladrillo adosadas con su resplandeciente pintura blanca y sus enrejados de hierro

negro incapaces de contener los exuberantes jardines delanteros. De momento, todo bien.

Su anfitriona de Airbnb abrió la puerta casi de inmediato.

–Hola. Tú debes de ser Anna. –Le dirigió una sonrisa de bienvenida–. Adelante. Estarás agotada, después de un vuelo tan largo. Yo solo he hecho ese viaje una vez, para ver a mi hijo cuando estuvo allí. No sé bien si lo repetiría, aunque Australia me encantó. ¿Decías que eras de Sídney?

La mujer hablaba a cien por hora, sin dar ocasión a Elizabeth a contestar, mientras la conducía por una estrecha escalera hasta el piso superior de la casa. La habitación del desván era pequeña, pero estaba limpia, y la ventana daba al río. Anna estaba impaciente por desplomarse en la cama, que, dado el agotamiento debido al *jet lag*, se le antojaba el plan más sugerente.

–Bien, deberías tener aquí todo lo necesario. El cuarto de baño está al lado y puedes utilizar la cocina. Me encontrarás abajo si me necesitas.

Anna dejó el equipaje en el suelo con un ruido sordo y, en cuanto la puerta se cerró a sus espaldas, se dejó caer en la cama. Solo deseaba dormir.

Al cabo de dos horas, con los ojos muy abiertos y fijos en el techo en pronunciada pendiente, mientras oía el parloteo de una radio y, por debajo de eso, el zumbido de un cortacésped en el exterior, seguía sin conciliar el sueño. Estaba molida, pero tenía la sensación de que el cerebro le funcionaba a toda marcha, y desfilaban por él un sinfín de pensamientos inconexos. Finalmente, dejó escapar un suspiro y se levantó, convencida de que una ducha le vendría bien.

Casi soltó una carcajada cuando abrió la puerta del cuarto de baño. Daba la impresión de que una mata de lavanda lo hubiese salpicado todo de violeta, desde el papel pintado, estampado de ramilletes, hasta la cortina de la ducha a juego y la alfombra. Incluso había un jarrón con flores secas en la repisa de la ventana. A Anna le encantaba esa fragante planta, pero no necesariamente tanto como para revestir un cuarto desde el suelo hasta el techo de ese color. Meterse en la ducha –donde los azulejos también eran de color lavanda– no hizo más que aumentar su sensación de desubicación.

Más tarde, sintiéndose un tanto más despierta después de su ducha de color añil, salió a la calle, provista de las indicaciones de su locuaz anfitriona. El cielo se había despejado y una brisa cálida le agitó el pelo. Llegó al Támesis –un tramo ancho del río donde estilizadas embarcaciones se deslizaban por la superficie a golpe de remo por sus ocupantes, que se movían con perfecta

sincronía, dejando una estela de ondas tras de sí— y siguió el estrecho sendero cubierto de hojas que corría paralelo al cauce.

Consultó su reloj. Faltaban solo veinticinco horas para su cita con el doctor Hammett-Jones.

Valparaíso, 1887

Elizabeth y Daisy llegaron a la Estancia Copihue a última hora de la tarde en la fecha acordada. Habían salido de Valparaíso al amanecer y viajado con los Campbell en una galera, un pequeño carruaje que, con su bamboleo por el camino surcado de roderas, los dejó molidos. Al final, la señora Campbell la había convencido de que asistiera, obsequiándola con anécdotas de bailes y banquetes en fiestas anteriores. Sibyl y la señora Gordon llegarían también ese día, más tarde, además de otras personas de la ciudad, a muchas de las cuales Elizabeth había conocido desde su llegada.

La residencia se hallaba al pie de una escarpada ladera, rodeada de praderas llanas. Las cumbres de las montañas coronadas de nieve se alzaban a lo lejos por detrás de la casa, que, pese a su gran tamaño, quedaba empequeñecida en mitad de aquel paisaje majestuoso. Una tapia de piedra baja se extendía paralela al alargado edificio de adobe, y una mujer –un ama de llaves, dedujo Elizabeth– aguardaba en la puerta, lista para recibir a los viajeros acalorados y polvorientos. Los acompañó a sus habitaciones, hablando en un español rápido que a Elizabeth le costó seguir. Había aprendido unas cuantas palabras y expresiones en las semanas anteriores, pero el acento y la forma de hablar de la mujer eran demasiado difíciles para encontrarles sentido. No obstante, el significado estuvo claro cuando señaló en dirección a una pequeña habitación de paredes enjalbegadas y suelo de piedra que contenía una cama de madera cubierta con una gruesa manta de lana de vivos colores escarlata y ocre, una silla y una alfombra tejida en el suelo de tonalidades similares a las de la manta. Elizabeth se hundió en la cama, sorprendida por lo mullida que era; había esperado algo mucho más espartano en un entorno tan rústico.

–Me gustaría descansar un poco –le dijo a Daisy, que se había quedado en la puerta para asegurarse de que su señora quedaba cómodamente instalada.

–Por supuesto –respondió Daisy–. Me ocuparé de averiguar a qué hora está

previsto que empiecen las celebraciones y la despertaré al menos una hora antes. ¿Quiere que la ayude a quitarse las botas?

–Te lo agradecería, Daisy –contestó Elizabeth, y levantando los pies del suelo, se los ofreció a su doncella.

Daisy, sacudiéndola por el hombro, la arrancó de un profundo sopor varias horas después.

–Señorita Elizabeth –dijo Daisy a voces. Había intentado en vano mantener la costumbre pactada en el barco de llamar a su señora solo por el nombre de pila–. ¡Despierte! ¡Despierte o llegaremos tarde!

Elizabeth parpadeó y miró aturdida alrededor, sin reconocer en un primer momento aquella habitación nueva para ella.

–Ya tengo listo el vestido –anunció Daisy–. Estaba un poco arrugado de estar en el baúl, pero he podido orearlo y la tela tiene tan buen aspecto como cuando se lo entregaron.

Elizabeth contempló el vestido. Era uno de sus preferidos, confeccionado en damasco de color rosa claro, con un corpiño ajustado que dejaba muy descubiertos los hombros, diseñado para sacarle el máximo provecho a su blanco escote. Se cerraba por la espalda mediante unos botones forrados de seda, y la suntuosa falda, ahuecada con un polisón, iba recogida con un lazo para dejar a la vista el satén de color marfil de debajo. Unas plumas de avestruz, teñidas a juego con el damasco, se agitaban en las cortas mangas.

–Me complace ver que ha recuperado parte del peso que perdió en el viaje –comentó Daisy–. Me preocupaba que el vestido pudiera quedarle demasiado holgado.

–No, vuelve a quedarme bien –dijo Elizabeth una vez abotonado el vestido. Se alisó el corpiño con las palmas de las manos–. ¡Gracias en gran medida a las dotes de la cocinera de la señora Campbell! –exclamó entre risas.

Para complementarlo, Daisy le puso una gargantilla de aljófares con un camafeo que había pertenecido a su madre. Elizabeth empuñó un espejo de mano de plata y se miró en él. La luz en la habitación era tenue, ya que solo había una ventana pequeña en lo alto de la pared, pero supo que nunca había estado más hermosa. Le resplandecía el cabello, arreglado expertamente por Daisy, y la luminosidad de su piel clara llamaba la atención.

–¡Está guapísima! –exclamó Daisy después de dar un paso atrás para examinarla.

–Gracias, Daisy. Es fruto tanto de tu habilidad como de un don de Dios –dijo con modestia mientras las dos cruzaban una afectuosa sonrisa–. Bien, ahora no debo retenerte, porque tú también tienes que arreglarte.

–Sí, gracias. Y me considero afortunada de que tengamos más o menos la misma talla. –Daisy solo había llevado sencillos vestidos de diario, porque jamás había concebido la posibilidad de asistir a tan suntuosas celebraciones, pero Elizabeth había insistido en que la acompañara a la fiesta.

–Es una pena que los señores Williamson y Windsor no hayan sido invitados –comentó Elizabeth.

–Tienen que estar de regreso en Santiago a finales de mes –informó Daisy, sonrojándose un poco–. El señor Williamson me mandó una carta hace unas semanas.

–Ya veo –dijo Elizabeth, y le sonrió–. No sabía que manteníais correspondencia. Debes de tenerle mucho afecto.

–Un poco –reconoció Daisy–. Me complace poder escribirle gracias a las lecciones que usted me dio.

–Bueno, no vaya a ser que te eche el ojo algún otro caballero esta noche, porque con mi vestido estarás deslumbrante, eso seguro.

–Ay, señorita, no soy más que una criada –objetó Daisy.

–Aun así...

Elizabeth le había prestado un vestido de color aguamarina, confeccionado originalmente para Georgiana, con media manga y un complejo bordado de mariposas y abejas. Realzaba el cabello rojo de Daisy.

«Fuego en el agua», había dictaminado Elizabeth con satisfacción cuando su doncella se lo probó por primera vez.

Elizabeth, provista de su abanico, ya que era una noche calurosa, se encaminó hacia el salón principal. Tenía un nudo en el estómago, porque no había visto a Tomás desde su llegada a la casa, y estaba nerviosa ante la perspectiva. Los invitados debían reunirse en el salón y desde allí los acompañarían al establo principal de la estancia, que había sido acondicionado para la fiesta. Cuando entró en el salón, vio rondar por allí a la señora Gordon, Sibyl y otros de sus nuevos conocidos, y oyó el murmullo de las conversaciones. Por lo visto, daba igual el lugar del mundo donde uno estuviera: la excitación ante la perspectiva de una fiesta era universal.

–Está usted magnífica –le dijo Elizabeth a Sibyl, a quien ciertamente se la veía guapísima con un vestido de tafetán rojizo que hacía juego con su densa melena de color castaño y realzaba sus delicados hombros y su estrecha cintura.

–Usted también, querida Elizabeth –contestó ella.

Elizabeth no se sorprendió al ver a Damien Chegwidden entre los invitados, tan impecable como en su encuentro anterior, con un cuello almidonado y una levita oscura, pantalón estrecho y zapatos muy lustrados. La alta sociedad de Valparaíso era escasa y esa reunión era numerosa. También era conocido de Tomás, así que su asistencia caía por su propio peso. Él le sonrió, tan ufano como un gato tras capturar un ratón. Elizabeth se abanicó y le dirigió un levísimo gesto de saludo.

–Veo que su doncella también está presente esta noche –dijo él, acercándose a ella.

–Últimamente es más compañera que doncella –respondió Elizabeth.

–¿Y de dónde ha sacado una doncella un vestido tan elegante, me pregunto yo? Parece que se lo hayan hecho a medida.

A Elizabeth no le gustó su tono.

–Era de mi hermana, si tanto interés tiene en saberlo –informó ella, y cerró el abanico con un chasquido de irritación. Esa noche no debía perderlo de vista, sobre todo por el bien de Daisy.

En ese preciso momento los invitados callaron, y Elizabeth, al volverse, vio a Tomás avanzar hacia ellos. Nada más posar la mirada en él, se le aceleró el corazón; no pudo evitarlo. A diferencia de las ocasiones anteriores, en que vestía ropa tradicional e informal, para la fiesta se había ataviado a la europea, con pantalón oscuro y un ajustado frac sobre un chaleco tan blanco como la pechuga de una gaviota. Llevaba el pelo liso y peinado hacia atrás, y el efecto era, al menos para Elizabeth, hipnótico.

Lo acompañaba la joven hermosa del mercado.

–Válgame Dios –susurró Sibyl al oído de Elizabeth.

Esta fingió no inmutarse por el atuendo de Tomás, o siquiera por su misma presencia, aunque no se explicaba cómo era posible que todos los presentes no oyeran los latidos de su corazón traicionero. Sintiendo que la temperatura ascendía considerablemente en el salón, se abanicó.

–Señora Gordon, señorita Bligh, señorita Gordon –dijo Tomás cuando se acercó a ellas y las saludó con una reverencia–. No saben cuánto me complace

que hayan podido venir a nuestra pequeña fiesta. Espero que hayan descansado del viaje.

Elizabeth solo pudo asentir.

La muchacha del mercado las saludó con una amplia sonrisa.

–Bienvenidas, bienvenidas. Usted debe de ser la señorita Bligh. Tomás me ha hablado mucho de usted –dijo–. Me ha descrito su pelo como oro hilado, y sus dotes para el dibujo. Y señorita Gordon, quizá podamos convencerla para que mañana, antes de marcharse, toque el piano. Me temo que está muy desafinado, pero tal vez encuentre usted el sonido suficientemente melodioso.

Maldición. No sólo era aún más guapa de cerca, sino que además era encantadora.

–Sofía –dijo Tomás, y se rio–, veo que no tengo que presentar a nadie. Has identificado a nuestras invitadas fácilmente, muy sagaz por tu parte.

Una punzada de puros celos traspasó a Elizabeth al percibir la afectuosa sonrisa que Tomás dirigía a Sofía. ¡Maldición! ¿Cómo no se le había ocurrido que estaría casado, y con una mujer tan adorable?

–Es un placer conocerla –dijo Sofía–. Tomás habla muy bien de usted.

Elizabeth solo pudo responder con un parco gesto de saludo y obligarse a formar una sonrisa con los labios.

–Bueno, ¿vamos al establo? –propuso Tomás a los invitados allí reunidos–. Creo que ya estará todo preparado.

Cuando salió, Elizabeth vio que ya había oscurecido, pero el cielo negro estaba tachonado de estrellas. A su padre le encantaba señalárselas a Georgiana y a ella en las noches despejadas de verano, pero, al observar aquel firmamento, no distinguió ninguna de sus constelaciones preferidas. Por primera vez desde que partió de Cornualles, la asaltó una súbita nostalgia, y echó de menos el consuelo de su hermana y el entorno familiar de Trebithick Hall.

–¿Se encuentra usted bien, señorita? –le preguntó al oído Tomás con su voz cálida.

Tan absorta estaba mirando las estrellas que no se había dado cuenta de que el resto de los invitados se le habían adelantado. Recobró la compostura y, con un parpadeo, reprimió una lágrima furtiva que amenazaba con escapársele.

–Sí, sí, gracias. Simplemente buscaba unos cuantos rostros familiares.

–¿En las estrellas? Qué interesante. Es usted una mujer muy enigmática,

señorita. Naturalmente, ya sabrá que las estrellas que ve aquí son muy distintas de las que se ven en el hemisferio norte.

–Sí, claro –respondió ella, sintiéndose una vez más como una estúpida. Por supuesto que lo eran–. Pero ¿esa es razón para no mirar?

–Supongo que no. Vamos, nos espera una fiesta maravillosa. Creo que se divertirá.

Elizabeth se dejó guiar por el sendero iluminado con braseros hasta el establo, por cuya puerta salían los sonidos del festejo, contagiando con su exuberancia a cuantos los oían. Percibió el delicioso aroma de la carne asada y, al acercarse, distinguió las siluetas de unos hombres que hacían girar grandes piezas de vaca sobre brasas.

El establo era un espacio amplio y oscuro, en el que delimitaban el contorno unas cuantas mesas toscamente labradas y largos bancos para sentarse. En un extremo, un grupo de músicos –varios violinistas y un arpista– tocaba una animada melodía ante la que incluso Elizabeth marcó el ritmo con los pies. Algunos invitados chilenos bailaban, deslizándose los pies por el suelo, zapateando y brincando en la tierra apisonada. Cada uno sostenía en una mano un pañuelo de color vivo, que agitaba por encima de la cabeza a la vez que se movía. Los espectadores batían palmas y marcaban el compás de la música con los pies.

–Se llama la cueca –explicó Tomás, inclinándose para que ella lo oyese por encima del barullo de la música y el gentío–. Es nuestra danza tradicional.

–Desde luego es muy animada –comentó ella, fascinada por el espectáculo.

Tomás se apartó de su lado brevemente y volvió con dos copas.

–Debe de estar sedienta –dijo, y le entregó una gran copa redonda llena de un líquido turbio de color claro–. Espero que le guste.

Ella, vacilante, tomó un sorbo. Era una bebida dulce y refrescante.

–Se hace a base de manzanas fermentadas –explicó Tomás.

–¡Ah! ¡Sidra! –exclamó ella, sonriente.

Tomás le devolvió la sonrisa, y cruzaron una mirada. Elizabeth intentó apartar la vista del azul penetrante de sus ojos, pero fue en vano.

–No debo retenerlo. Seguro que su esposa desea su compañía.

Tomás la miró confuso.

–¿Mi esposa?

–Sí, Sofía. Su esposa.

Tomás echó atrás la cabeza y se rio.

–¿Sofía? –Se rio otra vez–. Señorita, Sofía no es mi esposa.

–Ah, ¿no?

–No. Sofía es mi hermana. Esta es también su casa.

De pronto Elizabeth tomó conciencia de su error.

–Ah –dijo, abochornada–. He supuesto que era su esposa. Es que antes no ha mencionado que era su hermana –espetó, irritada con él.

–Si es así, le presento mis más humildes disculpas. Un descuido. ¿Acaso nuestros modales no son tan refinados como los de los ingleses? Pero no pensemos en eso esta noche. ¿Quiere bailar esta pieza?

Las oportunidades de bailar en Trebithick Hall escaseaban. Aun así, su institutriz le había enseñado los pasos de la cuadrilla y el vals, y al final ella, sin llegar a ser experta, logró dominarlos; pero esa danza, esa cueca, era algo muy distinto.

–No sé si... –empezó a decir.

Tomás, haciendo caso omiso de sus quejas, la arrastró hacia el centro de la sala. Por suerte, los músicos acometieron una melodía distinta, y los bailarines comenzaron a girar en una especie de polka. Elizabeth reconoció los movimientos, y pronto daba vueltas entre los brazos de Tomás, su corazón más ligero a cada paso.

No, no estaba casado. No sabía por qué eso le causaba tal júbilo, pero así era.

La fiesta prosiguió hasta altas horas de la madrugada, y Elizabeth solo dejó de bailar para refrescarse con la sidra fría que Tomás le ofrecía y, cuando la música dejaba de sonar, para degustar las empanadas rellenas de sabrosa carne, muy similares a los pasteles de carne de Cornualles, seguidas de grandes trozos de ternera y cordero asados, que servían con salsa picante, acompañados de ensalada de tomate y cebolla, todo regado con vino tinto y más sidra. Tomás permaneció junto a ella casi toda la velada, dejándola solo para compartir un único baile con Sibyl y otro con Daisy, cuyo cabello rojo ígneo destellaba a la luz de las velas y le granjeaba admiradores.

En un breve interludio en el baile, Sofía y Elizabeth habían descubierto su mutuo amor por las plantas, y Sofía le reveló que su madre le había transmitido gran parte de sus conocimientos sobre las hierbas antes de morir. Elizabeth se entusiasmó –esa era la noticia que había estado esperando–, sobre todo cuando Sofía se ofreció a enseñarle al día siguiente los nombres y las propiedades curativas de algunas de las plantas que crecían en la estancia.

Elizabeth advirtió que Daisy se mantenía a distancia del señor Chegwidden, y procuró no perderlo de vista, preocupada por que pudiera volver a propasarse con ella. Damien Chegwidden, por su parte, permaneció al margen, negándose a participar en el baile, pero sin apartar la mirada de Elizabeth ni por un momento. Tenía una expresión un tanto curiosa, con el ceño fruncido, como si ella fuese un enigma que no alcanzara a descifrar.

Londres, verano de 2017

A la mañana siguiente, a las once, Anna esperó junto a la Puerta de la Reina Isabel, demasiado nerviosa para admirar el laburno dorado en flor que tenía ante sí. Se había despertado a una hora absurdamente temprana, pensando por un momento que seguía en su apartamento de Sídney. Hasta que oyó los suaves trinos de pájaros desconocidos, y entonces cayó en la cuenta de dónde se hallaba. Londres. Kew. El Doctor Hammett-Jones. La recorrió un estremecimiento de euforia. Aquello estaba ocurriendo de verdad.

Había pasado el día anterior deambulando por la orilla del río hasta que finalmente, a primera hora de la tarde, sucumbió al cansancio y regresó a su alojamiento, donde se sumió en un sueño profundo, casi narcótico. Despertó a tiempo para la cena y luego volvió a caer redonda, y durmió hasta el amanecer.

Esa mañana había salido temprano. Recorrió a pie la corta distancia hasta Kew Gardens y llegó justo cuando abrían. Allí dedicó una hora a explorar los jardines antes de su cita. La inmensa extensión verde la apaciguó de inmediato durante el paseo. Arañó apenas la superficie de lo que aquellos grandes jardines tenían que ofrecer, pero contempló impresionada algunos de los invernaderos, la espectacular Casa Alpina, el elegante invernadero Nash y el gigantesco jardín de invierno victoriano. Se detuvo a admirar la sección de plantas suculentas y los enormes especímenes de la Casa de los Nenúfares, donde las hojas de algún ejemplar de *Victoria amazonica* alcanzaban más de un metro de diámetro. Luego entró en la Pérgola de las Rosas, a través de un túnel de rosas trepadoras –de distintas variedades, entre ellas La Danse des Sylphes y la Mary Wallace, leyó–, guiadas para formar un arco en lo alto. A la abuela Gus le habría encantado. A Simon también.

Finalmente, llegó a una galería aislada en un apartado rincón de los jardines, donde pasó largo rato maravillada ante los centenares de pinturas de Marianne North, una artista aventurera que, resultó, había vivido en la misma

época que el misterioso ilustrador de Anna. Se preguntó si se habrían conocido. Desde luego, Marianne había viajado mucho, ya que sus pinturas cubrían ejemplos de flora de países tan lejanos como las islas Sándwich, Nueva Zelanda y África. Anna contempló enternecida un vibrante óleo de una banksia escarlata en primer plano y el puerto de Sídney de fondo. En ese momento su país parecía un lugar muy lejano.

Tan absorta estaba admirando aquellas pinturas que, para no llegar tarde al lugar de encuentro, tuvo que echarse a correr en los últimos cientos de metros porque no quería hacer esperar al doctor Hammett-Jones.

Con la bolsa que contenía el cuaderno de dibujo aferrada contra el pecho, miró alrededor en busca de alguien que pareciera estar buscándola a ella. Un hombre alto y atractivo que vestía un pantalón corto y un polo se acercaba a ella; pero no, ese no podía ser. Daba la impresión de que estuviera de vacaciones, no que fuera un taxónomo de tan venerable institución.

Detrás de él vio a un hombre mayor de cabello cano y ralo, y gafas de montura metálica. Sí, ese tenía más probabilidades. Anna lo miraba con expectación cuando el hombre con aspecto de veraneante se dirigió a ella.

—¿Señorita Jenkins?

Le tendió la mano a la vez que el hombre de mayor edad pasaba junto a ellos, esquivando a Anna por muy poco. Ella se la estrechó y lo miró sorprendida. Él entornó los ojos en un gesto encantador, y Anna se fijó en su prominente nariz, salpicada de pecas de color nuez moscada, sus hombros anchos y su cabello rubio iluminado por el sol, que le caía en rizos por debajo del cuello. Anna percibía vagamente la presencia de otras personas alrededor, pero solo podía centrarse en el hombre que tenía ante sí. El doctor Hammett Jones. Edwin. No se parecía a ningún Edwin que ella hubiera conocido jamás. Aunque tampoco había conocido a muchos. A decir verdad, no había conocido a ninguno hasta ese momento.

—Es usted, ¿no? —La miró de pronto con cara de duda.

—Ah, sí. Sí, soy yo. O sea, soy la señorita Jenkins. Anna. —Se sonrojó y notó una agitación impropia de ella. No estaba acostumbrada a que la llamaran señorita Jenkins, se dijo.

—¡Ah, estupendo! —exclamó él. Sonriéndole y estrechándole la mano, se apartó el pelo, que le había caído sobre la frente—. Ed. O sea, Hammett-Jones. —La imagen general que transmitía era la de un perro labrador muy amigable.

—¿Cómo ha sabido que era yo? —preguntó Anna, y lanzó una mirada a las

otras mujeres que deambulaban en torno a ellos.

–Usted es la única en los alrededores que lleva algo que, sin lugar a dudas, parece un cuaderno de dibujo. Así que me he arriesgado.

–Ah, claro... –Ruborizada, miró el paquete que sostenía entre las manos.

–Vamos, la llevaré a mi despacho. Es por aquí, más allá del arboreto del lado sur.

Anna lo siguió de cerca, apretando el paso para no rezagarse, porque él, con sus largas piernas, andaba a zancadas.

–Conque es australiana –dijo él.

–Supongo que eso también es evidente, ¿no? –respondió Anna, jovialmente.

–El acento la delata un poco.

–Todavía tengo un poco de *jet lag*, debo admitirlo.

Edwin se detuvo en seco y clavó la mirada en ella.

–¿Quiere decir que ha venido del otro lado del mundo para verme? ¿No vive aquí?

–En su correo electrónico decía que le echaría un vistazo a los dibujos si se los traía.

–Pero, si no me equivoco, dijo que los encontró en una casa de Paddington. Dios santo, señorita Jenkins, espero que no haya hecho un viaje tan largo solo para que yo vea sus dibujos. –Parecía afligido y perplejo a la vez.

Ella se llevó la mano a la frente.

–¡Claro! Cuando dije Paddington, me refería a Paddington, en Sídney, no a Paddington, en Londres. En todo caso, no, claro que no he venido hasta aquí solo para verlo a usted –aclaró, incapaz de contener cierto tono de irritación–. Tengo que investigar otras cosas, y en cierto modo esto son también unas vacaciones. Continuaré viajando por Europa dentro de unas semanas. Giverny, Versalles... Ya sabe.

Era verdad. Tenía previsto pasar unos días en Londres y luego ir en tren a Cornualles para tratar de localizar a Florence Deverell. Después, en función de lo que averiguara, sacaría un billete para el Eurostar y se daría un festín a base de *pain au chocolat*, *pommes frites* y *gelato*, así como de grandes palacios y jardines en Francia e Italia. Pero ese encuentro sí era la causa principal de su viaje, aunque no estuviera dispuesta a admitirlo ante él.

–Ah, ¿así que es del oficio? ¿O aficionada?

–¿Qué oficio?

–Una colega experta en plantas.

–Bueno, a muy pequeña escala. Pero sí, estudié Botánica en la universidad.

–Estupendo –repitió con semblante de aprobación–. Siendo así, déjeme que le enseñe esto. –Consultó su reloj–. Le haré una visita guiada personalizada. Y más teniendo en cuenta que ha venido desde tan lejos.

Dicho eso, volvió a ponerse en marcha en dirección al gran invernadero de cristal. Anna no se atrevió a decirle que ya había visitado los jardines por su cuenta antes de reunirse con él.

–Puede que este lo reconozca –dijo Edwin, y se detuvo frente a un árbol de hoja perenne–. *Wollemia*, claro.

–Casi todos los australianos conocen esa historia –contestó ella con una sonrisa–. Redescubierto en las Montañas Azules hace solo unos años. Sigue en la lista de especies en grave peligro de extinción.

Él asintió.

–Me parece increíble que en estos tiempos todavía estemos descubriendo y redescubriendo plantas. –Siguieron caminando, y Edwin señaló otro árbol, cuyas delicadas flores blancas parecían estrellas de cinco puntas–. *Ramosmania rodriguesi*, autóctona de una pequeña isla del océano Índico. Se creía que se había extinguido, pero la redescubrió un colegial en 1980. Y esta... –dijo, y se detuvo por un momento delante de una planta pequeña con flores de color amarillo claro–. *Menodora linoides*. Único miembro de la familia del olivo, natural de Chile. En serio peligro de extinción. Gracias a una asociación de la Agencia de Investigación Agrícola chilena y nuestro Banco de Semillas del Milenio, hemos conseguido hacer germinar semillas y propagarla con éxito. Hemos enviado semillas a los jardines botánicos de Chile, donde están estudiando las posibles opciones de conservación. Es uno de nuestros logros –declaró con orgullo.

–Vaya –dijo Anna, impresionada, y pensó en lo bien que se llevaría Edwin con Jane.

–Posiblemente habrá deducido que una de mis especialidades son las especies en peligro de extinción. Hemos conseguido incorporar al banco el diez por ciento de las semillas de especies silvestres del mundo. Aspiramos a llegar al veinte por ciento de aquí a 2020.

Anna abrió la boca para contestar, pero él prosiguió:

–Cada día otras cuatro especies de plantas se enfrentan a la extinción. –Se dio cuenta de que la había interrumpido y calló–. Perdone. Si no me corta,

puedo seguir horas y horas. Mi hija, Ella, no para de meterse conmigo por eso. Dice que cuando entro en materia soy un tostón. ¿Qué iba usted a decir?

–Solo que creo que reconozco esa planta. Hay un dibujo de ella, o de alguna muy parecida, en el cuaderno.

–¡Ah! –Parecía un colegial demasiado entusiasta–. ¿Vamos ya a echarle un vistazo? Siempre puedo enseñarle otra parte de los jardines más tarde. Aunque, claro, puede que prefiera explorarlos por su cuenta.

–Es mucho más interesante tener como guía a alguien tan apasionado y entendido, la verdad.

Él le dirigió otra sonrisa radiante, y a Anna el corazón le dio un vuelco absurdo. Gimió para sus adentros. ¿Sería un efecto de la diferencia horaria y la falta de sueño? Había mencionado a una hija, así que debía de estar casado.

En circunstancias normales, Anna en esos momentos habría estado en su cama en la otra punta del mundo, pero milagrosamente se encontraba allí, en uno de los jardines más hermosos y fascinantes que había visitado, en compañía de un hombre de lo más interesante y encantador que, a menos que ella estuviera interpretando erróneamente las señales, parecía encontrarla atractiva. Todo aquello era demasiado para asimilarlo de una sola vez, y no era ni remotamente lo que se había imaginado.

–Y aquí tenemos el azafrán de primavera azul chileno –anunció él–. *Tecophilaea cyanocrocus*. Crece en las laderas de los Andes y, hasta 2001, se creía que se había extinguido en entornos naturales, aunque es una planta cultivada muy común.

Anna se inclinó a examinar las flores azules iridiscentes. Se maravilló ante aquellos capullos perfectamente formados. Anna no creía en Dios propiamente dicho, pero no podía negar la intervención de la mano de un creador divino en la naturaleza.

–El género *Tecophilaea* recibió su nombre de Tecofila Billiotti. Era artista botánica e hija de un botánico, Luigi Aloysius Colla, de Turín –prosiguió.

–Desde luego, domina usted el tema –señaló ella–. Vaya, y esto decididamente se parece a uno de los dibujos del cuaderno.

Edwin enarcó las cejas.

–Ah, ¿sí?

–Como lo oye. –Lo dijo con solemnidad, pero no pudo evitar que un brillo asomara a sus ojos. Hablando con él, afloraba su faceta más desenfadada, una que casi había olvidado.

–En ese caso, no puedo esperar ni un minuto más para verlo. ¡Directos a mi despacho, Jenkins! –Volvió a ponerse en marcha, y Anna tuvo que apretar de nuevo el paso para seguirlo.

Llegaron a un edificio al fondo de los jardines, cerca de la tapia exterior, y una vez dentro, fueron hasta un despacho pequeño y muy desordenado. Para que ella se sentara, Edwin retiró una pila de libros y papeles de una silla, y los dejó en el suelo.

–Disculpe el desorden. Está todo más organizado de lo que parece.

–No lo dudo –respondió ella educadamente y tomó asiento.

Él se sentó al otro lado del escritorio, cubierto también de papeles.

–Bien. Y ahora veamos qué tenemos.

Anna sacó el cuaderno de dibujo de la bolsa y, tras colocar una taza de café medio llena en una estantería cercana, lo puso con veneración en la mesa ante él.

Se produjo un silencio mientras él pasaba la primera página.

Valparaíso, 1887

Enamorarse no entraba en los planes de Elizabeth.

Lo supo en cuanto despertó. Mientras escuchaba los trinos de lo que parecía un pardillo posado en la rama de un árbol frente a su ventana, como si entonara su dulce canto solo para ella; mientras ella misma tarareaba para sí a la vez que se ceñía el corpiño del vestido; mientras maldecía sus pobres pies magullados (las zapatillas de baile no habían sido protección suficiente contra el duro suelo del establo). Lo supo. Supo que su corazón pertenecía irrevocablemente a Tomás. Cada parte de su ser lo proclamaba, cada poro de su piel lo irradiaba, se anunciaba en el brillo de sus ojos. Al mismo tiempo que sentía la emoción de tomar conciencia de ese hecho, maldijo lo inoportuno que era: lo complicaría todo.

Pero estaba segura de que él sentía lo mismo, ya que, pese a haber bailado con otras, no apartó la vista de ella en ningún momento. Le prodigó atenciones durante toda la velada, le rodeó la espalda con el brazo y le habló relajadamente de su infancia y su familia, de sus pensamientos y sus intereses. Pero las palabras eran lo de menos: se estremeció al recordar el contacto de su mano en la de ella, porque en esa parte del mundo no se llevaban guantes.

Pese a su júbilo, estaba sumamente confusa. No tenía mucha experiencia en el amor, más allá de lo que había visto del cortejo de su hermana, y en casa nunca había visto pruebas de amor entre un hombre y una mujer, ya que su padre no había tomado otra esposa tras la muerte de su madre. Ignoraba qué ocurría a continuación.

Ya habían desayunado todos cuando Elizabeth llegó al espacioso comedor de la estancia y la casa estaba en silencio, salvo por alguna criada que se echaba a cantar o reír mientras realizaba sus tareas. Se preguntaba dónde

estarían los demás cuando entró una criada, colocó una cafetera de plata en el aparador y se la señaló.

–Sí, sí –dijo Elizabeth.

El café era fuerte y amargo, pero le serviría para diluir la sensación de abotargamiento que tenía en la cabeza por efecto de la sidra de la noche anterior. Se sentó y tomó un sorbo, preguntándose cuándo volvería a ver a Tomás, puesto que anhelaba con todo su ser verlo, tocarlo. A la deriva en un mar de pensamientos, recordando la sensación de estar entre sus brazos y girar hasta el aturdimiento, no vio entrar a Sibyl en el comedor, ni advirtió su presencia hasta que ella se sentó en la silla de enfrente.

–¿Ha dormido bien, querida? –preguntó Sibyl, interrumpiendo sus ensoñaciones.

–Ah, muy bien, gracias. Aunque admito que todavía estoy un poco cansada, y me duelen tanto los pies que temo que nunca vuelvan a ser los de antes. – Elizabeth, para demostrárselo, torció el tobillo a uno y otro lado con una mueca de dolor.

–No me extraña. El señor Flores ciertamente se aseguró de que rara vez saliera usted de la pista de baile.

Elizabeth dejó de contemplarse el pie, sorprendida por el tono dolido de Sibyl.

–¿Hice algo que la molestara, Sibyl? –preguntó.

–Válgame Dios, ¿por qué piensa usted una cosa así, Elizabeth?

–Sé que siente afecto por Tomás y, desde luego, no era mi intención que me monopolizara. No me gustaría disgustarla en lo más mínimo. Tengo pocos amigos aquí y desearía considerarla a usted uno de ellos.

Sibyl dejó escapar un suspiro.

–No, Elizabeth, no hizo nada que me molestara. Bueno, nada que fuera culpa suya. Está claro como el agua que el señor Flores siente mucho interés en usted.

–Ay, Sibyl, me temo que yo también estoy muy interesada en él –admitió Elizabeth–, pero me horroriza reconocerlo ante usted.

–Me alegro de oírlo, la verdad sea dicha –dijo Sibyl–. Porque creo que no lo soportaría si usted no sintiera por él lo que él obviamente siente por usted. No haría más que hundir el dedo en la llaga.

–Es usted muy gentil y seguro que no merezco tanta comprensión. Pero yo no

he venido aquí para enamorarme –prosiguió–. He venido a dibujar y pintar plantas, para luego volver a Inglaterra y compartir mis descubrimientos.

–Querida Elizabeth, el corazón elige su propio camino y prescinde de todo lo demás. El amor no respeta las intenciones, ni las fronteras, ni los continentes, ni los deseos. Por desgracia, a mí aún no me ha encontrado. –Volvió a suspirar–. Y es que debe de ser lo más extraordinario del mundo amar y ser correspondido.

–El amor la encontrará algún día, Sibyl. Estoy convencida –afirmó Elizabeth para consolarla.

–Puede que tenga razón –contestó ella–. Pero está tardando lo suyo. Como no se dé prisa, ya habré echado canas. –Para alivio de Elizabeth, sonrió.

–¿Dónde se han metido todos? No he visto ni oído a Daisy, ni a nadie, dicho sea de paso.

–Mi madre se ha levantado temprano y ha dicho que Tomás iba a llevar de excusión a caballo a un grupo de invitados, aquellos que aún no se han marchado. Después almorzaremos.

–Vaya –dijo Elizabeth con desaliento. Estaba impaciente por volver a ver a Tomás, pero tenía otro plan para el día, y para ello necesitaba localizar a su hermana.

–¿Se ha ido Sofía con ellos?

–No, creo que no. Podemos preguntar a alguna criada si la ha visto.

–**H**ola, señoritas. –Las saludó Sofía afectuosamente al entrar en el comedor justo cuando las dos mujeres se terminaban el café–. Espero que hayan dormido bien y estén descansadas.

–Yo sí, gracias. Y gracias también por la magnífica velada. No recuerdo la última vez que me lo pasé así de bien. Aunque esta mañana tengo los pies molidos –respondió Elizabeth, compungida, con una sonrisa.

–Oh, querida, ¿eso significa que debemos aplazar nuestro paseo? Esperaba enseñarle las plantas de las que hablamos anoche.

–No, nada de eso –contestó Elizabeth–. Me encantaría dar un paseo con usted. Seguro que mis pies sobrevivirán unos pasos más.

–Señorita Sibyl, ¿le apetece acompañarnos? –preguntó Sofía.

–Gracias, pero creo que me quedaré aquí. Puede que practique con el piano

ahora que hay silencio.

–Por supuesto –dijo Sofía–. Solo estaremos fuera una hora más o menos.

Las dos mujeres, una tan rubia y la otra tan morena, una con un vestido de bombasí verde con polisón que rozaba el suelo, la otra con un sencillo vestido suelto negro bajo un poncho de vivos colores, salieron de la casa por la puerta principal. Siguieron un camino situado a la derecha del establo donde se había celebrado la fiesta y luego, tras cruzar una verja, accedieron a una pradera, más allá de la cual se alzaban escarpados montes. En torno a sus pies crecía una hierba exuberante, entre cuyos tallos se veían numerosas flores silvestres, como llamativos puntos de color, hasta donde alcanzaba la vista.

–Nuestra casa se llama como una flor, copihue; fíjese, es esa –dijo Sofía, señalando una flor escarlata en forma de trompeta. Después le mostró una planta tras otra, la mayoría de las cuales Elizabeth no había visto nunca. Le explicó que una se utilizaba para curar las erupciones en la piel, otra para el dolor de cabeza, y otra para expulsar a los malos espíritus del interior de una persona.

–Cómo lamento no haber traído mi cuaderno de dibujo al paseo –comentó Elizabeth, fascinada por todo lo que le enseñaba Sofía.

–No se preocupe. Seguro que tendrá otras muchas oportunidades de dibujarlas –dijo.

–Bueno, espero que vuelvan a invitarme, aunque en realidad no sé cuánto tiempo me quedaré en Valparaíso.

Sofía pareció confusa.

–Pero yo pensaba que usted y mi hermano... ¿Es que no se ha dado cuenta de que está totalmente prendado de usted? –Se llevó una mano a la boca–. ¡Ay, Dios mío! He dicho lo que no debía. No es asunto mío, y él nunca me perdonará por entrometerme.

Elizabeth le sonrió, sintiendo una honda emoción ante la revelación de Sofía.

–Descuide –susurró–. No diré una sola palabra.

Pasearon por la pradera y pese al hecho de que durante casi toda la mañana, desde que se había despertado, no había hecho más que pensar en Tomás,

Elizabeth solo tenía una pregunta para su hermana. Dirigió la conversación una vez más hacia la botánica y, al cabo de un rato, fue al grano.

–Dígame, Sofía, ¿conoce una planta llamada trompeta del diablo? La forma de la copihue me recuerda un poco a ella.

–La trompeta del diablo. –Sofía abrió los ojos de par en par y se santiguó, musitando unas palabras–. ¿Cómo es que la conoce?

–Leí ese nombre en algún sitio, mientras investigaba para este viaje –mintió, y sintió una punzada de culpabilidad por engañar a Sofía.

–Es una planta sumamente peligrosa –explicó Sofía en tono sombrío–. Hoy día además es muy poco común, lo cual quizá sea para bien. Mi madre y otras *machis* como ella hicieron lo posible por mantener en secreto el lugar donde crecía siempre que se encontraban con ella. En malas manos, puede destruir toda una aldea, incluso más. Y puede matar a aquel que intente recogerla.

–Pero leí que también tiene propiedades curativas. ¿Es eso posible?

Sofía la miró con recelo.

–Solo si una sabe muy bien lo que hace. Y quedan pocas mujeres que lo sepan. Mi madre era una de las últimas.

–Qué lástima que no le transmitiera a usted ese conocimiento. Porque sin duda sería un don de un valor inestimable. En buenas manos, claro.

Sofía guardó silencio y al cabo de un momento contestó con cautela.

–¿Cree que no me lo transmitió?

Londres, verano de 2017

Anna contuvo la respiración. Casi oía el segundero del reloj y tuvo que sentarse encima de las manos para no precipitarse a señalarle los detalles concretos. Prefería no influir en su evaluación del cuaderno.

Después de ponerse unas gafas y encender un flexo para ver mejor los dibujos, Ed empezó a pasar las hojas lentamente.

–Extraordinario –musitó al cabo de un rato. Exhaló un largo suspiro de satisfacción y, con un brillo en los ojos, alzó la vista para mirar a Anna–. Son francamente hermosos, excepcionales, diría.

–Lo sé –contestó ella a la vez que experimentaba una muda emoción por el hecho de ver confirmada su intuición–. ¿Cómo demonios conseguían los dibujantes reproducir detalles tan complejos?

–Bueno, si trabajaban sobre el terreno debían de contar con una pequeña lupa, pero si se llevaban los especímenes a lugares cerrados, existía un instrumento conocido como *camera lucida*, un microscopio con espejos que permitía seguir las líneas del objeto que se estuviera dibujando. A veces estas ilustraciones captan más detalles que una cámara real. –Continuó examinando los dibujos–. Quillay –susurró–. Una planta de jabón. Utilizada para bañarse. –Al pasar la página, apareció una planta de flores amarillas semejante a un ranúnculo–. El culén –dijo, casi para sí. Finalmente llegó a la última página.

–Esa es mi preferida –observó Anna, incapaz de contenerse.

Él respiró hondo y volvió a mascullar para sí. Se volvió hacia su ordenador, pulsó unas teclas y, a continuación, tamborileó con los dedos en el escritorio mientras esperaba a que se descargase lo que fuera que estaba buscando. Dirigió nuevamente la atención al dibujo; después descolgó el auricular del teléfono de su mesa y marcó un número de cuatro cifras.

–¿Hal? ¿Tienes un momento?

Siguió un breve silencio.

–Vale, después del almuerzo. Hasta luego. –Colgó el auricular y miró a

Anna—. Si no tiene usted inconveniente, me gustaría que mi colega, Hal Graham, viniera a echar un vistazo. Es el jefe del departamento de identificación y asignación de nombres aquí, en Kew, además de especialista en historia botánica. Tengo ciertas sospechas sobre algunas de las acuarelas, pero él sabe más sobre el tema que yo.

—De acuerdo, sí, estaría bien —contestó Anna, sin saber qué pensar.

Edwin se levantó repentinamente, apagó la luz con una mano y, con la otra, se quitó las gafas, que echó sobre una pila de papeles.

—Hal está ocupado hasta esta tarde. Usted no habrá comido, ¿verdad? Si mi experiencia con el *jet lag* sirve de referencia, tiene que estar muerta de hambre.

Así era.

—Venga. Vamos a por un sándwich mientras lo esperamos; nos lo comeremos en los jardines. Hace un día magnífico y debemos aprovecharlo. Ya sé que usted probablemente da por sentado el buen tiempo, pero nosotros los pobres ingleses tenemos que sacarle partido cuando lo hay.

Ed la acompañó hasta la puerta del despacho y, antes de salir, descolgó de detrás una manta de lana de cuadros. La enrolló y se la metió bajo el brazo mientras caminaban.

Ya bajo la luz del sol, se dirigieron hacia una extensión de exuberante césped verde, donde él desplegó la manta y le indicó que se sentara.

—Enseguida vuelvo. ¿De pollo le parece bien? ¿O es usted vegetariana?

—De pollo me parece bien, y gracias. —Anna hizo ademán de sacar la cartera para darle dinero, pero él lo rechazó—. Es lo mínimo que puedo hacer en vista de que ha hecho usted un viaje tan largo y me ha traído los dibujos más hermosos y fascinantes que he visto en mucho tiempo.

Anna estiró las piernas al frente, las cruzó por los tobillos y se apoyó en los codos. Observó a Ed mientras cruzaba el césped en dirección a una cafetería que apenas se distinguía a lo lejos. No sabía bien si la clave de su atractivo era su entusiasmo juvenil o su encantador desaliño. Alzó la cara al cielo y cerró los ojos, disfrutando del calor del sol en las mejillas. En ese momento se sentía ingravida como una pluma, presa de una emoción efervescente. Su intuición sobre el cuaderno no había ido desencaminada: sí era un hallazgo importante.

Al cabo de unos minutos, Ed regresó con sándwiches y bebidas.

—¿Un refresco de flor de saúco? —ofreció.

–Qué inglés –respondió ella, y sintió un cálido destello de placer cuando él soltó una carcajada.

–No la decepcionaría por nada del mundo –dijo él mientras se sentaba a su lado–. Hábleme de Sídney. Admito que no he estado nunca allí, pero me encantaría ir... Ese puerto, y la Ópera.

–De hecho –informó Anna–, en el puerto está mi sitio preferido, sin contar los jardines botánicos, obviamente. Es un pequeño parque justo al lado del mar, Nielsen Park, se llama. La playa se conoce como playa de los Tiburones, pero no se deje intimidar por eso; es un sitio muy agradable para nadar.

Ed enarcó las cejas en una expresión de alarma.

–Hay allí un banco largo semicircular y si uno se sienta en un extremo, puede hablar en susurros a la persona sentada en la otra punta y el sonido se transmite por la curva de la piedra.

–Qué maravilla –exclamó Ed con sinceridad–. Tendré que recordarlo, y también lo de los tiburones.

Cuando terminaron de comer, Ed se estiró en la hierba con las manos cruzadas detrás de la cabeza.

–Perdone. Anoche me fui a dormir tarde. Estoy desarrollando una aplicación que me ocupa todo el tiempo libre desde hace seis meses.

–Ah, ¿sí? –dijo Anna, arrancando distraídamente tallos de hierba con los dedos, muy consciente de la presencia del hombre alto y leonino que estaba tumbado a solo unos centímetros de ella.

–Es una herramienta para la identificación de plantas; se saca una foto de una planta y la aplicación dice cuál es. Bueno, al menos esa es la idea. Está resultando un poco más difícil de lo que yo creía en un principio, aunque no tardaré en completar mi parte del trabajo.

–Una idea excelente –comentó Anna–. Muchas veces mis clientes me piden una planta en particular, pero no saben el nombre.

–¿Clientes?

Mientras Ed seguía tumbado, Anna le habló de su negocio de jardinería, y después le contó que había heredado la casa de su abuela y descubierto la caja oculta en la pared.

–Extraordinario, Jenkins. Me pregunto cómo habrá llegado eso a Sídney –dijo él, pensativo.

–Ni idea. Contenía también una fotografía que, según creemos, se tomó en

Cornualles. En un sitio que se llama Trebithick Hall. Lleva una fecha, 1886, un año antes de que se pintaran la mayoría de las acuarelas.

—¿Cornualles? —Ed pareció interesarse—. Yo me crié allí. En el lado atlántico. Trebithick Hall... —Se detuvo a pensar—. Me suena vagamente. Desde luego el nombre es muy propio de Cornualles. —Consultó el reloj y se puso en pie con un gemido—. Podría pasarme todo el día aquí charlando con usted, pero Hal ya debe de estar libre. Vamos a ver qué dice.

Tendió la mano a Anna y ella la aceptó; al notar su contacto, la recorrió un temblor. Él la retuvo probablemente un momento más de lo que ella consideró necesario y, tras soltársela, empezó a plegar la manta, mientras Anna recogió los envoltorios de los sándwiches y las botellas vacías.

—Vaya, esto sí es interesante. —El hombre que hablaba con Anna era el que ella casi había confundido con Ed, y se le veía la ropa aún más arrugada que por la mañana.

Anna asintió.

—Magnífico. Tan exquisito y vívido. Un sentido refinado de la composición y una mano de una gran sutileza. Me gustaría quedármelo durante un tiempo, si es posible. —Era más una afirmación que una propuesta.

—¿Por alguna razón en particular? —preguntó Anna, alarmada. No sabía si realmente estaba dispuesta a desprenderse de su preciado hallazgo así sin más.

—Oh... —Él se detuvo al llegar a la última página.

—No lleva ninguna anotación —señaló Anna. A diferencia de las plantas precedentes, acompañadas de comentarios sobre sus propiedades medicinales, esa última no incluía ninguna observación.

—*Datura* —dijo él casi para sí, frotándose el asomo de barba del mentón con la mano—. Pero es una variedad de *Datura* que yo no he visto jamás. —Alzó la vista para volver a mirar a Anna—. Esto es de lo más insólito. Incluso podría tratarse de una que no esté documentada. Yo desde luego nunca he visto nada así vivo. En los archivos, podría ser. Fíjate, Ed, el peciolo, las bandas de los pétalos. —Señaló la ilustración—. Esto no es una *Datura* convencional. No es una *Datura stramonium*, ni una *Datura inoxia*.

—Cierto —coincidió Ed—. No es burladora, o chamico, como también se la conoce —dijo a Anna.

–Pertenece a las hierbas de brujas, como se llama a las plantas de este grupo –explicó Hal, aunque Anna las conocía ya de sobra–. Estrechamente emparentada con la belladona, el beleño y la mandrágora. Sumamente tóxicas, aunque, según creen algunos, poseen también propiedades afrodisíacas. En ciertos países su cultivo es ilegal.

Anna lo miró con expresión de incertidumbre.

–¿De verdad cree que es una planta totalmente nueva? ¿Un varietal no descubierto?

–Verá, más bien creo que podría ser una especie nueva de *Datura* –dijo, y los ojos le resplandecieron detrás de las lentes sucias–. O posiblemente una que se extinguió hace mucho tiempo. Tendría que investigar más. Dice Ed que está usted de vacaciones, señorita Jenkins. ¿Cuánto tiempo va a quedarse? Solo lo necesitaría durante unos días, hasta la semana que viene, pongamos. Me gustaría consultar con un colega, pero no vuelve hasta el martes.

A Anna la incomodaba un poco la idea de dejar el cuaderno en manos de ese académico desastrado. ¿Y si derramaba el té encima o, peor aún, lo extraviaba?

–No se preocupe; lo cuidaré muy bien –aseguró él como si le leyera el pensamiento.

–De acuerdo –contestó Anna por fin–. En cualquier caso, no salgo para París hasta el siguiente fin de semana.

–Magnífico –exclamó Hal, y cerró el cuaderno de dibujo–. Bien, ¿vendrá a la fiesta de verano que celebramos en Kew Gardens mañana por la noche?

Anna lo miró con expresión dubitativa. ¿Estaba invitándola? La verdad es que ella no iba a fiestas. Había renunciado a esas cosas, después de Simon. Cuando se disponía a rehusar el ofrecimiento educadamente, Hal se le adelantó:

–Diga que sí. No se imagina lo mucho que usted la animará. Estará llena de botánicos viejos y malhumorados. Mejorando lo presente, claro está.

–Bueno, después de semejante recomendación, ¿cómo voy a negarme? –contestó ella con una sonrisa.

–Bien. Ed, aquí presente, puede acompañarla.

Anna lo miró, y un rubor traicionero empezó a ascender por su cuello. Si algo no deseaba, era que él se sintiese obligado a cuidar de ella.

–No, no hace falta, ya me las arreglaré yo sola –insistió Anna, sin dar

crédito a que esas palabras hubieran salido de su boca; no iba a una fiesta desde hacía años, y menos sola.

–Tonterías, Jenkins –intervino Ed–. Esa gente echa a las mujeres jóvenes sin compañía a las plantas carnívoras del invernadero de flores tropicales, ¿sabe?

–Ah, bueno, en ese caso... –Ella le sonrió.

Ya estaba todo acordado. Anna dejó el cuaderno en manos de Hal y quedó con Ed a las siete de la tarde del día siguiente en un bar de Kew Green.

–Se llama El Botánico –precisó él, poniendo los ojos en blanco al decirlo–. Sí, ya sé...

Al día siguiente por la tarde, después de hacer turismo, Anna regresó a Richmond con tiempo apenas para ducharse y cambiarse de ropa, dando gracias a su hermana, quien, muy previsoramente, le aconsejó guardar en la maleta al menos un vestido. Era de tirantes finos, corpiño rectangular y ajustado, y falda fruncida hasta las rodillas, de algodón de color azul hierba doncella que realzaba su cabello rubio. Contrastaba totalmente con su atuendo habitual de vaqueros y camiseta, y se sentía extrañamente femenina, como si debiera hacer volar la falda a su alrededor y romper a cantar a la manera de una estrella de cine de los años cuarenta. Se dejó el pelo suelto por encima de los hombros y se aplicó brillo de labios. Tenía una tonalidad dorada en la piel a fuerza de pasear al sol durante el día y le destellaban los ojos de expectación. Al mirarse en el espejo, casi no se reconocía.

Valparaíso, 1887

—¡Señorita Elizabeth! —El placer de Tomás al verla saltó a la vista por la amplia sonrisa que se extendió por su rostro.

Elizabeth se sonrojó al recordar su despedida al final de la fiesta. Él la había acompañado de regreso a la casa, bajo la bóveda estrellada, llevándola atrevidamente de la mano. «Elizabeth, mi amor...», había dicho, flexionando la cintura y acercándose la mano de ella a los labios. Labios contra los que ella de pronto había deseado apretar los suyos.

—Tomás —lo saludó Elizabeth, presa de una súbita timidez.

—Espero que haya descansado.

—Sí, gracias. Pero debo reconocer que me duelen un poco los pies.

De repente él pareció preocuparse.

—Solo de tanto bailar, porque no estoy muy acostumbrada —explicó ella.

—Bueno, tendrá tiempo de sobra para descansarlos. Hasta que se le hayan recuperado, no quiero ni oír hablar de su regreso a Valparaíso. Puede quedarse aquí tanto como desee, por descontado. Esta noche cenaremos tranquilamente en familia, y sería un placer para nosotros que usted y Daisy siguieran siendo nuestras invitadas tanto tiempo como gusten. ¿No es así, Sofía?

Su hermana asintió con un gesto entusiasta, y Elizabeth respondió con una sonrisa.

—Bueno, por mí encantada. Esta mañana Sofía me ha enseñado muchas plantas nuevas, todas fascinantes, y estoy deseando pintarlas. Son muy distintas de las que he visto en las inmediaciones de la ciudad.

—En ese caso, quédese otras dos noches —propuso Tomás, como si no le costara en absoluto tomar esa decisión—. O más.

Así las cosas, Elizabeth y Daisy siguieron disfrutando de la generosa hospitalidad de los Flores durante una semana. La señora Gordon y Sibyl prometieron informar a la señora Campbell de que su ausencia se prolongaría. Elizabeth pasaba las horas frescas de la mañana dibujando y pintando las diversas plantas que crecían con tal abundancia en torno a la estancia, de vez en cuando sentada junto a Sofia. En una ocasión, volvió a sacar despreocupadamente el tema de la trompeta del diablo, pero, para frustración suya, Sofia no se prestó a contestar, limitándose a insistir en lo difícil que era encontrarla para aquellos que no sabían dónde buscar exactamente.

Por las tardes, después de una siesta, Elizabeth salía a pasear a caballo con Tomás y juntos exploraban las laderas de las montañas camino de los altos Andes. Ella permanecía atenta en busca de la trompeta del diablo, pero ni siquiera tuvo la recompensa de alcanzar a verla, lo que demostraba que tropezarse con ella en el Valle de las Palmas había sido un golpe de suerte extraordinario.

Normalmente los acompañaban en sus paseos Sofia o Daisy, pero una tarde Sofia se había ido a una aldea cercana y Daisy se había excusado aduciendo que le dolía la cabeza.

—Estamos los dos solos, Elizabeth —dijo Tomás mientras se dirigían a las cuadras, prescindiendo del tratamiento de señorita, como tenía por costumbre cuando estaban a solas.

Ella le respondió con una sonrisa burlona.

—Esperemos que nadie se entere en Valparaíso.

—Eso sería una verdadera desgracia, desde luego. Dudo que tu reputación lo resistiera —dijo él, con fingida seriedad.

El camino que salía de la estancia, bastante ancho, permitía que los dos caballos anduvieran uno al lado del otro, y Elizabeth tomó conciencia del esporádico roce de la pierna de Tomás contra la suya cuando sus monturas se empujaban. El corazón le palpitaba desenfrenadamente por esa cercanía. A lo largo de esa semana habían compartido muchas conversaciones, y a ella le fascinaba cada vez más ese hombre que saltaba sin esfuerzo del mundo tradicional chileno al europeo. Si la mañana después de la fiesta había pensado que tal vez su enamoramiento eran imaginaciones suyas, al final de una semana en su compañía ya no le cabía ninguna duda.

Tomás fue el primero en sacar el tema. Se habían detenido para abreviar a los caballos en un arroyo y, sentados en la orilla, bebían de una bota y comían queso de oveja y manzanas.

–Elizabeth –dijo él, y la miró fijamente–. Debes de saber... –Parecía incómodo. Desvió la mirada y se aclaró la garganta–. A estas alturas debes de saber ya cuáles son mis sentimientos hacia ti. Soy incapaz de seguir callándomelos. No sé si las cosas se hacen así. –Guardó silencio, y Elizabeth advirtió una leve pátina de sudor en su frente. Quiso alargar el brazo y tocarle la piel con un dedo, probar su sabor, y a la vez se sorprendió de sus atrevidos deseos.

Ella lo miró, ya sin miedo, y lo animó con una sonrisa.

–Dime: ¿sientes tú algo parecido? –instó Tomás.

–Podría ser –contestó ella a modo de provocación.

–Mi amor –dijo él con un gemido, y tiró de Elizabeth hacia sí. Ella se dejó rodear por sus brazos y acercó los labios a los suyos. Durante un desesperante momento él no se movió, y sus alientos se mezclaron sin rozarse aún sus labios. Pero de repente Tomás la estrechó, y ella notó la aspereza de su piel, la intimidad de su contacto, un contacto que desconocía. Sus brazos se movieron por propia iniciativa, y fue incapaz de impedir que sus dedos se enroscaran en el pelo sedoso y oscuro de él. A ella, a su vez, el cabello se le soltó y le cayó en dorados bucles cuando él la acarició.

Al cabo de un momento se separaron, jadeando ambos por el júbilo de descubrirse el uno al otro, de saber que sus sentimientos se correspondían plenamente. Tomás atrajo la frente de ella hacia la suya.

–Mi corazón, mi alma, cómo te has burlado de mí, cómo has puesto a prueba mi paciencia en estos últimos días –susurró.

–Señor, si me he burlado de usted, ha sido una delicadísima broma. No siento el menor deseo de atormentarte –respondió ella muy seria.

Mientras estaban allí sentados, susurrándose tiernas palabras, el caballo de Elizabeth, amarrado a corta distancia de ellos, respingó y dejó escapar un relincho de pánico. Tomás se levantó de un salto e intentó calmar a la yegua, normalmente un animal dócil y afable. Elizabeth miró hacia las montañas, que se alzaban imponentes a lo lejos, brumosos sus picos desiguales a causa de la nieve en polvo que flotaba en el aire. Lanzó un vistazo al cielo, que en ese momento presentaba un color púrpura.

—¿No crees que esas nubes son de tormenta? —preguntó.

—Sí. No creo que lleguemos a la estancia antes de que empiece a llover. Debemos buscar refugio. Ven —dijo él con determinación, y le tendió la mano para ayudarla a levantarse—. Debemos apresurarnos.

Elizabeth guardó sus cosas en una alforja y apoyó la bota en las manos entrelazadas de Tomás para que pudiera impulsarla hacia la silla. En cuanto montó también él, azuzaron a los caballos y, al galope, avanzaron por el lecho del valle, ella detrás.

Al cabo de unos minutos de ardua cabalgada, Tomás detuvo su montura e indicó a Elizabeth que hiciera lo mismo. El cielo se había oscurecido tanto que parecía el crepúsculo, pero ella vio una pequeña cabaña de piedra construida al pie de la ladera frente a ellos. No habían llegado aún a esa peculiar choza cuando un relámpago iluminó el cielo y sonó un potente trueno que reverberó a través de su cuerpo. Puntiagudos fragmentos de hielo los apedrearon y rebotaron en el suelo.

—¡Ay! —exclamó Elizabeth cuando la asaletaron, y tuvo la sensación de que traspasaban el traje de montar de algodón hasta su delicada piel. La temperatura, muy agradable hasta hacía unos minutos, había descendido bruscamente, y Elizabeth empezó a temblar.

—¡Deprisa, entra! —ordenó Tomás por encima del ruido del granizo. Ató bien a los caballos a una barandilla frente a la cabaña, les quitó las sillas y las mantas, y luego, a la vez que cargaba con las mantas, tiró de ella hacia el interior.

No había puerta —según explicó Tomás «probablemente la usarían como leña hace mucho tiempo»—, sino solo una gastada piel de animal a modo de cortina para proteger el interior de las inclemencias del tiempo en la medida de lo posible. Cuando entraron, el ruido de la tormenta quedó amortiguado, y Elizabeth se sacudió el agua de los ojos y miró aquel espacio en penumbra. Era un lugar miserable, pero al menos ofrecía refugio. Distinguió una estrecha repisa a un lado de la pequeña habitación que parecía un sitio para dormir, y en el lado opuesto un gran hoyo para encender un fuego, con una profunda pila de ceniza, pero sin leña.

—Es una casucha —explicó Tomás—. Para refugiarse en momentos como este.

Elizabeth no pudo más que asentir por lo mucho que temblaba bajo su ropa húmeda.

—Ten —dijo él, y le entregó una de las mantas de los caballos—. Mejor será

que te envuelvas con esto.

Elizabeth, sin querer admitir que la había asustado la intensidad de la tormenta, de una magnitud desconocida para ella, no podía contener el castañeteo de los dientes.

–Creo que quizá debas quitarte el vestido –aconsejó Tomás–. Si te quedas mojada, no entrarás en calor. Apartaré la vista. No temas por tu decencia.

Elizabeth tenía los dedos entumecidos y torpes por el frío, y le temblaron cuando intentó desabrocharse los botones del corpiño. Tomás, fiel a su palabra, se había dado la vuelta para sacudir la otra manta y tenderla sobre la repisa.

Ella se aclaró la garganta.

–Oye, ¿no podrías ayudarme con esto? –dijo–. Los dedos no me obedecen.

Sus miradas se cruzaron, y ella, aterida de frío hasta hacía solo un momento, empezó a sentir un intenso calor que ascendía de algún lugar muy profundo dentro de ella. Le sostuvo la mirada con expresión audaz.

–Como tú quieras, mi corazón. –Los ojos azules de Tomás se oscurecieron mientras le desabotonaba el corpiño; después palpó con los dedos la camisola interior–. Creo que esto también tendrás que quitártelo.

Elizabeth bajó la vista y vio que la delicada batista se había empapado y la humedad le calaba hasta la piel.

–Creo que sí –contestó ella, y tragó saliva, porque de pronto se le había secado la garganta–. ¿Quizá –dijo, asombrada de su propia audacia– podrías ayudarme también con esto?

–Sí, señorita –musitó él, deslizando la tela de la camisola por encima de sus hombros. A continuación, se inclinó y, para sorpresa de ella, la levantó en brazos. Acto seguido la instaló en la repisa que hacía las veces de cama. Las piernas le quedaron colgando inútilmente en el aire.

–Las medias... –señaló él, a la vez que le desataba las botas y la descalzaba con delicadeza.

–Es verdad. También se han mojado –dijo ella con voz ahogada.

Ahora era Tomás quien tenía las manos temblorosas, y Elizabeth percibió su agitación cuando las deslizó por debajo de la falda y sus dedos llegaron a la suave piel por encima de las medias. Con cuidado, desenrolló la seda empapada, con lo que primero quedó a la vista una pálida rodilla y luego un esbelto tobillo; a continuación, repitió el mismo proceso con la otra media. Agachó la cabeza y empezó a recorrer su pierna con los labios desde el

empeine hasta la rodilla. A Elizabeth la cabeza le dio vueltas. ¿Acaso había perdido la razón?

Súbitamente Tomás dejó de venerar sus piernas y, colocando la mano firmemente por encima de su cintura, la bajó de la repisa. Ella, de pie ante él, escrutó su rostro. Él alzó una mano para acariciarle la mejilla. Elizabeth ansiaba el contacto de sus labios y, anhelante, levantó la barbilla. Cuando Tomás agachó la cabeza y la besó, ella creyó oler el aroma de un pinar en verano, cálido, dulce e intensamente resinoso. El tiempo pareció detenerse mientras se sorbían el uno al otro, saboreándose, maravillándose de tanta suavidad.

Poco después, Tomás le desabrochó la falda y la dejó caer en el suelo, antes de quitarse con manos torpes las botas y los pantalones y dejarlos caer también. Sin más ropa que la camisa, la levantó en brazos y la colocó otra vez en la repisa; luego se encaramó junto a ella. La tormenta proseguía con atronadora furia mientras ambos yacían en la manta, pecho contra pecho, sintiendo cada uno de ellos los latidos del corazón del otro. Lentamente, con ternura, él la acarició, empezando por los hombros y descendiendo luego por los pechos hasta llegar al centro de su ser. Elizabeth se sintió liberada. Liberada de la vergüenza o la cohibición. Liberada de los rigores morales de la sociedad, de aquellos que pretenderían juzgarla. Lo único importante era que estaba allí, en aquella oscura choza de pastor, con Tomás, a quien amaba como a nadie en el mundo. Se entregó por completo a él, sin pensar en nada más que en vivir el momento.

Londres, verano de 2017

Anna vio a Ed nada más entrar en el pequeño patio asfaltado de la cervecería. Él esperaba sentado a una mesa de madera adosada a una tapia cubierta de campánulas trepadoras que, pensó ella distraídamente, necesitaban una poda. Ed se puso en pie en cuanto advirtió su llegada.

–¡Anna! –Pareció alegrarse mucho de verla; sin esa actitud distante que, según la habían inducido a creer, era lo propio de los hombres británicos–. Me complace mucho que hayas podido venir. ¿Qué te apetece tomar? ¿Un Pimm’s, tal vez?

–Eso suena bien. –Tenía una vaga idea de lo que era un Pimm’s, aunque en realidad nunca lo había probado. Resultaba tentador.

Ed vestía una camisa bien planchada de color azul claro y unos vaqueros desvaídos, e incluso Anna, que casi había dejado de fijarse en esas cosas, pensó que hacían juego con sus ojos. Se acercó a saludarlo y aspiró su loción para después del afeitado: gaulteria y especias. Delicioso.

–Y su hija... –dijo ella, ya sentada delante de él.

–En casa, con una canguro.

–¿Y su esposa? ¿También vendrá?

Se produjo un silencio.

–Murió.

–Dios mío, lo siento mucho. –Se llevó la mano a la boca–. Qué tonta soy.

–No tenía por qué saberlo –dijo él para tranquilizarla–. Y no lo sienta. Me dejó a Ella, y mi hija es lo más maravilloso que me ha pasado en la vida. –Le dirigió una triste sonrisa–. Como dijo Matisse: «Siempre hay flores para quienes quieren verlas».

–Es un planteamiento admirable. Pero debía de ser usted casi un niño cuando se casó –comentó ella en un esfuerzo para aligerar la situación.

Él sonrió.

–Nos conocimos al principio de mi último año en Cambridge. Ella se quedó

embarazada al final de ese curso. A veces uno sencillamente lo sabe y no hay por qué darle más vueltas. Y ahora vayamos a por su bebida.

Ed se dirigió a la barra y Anna observó a los otros clientes de la cervecería. Casi todos parecían recién salidos del trabajo. Llevaban las corbatas sueltas, habían colgado las chaquetas en los respaldos de las sillas, bebían a tragos de grandes vasos de cerveza. En el murmullo de voces que flotaba en el aire se advertía el alivio de quienes han dejado atrás la rutina de la jornada.

—Aquí tiene. —Ed colocó frente a ella un vaso alto de aspecto frutal, lleno de pepino y menta, y para él dejó en la mesa una jarra de cerveza—. Espero que no se haya sentido obligada a venir. Hal puede ser muy imperioso cuando se lo propone. Siempre anda buscándome... Aunque en su caso, tampoco es que importe, claro —se apresuró a añadir.

Así que era el doctor Graham quien lo había convencido de que la acompañara. Se le cayó el alma a los pies.

—Cielos, ¿ahora he sido yo quien ha metido la pata? Eso no ha quedado del todo bien, y no era ni mucho menos lo que yo quería decir. ¿Cómo iba a importarme la compañía de una australiana guapa? Olvide lo que he dicho. En fin, ¿cómo le ha ido el día?

Parecía tan arrepentido que Anna no pudo por menos que sonreír.

—Me ha sorprendido la de gente que había por la calle —contestó ella—. Pall Mall era un hervidero. Apenas he podido acercarme a las rejas del palacio. Pero Green Park es una maravilla, aunque me ha chocado ver tumbonas en el césped; yo pensaba que se usaban solo en las playas. Había mucha gente allí tomando el sol.

—Es la temporada turística. No se preocupe, allá por septiembre se reduce a una aglomeración controlable.

—Me siento como una paleta de pueblo. Ha sido agotador. —Sonrió para darle a entender que no era una gran queja.

—Hablando de pueblos, ¿cuáles son sus planes en Cornualles?

—Bueno, pensaba ir mañana en tren y pasar allí el fin de semana. ¿Le mencioné que quiero localizar a una persona? —Anna dio un sorbo a su bebida—. ¡Oh, qué delicia! —exclamó.

—Me alegro de que le guste —dijo él con una sonrisa radiante—. Siga, siga. ¿A quién busca?

—A una mujer, Florence Deverell. Es la última pariente viva de los

Trebithick. Creo que hay una conexión entre el cuaderno de dibujo y Trebithick Hall, por la foto.

–Sí, sí, claro. Es fascinante. ¿Sabe dónde vive?

–Si la guía telefónica no está equivocada, hay una F. E. Deverell en Trevone. ¿Se pronuncia así? Está muy cerca de Trebithick Hall, creo; bueno, al menos según Google Maps. Estoy casi segura de que es ella. No he podido ponerme en contacto por teléfono, pero le escribí antes de salir.

–Yo conozco Trevone, y sí, se pronuncia exactamente así. Una bahía preciosa. Excelentes paseos. Cuando estaba en primaria, fuimos allí de excursión, por algo relacionado con la asignatura de Geografía, si no recuerdo mal. Se lo comentaré a Hal cuando lo vea; podría aclarar algo sobre el cuaderno.

–Gracias, eso estaría bien.

Hablaron un rato más sobre Cornualles y finalmente Ed apuró su jarra y consultó el reloj.

–Creo que deberíamos acercarnos a la fiesta antes de que se acaben la comida. Los botánicos son muy glotones, por no hablar del personal de mantenimiento.

El sonido de un cuarteto de cuerda y el aroma de las flores flotaban en la brisa cuando llegaron al gran entoldado dispuesto junto a la Orangery. En el césped se había congregado un gran gentío. Las mujeres, envueltas en holgados vestidos veraniegos de colores tenues, parecían mariposas, mientras que los hombres iban con americanas o con camisas de color pastel, y sus sombras alargadas se proyectaban sobre la hierba a la luz del crepúsculo. Anna incluso vio uno o dos canotiers. Le pareció la quintaesencia de una fiesta inglesa al aire libre. Y eso era precisamente. Procuró no dejarse intimidar demasiado.

Allí había más Pimm's, y champán, y refresco de flor de saúco. Anna descubrió en su mano otra copa de Pimm's –a la que parecía haberse añadido el contenido de medio frutero–, mientras Ed, apoyando la palma de la mano en su espalda, la guiaba hacia el tumulto.

–Le presento a mi colega, Nigel. Doctor Nigel Hawking, la señorita Anna Jenkins.

Un hombre con pajarita a rayas y chaleco, profesor a juzgar por su aspecto, saludó a Anna con una ligera inclinación y le dio la mano.

–Encantado –dijo–. Hacéis muy buena pareja, Ed. ¿Dónde has encontrado a una joven tan encantadora?

Anna se ruborizó intensamente. No estaba acostumbrada a los cumplidos; debía de ser por el vestido, decidió. Cuanto antes volviera a ponerse los vaqueros, mejor.

–Ha venido a visitarnos desde Australia.

Nigel enarcó las cejas.

–Y ha traído consigo una fascinante colección de ilustraciones botánicas.

–Qué maravilla –dijo Nigel, y volvió a mirarla, posiblemente con más interés aún que antes.

–Nigel está al cuidado de la Colección de Botánica Económica –explicó Ed.

–En Kew reunimos plantas medicinales desde la década de 1820; tenemos más de veinte mil especímenes. ¿Sabía usted que Kew contribuyó a las primeras investigaciones sobre medicamentos contra la malaria? Todos a partir de la corteza de diversas especies de cinchona.

–Qué interesante –comentó Anna, un poco desconcertada por la intensidad de su mirada, pero de pronto cayó en la cuenta de que en realidad observaba a una camarera que se acercaba con una bandeja de canapés por detrás de ella.

–Qué delicia, huevos de codorniz –dijo él, e interrumpió su explicación para apropiarse de varios. Luego, mientras hablaba, salpicó a Anna de migas–. La clave de todo está en los medicamentos botánicos. En el mundo hay infinidad de material, y no conocemos ni la mitad. Estamos en la vanguardia de la identificación de compuestos vegetales que pueden ayudar a tratar numerosas enfermedades, desde cánceres hasta dolencias cardíacas. Los alcaloides son especialmente fascinantes. Sepa que aquí no todo se reduce a tener plantas bonitas.

–Perdona, Nigel, pero no queremos monopolizarte –lo interrumpió Ed–. Creo que el director está allí.

Nigel juntó sus pobladas cejas y miró en la dirección que Ed señalaba.

–Ah, sí, sí –dijo, y se escabulló hacia donde se encontraba el máximo responsable de los Jardines.

–Perdone, a veces ese hombre se deja llevar un poco por su entusiasmo. Podría pasarse horas hablando –se disculpó Ed.

–No tiene importancia –respondió Anna–. Pero gracias igualmente.

–¡Eh, hola! –Un hombre alto y encorvado, de cabello muy revuelto, estuvo a punto de dar un tropezón cuando se acercaba a ellos. Llevaba un traje de mil

rayas arrugado que olía vagamente a humedad, como si lo tuviese la mayor parte del tiempo hecho un rejujo en un armario.

–Anna, este es mi colega, el doctor Thomas.

–No, Albert, por favor. –El hombre le sonrió a la vez que se apartaba el pelo de los ojos y fijaba la atención en ella.

Anna le devolvió la sonrisa.

–Trabaja en la ciudad, ¿no? –preguntó a Anna.

–Esto... –Anna lo miró confusa.

–No, es australiana y está de visita –terció Ed–. No es uno de esos banqueros aficionados a las plantas, me temo, Albert.

–Vaya. Una lástima. He oído que vendrían unos cuantos. Hoy día todo el mundo se dedica a coleccionar plantas. Viene a ser el nuevo arte, o el vino, o... Qué sé yo –dijo en confianza–. Se vuelven locos por el *Galanthus*, o sea, la campanilla de invierno. Y el cactus saguaro. Algunas plantas incluso están bajo vigilancia y aseguradas, ¿se imagina? He pensado que podría convencer a algún banquero para que nos patrocine. O sea, si los encuentro, claro.

–Que tengas suerte –le deseó Ed, a la vez que guiaba a Anna hacia el centro de la carpa. Hacía una noche cálida, y cuando Anna se terminó la copa, de pronto se sintió mareada.

–¿Podríamos sentarnos un momento? –preguntó–. Esos Pimm's son más fuertes de lo que parece.

–Por supuesto –respondió Edwin, solícito–. ¿Y si voy a buscar algo de comer? Quédese aquí sentada –indicó él, y la llevó a un banco–. Enseguida vuelvo.

Anna se desplomó en el asiento. El aire seguía templado, a pesar de que el sol ya estaba bajo en el cielo. En Inglaterra el crepúsculo parecía prolongarse durante horas, como un invitado reacio a abandonar una fiesta. Le encantaba ese lento declive del día, pero cuando miró hacia las verjas de los Jardines, vio formarse unos nubarrones en el cielo.

–¿Jenkins?

–¿Mmm? –Anna alzó la vista y vio a Edwin delante de ella con dos platos a rebosar de diversas ensaladas.

–No sabía qué le apetecería, así que he traído de todo un poco.

Anna se sintió halagada por sus atenciones.

–Es usted muy amable, la verdad, pero no tiene por qué hacerme de canguro toda la noche.

–Pero ¿y si es eso lo que quiero? –repuso él, muy serio, y la expresión de perro labrador volvió a aparecer en su rostro–. No podrá deshacerse de mí tan fácilmente –añadió.

–Bueno, en ese caso... –Agradecida, aceptó uno de los platos y le dejó hueco en el banco para que se sentara a su lado.

–¿Sabe? He estado pensando –dijo Ed entre bocados–. Puede que necesite un coche cuando vaya a Cornualles. No me fiaría del servicio de autobuses local; es casi inexistente.

–Ah –respondió Anna–. De acuerdo. Me informaré. ¿Cree que debería alquilar el coche cuando llegue allí o en Londres?

–Bueno, verá... Este fin de semana no tengo gran cosa que hacer. Podría llevarla yo. Solo si quiere, claro –propuso él.

Ante la expresión esperanzada que Anna vio en sus ojos, no tuvo valor para decepcionarlo. Además, quería tener ocasión de pasar más tiempo con él. De hecho, lo estaba deseando.

–¿Y Ella?

–Este fin de semana es la fiesta de cumpleaños de su prima. Le daría un ataque si se la perdiese. Mi hermana se la quedará con mucho gusto. Ella y sus primas son casi como hermanas. He tenido que contar mucho con ella, desde que mi mujer... Ya sabe.

–Bueno, solo si lo tiene claro.

–¿Quiere que le diga la verdad? Agradecería la oportunidad de salir de la ciudad un fin de semana tan sofocante como este y volver a ver aquello. Es una región preciosa, tiene una magia especial. La costa es muy agreste y no la han echado a perder. Las playas son comparables incluso a las australianas, o mejores, o eso me han dicho. Además, se puede comer cuajada y pastas, y beber cerveza auténtica. ¿Qué hay en todo eso que pueda disuadirme?

–Me ha convencido –dijo Anna, y estaba a punto de soltar una carcajada cuando vio un relámpago y oyó el sonoro retumbo de un trueno.

–Cielos –exclamó Ed–. Deprisa, mejor será que salgamos de aquí o nos empaparemos.

Dejaron sus platos casi vacíos y huyeron en dirección a la carpa. Los otros invitados tuvieron la misma idea, y pronto el recinto abierto era una muchedumbre de gente al amparo de la inminente tormenta. Todos continuaron con sus conversaciones, alzando las voces para hacerse oír, y pronto el bullicio era ensordecedor. Los camareros hacían lo posible por abrirse paso

entre el gentío, pero se produjo el inevitable estrépito de cristales rotos cuando alguien, al retroceder, chocó contra una bandeja llena de copas. Ed cruzó una mirada con Anna.

—¿Nos vamos? —gritó.

—Sí —contestó ella, inclinándose hacia él. Al hacerlo, percibió de nuevo el aroma de su loción para después del afeitado—. ¿Adónde vamos?

—Si apretamos el paso, quizá encontremos un taxi antes de que se ponga a llover. Lo siento, pero no he traído paraguas. Ed la tomó de la mano y tiró de ella hacia la verja—. Sígame.

En ese momento sonó otro potente trueno, y unas gotas gruesas y pesadas empezaron a salpicar el suelo; al principio eran pocas, pero, en cuestión de segundos, diluviaba, y Anna y Ed quedaron empapados. A Anna se le adhirió el vestido azul a la piel, entorpeciéndole las piernas, y se recogió la falda para correr con más facilidad. La lluvia le azotaba el rostro, y el agua hacía que le brillaran las pestañas y le resbalaba por la barbilla. Se echó a reír por lo absurdo de la situación, y Ed rio también, con una voz de barítono que resonaba sobre el sonido del aguacero. Un taxi, con su luz naranja intermitente, dobló la esquina, y Ed lo paró.

—Mírese: está más mojada que la bolsa de una nutria —dijo Ed mientras se apresuraban a entrar en el taxi.

Ante esas palabras, Anna rio aún con más fuerza y, mientras se sacudía los mechones de pelo húmedo de los ojos, le entró hipo.

—¿Más mojada que qué?

—Más mojada que un charco. Más húmeda que un calcetín de pescador.

Escapó de ella otra risotada incontenible.

—Ahí la tenemos... —dijo él, apartándole un mechón de la oreja y mirándola a los ojos—. Sabía que esa risa acabaría saliendo.

Si algún resto de formalidad quedaba entre ellos, se lo llevó el chaparrón, y Anna se sintió líquida por dentro. Apenas reconocía la sensación. Se parecía mucho a la felicidad. ¿Cómo había podido olvidar que el mundo era capaz de proporcionar ese júbilo sin complicaciones?

Bajó la mirada. Ed tenía aún sujeta su mano.

Valparaíso, 1887

—Puedes trabajar aquí. Hay plantas más que suficientes para toda una vida — dijo Tomás, enrollándose un mechón de ella en torno al dedo.

La miraba tan serio que Elizabeth se conmovió. La tormenta seguía arreciando fuera de la choza húmeda y oscura, pero ellos yacían bien abrigados y a gusto bajo las ásperas mantas. Ella, entre sus brazos, se apretó contra él, aún sin creerse del todo que estuvieran allí tendidos, piel con piel, después de traspasar todos los límites. Nunca había llegado a ese nivel de intimidad con otra persona, nunca había imaginado tal ternura, tal júbilo. Se deleitó en el tacto sedoso de la piel de él, en los estilizados ángulos de su cuerpo musculoso. Le había bastado con eso para perder la cabeza, pero no se arrepentía en absoluto. Por fin se sentía como una mujer y atesoró dentro de sí el misterioso descubrimiento de semejante placer. Otro secreto que ocultarle al mundo.

Y ahora hablaban del futuro. Tomás había declarado que a partir de ese momento sería incapaz de vivir sin ella, que se negaba a hacerlo. Elizabeth coincidió con él sin vacilar, pero, a pesar de todo lo que acababan de compartir, se abstuvo de explicarle su verdadera misión en Chile. Su padre había insistido mucho en que no se lo dijera a nadie, y ella no quería romper la promesa que le hizo junto a su lecho de muerte. En cierto modo, sería faltar a su recuerdo.

—Te casarás conmigo —afirmó él, como si estuviera ya decidido.

—Ah, ¿sí? —contestó Elizabeth, en parte en broma, pero al mismo tiempo molesta por el hecho de que él diera por sentado que ella acataría sus planes sin más—. En fin, vaya manera de pedir la mano a una mujer.

Él enseguida se mostró arrepentido.

—Perdona, cariño. No pretendía parecerme autoritario, pero debes saber que así hacemos las cosas en Chile. Lo intentaré otra vez. —La miró tiernamente a los ojos—. Elizabeth, mi amor, ¿me harías el honor de ser mi esposa?

A Elizabeth la invadió una repentina emoción y le brillaron los ojos. ¿Era lo correcto? Nunca había deseado especialmente ser una mujer casada, ser la esposa, la propiedad de un hombre. Nunca había sido ese su anhelo, pero, por alguna razón, aquello –Tomás– era distinto. No era un inglés envarado y pomposo, sino un ser hermoso y tierno y de sangre caliente, un hombre que la hacía sentir viva en un grado que jamás había creído posible. Lo deseaba, ansiaba su desnudez, incluso en ese momento en que lo tenía al alcance de la mano y no podía resistirse más a él que las limaduras de hierro a un imán. Asintió como respuesta cuando él la estrechó entre sus brazos y la besó hasta que los dos quedaron sin aliento una vez más.

Al final se durmieron. La lluvia siguió tamborileando en el tejado, y despertaron mucho más tarde, cuando los primeros haces de luz del amanecer se abrieron paso entre las rendijas de las paredes. Elizabeth se revolvió, lamentando que empezara el día, que la claridad les arrebatara la intimidad de la noche. Sonrió para sí al recordar la propuesta de Tomás. ¡Cielos! ¿Qué iba a hacer? Él tenía razón, en el sentido de que en la región había plantas suficientes para llenar cuadernos de dibujo durante años, y aunque echaba de menos su casa, Trebithick ya nunca sería lo mismo sin su querido padre. Debía escribir a su hermana para contárselo: Georgiana se quedaría tan atónita como lo estaba ella. Se preguntó si ya dormiría un pequeño sobrino o sobrina en el moisés familiar de Trebithick Hall. Y Daisy: ¿qué haría Daisy? No cabía esperar que su doncella se quedara indefinidamente en Valparaíso, pero perderla le causaría un gran pesar. ¿Y qué haría con respecto a la trompeta del diablo? ¿Qué pasaría con su promesa de que la descubriría y se la llevaría al señor Ormond, de los Reales Jardines Botánicos de Kew? Tal vez pudiera convencer a Daisy de que se quedara un tiempo más, hasta que ella tuviera ocasión de regresar al Valle de las Palmas; después le entregaría la planta para que la transportara sana y salva a Inglaterra. Podía confiarle a Daisy el secreto. Claro que eso significaría despedirse de ella para siempre –dudaba mucho que pudiera persuadir a su doncella para que viajara de nuevo a Chile–, pero así cumpliría el último deseo de su padre.

Resuelta, despertó a Tomás.

–Amor mío. –Casi se sonrojó al pronunciar esas palabras desconocidas

para ella, pero le gustó cómo sonaban—. La tormenta ha pasado. Debemos volver a la estancia. Solo Dios sabe qué estará pensando tu hermana de mí, después de pasar toda una noche solos tú y yo, sin compañía de nadie.

Tomás se despezó.

—No te preocupes. Habrá visto la tormenta y supuesto que buscaríamos refugio. Aun así, debemos volver. Porque tengo muchos preparativos que hacer.

—¿Preparativos? —preguntó Elizabeth.

—Para la mujer que va a ser mi esposa. ¿Crees que quiero esperar un instante más de lo necesario? —dijo él, y la estrechó y besó otra vez con renovada pasión.

Con la ropa en un estado lamentable, todavía húmeda y con un fuerte olor a oveja, Elizabeth se aventuró a salir. El viento había derribado los árboles, cuyas raíces desnudas se alzaban hacia el cielo, pero, más preocupante aún, solo quedaba un caballo. Tomás no se alteró.

—La yegua habrá huido a casa —explicó—. Ven, podemos ir los dos en este. Tendremos que montar a pelo; no estaremos cómodos en una sola silla. ¿Te atreves?

Elizabeth le sonrió.

—Claro. Cuando era pequeña, en casa, me escapaba y montaba los caballos de las cuadras. Nunca me molestaba en ensillarlos.

—Espero que sigas sorprendiéndome, corazón.

A Elizabeth le complació la sensación de montar con Tomás a la grupa del caballo, firmemente sujeta con los dos brazos a su cintura, y casi lo lamentó cuando llegaron al camino que conducía a la estancia. A lo lejos distinguió una silueta alta y oscura que caminaba hacia ellos.

—¡Padre! —llamó Tomás cuando se acercaron.

—Dios mío —masculló Elizabeth, consciente de su desaliño.

—No esperaba que regresaras tan pronto —dijo Tomás.

—He concluido mis asuntos en Santiago antes de lo previsto. Tuve la suerte

de adelantarme a la tormenta, pero, por lo que se ve, vosotros no habéis sido tan afortunados.

Tomás se rio.

–Desde luego. Nos refugiamos en la vieja choza del Valle de Casablanca.

–Bien hecho –contestó su padre.

–Pero ¿cómo puedo ser tan descortés? –dijo Tomás mientras desmontaba y ayudaba después a Elizabeth–. ¿Me permites que te presente a la señorita Elizabeth Bligh? Estaba alojada en Valparaíso; llegó a bordo del *Corcovado* hace unas semanas. Es una artista de gran talento. Elizabeth, mi padre, el señor Mateo Flores.

Elizabeth advirtió que él no la presentaba como su prometida y dio gracias por ello. Cada cosa a su debido tiempo.

–Señor –dijo, abochornada–. Le ruego que me disculpe por mi desarreglo.

El padre de Tomás restó importancia a sus preocupaciones.

–Encantado de conocerla, querida mía. Me alegro de que esté sana y salva. Sofía me ha informado de que los dos salieron ayer de paseo y no volvieron. Por favor, no quiero entretenerla, porque seguro que deseará ponerse ropa seca. –Se volvió hacia Tomás–. Hijo, tenemos mucho de que hablar. Entre otras cosas, de que has tenido el atrevimiento de salir con una joven dama sin más compañía. Espero que no le hayas causado un daño irreparable a su reputación.

Elizabeth, reacia a seguir oyendo aquello, se encaminó apresuradamente hacia la casa, donde la esperaba Daisy.

–Elizabeth, estaba muy preocupada por usted. Vaya tormenta. Menudo susto se habrá llevado.

–Estoy bien, Daisy –la tranquilizó Elizabeth–. Mírame, no he sufrido ningún daño.

Daisy la examinó detenidamente, pero se abstuvo de hacer comentarios sobre el brillo de sus ojos o el rubor de sus mejillas.

–Bien, permítame que le prepare un baño caliente y vea si puedo quitar el barro de ese vestido. Habrá que cepillararlo bien, eso por descontado.

–Y también mi pelo, Daisy –dijo Elizabeth, y se rio a la vez que se pasaba los dedos entre los rizos enmarañados.

Cuando Elizabeth se hubo bañado y puesto ropa limpia, Daisy le llevó el desayuno. Apuró el café caliente y devoró los bollos tibios, untados con una mermelada espesa y dulce, antes de echarse una cucharada de olla, una

especie de guiso de carne que se había acostumbrado a comer, incluso en el desayuno.

–Ayer no cené –dijo a Daisy con la boca llena.

Mientras se comía hasta la última migaja, reflexionó acerca de su situación. Lamentó que su hermana no estuviera allí para consultarlo con ella, ya que habría agradecido sus sabios consejos. Le escribiría, pero decidió esperar a que las cosas estuvieran un poco más asentadas. Ni siquiera ella se lo podía creer del todo aún. ¿De verdad iba a casarse? ¿Era esa locura lo que había surgido de una noche a merced de los elementos en una tierra extranjera? ¿Aceptaría el padre de Tomás semejante unión?

Varios meses antes habría negado con vehemencia la posibilidad de enamorarse siquiera, y más aún de manera tan repentina, pero, por otro lado, varios meses antes nunca habría imaginado a un hombre como Tomás.

Esa noche, antes de la cena, Elizabeth empezó a inquietarse. No había visto a Tomás en todo el día y temía haberse imaginado los sucesos de la noche anterior. Temía que él hubiera cambiado de idea o que su padre, muy posiblemente, lo hubiera disuadido. Estuvo a punto de confiarse a Daisy, pero de pronto, por superstición, consideró que no debía mencionar la propuesta de Tomás a nadie, al menos hasta que él hablara del asunto con su padre y ella tuviera en el dedo un anillo adecuado.

–Quédese quieta, señorita Elizabeth, por favor –rogó Daisy mientras le ceñía el corpiño.

El vestido de color marfil llevaba prendidos unos diminutos aljófares en el cuello y las mangas, y una fila de botones de nácar en la espalda. En la tela tenía bordadas varias plantas y flores que crecían en los jardines de Trebithick: glicinias, helechos, pasionarias y hiedra. Se lo habían confeccionado justo antes de la muerte de su padre y aún no había tenido ocasión de lucirlo.

–Lo siento –se disculpó–. Estoy nerviosa y un poco malhumorada. ¿Falta mucho?

–No, ya está –contestó Daisy, y dio un paso atrás para contemplar a su señora.

–Gracias. No quiero hacer esperar al padre de Tomás. Sospecho que esta

mañana se ha llevado una mala impresión de mí y debo hacer todo lo posible para enmendarlo.

Al entrar en el comedor, Elizabeth vio a Sofía, Tomás y su padre de pie contemplando el valle, enfrascados en su conversación.

Mateo se volvió al oír el leve roce de los zapatos de Elizabeth contra el suelo de piedra.

—Querida mía, ya está usted aquí. Mi hijo no se equivocaba, ¿es usted una auténtica belleza! —exclamó con una afectuosa sonrisa.

—Ahora ya vuelvo a estar presentable, señor —contestó.

En respuesta, él se rio.

—Un poco de polvo y tierra nunca ha hecho daño a nadie, pero sí, en su caso, así de limpia, su aspecto mejora.

Tomás se colocó a su lado y la tomó de la mano.

—Le he hablado a mi padre de ti —dijo, y le dio un tranquilizador apretón.

Elizabeth lo miró y el corazón le dio un vuelco al fijar la vista en sus ojos azules. No habían sido imaginaciones suyas; él la amaba de verdad con la misma devoción incondicional que ella a él.

—Parece que debemos felicitaros a ambos —intervino Sofía, y se aproximó para abrazarla—. Tomás nos ha comunicado que vais a casaros. Aunque ciertamente es muy repentino, no se me ocurre nadie mejor como cuñada.

—Ah —exclamó Elizabeth con voz ahogada—, ya ha compartido la noticia. A mí misma me resulta todo un tanto precipitado, pero no podría ser más feliz. Es muy amable por tu parte, Sofía. Y sí. —Volvió a mirar de soslayo a Tomás—. Me ha convencido para que me quede en Chile y sea su esposa. —Al cabo de un segundo, añadió—: Como es natural, me honra ser acogida por una familia tan cálida y respetada.

—Yo estoy muy contento —dijo el padre de Tomás—. Tenéis mi bendición. Tomás me ha dicho que tus padres ya no viven.

—Sí, así es. Tengo solo una hermana; reside con su marido en el condado de Cornualles.

—Tomás también me ha dicho que los dos deseáis casaros lo antes posible, ¿es así? Aunque no entiendo las prisas, me ha persuadido de sus intenciones. Desde luego no tengo el menor deseo de interponerme en vuestro camino.

Elizabeth estaba confusa. Tomás y ella habían hablado de casarse en términos muy generales, sin mencionar nada sobre la ceremonia o la fecha.

–Bueno.... –empezó, para ganar tiempo–. Si eso es lo que Tomás quiere, ¿quién soy yo para demorarlo?

–Bien, bien. Haremos la celebración en Valparaíso. Dentro de, pongamos, ¿un mes? ¿Será tiempo suficiente para hacer los preparativos necesarios?

A Elizabeth le daba vueltas la cabeza. ¿De verdad iba a casarse en cuatro semanas escasas?

Londres y Cornualles, verano de 2017

Cuando Anna despertó, tuvo el tiempo justo para telefonar a su madre. En Sídney era última hora de la tarde.

–Sí, estoy bien, mamá. No, no tengo más información. La semana que viene sabré algo más –le aseguró–. Perdona, pero ando con prisas. Además, te llamo por el móvil y desde aquí cuesta una fortuna. No te olvides de regarme las plantas. Te quiero.

Justo cuando colgaba, sintiendo solo una breve punzada de añoranza, fuera sonó una bocina. Se asomó a la ventana y vio en medio de la calle un coche deportivo de color verde oscuro. Bajó apresuradamente por la escalera con la maleta a rastras y se despidió apresuradamente de su anfitriona antes de salir a trompicones por la puerta justo cuando la bocina sonaba de nuevo. Ed sacó su largo brazo por la ventanilla e hizo señas al automóvil que se había detenido detrás de él. La saludó al verla aparecer. Se apeó y metió el equipaje en el maletero.

–¡Jenkins! ¿Lista?

–Sí, eso creo. –La recorrió un estremecimiento de emoción cuando sus miradas se cruzaron.

–Bien. Como salimos muy temprano, nos libraremos de lo peor del tráfico de la ciudad –dijo, y maniobró con soltura para acceder a una calle principal–. Hasta allí hay un buen trecho, cuatro horas como mínimo, tal vez cinco.

Anna se rio.

–Eso no es nada –respondió–. Una excursión.

–Sí, ya, me olvidaba de que tú probablemente estás acostumbrada a viajes más largos. Me he tomado la libertad de reservar alojamiento en un hostel no muy lejos de Trevone. No es nada extraordinario, pero tiene unas cuantas habitaciones y en principio no se come mal.

Anna movió la cabeza en un gesto de agradecimiento.

–Vaya, qué bien te organizas; yo pensaba ir improvisando sobre la marcha.

Te lo agradezco mucho, de verdad. Con compañía el viaje se hace menos cuesta arriba. ¿No ha tenido Ella inconveniente en que te marcharas?

–Estaba tan entusiasmada con la idea de pasar el fin de semana con sus primas que apenas se ha dado cuenta de que yo no estaría. Pero la llamaré esta noche. Estamos muy unidos desde que su madre murió.

–¿Hace mucho? –se atrevió a preguntar Anna, lanzándole una mirada furtiva.

–Cinco años. Una eternidad, y a la vez parece que fue ayer.

Anna sabía muy bien a qué se refería.

–Ella todavía habla mucho de su madre; tenía siete años cuando Lucy murió. De cáncer. Muy repentino. Lo cual fue más duro para todos nosotros, pero un alivio para Lucy. Detestaba verla sufrir. –Ed guardó silencio.

–¿Cambiamos de tema? –preguntó Anna con delicadeza.

–Sí, hablemos, por ejemplo, de por qué llevas pavos reales en las piernas –preguntó él, torciendo los labios en una sonrisa.

Anna se miró las mallas, que, efectivamente, eran de vivos tonos azules y morados.

–Me las regaló mi hermana. Tiene debilidad por la ropa deportiva. He pensado que serían cómodas para el viaje en coche –explicó ella, protestando ante la cara de incredulidad de él.

–Te lo advierto, Jenkins, puede que algún autóctono tenga un fallo cardíaco al verte. No creo que la gente de Cornualles esté acostumbrada a la ropa deportiva.

–¿Y al verte a ti? –preguntó ella, señalando su pantalón corto de color caqui, los zapatos de cordones y los calcetines beis de media caña.

–Pues no, desde luego que no. Este es el traje nacional del hombre británico en verano, para que lo sepas. –La miró por el rabillo del ojo, como si evaluara hasta qué punto se tomaba en serio sus comentarios.

–Acepto la rectificación. –Volvió a reírse—. ¿Y el de la mujer británica?

–Bueno, lo suyo obviamente no son las mallas de pavo real. Eso no. El conjunto de jersey y rebeca de manga corta con perlas. Incluso con pantalón corto –dijo él, siguiendo la broma.

–Ahora sí sé que me estás tomando el pelo.

–Muy posiblemente. Tendrás que averiguarlo tú misma.

Ed continuó entreteniéndola con sus descripciones de los distintos tipos de inglés que probablemente encontraría en sus viajes, y para cuando llegaron al

hostal de tejado de pizarra y paredes enjalbegadas, a Anna le dolían los costados de reírse. Mientras se adentraban en la campiña, había advertido alarmada que las carreteras se estrechaban hasta que su anchura apenas permitía el paso de un solo vehículo, y menos aún de dos en distintos sentidos. La primera vez que se cruzaron con un automóvil, Ed, amablemente, retrocedió hasta un ensanchamiento. Ella contuvo la respiración mientras el otro coche pasaba a escasos centímetros.

Al llegar, Anna bajó del coche y estiró las piernas. El cielo estaba despejado. Sintió en la cara el aire cálido y fragante, y oyó los suaves trinos de los pájaros procedentes de los setos cercanos. Hacía un perfecto día de verano.

–¿Tienes hambre? ¿Vamos a ver si aún sirven comidas?

–Estoy famélica.

Entraron en el restaurante, Ed agachando la cabeza para esquivar el dintel bajo. El establecimiento estaba muy concurrido –era la hora del almuerzo de un sábado, aunque un poco tarde–, pero Anna encontró una mesa junto a una ventana y, poco después, Ed regresó con dos jarras de cerveza.

–Doom Bar. La hacen aquí. Debe su nombre a un traicionero banco de arena que hay cerca. Creo que te gustará. Es decir, la cerveza, no el banco de arena.

–Salud –dijo ella, y levantó su jarra.

–Por las misiones misteriosas –brindó él.

–Eso. ¿A qué distancia has dicho que está Trebithick Hall de aquí? –Anna sintió cierta agitación en el estómago al pensar en que estaba a punto de ver con sus propios ojos la casa de la fotografía, tocar sus paredes e imaginar a las personas retratadas viviendo allí.

–Un poco más allá del próximo pueblo. Dejaremos el equipaje e iremos después de comer.

Los dos pidieron las empanadas del menú y se abalanzaron sobre ellas en cuanto llegaron.

–¿Sabías que originariamente esta era la comida que los mineros se llevaban a trabajar a las minas de estaño de Cornualles?

Anna, con la boca llena, movió la cabeza en un gesto de negación.

–Dicen que una buena empanada puede resistir la caída por el pozo de una mina.

Anna se aferró a la suya con fuerza. Tenía tal apetito que no quería arriesgarse a que se cayera por ningún sitio. Comieron deprisa, sin dejar

ninguno de los dos más que migajas, y luego Anna fue a la barra a pedir otra bebida mientras Ed hablaba con el dueño.

–Tenemos las dos habitaciones en el piso de arriba, en el lado de atrás, al final del pasillo –informó cuando volvió a la mesa–. Me ha dado las llaves. Voy a subir las maletas.

–Gracias por organizarlo todo –agradeció Anna.

–Para ya de darme las gracias. Tú también me has hecho un favor; no salgo de Londres tanto como quisiera. Casi había olvidado lo bonito que es todo esto. Y siento tanta curiosidad como tú por saber más sobre la foto y el cuaderno de dibujo. Acabémonos esto y pongámonos en marcha.

Menos de una hora después estaban frente a la imponente fachada de Trebithick Hall.

–Es idéntica a la fotografía –comentó Anna a la vez que buscaba la foto a tientas en el bolso.

–¡Ciertamente! –convino Ed cuando ella se la entregó–. Solo que el rododendro es mucho más grande. Un espécimen extraordinario.

En efecto, lo era, imponente sobre ellos en el camino de acceso, cuajado de flores de vivo color escarlata. La casa se hallaba en lo alto de una colina con vistas a Padstow, un puerto pesquero, por donde habían pasado de camino a la casa. Incluso de lejos Anna oía los chillidos de las gaviotas que volaban en círculo sobre el muelle de piedra, en busca de restos de comida.

–Bueno, está abierta al público, así que entremos a echar un vistazo.

Mientras Anna y Ed se unían a varias personas que deambulaban por el camino, oyeron anunciar que en unos minutos daría comienzo una visita guiada.

–Buenas tardes, señoras y señores –saludó un hombre corpulento que salió de la penumbra de la casa–. Hoy van a visitar ustedes una de las mejores casas de Cornualles. Construida en la década de 1750, Trebithick Hall fue hogar durante muchos años de la familia Trebithick, hacendados de esta zona. Inicialmente la finca tenía una superficie de varios cientos de hectáreas, que se extendía hasta el mar. Hoy la Fundación conserva solo treinta –prosiguió con un acento rústico y cantarín–. Aunque la casa data de tiempos isabelinos, los establos se añadieron mucho después, ya en el siglo XIX.

Un murmullo se elevó del grupo que lo rodeaba.

–Uno de los ocupantes más famosos fue *sir* John Trebithick, un botánico que realizó muchas expediciones peligrosas a distintos lugares del mundo para reunir los centenares de especímenes que hoy día se ven crecer en los jardines.

Anna miró a Ed con los ojos muy abiertos. En efecto, era todo verdad. Apenas podía dar crédito.

–Los jardines son especialmente fascinantes, y casi se ha completado un proyecto para devolverles su esplendor original. Después podrán visitar el jardín formal, donde hay una destacada muestra de reloj de sol fundido en bronce de finales de la época victoriana. –Se aclaró la garganta antes de continuar–. También me complace enormemente poder decirles que el paseo por el bosque repoblado se ha abierto recientemente al público por primera vez en cincuenta años.

Los guio al interior. Dentro, la temperatura del ambiente era varios grados inferior, y Anna se estremeció. Se encontró en un suntuoso vestíbulo, en cuyas paredes revestidas de madera de roble colgaban oscuros óleos.

–En esta sala verán los retratos de *sir* John y su esposa, Augusta, quien, lamentablemente, murió poco después de dar a luz. Pero nos entretendremos poco aquí, porque hay mucho que descubrir. Acompañenme, y pasaremos al salón verde... –Anna no pudo reprimir una exclamación ahogada al oír el nombre de Augusta, el mismo que el de la abuela Gus. La cabeza empezó a darle vueltas. No era casualidad, de eso estaba segura.

Miró atentamente el retrato de *sir* John. Aparecía con una planta en la mano, un mapamundi detrás de él y, a sus pies, un perro de caza con las orejas erguidas en actitud de alerta. Ofrecía un aspecto imponente. Después se volvió hacia el retrato de *lady* Augusta. Una joven le devolvió la mirada: tenía el cabello rubio recogido en un alto moño y lucía un vestido de seda azul escotado que dejaba los hombros al descubierto y de corpiño muy ceñido. Aparte de la indumentaria, era como verse en un espejo. Anna sintió que el corazón le latía con fuerza en el pecho y oyó un zumbido. El cuadro empezó a flotar ante sus ojos.

–¿Jenkins? ¡Anna! ¿Estás bien?

Oyó la voz de Ed como a través de un túnel y le flojearon las rodillas.

Valparaíso, 1887

La boda fue discreta. Elizabeth no tenía familia allí, y sus amigos en Valparaíso eran pocos. Daisy, los señores Campbell y Sibyl, y la señora Gordon se contaban entre el puñado de invitados de su parte.

Antes de los esponsales, Elizabeth había escrito a Georgiana para darle la noticia. «Sé que será para ti una gran sorpresa, pero te ruego que te alegres por mí, querida hermana. Yo por mi parte pido a Dios que estés bien y seas feliz.» Recibió una carta que debió de cruzarse en el camino con la suya, en la que Georgiana le anunciaba que su hijo, George John Trebithick Deverell, había nacido sin contratiempos y se le había puesto ese nombre, en parte, por su padre. Se alegró de saber que había llegado al mundo sano, y que su hermana gozaba de buena salud después del parto.

El señor Chegwidden había partido rumbo a Santiago poco después de la fiesta y no se lo había visto desde entonces. Elizabeth sintió alivio al no tener que incluirlo en la lista de invitados, pero no pudo evitar preguntarse si habría encontrado ya la trompeta del diablo. Seguramente sería solo cuestión de tiempo que diera con ella.

También Tomás había preferido una ceremonia sencilla, y consiguió imponerse a las objeciones de su padre, que deseaba invitar a todos sus amigos, conocidos y contactos comerciales. Aun así, Tomás accedió a organizar una fiesta al cabo de una semana, en casa de su padre. Por un golpe de suerte, el señor Williamson y el señor Windsor habían regresado a Valparaíso desde Santiago y fueron también invitados al breve oficio celebrado en la iglesia de San Francisco y a la cena que se ofrecería después.

Elizabeth, con la ayuda de la señora Campbell, había consultado con una modista, que pudo proporcionarle una pieza de seda blanca y trabajó día y noche para terminar el vestido, provisto de un corpiño con ballenas, mangas ahusadas y una corta cola. Sofía le había prestado una mantilla de encaje.

Tomás optó por la indumentaria tradicional, y cuando Elizabeth entró en la

iglesia del brazo del señor Campbell, precedida de Daisy como dama de honor, lo vio rutilante con su pantalón negro ajustado y una chaquetilla negra sobre una camisa blanca de seda. Le cubría los hombros un vistoso poncho que tenía bordadas unas rosas escarlata. En la cabeza lucía un sombrero negro de ala ancha adornado con una cinta de color vivo. Nunca lo había visto tan apuesto, y casi se le cortó la respiración mientras avanzaba hacia el altar. Sintió una breve punzada de tristeza al pensar que su hermana no podía verla en ese momento, pero tenía la certeza de que su querido padre la contemplaba, sonriente, desde el cielo. Ni siquiera entonces, cuando se proponía hacer votos ante otro hombre, olvidaba la promesa a su padre.

La ceremonia se celebró en el idioma del país, pero desde su llegada había aprendido ya lo suficiente para entender la mayor parte de lo que se decía, y supo contestar «Sí» en los momentos apropiados e importantes. También fue necesario que su unión la reconociera formalmente un juez, trámite por el que habían pasado el día anterior (ella había firmado con su apellido falso casi sin el menor remordimiento de conciencia), pero Elizabeth solo se sintió verdaderamente casada después de la ceremonia religiosa.

El oficio se celebró a última hora de la tarde y el sol proyectaba sombras a través de la plaza cuando salieron de la iglesia. Elizabeth se detuvo, del brazo de Tomás. Su marido. Los ojos de este buscaron los suyos como para asegurarse de que era feliz, y ella le respondió con una amplia sonrisa. Apenas podía creérselo; estaba casada. Con un hombre a quien amaba con toda su alma.

Su suegro iba a ofrecer una cena en honor de los novios, así que el pequeño grupo montó en los carruajes para recorrer el corto camino hasta su residencia en Valparaíso.

Después, cuando Elizabeth y Tomás se hallaban sentados a la larga mesa del comedor, iluminado con velas, ella miró alrededor y vio que todos reían y charlaban, comían y bebían. Se fijó en Daisy, que estaba deslumbrante con un vestido de seda negro azulado que ella le había prestado, sonriendo por algún comentario que había hecho el señor Williamson, y se preguntó si acaso un idilio intensificaría ahora la amistad entre ambos. Aunque le preocupaba la felicidad de Daisy, no sabía qué pensar de esa posibilidad. Egoístamente, no

deseaba perder a su doncella y compañera, y desde luego no antes de que ella le encomendara su vital misión.

Cuando no estaba probándose el vestido o asistiendo a los continuos almuerzos y cenas, Elizabeth se había abstraído en sus dibujos y pinturas. Apenas tuvo un momento para plantearse las consecuencias de comprometerse a vivir en Chile durante el resto de su vida. En ese instante, se le contrajo el estómago a causa de una repentina nostalgia y dejó la copa que sostenía, sin apetecerle ya aquel vino dulce. Era poco probable que Tomás se dejara convencer de realizar el viaje a Inglaterra, y ella no tenía el menor deseo de emprender esa larga y horrible travesía sola, al menos no hasta pasados unos años.

–¿Todo bien, mi corazón? –preguntó Tomás, que le apretó la mano al notar que vacilaba.

–Sí –respondió ella–. Supongo que me siento un poco sobrecogida. Mi vida ha cambiado para siempre.

–¿Te arrepientes? –preguntó él.

Elizabeth lo miró a los ojos y sus dudas se disiparon.

–No, no, en absoluto –contestó, sonriente, a su flamante esposo.

Elizabeth se trasladó de la casa de los Campbell a otra en la ciudad que les había proporcionado el padre de Tomás. Naturalmente, Daisy fue con ella, y Tomás contrató a una cocinera y un ama de llaves. Al darse a conocer el compromiso, Elizabeth se había llevado aparte a Daisy y le había pedido que se quedara, al menos durante unos meses. «No espero que sigas aquí eternamente –le dijo Elizabeth–, pero me gustaría disfrutar de tu compañía un tiempo más, mientras me adapto a la vida de casada.» Para alivio de Elizabeth, Daisy accedió.

El calor estival remitió y el otoño llegó a la ciudad, trayendo consigo mañanas frescas y neblinosas, y días más cortos. Elizabeth podía pasear y dibujar a su voluntad. No se atrevía a alejarse de su casa sola, pero no olvidaba que había visto la trompeta del diablo, y tramó una manera de volver al Valle de las Palmas antes del invierno, cuando el camino sería intransitable.

Una noche, apenas tres meses después de la boda, Elizabeth hizo una mueca mientras Daisy le ceñía el vestido para la cena.

–Cuidado, Daisy, no podré respirar –se quejó.

–Lo siento, pero la tela no da de sí para abrocharla –contestó Daisy, que tiraba del corsé de su señora con las dos manos.

Elizabeth, sin dar crédito a su doncella, se midió la cintura con los dedos. Pero la prueba era inequívoca: su cintura, normalmente de poco más de un palmo, ahora se le había ensanchado. También cayó en la cuenta con consternación de que hacía semanas, o más probablemente meses, desde que había tenido el último período.

–Ay, Daisy –exclamó–. ¿Crees...?

Daisy observó el rostro sonrosado de Elizabeth y sus pechos redondeados.

–Casi con toda seguridad –contestó ella.

Elizabeth se guardó la noticia hasta después de la cena, porque quería anunciársela a Tomás cuando se quedaran solos. Al comunicársela en su alcoba después de retirarse esa noche, él no cabía en sí de júbilo, tanto por ella como por el hecho de que iba a ser padre.

–Mi corazón –dijo, acariciándole el vientre bajo la camisola–. No podría estar más orgulloso. Ahora debes procurar descansar. Llevas ahí dentro a mi hijo.

–Por supuesto, Tomás. Pero no soy una muñeca de porcelana; todas las mujeres tienen hijos.

Sin embargo, Elizabeth no pudo por menos que acordarse de su madre, fallecida poco después del parto, y elevó una rápida súplica para que no fuera ese su destino.

Elizabeth tuvo un embarazo sin complicaciones. Pasados los primeros meses, sintió que recobraba la energía y siguió montando a caballo, aunque siempre al paso. No se había olvidado de la trompeta del diablo, y visitó varias veces el Valle de las Palmas, sin lograr dar de nuevo con la planta. Ocultó su

frustración a Tomás, pero, dado que no se sabía nada de Damien Chegwidden desde hacía tiempo y corría el rumor de que tal vez incluso se hubiera marchado de Chile, la amenaza que implicaba su presencia no parecía ya tan acuciante.

También pudo seguir dibujando y preparó una carpeta con sus dibujos para enviarla a Trebithick en un barco correo que debía atracar en el puerto a finales del otoño.

No obstante, su plácida existencia se hizo añicos una tarde cuando Tomás se reunió con ella para echar una siesta y mencionó que se había topado con el señor Chegwidden.

–Acaba de volver de una zona más alta de los Andes. Me ha dicho que estuvo a punto de morir congelado; que este año las nieves han llegado mucho antes.

Elizabeth entró de inmediato en un estado de alerta.

–¿Ha mencionado algo más? ¿Ha descubierto alguna de las plantas que buscaba?

–¿Mmm?

–¿Alguna planta nueva? –repitió Elizabeth, procurando ocultar a Tomás el tono de alarma en su voz.

–Creo que sí –contestó él–. Aunque desconozco cuáles pueden ser.

Elizabeth permaneció en silencio a su lado, apretando los dientes en un gesto de frustración. Tenía que llevar la trompeta del diablo a Inglaterra antes que el señor Chegwidden. Se lo debía a su padre. El domingo siguiente, después de misa, convenció a Tomás para que la acompañara en un último paseo a caballo hasta el Valle de las Palmas.

–Le tienes mucho apego a ese sitio, ¿no? –preguntó él, y asomó a su rostro una expresión risueña–. Hay otros valles igual de hermosos, debes saber.

–Por favor –rogó–. Esa zona me encanta. Me haría muy feliz volver antes de que el embarazo me lo impida.

Tomás, que rara vez le negaba el menor deseo, sonrió.

–Claro, querida, si te sientes capaz. Pero debes ir en la montura más tranquila de los establos. Y nada de galopar.

Elizabeth asintió.

–Por supuesto. Ni se me ocurriría hacer una cosa así.

El día de la excursión amaneció soleado, pero soplaba una brisa desde las montañas que los refrescó a lo largo del camino.

Después de cabalgar lentamente durante un par de horas, llegaron al valle, donde Tomás encendió una pequeña fogata para hervir agua con la que preparar mate. Elizabeth había descubierto que la reanimaba cuando estaba cansada, y lo aceptó gustosamente cuando él se lo ofreció.

Mientras Tomás trajinaba, ella consultó su cuaderno de dibujo para examinar una vez más el bosquejo que había realizado en su primera visita; al comparar su dibujo con el valle que se extendía ante sí, calculó que se hallaban a menos de un kilómetro de donde viera la trompeta del diablo aquella vez. Ya solo necesitaba la oportunidad de escabullirse de Tomás durante un rato. La invadió una repentina emoción por saberse tan cerca y reprimió la culpabilidad que sentía por su engaño.

Se le presentó la ocasión cuando, después de comer empanadas y ciruelas verdes a modo de tentempié, Tomás se tendió sobre un retazo de espesa hierba, se tapó los ojos con el sombrero y cruzó los brazos por detrás de la cabeza.

–Ven conmigo, corazón, porque sin duda debes de estar cansada.

–Estoy bien –contestó Elizabeth–. Me apetece dibujar un rato. Las plantas de aquí son muy distintas de las de la ciudad.

Tomás dejó escapar un gruñido.

–Siempre dibujando, siempre pintando... –Lo dijo no obstante con tono indulgente.

Elizabeth empuñó el lápiz y simuló examinar una pequeña planta que crecía en lo alto de un afloramiento de roca cercano. Después de esperar unos minutos, pensó que él dormía ya y se encaminó despreocupadamente hacia una gran palmera, la misma que aparecía en su tosco mapa. Si Tomás despertaba, bastaría con explicarle que buscaba plantas nuevas que clasificar.

Con el vasculum de su padre al hombro, se apresuró hacia allí. En el camino, casi tropezó con la raíz de un árbol y perdió el equilibrio a causa de su protuberante vientre. Le latía el corazón con fuerza, y respiraba entrecortadamente por el esfuerzo y el subterfugio. Aunque estaba casada y llevaba dentro al hijo de Tomás, en cumplimiento de la promesa hecha a su padre hacía más de un año, no había hablado a nadie, ni siquiera a su marido, de su misión. El lastre del secreto empezaba a pesarle en la conciencia, y en

circunstancias más tranquilas que esa se preguntaba si no convendría informar a Tomás. Sin embargo, ese no era momento para titubeos. Se detuvo y miró atentamente alrededor a la vez que consultaba su dibujo una vez más. La disposición de los árboles era tal cual ella la había dibujado, así que se situó en el punto donde creía haber visto la planta por primera vez y desde ahí empezó a caminar trazando un círculo.

No hubo suerte. Tampoco esta vez. Cerca no vio nada que se pareciera a aquellas flores blancas en forma de trompeta.

Echó un vistazo atrás para comprobar si Tomás se movía y, agradeciendo que él tuviera el sueño profundo, siguió buscando.

Conforme transcurrieron los minutos, comenzó a sentir una creciente pesadumbre. Se dio media vuelta, a punto ya de rendirse y despertar a Tomás, porque el sol estaba bajo sobre el horizonte y hacía ya rato que deberían haber iniciado el camino de regreso. Fue en ese instante cuando una divina fragancia le llegó a la nariz. Era el perfume más sugerente que había olido jamás: dulce pero no empalagoso, con un trasfondo fresco y un persistente aroma a especias. Como vainilla y jazmín, y eglantina y sándalo, pero a la vez la suma de todos ellos. Aspiró profundamente mientras buscaba la procedencia de ese olor embriagador. Avanzó dos pasos, y allí estaba, parcialmente oculta detrás de una acacia. Las hermosísimas flores blancas, con vetas moradas en los pétalos, dispuestas a lo largo de gruesos tallos verdes. Al acercarse, vio los estambres, de un intenso negro violáceo, y en lo alto un polen anaranjado de color tan vivo que casi parecía brillar en la luz menguante.

La mano le tembló cuando se calzó los guantes de montar; no quería arriesgarse a causar ningún daño al niño aún por nacer ni sufrirlo ella misma permitiendo que su piel entrara en contacto con ninguna parte de esa planta tóxica. Tras echar una rápida mirada para cerciorarse de que Tomás aún dormía, se inclinó y arrancó una de las flores, que colocó cuidadosamente en el vasculum.

En otra parte de la planta vio unas cuantas vainas con semillas. Eran tal como las había descrito su padre: redondas y espinosas, y una de ellas, ya partida, mostraba varias semillas pequeñas en forma de riñón. Las arrancó también y las metió en una pequeña bolsa con cierre de cordel que se guardó en un bolsillo del vestido.

Casi mareada por el intenso aroma, se sobresaltó al oír que Tomás la

llamaba. Irguiéndose, lo saludó con la mano, recogió sus cosas y volvió apresuradamente hacia él.

–Querida –dijo él cuando ella se acercó, sin aliento–. Estaba preocupado. He despertado y no estabas por ninguna parte. Ya casi ha oscurecido.

–Querido mío, no estaba tan lejos, pero sí, es tarde y debemos darnos prisa.

Elizabeth guardó rápidamente su cuaderno de dibujo y los guantes en una alforja de piel prendida de la silla de su caballo y luego dirigió una mirada a Tomás para que la ayudara a montar. Con su voluminoso vientre, le costó mantener el equilibrio cuando Tomás la impulsó, pero tan pronto como se instaló en la silla a horcajadas se sintió muy cómoda. Comprobó la correa del vasculum para asegurarse de que lo llevaba firmemente colgado del hombro.

–Me parece que ya no debes volver a montar –observó Tomás mientras volvían a casa por el sendero–. Solo velo por tu seguridad.

–Creo que tienes razón –convino ella. Ya no sería necesario emprender más expediciones a caballo. Sintió una leve emoción: había cumplido la primera parte de su misión.

Llegaron ya bien entrada la noche, y Elizabeth se excusó para ausentarse de la cena.

–Estoy muy cansada después de la excursión. Creo que debo retirarme por hoy. ¿Crees que podrías pedirle a la cocinera que me mande algo para cenar más tarde? –preguntó.

–Claro, querida mía, lo que tú desees.

En cuanto se encontró en el pequeño vestidor contiguo a su alcoba, Elizabeth sacó la bolsa que contenía las semillas, se puso los guantes y extrajo el lirio del vasculum de su padre. Lo puso en un jarrón y empezó a dibujar, rápidamente, porque disponía de poco tiempo. La cena se prolongaría durante varias horas, pero a menudo sus dibujos le llevaban ese tiempo y más, y era importante ejecutar una representación precisa.

Finalmente terminó y retiró la flor del jarrón para colocarla entre dos láminas de papel de vitela antes de guardarla junto con el cuaderno en la caja metálica. Después rebuscó en el fondo y levantó la tapa del compartimento oculto. La bolsa de semillas cabía holgadamente, junto a sus joyas de duelo, el

espejo de plata de su madre y la fotografía que había llevado consigo de su padre y ella en Trebithick, tomada no mucho antes de su muerte.

Escondió la caja en uno de sus baúles de viaje, a sabiendas de que muy probablemente ni Tomás ni Daisy se aventurasen a mirar en ellos. Recuperaría la bolsa que contenía las semillas cuando tuviera la certeza de que no iban a interrumpirla y buscaría la forma de secarlas.

Exhaló un suspiro de alivio cuando todo estuvo cuidadosamente en su sitio, pero no logró librarse de un desagradable malestar en el estómago, la sensación de que estaba engañando a su marido.

Cornualles, verano de 2017

Cuando Anna recobró el conocimiento, yacía en un diván en un rincón de un precioso salón de té. A su lado tenía una pequeña mesa con la superficie de mármol, en la que había una jarra de agua y un vaso. Levantó la cabeza y vio un jardín tapiado, el césped dividido por nítidos senderos de grava, un seto bajo, inmaculadamente podado, y parterres circulares donde florecían rosales. Aturdida, contempló una fuente de piedra con un surtidor cuyo chorro de agua se elevaba a más de un metro de altura. Parpadeó, sin saber por un momento dónde estaba.

–¿Cómo...?

–Tranquila, Jenkins. Te has desmayado poco después de entrar en la casa y te he traído aquí. –Ed, sentado en el extremo del diván, abarcó con un gesto el salón de té–. Me has dado un buen susto, por no hablar ya del jaleo que ha armado el guía. Aunque creo que le han impresionado más tus mallas de pavo real que ver que te caías redonda al lado de la preciada porcelana. –Le sonrió–. Tómatelo con calma, no intentes moverte hasta que estés en condiciones. –Apoyó una mano tranquilizadora en su tobillo.

–No he... No he roto nada, ¿verdad? –preguntó Anna.

Él la miraba con tal preocupación y ternura que el bochorno que Anna pudiera sentir se disipó como la bruma en una mañana soleada. Se incorporó lentamente.

–Ni en la casa ni en tu persona. Bien, he pedido té. Te sentará bien –aseguró él con firmeza–. Creo que ha sido por el calor. Por pasar de la temperatura exterior a ese vestíbulo tan fresco.

–Lo siento mucho. No sé qué ha ocurrido. De pronto estaba mirando el retrato de *lady* Augusta... –Se interrumpió, recordando lo que había visto.

–No pasa nada –la tranquilizó él–. Ocurre en las mejores familias. Por cierto, la mujer del retrato y tú os parecéis mucho –dijo él con despreocupación.

—¿A ti también te ha dado esa impresión? —preguntó ella con voz débil.

Él asintió.

—Ten, bebe un poco de agua. —Alargó el brazo hacia la mesa y le entregó el vaso—. Puede que estés deshidratada.

Pero no se había desmayado a causa de la deshidratación. Ella sabía la verdadera razón. La mujer del retrato: tenía que estar emparentada con ella. Sencillamente lo sabía.

Tras tomar el té, Ed propuso dar un paseo por los jardines.

—Solo si estás segura de que puedes —dijo—. Si lo prefieres, podemos volver al hostel para que te acuestes.

Anna insistió en que estaba del todo recuperada y era poco probable que volviera a desmayarse. No obstante, Ed la tomó de la mano mientras caminaban en silencio. Anna sintió un leve estremecimiento al notar su contacto, su preocupación por ella.

Los jardines eran ciertamente espectaculares: exuberantes, verdes y teñidos de los vivos colores del verano. A Anna le gustó especialmente el camino a los establos, flanqueado de robles antiguos, cuyo follaje creaba un túnel natural de sombra verde.

—Rosa Mundi —dijo Ed, deteniéndose junto a un arbusto colmado de flores listadas de intensos rosa y blanco—. Uno de los rosales más antiguos, introducido en Gran Bretaña antes de Guillermo el Conquistador.

Eso recordó a Anna una vez más que algunas plantas llevaban en el mundo una cantidad de tiempo extraordinaria, floreciendo, marchitándose y floreciendo otra vez a lo largo de los siglos, las semillas esparcidas por el viento, las plántulas divididas y repartidas, vendidas y replantadas en suelo extranjero.

Al final sus pasos los llevaron a un amplio círculo, y llegaron de nuevo al jardín formal, donde encontraron el reloj de sol, un globo terráqueo que giraba sobre su eje, con los países del mundo delicadamente grabados en su superficie.

—Me recuerda al de los jardines botánicos de Sídney —dijo a Ed. Tendió la mano para tocar el metal, caliente bajo el sol de la tarde. Mientras deslizaba las yemas de los dedos por su relieve, advirtió que el anillo central en torno a

la esfera presentaba grabados de distintas plantas. Menta, tomillo, laurel, el trébol de cuatro hojas—. ¡Es el mismo grabado que hay en la caja! —Se detuvo y las contó. Treinta y ocho en total.

—¿La caja? —preguntó Ed, confuso.

—La caja en la que estaban los dibujos.

La expresión de Ed indicó que caía en la cuenta.

—¿Estás segura?

Anna asintió con firmeza.

—Absolutamente.

—Todo cobra sentido, ¿no? —comentó él—. Creo que debemos hacer más averiguaciones sobre John Trebithick y sus hijas.

—¿Hijas? No sabía que tuviera más de una.

—He leído sobre ellas mientras tú estabas tendida en el diván. Elizabeth y Georgiana. Georgiana se casó con Robert Deverell, y vivieron en Trebithick Hall después de la muerte de John Trebithick. Tuvieron dos hijos, George y Penelope. Parece ser que Penelope murió en 1967, sin haber contraído matrimonio, y George tuvo una hija, Florence Elizabeth, que nació en 1935, y todavía vive. Ese tiene que ser tu F. E. Deverell.

—¡Elizabeth! —exclamó Anna—. «ET»: la artista.

—Exacto, Jenkins.

—¿No había más información sobre ella?

Él negó con la cabeza.

—¿Vamos a buscar al guía, a ver si sabe algo más? —La solución del misterio estaba tan tentadoramente cerca que se apoderó de Anna un deseo de llegar al fondo cuanto antes.

Ed consultó su reloj.

—Son más de las cinco, así que tendremos que esperar hasta mañana, me temo.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó ella con un dejo de frustración en la voz.

—Tranquila. El misterio viene ya de muy lejos; creo que puede esperar un día más.

De mala gana, Anna lo siguió hasta el coche y lanzó una mirada anhelante a la casa al marcharse. Cuando pasaban por Padstow, Ed se detuvo frente a una pequeña tienda de comida preparada.

—Enseguida vuelvo —dijo, y desapareció en el interior. Regresó al cabo de unos minutos y dejó dos bolsas blancas en el asiento trasero. Después, sin

pronunciar palabra, se reincorporó al denso tráfico de aquellas calles estrechas y tortuosas, y salió del pueblo para tomar una carretera que bordeaba el acantilado.

—¿Vas a darme alguna pista? —preguntó Anna, desconcertada.

Él se llevó un dedo a los labios.

—Es un secreto. A menos, claro, que no estés ya para más secretos por hoy.

—Creo que sería capaz de soportar uno más.

Centró la atención en el paisaje que desfilaba junto a ella: vertiginosos acantilados rocosos, campos de color verde esmeralda atravesados por senderos y casas de piedra erosionada entre los pliegues de las montañas. Ese paraje debía de presentar el mismo aspecto desde hacía siglos.

Al cabo de unos minutos, Ed se desvió por una pequeña pista rural y aparcó.

—Creo que es aquí —dijo—. A veces veníamos los fines de semana. Vamos. — Echó el brazo atrás para rescatar las bolsas de la tienda y partieron por el sendero que tenían ante sí—. Esto está bastante cerca de Trevone.

Cuando se pusieron en marcha, Anna se fijó en que las amapolas salpicaban los trigales, sus frágiles pétalos semejantes a la falda arrugada de un vestido de baile de color escarlata. El sendero pronto se volvió empinado y rocoso, y a partir de cierto punto había peldaños labrados en la piedra.

—Ladylove Cove. También conocida como Lady Luck Cove —informó Ed—. Un sitio muy frecuentado por los contrabandistas, según la leyenda.

—¿Contrabandistas?

—Sí, de ron, la mayoría de las veces, desde Bretaña y las islas del Canal. Hace siglos, los mineros de Cornualles a menudo complementaban sus ingresos mediante el contrabando. De hecho, algunos se enriquecieron. También generaban pingües beneficios los naufragios en toda esta parte de la costa.

Habían llegado al pie de la escalera y ante ellos se extendía una estrecha cala de arena dorada. Entre los peldaños y la arena corría un torrente, que Ed salvó de un salto, pero, pese a sus largas piernas, alcanzó la orilla solo por escasos centímetros.

—¿Crees que podrás? —preguntó mientras Anna, allí de pie, calculaba la distancia—. No te preocupes, yo te sujetaré —dijo con una sonrisa.

Ella lo miró enarcando las cejas.

—Ya me las apañó yo —dijo, y esperó a que él se apartara. Retrocedió unos

pasos para tomar carrerilla, corrió hacia la brecha y aterrizó limpiamente en la orilla opuesta con gran holgura.

–Impresionante, Jenkins.

–Batí el récord de salto de longitud en sexto, escuela primaria de St. John – explicó con una sonrisa de suficiencia.

El mar de color aguamarina resplandecía y cabrilleaba bajo el sol de última hora de la tarde cuando accedieron a la playa pequeña y vacía.

–¡Qué maravilla de sitio! –exclamó Anna.

–Nuestro deseo es complacer –dijo Ed con un fugaz guiño.

Ella se desprendió de las sandalias y se dirigió hacia el agua. Cuando esta le cubrió los tobillos, dejó escapar un chillido.

–¡Dios, qué fría! –gritó por encima del hombro.

–Esto es el Atlántico, no el cálido Pacífico Sur –recordó Ed, y se rio de ella.

Anna reculó, disuadida de adentrarse más por la gélida temperatura del agua.

Encontraron un lugar junto a un enorme tronco arrastrado hasta la playa por la marea, y Ed empezó a vaciar las bolsas.

–La cena: queso, aceitunas, tomates, salami... Ah, y una barra de pan y un poco de chocolate –dijo con un gesto teatral–. Y no nos olvidemos de una atrevida botella de vino, naturalmente –anunció a la vez que sacaba un rosado. También había llevado un cesto de mimbre tapado del que sacó dos vasos, una pequeña tabla de madera y un par de platos–. He pensado que esto sería más divertido que cenar en el restaurante del hostel. No sé tú, pero nunca me canso de estar al aire libre, y menos en verano.

Anna sonrió ante su entusiasmo.

–Seguro que fuiste boy scout, ¿eh?

–No en vano nuestro lema es: «Siempre listos» –contestó él, y sirvió sendos vasos–. Y nunca se sabe cuándo va a presentarse el deseo de hacer un pícnic.

–Sospecho que eso debe de ser bastante a menudo –observó ella.

–Siempre que el tiempo lo permite. Aunque la compañía no siempre sea tan encantadora como hoy.

–Uno tiene que conformarse –dijo ella con seriedad.

Se sentaron uno al lado del otro y, apoyados en el tronco, contemplaron el mar.

–Vaya día llevamos, ¿eh? –comentó él.

–Y que lo digas –contestó ella, remontándose a esa mañana temprano cuando partieron de Londres. Le habían ocurrido más cosas en esos últimos días que en los últimos años. La cabeza le daba vueltas nada más pensar en ello, y se sintió casi como si se hubiese caído entre las páginas de un libro de cuentos en una aventura que no le correspondía.

–¿Quién era él? –preguntó Ed, rompiendo el silencio.

–¿Cómo dices?

–El tipo que te hizo tanto daño.

Anna se quedó de una pieza.

–¿Qué? –¿Cómo lo sabía? ¿Qué sabía?

–Es por esa expresión –aclaró él con una triste sonrisa–. Cuando crees que nadie te mira. Como si cargaras con todo el peso del mundo sobre los hombros. Lo noté la primera vez que nos vimos, y en la fiesta ya no me cupo la menor duda. Bien sé yo de qué va eso.

–Ah –dijo Anna en voz baja, fijando la mirada en el difuminado horizonte azul.

Ed esperó a que hablara. Por fin ella se decidió.

–Simon. Estudiamos juntos en la universidad. Éramos inseparables. Teníamos planeado hacer el viaje de nuestra vida después de graduarnos. Ver los grandes jardines de Europa. Teníamos por delante todo un futuro maravilloso. Ilusiones. –Bebió un trago de vino–. Ocurrió pocos días después de nuestros exámenes finales. Yo me había quedado a dormir en casa de mi hermana. Tiene tres hijas, y Fleur, mi sobrina pequeña, tenía anginas. Mi hermana lo estaba pasando mal, así que me ofrecí a echarle una mano. A la mañana siguiente volví al piso y lo encontré. Se había tomado un frasco de pastillas. No dejó nota. No hubo el menor aviso. Llevaba un tiempo un tanto estresado, pero pensé que era solo por los exámenes. No me esperaba una cosa así en absoluto. –Las últimas palabras le salieron en forma de sollozo.

En realidad, nunca había hablado a nadie del tema –apenas lo había comentado siquiera con su madre y su hermana–, pero, por alguna razón, tan lejos de casa y en compañía de alguien a quien casi no conocía, le fue más fácil desahogarse por fin.

–Anna, no sabes cuántísimo lo siento.

–Cuando salieron las notas, él había quedado el primero de la promoción. Tenía todas las razones del mundo para vivir. La verdad es que todavía no me lo explico. No me explico por qué no me habló de ello, de cómo se sentía. Me

pregunto si no debería haberme dado cuenta, si se me escapó algo. ¿Podría haberlo evitado? ¿Haberle conseguido ayuda? ¿Tan mala novia fui?

–¿Cuánto hace de eso?

–Casi seis años.

–Todavía duele, ¿eh?

–Voy recuperándome –dijo con una débil sonrisa.

–Puedes dejarlo atrás, ¿sabes?

Ella mantuvo la mirada fija en el mar. ¿Podía? ¿Podría algún día?

–No dan ningún premio por alargar el duelo. Ni por sufrirlo más intensamente. Tarde o temprano tienes que empezar a vivir otra vez. No hay más remedio.

–Supongo que tienes razón –dijo ella por fin, sin mucha convicción.

–¿Ha habido alguien más desde entonces?

Anna permaneció en silencio por un momento.

–Córtame si me estoy metiendo donde no me llaman.

Anna pensó fugazmente en Noah, allá en Sídney, pero negó con la cabeza. Con él no surgió ninguna chispa de atracción, por encantador y amable que fuera.

–No, nadie.

–Bien, basta ya de historias tristes. ¿Crees que puedes ayudarme a recoger un poco de esa leña que hay por ahí? –Señaló el otro extremo de la playa, plagado de restos de madera arrastrados por las mareas más altas.

–Claro, ¿por qué?

Metió la mano en una de las bolsas, sacó una caja de pastillas para encender fuego y la agitó ante ella.

–No hay nada mejor que una fogata en la playa.

Anna miró la caja.

–Pero no eres precisamente Bear Grylls, ¿eh?

–Oye –replicó él, indignado–. Debes saber que no fui un boy scout vulgar y corriente; de hecho, fui un águila, lo creas o no. Guardo las placas que lo demuestran.

–Pero no de los que encendían el fuego con dos palos, ¿a que no? –bromeó ella.

–Vale, ahí me has pillado –repuso él–. Tú recoge la yesca y yo buscaré trozos más grandes.

Anna hincó el vaso de vino en la arena y se puso en pie.

–De acuerdo, vamos allá.

Para cuando ella regresó, arrastrando tras de sí una rama enorme y cargada con una brazada de palos más pequeños, Ed había dispuesto dos grandes leños y encima colocó el envoltorio de la botella de vino, sobre el que añadió varias pastillas.

–¡Estupendo! Si esto arde, podremos quedarnos aquí un buen rato –exclamó él, y se echó a reír. Reunió los palos más pequeños que había llevado Anna y formó con ellos un tipi en torno al papel. Tras sacar una caja de cerillas, empezó a encenderlas y a echarlas en el tipi. Luego se arrodilló y sopló con delicadeza las pequeñas llamas.

La madera estaba muy seca, y en poco tiempo el fuego ya crepitaba, lanzando chispas en el crepúsculo. Allí sentados, amigablemente, contemplaron el centro incandescente de la hoguera, las ramas que se descascarillaban y la ceniza clara que se arremolinaba en torno al calor de las llamas.

Mucho después, cuando ya casi habían terminado el pícnic, con la botella de vino ya vacía y las brasas casi extintas, Ed se puso en pie.

–Vamos, es hora de irse a la cama. Has tenido un día muy largo.

Por un momento ella lo malinterpretó y sintió una sacudida de alarma. Pero miró sus cándidos ojos azules y, viendo solo preocupación por ella, se tranquilizó. Ed le caía bien y con él se sentía más a gusto que con nadie desde hacía mucho tiempo, de eso no cabía duda. Aun así, no estaba preparada para ir más allá. Por otro lado, en una semana estaría de camino hacia Europa y con toda probabilidad no volvería a verlo nunca. No por ello dejó de agradecer su presencia, ni fue más inmune a su considerable encanto.

–Espera –dijo Anna. Sacó su móvil del bolsillo y encendió la linterna. Mientras estaban sentados junto al fuego, había oscurecido y no se veía ninguna otra luz en kilómetros a la redonda. De pronto los acantilados se le antojaron lóbregos y amenazadores.

Ed echó arena al fuego con los pies para sofocarlo. Al cabo de un momento, Anna notó su cercanía, que le cortó el aliento y le puso la carne de gallina en los brazos.

–Ve tú delante, portadora de la luz –dijo él, y recogió el cesto del pícnic.

Avanzando a trompicones en la oscuridad, se abrieron paso hasta los peldaños labrados en el acantilado y abandonaron la cala. Anna estuvo a punto

de dormirse en el corto trayecto en coche de regreso al hostel y rehusó el ofrecimiento de Ed de tomar una última copa en el bar.

–¿Ni siquiera un ponche caliente? –ofreció.

–Gracias, pero creo que voy a subir a mi habitación –respondió ella.

–Buenas noches, Jenkins –se despidió él, y se inclinó hacia ella para darle un casto beso en la mejilla–. Que sueñes con los angelitos.

Mientras subía por la escalera posterior hacia su habitación, Anna se rio para sí por la frase: creía que nadie le había dicho eso desde que era niña.

Valparaíso, 1887

Al principio, el parto de Elizabeth fue lento. Un dolor sordo en los riñones. Un ligero retortijón en el estómago, que procuró pasar por alto. La última vez que había visto al médico en Valparaíso, este le había asegurado que aún faltaban varias semanas para el nacimiento, y por tanto Tomás y ella habían viajado a la estancia de su familia para pasar un tiempo allí antes de que el embarazo dificultara el viaje. Aquello le encantaba. Los amaneceres frescos que daban paso a días cálidos, las suaves brisas que agitaban la hierba alta y las montañas lejanas, ya totalmente cubiertas de nieve, que se elevaban sobre el llano valle ribereño.

Antes de marcharse de la ciudad, Elizabeth había intentado averiguar cuál era el siguiente barco que partía hacia Inglaterra, pero descubrió que probablemente no zarparía ninguno hasta pasados varios meses. Era de vital importancia que Daisy llevara el esqueje y las semillas de la trompeta del diablo a Kew lo antes posible, porque era solo cuestión de tiempo que el señor Chegwidden, con sus recursos y sus conocimientos de la zona, la encontrara también. Se proponía reservar pasaje para su doncella en el siguiente barco disponible, pero decidió esperar hasta que se acercara la fecha para pedirle que emprendiera el viaje. Tampoco pensaba informar a su marido hasta que fuera absolutamente necesario, porque no quería que presentara objeciones a su plan. Sentía frustración tanto por la demora como por la lentitud casi bovina de su cuerpo. Su vientre redondeado era tan voluminoso que no le permitía sentarse a pintar como antes durante largos períodos de tiempo, así que se contentaba con sentarse a la sombra de un ciprés y contemplar a los halcones que frecuentaban la zona mientras planeaban y se abatían sobre alguna presa a gran altura por encima de ella.

Allí estaba sentada cuando percibió los primeros indicios de que posiblemente el bebé se adelantara. Cambió de posición en el asiento, preguntándose si el dolor se debería a algo que había comido en el desayuno.

Sentía un ardor casi permanente en la garganta por la presión que el bebé ejercía en el estómago. Sofía había preparado un brebaje blanquecino y viscoso que, según juró, la aliviaría, pero Elizabeth tuvo náuseas después de un sorbo de aquel líquido lodoso y prefirió soportar la dispepsia.

–¡Elizabeth! –Sofía estaba a su lado–. ¿Me has llamado?

–No, creo que no –contestó ella, convencida de que, pese a su incomodidad, ciertamente no había emitido sonido alguno.

–Se te ve cansada. ¿Me permites?

Sofía apoyó sus largos dedos morenos en el vientre de Elizabeth y apretó con delicadeza. Elizabeth cerró los ojos y disfrutó de la reconfortante sensación que le proporcionaron sus manos. Sofía había heredado el tacto sanador de su madre.

–Este bebé quiere salir ya –anunció Sofía.

Elizabeth abrió los ojos de par en par.

–¡No! –exclamó–. No estoy preparada. El señor Calabras dijo que aún faltaban semanas.

Sofía fijó en ella una mirada que parecía tan sabia como el mismísimo tiempo.

–No creo que me equivoque. Está escrito en el cielo. Casi hay luna llena. He estado observando y esperando.

De pronto Elizabeth sintió terror, asaltada por el recuerdo de su madre, y por una voz en su cabeza que le decía que se hallaba a kilómetros de un médico.

–No te alarmes, cariño –la tranquilizó Sofía–. He ayudado a muchas mujeres a tener sus bebés, y todo saldrá bien.

–Pero tú no lo entiendes –protestó Elizabeth–. Mi madre...

–Lo sé, mi corazón, pero no te preocupes. Tú haz lo que yo te diga, y casi sin darte cuenta tendrás a tu bebé hermoso entre los brazos.

–¡Uf! –Elizabeth se reclinó en la silla cuando la traspasó otra andanada de dolor, esta vez más fuerte.

–Ven. Debemos ir a tu alcoba. Enviaré a alguien a avisar a Tomás. Apóyate en mí.

Elizabeth la tomó del brazo y se encaminaron con andar vacilante hacia la casa.

—Háblame, Sofía. Cuéntame una historia —dijo mucho más tarde—. Cualquier cosa que me distraiga de esta... esta... —Elizabeth no encontraba palabras para describirlo. El dolor no se parecía a nada de lo que conocía. Se sentía peor incluso que cuando la aquejó el mareo a bordo del *Corcovado*. Sucesivas contracciones arremetían contra ella, cortándole la respiración y causándole un temblor incontrolable en todos los músculos del cuerpo.

En todo ese proceso, Sofía solo se había separado de ella una vez, para reunir una extraña colección de objetos: una pluma gris, lo que parecía una amatista que destellaba incluso en la penumbra y una tosca figurilla de plata. Daisy, al entrar a comprobar cómo estaba su señora, apretó los labios cuando vio los amuletos, pero no dijo nada.

—Ahora calla —dijo Sofía para tranquilizarla, apartándole el húmedo cabello dorado de la frente—. Recuerdo la primera vez que mi madre me llevó a un parto. Yo era una niña. No te imaginas lo asustada que estaba. Pensé que la mujer iba a partirse por la mitad como un melón.

Elizabeth la miró con desazón. Solo de pensar en ello se le heló el sudor que manaba de su frente, y tragó saliva para humedecerse la garganta seca a causa de los gemidos guturales que no había sido capaz de reprimir.

—Pero estaba bien —continuó Sofía—. Empujó unas cuantas veces, y salió un bulto húmedo con brazos y piernas en movimiento, cubierto de un delicado vello oscuro. Fue lo más maravilloso que yo había visto, y no pude contener las lágrimas de alegría. Una nueva vida, dijo mi madre, es algo sagrado.

—¿Utilizaba tu madre las hierbas para ayudar a las mujeres? —preguntó Elizabeth.

—Claro —contestó Sofía—, como haré yo contigo. —Se acercó a una mesa en el extremo opuesto de la habitación en la que había varios frascos de cristal oscuro—. Mira —dijo al volver con uno en las manos—. Unas gotas de esto te ayudarán a dormir mejor de lo que has dormido en toda tu vida. Debes descansar un poco, porque muy pronto necesitarás fuerzas.

—¿Qué extraña magia es esta?

Sofía le dirigió una sonrisa enigmática.

—No te preocupes. Abre la boca.

Elizabeth, demasiado agotada para protestar o preocuparle siquiera que pudiera estar ingiriendo, abrió la boca como un pajarillo y Sofía le administró un líquido oscuro y aceitoso que sabía a almendras amargas. Apenas tuvo

tiempo de dar un respingo al percibir ese repulsivo sabor antes de sumirse en la inconsciencia.

Cuando despertó, fuera era ya de noche, y Sofía estaba a su lado. Daisy, visiblemente inquieta, permanecía sentada a los pies de la cama.

–¿Y Tomás? –preguntó ella.

–Está esperando fuera, no te preocupes.

Se disponía a decir que quería verlo cuando la acometió una oleada de dolor. Daisy se acercó a ella y le enjugó la frente con un paño frío. Sofía le agarró la mano con firmeza a Elizabeth.

–Ya casi ha terminado. Ahora sé fuerte y todo irá bien –prometió–. Daisy, ¿puedes traer más agua, por favor?

–¿Qué era esa medicina? –preguntó Elizabeth cuando Daisy salió–. Me parece increíble que haya podido dormir en medio de esto. He tenido unos sueños muy extraños... Mi madre estaba allí, con el mismo aspecto que tiene en un retrato que hay en casa...

Sofía le sostuvo la mirada.

–Era una cantidad pequeñísima de aquella planta, aquella por la que me preguntaste cuando acabábamos de conocernos. La trompeta del diablo –pronunció el nombre en un susurro.

Elizabeth abrió mucho los ojos y ahogó una exclamación, pero esta vez no de dolor.

–Una porción de la hoja, no mayor que la uña de mi meñique. Se macera en aceite y luego se cuele. Pero no debes contárselo a nadie. El señor Chegwiddden es uno de los varios ingleses que han venido a Valparaíso de un tiempo a esta parte en busca de esa planta. Quienes sabemos cómo utilizarla no queremos que caiga en malas manos. Es sumamente poderosa, pero, lo que es más, también muy peligrosa.

Elizabeth solo pudo asentir.

–Es casi imposible encontrarla a menos que sepas dónde buscar exactamente –añadió Sofía–. Todos piensan que crece en lo alto de las montañas, pero no sé por qué. De hecho, prefiere el clima cálido del valle.

Elizabeth se permitió una sonrisa leve y secreta. Se recostó en la almohada y sucumbió por completo al deseo de pujar, de expulsar al bebé, costara lo que costara.

Cornualles, verano de 2017

—**P**asa. Te esperaba.

La mujer que estaba en la puerta habló con una pronunciación muy precisa, las vocales nítidas y formales. Era menuda y redonda, y llevaba una rebeca tensada en torno al amplio pecho y un vestido de flores. Tenía una mata de cabello blanco perfectamente recogida bajo un sombrero de paja de ala ancha. Salpicaban su piel manchas de vejez y profundas arrugas, pero sus ojos, de un azul apagado, presentaban una expresión muy atenta.

—Sé muy bien quién eres —prosiguió la anciana—. Eres esa chica que me escribió.

Anna dejó escapar el aliento que hasta ese momento contenía.

—Sí, señorita Deverell, esa soy yo —dijo con alivio—. Anna Jenkins. Pero ¿llegamos en mal momento? ¿Parece que está a punto de salir?

—No, querida, acabo de volver de la iglesia. Las flores de esta semana no tenían ni punto de comparación con las mías. Aun así, hay que dejar que los demás tengan su oportunidad de vez en cuando, ¿no? ¿Y tú quién eres, joven? —preguntó, dirigiendo la atención hacia Ed.

—Ah, es un amigo mío —respondió Anna—. Edwin. Edwin Hammett-Jones.

—Encantado de conocerla, señorita Deverell —saludó Ed formalmente.

La anciana lo examinó con ojo crítico y pareció dar su aprobación.

—Mejor será que paséis. Pondré el hervidor. Os quedaréis a tomar un té. —Eran afirmaciones, no preguntas. Obviamente estaba acostumbrada a que los demás obedecieran sus órdenes, pensó Anna mientras la observaba alejarse por el oscuro pasillo de la casa. Anna y Ed la siguieron hasta una pequeña sala de estar atestada de muebles y libros. No había un solo centímetro de superficie horizontal en el que no hubiera una figurilla, una alta pila de libros de tapa dura o una lámpara—. Fuera de aquí, *Señor Darcy* —bramó Florence a un gordo gato naranja que tomaba el sol en un sofá de cretona. El gato meneó

la cola perezosamente ante ella, pero no se movió—. Tomad asiento, vuelvo en un santiamén.

Anna cruzó una mirada con Ed, lo cual fue un error, porque él a duras penas podía mantenerse serio.

—¿*Señor Darcy*? —dijo con incredulidad cuando Florence se marchó.

—Calla —instó Anna—. Va a oírte.

—¿Cómo? Debe de tener noventa años, si no más. Imposible.

—¡Para ya! —exclamó Anna, pero no pudo evitar que en sus labios se dibujara una sonrisa, tanto por Ed como por el inverosímil nombre del gato.

Había dos viejos sillones de orejas tapizados en cretona, con un estampado de rosas desteñido por efecto del sol. Ocuparon uno cada uno, ya que el gato se había apropiado del sofá.

—Aquí tenéis.

Florence entró afanosamente en la sala con una bandeja que contenía una tetera, tazas, platillos, azucarero, jarra de leche y un plato con galletas azucaradas.

—Permítame echarle una mano. —Ed se levantó de un salto para ofrecerle ayuda.

Ella clavó en él una mirada severa.

—Estoy de sobra capacitada, gracias.

Anna volvió a acordarse de la abuela Gus. Florence tenía la misma expresión inflexible.

Ed volvió a sentarse, pero no antes de lanzar una mirada risueña a Anna.

—¿Un terrón o dos? —preguntó Florence.

—Ah, para mí ninguno, gracias.

Anna aceptó la taza y el platillo, y se los apoyó en la rodilla.

—Haces bien, querida. Hoy día la gente consume demasiada azúcar.

Justo en ese momento Anna hacía ademán de tomar una galleta, pero se detuvo. Ed, en cambio, no tuvo tantos miramientos y se sirvió dos.

Florence, empujando al *Señor Darcy* hacia el rincón opuesto sin contemplaciones, se sentó en el sofá.

—¿Y bien? —Entrelazó las manos ante sí—. ¿Por qué querías verme exactamente? No suelo recibir cartas así de enigmáticas a menudo. ¿Dices que has encontrado una vieja fotografía de Trebithick?

—Sí —contestó Anna—. Como mencioné en mi carta, estaba haciendo obras en la casa de mi abuela, en Sídney, bueno, en realidad ahora es mi casa, cuando

los albañiles encontraron una caja. Esta era una de las cosas que contenía... – Anna metió la mano en el bolso y sacó la foto de John Trebithick.

–¿Y has venido desde tan lejos por una vieja fotografía?

–Bueno, en la caja había también otras cosas... –Anna no sabía si revelar algo más antes de cerciorarse con respecto a la fotografía.

–¿Por ejemplo? –La anciana no se dejó engatusar.

–Unas joyas, nada de mucho valor; unos dibujos. También había un diario.

La anciana enarcó las cejas.

–Bien, pues, echémosle un vistazo a esa fotografía.

Se dio unas palmadas en el pecho en busca de unas gafas prendidas de una cadena que le colgaba del cuello. Tras localizarlas, se las acomodó en la punta de la nariz y escrutó la foto que Anna sostenía ante ella.

Se produjo un silencio.

Florence dio la vuelta a la foto.

–Bueno, sin duda es Trebithick Hall. Eso se ve a simple vista.

–Sí. Ayer fuimos allí de visita –contó Anna–. Incluso el rododendro sigue en el mismo sitio.

–Es uno de los más antiguos de toda Inglaterra –precisó Florence con un tono de orgullo–. Estuvimos a punto de perderlo por las tormentas del ochenta y siete.

Dejó la fotografía junto a su taza y se acercó a una estantería en el extremo opuesto de la sala. Tras revolver entre el contenido, sacó unos cuantos libros aparentemente al azar, hablando para sí en un susurro sin cesar. Con una ahogada exclamación de victoria, encontró lo que buscaba y se volvió para enseñárselo a Anna y Ed.

–Una biografía de John Trebithick, mi bisabuelo.

Pasó las páginas, hasta detenerse en el cuadernillo de ilustraciones que había en la mitad del libro. Se lo entregó a Anna, junto con la fotografía.

–¡Es casi idéntica! –exclamó Anna, comparando las dos. En la imagen del libro, la joven miraba hacia la derecha, como si hubiera atraído su atención algo fuera del encuadre. Anna leyó el pie en voz alta–: «John Trebithick y su hija Elizabeth»...

Elizabeth. Sabía que tenía que ser ella. –«*Sir* John acababa de volver de una expedición a América del Sur en busca de plantas» –continuó leyendo.

–Bien, pues, querida, me pregunto cómo es posible que una foto casi idéntica terminara en... ¿Dónde decías? ¿Australia?

–Sí –contestó Anna.

–¡Extraordinario! –Florence saltó a otra página del libro–. Aquí hay otra fotografía de Elizabeth. Del velatorio tras la muerte de John Trebithick.

Anna la miró. Mostraba a numerosas personas de luto en un cortejo; seguía un coche fúnebre tirado por caballos, engalanados con plumas de avestruz. De pie, en primer plano, junto a los caballos, se veía a la misma joven: Elizabeth. Anna la observó de cerca. Distinguió apenas el collar de azabache que llevaba por encima del corpiño del vestido.

–¡Oh! –exclamó–. ¡Me parece que ese collar lo tengo yo! Estaba en la caja. También había un espejo. Con las iniciales A. H. ¿Cree usted que podría haber sido de su madre, Augusta?

–Vaya, querida –dijo Florence–. Debo decir que no sé qué pensar de todo esto.

–¿Qué fue de Elizabeth? –preguntó Ed–. Parece que es por ahí por donde debemos empezar a tratar de desentrañar este misterio.

–Ciertamente, joven –corroboró Florence, mirándolo por encima de las gafas con respeto–. Supongo que sí.

–¿Puede decirnos algo más sobre ella? –preguntó Anna–. Lamentablemente ayer nos perdimos la mayor parte de la visita guiada a la casa, así que no tuve ocasión de preguntárselo al guía.

–Bah –gruñó Florence–. ¿Neil? De todos modos, no os habría contado gran cosa. Nunca se sale del guion ni se anda con digresiones. No tiene imaginación, ese hombre. –Tomó un sorbo de té y volvió a dejar la taza ruidosamente en el platillo. Luego se inclinó hacia ellos y empezó a hablar–. Yo me crié en Trebithick Hall, aunque mi padre, George, se vio obligado a donar la casa y la poca tierra que quedaba a Patrimonio Nacional hace más de cincuenta años. La casa estaba que se caía y no teníamos dinero para reformarla. Pensó que, como no tenía ningún hijo varón a quien legársela, era la mejor opción. –Florence dejó escapar un resoplido de desdén–. Yo tenía casi cuarenta años, no me había casado, ni probablemente me fuera a casar. Vivía aquí –explicó, abarcando con un gesto la sala en que se hallaban–, al menos en vacaciones. Fui directora del colegio de Truro hasta que me jubilé. Hará quince años en julio.

A Anna eso no la sorprendió. Tal vez Florence Deverell fuera un poco dura de oído, pero tenía los modales bruscos de un profesor, y una mente afilada y precisa como un bisturí.

–Siga, siga –la instó Ed. Parecía tan preocupado por saber qué había sido de Elizabeth como Anna.

–Los padres de mi padre, Robert y Georgiana, fueron los principales responsables del deterioro y la ruina de Trebithick. Una no debería hablar mal de los muertos, en especial cuando son sus abuelos. –Se interrumpió–. Pero esa es la verdad.

–¿Y eso por qué lo dice? –preguntó Anna.

–No les preocupaba el mantenimiento de la casa y dejaron que se hundiera el negocio de las plantas. Por lo que cuentan, prefirieron gastar su dinero en vacaciones por Europa y vinos exquisitos. De hecho, la bodega era una de las pocas cosas de valor que mi abuelo logró reunir. Desde luego no tuvo la misma suerte con la bolsa. Cuando mi padre heredó Trebithick, heredó también las deudas, como un lazo alrededor del cuello. No me malinterpretéis. Fue maravilloso crecer allí, pero nunca he olvidado los gélidos inviernos en aquellas viejas habitaciones mal acondicionadas. Estoy segura de que mi madre murió joven por eso. Una pulmonía.

–Vaya, lamento oírlo –dijo Anna, pero Florence restó importancia a su preocupación con un gesto.

–Historia pasada. Además, estoy mucho más a gusto aquí de lo que habría estado en Trebithick. Aunque echo de menos los jardines. –Suspiró, y miró por la ventana la franja de césped situada entre la casa y un campo que descendía hacia el mar.

»En fin, ¿por dónde iba? –Por un momento, Florence pareció confusa y se le empañaron los ojos, y Anna vio de pronto a la anciana que en realidad era, pese al hecho de que, por lo demás, conseguía dar una impresión general de vigor–. Ah, sí –prosiguió, y volvió a centrarse–. Elizabeth. La hermana menor de mi abuela Georgiana. Bueno, era una auténtica artista. Hay varios dibujos suyos expuestos en Trebithick. Sus primeras obras, creo. Neil podrá enseñáros las.

Anna cruzó una mirada con Ed, y supo que ambos pensaban en el cuaderno de dibujo.

–¿Se hizo famosa? –preguntó Anna con súbita excitación.

Florence guardó silencio por un momento y dejó escapar un suspiro.

–Bueno, en cierto modo supongo que sí.

Valparaíso, 1887

—Aquí la tienes —anunció Elizabeth cuando tendió los brazos y ofreció la niña bien envuelta a Tomás. Solo se veían un par de ojos azul oscuro abiertos de par en par y unos labios abullonados.

—Una hija —dijo él con asombro a la vez que una lágrima temblaba en sus pestañas oscuras—. Es perfecta. Pero minúscula. —Tomás la estrechó contra su pecho como si sostuviera la pieza de porcelana más frágil y se acercó a la ventana para ver mejor a su primogénita. Bajando la manta con la punta del dedo, añadió—: Tiene mi barbilla.

—¿Habrías preferido que fuera un niño? —preguntó ella—. Sé lo mucho que deseabas un hijo varón.

Tomás soltó un resoplido.

—¿Con una belleza como esta? ¿Cómo podría no pensar que es el bebé más hermoso que ha nacido jamás?

—¿Estás seguro?

Él le sonrió.

—Ya habrá tiempo de sobra para tener varones.

Después del suplicio del parto, Elizabeth no podía imaginar siquiera concebir más hijos. La cabeza del bebé se había atascado como un corcho en una botella y fue Sofía quien, con sus dedos fuertes y su pulso firme, ayudó a madre e hija a separarse y sobrevivir. No estaba muy segura de que quisiera repetir la experiencia pese a que se había enamorado irrevocablemente de su hija en cuanto la vio, cubierta de sangre y chillando a pleno pulmón ante la novedad de su nacimiento.

La niña empezó a lloriquear otra vez, y Tomás, de mala gana, la devolvió a los brazos de Elizabeth.

—La nodriza que contraté está en Valparaíso. Tendré que amamantarla yo misma. Sofía me enseñará, porque dice que ha visto a muchas mujeres alimentar a sus bebés, que es lo más natural del mundo. —Elizabeth se

interrumpió, advirtiendo la incomodidad de Tomás ante ese tema. Con delicadeza, añadió—: ¿Quizá podrías dejarnos solas un rato y volver más tarde?

Como se demostró, Elizabeth tenía un don natural para la maternidad y, con la orientación de Sofia, no tardó en ser una experta en lactancia y eructos. El bebé, por su parte, estaba más orondo y hermoso cada día que pasaba, y enseguida adquirió el tamaño del que careció al nacer de forma prematura. Se quedaron en la estancia, porque Tomás no quería que emprendieran el viaje de regreso a Valparaíso hasta que madre e hija estuvieran fuertes y sanas.

La niña poseía la placidez de Tomás y hacía las delicias de sus padres con solo bostezar o extender la manita. Elizabeth observó que a Daisy le complacía enormemente tener un bebé que cuidar: le había comentado que tenía mucha experiencia con los recién nacidos porque había ayudado a su madre con su hermana menor. Pronto se convirtió en su niñera a todos los efectos, y Elizabeth, viendo lo bien que Daisy cuidaba de su hija, ni se planteó contratar a otra persona. Como se vio, la nodriza tampoco era necesaria.

Cuando se sintió más fuerte, escribió a Georgiana para contarle que ahora tenía una sobrina rubia idéntica a la madre de ambas, Augusta; una prima para George. Anhelaba recibir una carta de respuesta, noticias de casa; habían pasado meses desde su última comunicación.

El padre de Tomás fue a la estancia en cuanto le llegó la noticia del parto y se quedó tan prendado de su primera nieta como lo estaban sus padres. Fue él quien insistió en el bautizo, y no quiso esperar a que la familia regresase a la ciudad. Lo organizó todo para que el sacerdote se desplazara hasta allí e invitó a muchas de las personas con las que tenía trato comercial, en su afán de compartir y celebrar la buena fortuna de su familia. Como antes con la boda, Elizabeth acató los deseos de la familia de su marido y la niña fue bautizada por el rito católico.

El día del bautizo, celebrado en el salón principal, Elizabeth se dirigió hacia el sacerdote con su hija en brazos, envuelta en un vestido de encaje, y Tomás a su lado. Mientras miraba risueña a los invitados allí reunidos, captó su atención un invitado en particular; tropezó y se tambaleó con la niña en brazos.

Damien Chegwidden. No pudo por menos que recordar al hada malvada presente en el bautizo de *La bella durmiente*, un cuento que de pequeña le fascinaba. A menudo se había preguntado cómo sería dormir cien años y de pronto despertar para encontrar el mundo totalmente cambiado. ¿Era la presencia de ese hombre un mal augurio para su hija?

Tomás la sostuvo por el codo.

–Cariño, ¿estás bien? ¿Necesitas sentarte?

Ella tragó saliva.

–No, no, estoy perfectamente. Sigamos, por favor.

Después de la ceremonia, Elizabeth entregó el bebé a Tomás. Ahora la niña se llamaba oficialmente Violeta Tomasina Augustina; Violeta era un homenaje a la antigua institutriz de Elizabeth, mademoiselle Violette. Tomás la exhibió con orgullo, disfrutando de los halagos de las ancianas invitadas a la fiesta, mientras el señor Flores y los otros caballeros se retiraban a fumar sus pipas.

–A hablar de política y negocios, sin duda –comentó Sofía al pasar junto a Elizabeth.

Elizabeth, sedienta, iba camino de una mesa llena de comida y bebida cuando el señor Chegwidden la abordó.

–Querida mía, tiene buen aspecto.

–Gracias, caballero, pero no puedo decir lo mismo de usted.

Elizabeth no pudo ocultar su sorpresa. Chegwidden estaba muy delgado, casi en los huesos, y sus ojos ardían como ascuas en las cuencas. Semejaba el fantasma del hombre al que ella había conocido.

Él hizo una mueca.

–Nos quedamos aislados en los Andes. Una tormenta espantosa. Después nos asaltó una banda de montoneros. Nos robaron toda la comida y la mayor parte del equipo. Pasamos semanas sin comer. Tuvimos suerte de sobrevivir.

Elizabeth deseó por un momento que no hubiera sobrevivido; así, la misión de hacer llegar muestras de la trompeta del diablo a Kew no habría sido tan apremiante.

–¡Dios santo! –exclamó con fingida cortesía–. No estaba al corriente de sus apuros. –Aunque sí había oído hablar de los montoneros, bandidos descontrolados que vagaban por la región.

–Pero, desde luego, valió la pena. –Se inclinó para añadir en un susurro–: Porque finalmente he encontrado lo que usted y yo estábamos buscando... Señorita Trebithick.

Elizabeth, pugnando por asimilar el sentido de sus palabras, sintió un clamor en los oídos. Tragó saliva, sin saber qué responder. Hacía meses que nadie la llamaba así. ¿Cómo se había enterado?

Chegwidden le guiñó el ojo en una expresión ladina.

–Disculpe. Ahora se llama señora Flores, ¿no?

Se la llevó aparte, lejos del parloteo de las mujeres, y le habló en voz baja.

–Me parece que sabe muy bien a qué me refiero, ¿o no?

Ella se sintió como un conejo en la mira de la escopeta de un cazador y el corazón empezó a latirle en el pecho tan fuerte que se preguntó si él lo oiría.

–Supe que la conocía de algo casi nada más verla por primera vez, pero no conseguía situarla. Me pregunté por qué una joven viajaría hasta la otra punta del mundo para entretenerse dibujando plantas. Y a eso se añadió el marcado acento de Cornualles de su doncella, inconfundible donde los haya. Yo conocí a su padre, ya lo sabe. Fuimos amigos durante un tiempo. Pero una vez me crucé con él en el Himalaya. Yo había encontrado una magnolia muy poco común y él quiso apropiársela. Me vi obligado a defenderme. –Chegwidden sorbió aire a través de los dientes como si reviviera el enfrentamiento.

Esa no era la historia que su padre le había contado, pensó Elizabeth, airada, recordando la cicatriz en su brazo.

–Una vez me habló de sus dos hijas; sus flores, las llamaba. Adiviné su verdadera identidad la noche de la fiesta, cuando mencionó que su doncella llevaba el vestido de su hermana, pero me lo he callado hasta ahora. El conocimiento es poder, querida, como usted bien sabe.

–¿Qué quiere de mí? –preguntó Elizabeth con voz sibilante cuando por fin recuperó el habla.

–No se preocupe. Solo he venido a regodearme, porque he encontrado aquello que usted buscaba, y dentro de quince días estaré a bordo de un barco rumbo a Inglaterra. La gloria del hallazgo de la trompeta del diablo será mía. – Le ardían los ojos negros–. Me haré extraordinariamente rico, porque venderé las semillas al mejor postor y, créame, habrá muchos interesados en ellas. Su padre nunca habría conseguido lo que yo he logrado; nunca tuvo el valor ni la habilidad necesarios y fue un auténtico necio por enviar a su hija a una misión así. Una mocosa no puede superar en ingenio a un hombre de mi experiencia. – Desplegó una sonrisa triunfal y se le tensó tanto la piel de la frente que Elizabeth vio palparle una vena en la sien. No quedaba ya ni el menor rastro del caballero gentil de ocasiones anteriores–. Pero, naturalmente, ahora que

tiene todo esto, imagino que estas empresas ya no le preocupan en lo más mínimo... –añadió abarcando el amplio salón con un gesto del brazo.

–Habrás visto hombre más exasperante. ¿Cómo se atreve a hablarme con esa condescendencia? –replicó Elizabeth–. Y miente sobre mi querido padre. Era un hombre muy honorable, y son muchos quienes pueden atestiguarlo. Además, ¿por qué está tan seguro de que esa es realmente la planta?

–Por supuesto que es la planta –repuso él–. Es tal como me la han descrito con toda exactitud: grande, flores blancas tirando a anaranjadas en forma de trompeta, estambres de vivo color óxido, un aroma dulzón.

Elizabeth respiró de pronto con mayor facilidad. Ahora estaba segura de que él no había encontrado la trompeta del diablo. Conocía la planta de la que Chegwiddden hablaba; su padre la había descrito como la «trompeta ardiente», un magnífico árbol que daba gran cantidad de flores colgantes en forma de trompeta, suspendidas hacia abajo, «como instrumentos musicales abandonados por una orquesta de hadas», había dicho él. No tenía nada que ver con la auténtica trompeta del diablo. Sin embargo, no consiguió ocultar un destello de alivio en sus ojos.

Esa fue su perdición.

Valparaíso, 1887

—¿Duda de mí, señora? —Astuto como un zorro, Damien Chegwidden había percibido la expresión que asomó fugazmente al rostro de Elizabeth.

—No, nada más lejos —respondió Elizabeth, deseando poder retirar sus palabras—. Pero debe reconocer que en esta región crecen muchos lirios parecidos. Es difícil distinguirlos.

—Ciertamente, pero ninguno posee el peculiar perfume que he olido con mi propia nariz —repuso él, observándola atentamente.

—¿Y cómo es ese perfume? —preguntó Elizabeth con una expresión inocente en la que no se traslucía el martilleo de su corazón.

—Un perfume sacrílego donde los haya. Capaz de tentar incluso al corazón más puro.

Elizabeth enarcó una ceja ante esa descripción tan hiperbólica, pero calló.

—Veo que no me cree —comentó él.

—No, sí le creo, caballero. Un perfume así no puede olvidarse en la vida. Pero —no pudo evitar añadir— la trompeta del diablo no se caracteriza solo por su perfume. Aunque no me cabe duda de que eso ya lo sabe un buscador de plantas tan sagaz como usted. —En sus palabras se advertía cierta crispación: nada deseaba más que borrarle de la cara esa expresión altanera. Haciendo caso omiso de la advertencia que su padre le había dado hacía más de un año, prosiguió—: He oído decir que tiene una banda negra, como la sangre del mismísimo Belcebú.

El señor Chegwidden la agarró por el codo para alejarla aún más de los invitados.

—Veo que está muy bien informada —dijo en voz baja pero con tono perentorio—. Aunque, como hija de John Trebithick que es, supongo que no debería sorprenderme. Tenga la bondad de contarme más.

La arrogante expresión triunfal que asomó a los ojos de Chegwidden al

hablar avivó el mal genio de Elizabeth, quien, sin poder contenerse, lo provocó aún más. Zafándose de su mano, dijo:

–Si de verdad ha visto usted la trompeta del diablo con sus propios ojos, seguro que ya lo sabe.

Él se acarició lentamente el bigote ralo.

–¿No le parece que su marido se sorprendería si se enterara de su engaño? ¿De su verdadero propósito para estar en América del Sur? –Le resplandecieron los ojos y Elizabeth se preguntó si no estaría trastornado; tenía cierto aire de loco.

–¿Qué quiere de mí?

–Usted la tiene. La trompeta del diablo. Por fuerza ha de ser así, para describirla con tal precisión.

Elizabeth advirtió la presencia de Daisy por el rabillo del ojo.

–¡Le aseguro que no! –exclamó–. Solo he oído hablar de ella a personas bien informadas al respecto.

Chegwidden agarró a Elizabeth por la muñeca y se inclinó para acercar su cara a la de ella.

–Sepa que no me detendré ante nada para conseguir esa planta. Puede apostar la vida de su marido y de su hija a que es así.

Elizabeth se estremeció ante el escalofriante brote de fanatismo en la voz de aquel hombre, pero contestó con ligereza:

–Ciertamente, esas son palabras muy serias, caballero.

–Yo siempre hablo en serio.

Fijó la mirada en Elizabeth, pero ella se la sostuvo antes de liberarse el brazo de un tirón; dándose media vuelta, se disponía a marcharse cuando de pronto se acordó de que Daisy rondaba cerca.

–¡Daisy! –llamó, intentando aplacar los fuertes latidos de su corazón y recobrar la compostura–. ¿Puedes llevar a Violeta a echar su siesta? Hace rato que le toca. La tiene Tomás.

La doncella dirigió a su señora una mirada de preocupación y luego lanzó un vistazo en dirección al señor Chegwidden.

–¿Se encuentra bien? ¿Puedo traerle algo? ¿Puedo llamar a alguien?

Elizabeth la despidió con un gesto.

–No, no, estoy bien, de verdad. Si pudieras ir a buscarla por mí –rogó.

–Faltaría más, señorita. –La doncella inclinó la cabeza obedientemente.

Elizabeth se volvió hacia el señor Chegwidden, pero este se había

esfumado como la bruma de la mañana.

–¡Maldito sea el infierno! –exclamó, aunque no había nadie cerca para oírla. Debería haberle dejado pensar que su búsqueda había sido un éxito; así se habría marchado en el primer barco que zarpara del puerto y habría regresado a Inglaterra convencido de que se cubriría de gloria. Debía confesar su secreto a Tomás antes de que el señor Chegwidden tuviera ocasión de decírselo. Debía asegurarse de que su familia estaba a salvo.

¿Qué había hecho? Unas pocas palabras mal elegidas y todo su futuro corría peligro. ¿Comprendería Tomás por qué había mentido, a él y su familia, sobre su identidad y el verdadero objeto de su viaje a Valparaíso? En ese momento la asaltó la duda.

Una cosa estaba clara: debía encontrar un lugar más seguro para ocultar la caja que contenía los esquejes y las semillas. Un sitio donde a nadie se le ocurriera mirar jamás.

Tras despedirse de los invitados al bautizo con la excusa de que iba a ocuparse de Violeta, entró sigilosamente en el dormitorio del bebé, donde Daisy la acostaba en una hamaca de piel de borrego colgada de las vigas del techo. Sofía sostenía que así los bebés dormían mejor y, de momento, Elizabeth no había tenido razón para dudar de ella. Por lo general, Violeta solo despertaba una vez por la noche, y Daisy la llevaba a la alcoba de Elizabeth para que la amamantase antes de volver con ella a sus aposentos.

–Daisy –susurró en cuanto su hija se durmió–. Ven conmigo.

Llevó a la doncella a la otra ala de la casa, donde se hallaban las alcobas de la familia.

–Tengo algo que confiarte, porque me temo que el secreto es ya demasiado grande para guardármelo yo sola. –Elizabeth tomó la mano de Daisy–. Prometí a mi padre moribundo que buscaría una planta. Una planta de gran poder, que en malas manos podría causar estragos.

Daisy parpadeó en una expresión de mudo asombro.

–Se llama trompeta del diablo –prosiguió Elizabeth–, y es muy poco común. Prometí que, si la encontraba, volvería con ella a Inglaterra. Según cuentan, tiene la facultad de curar toda clase de enfermedades. Daisy –imploró–, ¿te imaginas lo que podría significar eso? ¿Para los enfermos? ¿Para poner fin al sufrimiento? Yo misma experimenté su poder cuando estaba dando a luz, de verdad. Me temo que no habría sobrevivido de no ser por los conocimientos que Sofía tiene de esa planta.

Daisy parecía aún más atónita.

–El señor Chegwidden también la busca, pero, a diferencia de mi querido padre, sus motivos no son ni remotamente puros. Cree que con ella amasaré una fortuna. Estaba convencido de que la había encontrado, pero yo, tonta de mí, le he dado a entender que se equivocaba. Maldito sea mi obstinado orgullo. Yo sí tengo la verdadera trompeta del diablo. Aquí. –Metió la mano en el baúl y sacó el cuaderno de dibujo–. He de pedirte un favor muy grande. El señor Chegwidden ha descubierto quién soy y ahora estamos todos en peligro.

Daisy contuvo la respiración.

–Nunca has preguntado por qué insistí en viajar con el apellido de mi madre, pero ahora ya lo sabes. Me temo que ese hombre hará cualquier cosa para impedir que la lleve a Inglaterra. Necesito que tú la guardes por mí en un lugar seguro. Pero no debes tocarla, te lo suplico, porque también contiene un veneno mortal. Nadie sospechará que la tiene una doncella.

–¿No le aterroriza lo que pueda hacer ese hombre? –preguntó Daisy–. ¿El hecho de que no vaya a detenerse ante nada?

Elizabeth asintió.

–Temo que haya enloquecido –dijo Elizabeth–. Me ha amenazado de muerte, y también a Violeta y a Tomás. Esa es una razón más para que no encuentre esta flor, y en especial las semillas. Debes prometerme que si algo nos ocurre... –Elizabeth se interrumpió con un sollozo–. Si algo nos ocurre a Tomás o a mí, te asegurarás de que a Violeta no le pase nada.

–Por supuesto –aseguró Daisy–. Pero eso no sucederá.

–No estés tan segura. Ese hombre es capaz de todo.

–Hay otra cosa. –Daisy titubeó y se mordió el labio–. Hoy, hace un rato, me he cruzado con el señor Chegwidden y el señor Flores en los establos. He ido a ver si había leche, y en el camino de vuelta he oído sus voces. Estaban... –Se interrumpió y tragó saliva–. Estaban discutiendo. El señor Chegwidden preguntaba al señor Flores por una planta.

–¿Qué planta, Daisy?

–La trompeta del diablo. No me equivoco. Esas son las palabras que decían. No había oído hablar de esa planta hasta hoy, y van dos veces en el mismo día. Eso es muy raro, ¿no le parece?

Elizabeth estaba desconcertada.

–¿Qué significará? –se preguntó en voz alta. ¿Acaso Damien Chegwidden

había involucrado a Tomás en su búsqueda? ¿Le ocultaba Tomás un secreto? ¿Se había casado en un arrebató de romanticismo, sin conocer realmente al hombre que ahora era su marido? Al concebir esa posibilidad, vio la ironía, porque ella le había ocultado un secreto a su marido todo ese tiempo.

Pero ¿había desvelado Chegwidden a Tomás la verdad sobre Elizabeth? ¿Le había revelado quién era realmente? No. Imposible. Tomás se lo habría preguntado a ella si así fuera, de eso no le cabía la menor duda.

–No me han visto –aseguró Daisy–. Estoy segura.

–Bueno, algo es algo, supongo –dijo Elizabeth, aún absorta en sus pensamientos.

–Vamos, sé dónde esconderla –instó Daisy, apremiando a Elizabeth–. Hay un armario, con espacio de sobra. Podemos esconderla al fondo. A nadie se le ocurriría mirar allí. No en un cuarto infantil, entre las cosas de un bebé.

Valparaíso, 1887

Cuando Elizabeth regresó a la fiesta para despedirse de los invitados que volvían a Valparaíso o a Santiago, vio que Tomás y Damien Chegwidden estaban enfrascados en una conversación y un repentino miedo la traspasó como un relámpago. ¿La perdonaría Tomás cuando averiguara la verdad? Tenía que explicárselo ella primero, antes de que Chegwidden, ese hombre malévolo, tuviera ocasión de indisponer a su marido contra ella.

Alterada, se despidió de los señores Campbell, prometiendo que no tardaría en regresar a Valparaíso y, luego, cerrando los puños trémulos contra la falda, observó al señor Chegwidden montar en su caballo. Este lanzó una mirada a Elizabeth, pero ella, sin amilanarse, se la sostuvo en actitud desafiante.

El grupo se alejó en medio de un revuelo de cascos, y Elizabeth se retiró al interior para no acabar cubierta de polvo.

—Mi corazón, se te ve agotada —dijo Tomás cuando vio a Elizabeth reclinarsse en una butaca—. Ha sido excesivo para ti, quizá demasiado pronto. — Se acercó a ella y la tomó de la mano.

Elizabeth, con el corazón en un puño, alzó la vista para mirarlo.

—Ya se me pasará —respondió a la vez que se frotaba los ojos con la mano—. Parece que el señor Chegwidden y tú teníais mucho de qué hablar.

—Solo hemos tratado asuntos de negocios.

—¿Y eso, cariño?

Tomás suspiró.

—El señor Chegwidden anda tras una planta en particular, y yo he estado ayudándolo en la búsqueda. Hemos discrepado por un asunto sin importancia. No es nada, mi corazón. Resolveré las cosas a satisfacción de todos.

A Elizabeth se le heló la sangre en las venas, pero guardó silencio porque Sofía se reunió con ellos.

—¿Habláis del señor Chegwidden? —preguntó su cuñada—. Ese hombre no me

inspira confianza. Todo lo que piensa es mentira. Todo lo que dice es falso. Está loco.

–Bah, tonterías –dijo su hermano con un resoplido–. No os preocupéis, ninguna de las dos. Elizabeth, tú tienes que cuidar del bebé y recuperar las fuerzas. Y Sofía, esto no es asunto tuyo.

Elizabeth sintió un ligero fastidio al verse excluida de ese modo, e imaginó que lo mismo debía de pasarle a Sofía, aunque su cuñada hubiera agachado la cabeza sumisamente ante las palabras de Tomás.

Inmediatamente después del bautizo empeoró el tiempo. Un día se ausentó todo el servicio, porque les dieron permiso para asistir a una boda a varias horas de viaje de allí. Daisy, aunque también había sido invitada, en el último momento prefirió quedarse para cuidar de Violeta. Se quedaron en la estancia ella, junto con el padre de Tomás, Sofía, Elizabeth, Tomás y el bebé.

Cuando Elizabeth se retiró al final del día, le sorprendió ver que la nieve empezaba a cubrir el suelo. Aunque había estado soplando un viento frío, no se preveía que nevara tan avanzada la estación.

–Me temo que quizá nos veamos obligados a seguir aquí varios días si esto continúa –comentó Tomás mientras se situaba detrás de ella y le retiraba el tirante de la camisola del hombro. A ella se le puso piel de gallina pese al calor del fuego que ardía en la chimenea.

–¿Tan mal tiempo hará? –preguntó.

–Yo tenía previsto que volviéramos a Valparaíso en los próximos días. Tengo asuntos urgentes que atender. –Se encogió de hombros–. Pero no hay nada que hacer. Ya veremos cómo pinta esto por la mañana. Espero que los criados consigan regresar a lo largo del día.

–Tomás... –Elizabeth se interrumpió y se volvió hacia él–. Tengo que hablarte de una cosa. –Le temblaba la voz. Había ensayado esas palabras una y otra vez en su cabeza, decidida a contárselo todo, incluso que había encontrado la trompeta del diablo y se proponía enviarla a Inglaterra con Daisy, a abrir su corazón y sufrir las consecuencias. No quería ocultarle más secretos, nada que la corroyera hasta el punto de no poder encontrar ni descanso ni refugio.

–¿No puede esperar a mañana? –preguntó él en voz baja–. Es tarde para

conversaciones, pero no es tarde para el amor. –Le sonrió y sus ojos destellaron a la luz de la llama de la vela.

Elizabeth flaqueó en su determinación y se fundió entre sus brazos. Su último pensamiento consciente fue que hablaría con su marido sobre el asunto que la atribulaba en cuanto despertaran.

La llegada de la nieve permitió a los cuatro montoneros cruzar sigilosamente los cercados de la estancia. Habían dejado sus caballos a unos kilómetros de allí para no alertar a ningún otro animal. Habían recibido órdenes. Normalmente no respondían ante nadie, obtenían lo que necesitaban mediante el saqueo y seguían adelante, viviendo a salto de mata, desplazándose sin cesar, durmiendo a gran altura en los puertos de montaña. Pero el caballero les había ofrecido más oro del que habían visto nunca. La codicia se impuso a la sensatez y aceptaron el trato.

El encargo se llevó a cabo con rapidez. Un hombre por cada víctima. Les habían dicho dónde encontrarlas y cada uno de ellos abrió la puerta de una alcoba como en la coreografía de una danza macabra. Solo se vio el destello de una hoja muy afilada a la luz de la luna.

El señor Flores, la señorita Flores, Tomás y Elizabeth: todos exhalaban su último aliento antes de que un corte en la garganta los acallara para siempre.

Cumplida la misión, los hombres limpiaron sus navajas ensangrentadas en las sábanas de las camas. Uno de ellos dejó, como se le había ordenado, varios lirios en las colchas. A continuación, iniciaron el registro.

Cornualles, verano de 2017

—**F**ue todo un escándalo en su día. Según la historia de la familia, no mucho después de la muerte de su padre, John, Elizabeth viajó a Chile en barco... Bueno, cómo no iba a ser en barco; en aquel entonces era la única manera de llegar allí. Al puerto de Valparaíso. —Florence miró a Anna como para asegurarse de que le prestaba atención. Satisfecha, prosiguió—. Eso fue a finales del siglo XIX, creo. Mi abuela me contó la historia solo una vez. Yo debía de tener unos diez años. Lo recuerdo como si fuera ayer. Había acudido a ella por algún disgusto y estábamos en la sala de estar amarilla; creo que echaba de menos a mi madre, postrada en cama en el piso de arriba. El caso es que, fuese lo que fuese, recuerdo que le pregunté por el cuadro de mi bisabuela Augusta, el que cuelga en el vestíbulo de la casa.

Anna recordó de pronto que se había fijado en los hoyuelos de Augusta, era lo que había visto justo antes de desmayarse. Se había olvidado por completo hasta ese momento. Florence no pareció advertir el repentino suspiro de Anna y continuó.

—Me contó que su madre había muerto al dar a luz a su hija menor, Elizabeth. Recuerdo que me quedé atónita. Esa era la primera vez que oía que mi abuela tenía una hermana. En un primer momento no la creí. Recuerdo con toda claridad que pregunté: «¿Y por qué no vive también aquí?». La abuela Georgiana me miró con tristeza. «Ay, dulce Florence, ojalá viviera aquí. No sabes cuánto echo de menos a mi querida hermana. Y la incluyo en mis oraciones todos los días. Unos meses antes de nacer tu padre, y no mucho después de la muerte de mi padre, Elizabeth... Fue siempre muy testaruda... Tomó la determinación de viajar a América del Sur para proseguir la labor de nuestro padre, descubriendo y reuniendo plantas poco comunes para traerlas y cultivarlas aquí. Elizabeth era una excelente artista, con especial talento para las flores y las plantas y cosas así.»

Anna contuvo el aliento, casi sin atreverse a parpadear, para no distraer a

Florence de su relato.

–Recuerdo que la abuela Georgiana me dejó acurrucarme junto a ella. Un placer poco habitual, os diré, pues, por lo general, estaba demasiado ocupada para dedicarme mucho tiempo y obsequiarme historias sobre mi aventurera y obstinada tía abuela. Me fascinó oír hablar del viaje por mar. «Naturalmente, en aquellos tiempos la correspondencia era escasa y muy espaciada», dijo mi abuela. «Había que esperar a que regresara un barco a Southampton o Liverpool, y a menudo las cartas nos llegaban al cabo de varios meses. Pero finalmente nos enteramos de que había conocido a un joven, el hijo de un hacendado del lugar, y se había enamorado. A mí me preocupaba que estuviera tan lejos y que él no fuera inglés. ¡Imagínate! Le rogué que volviera a casa, pero en su siguiente carta me habló de su matrimonio, y en la otra de un bebé. Yo estaba muy dedicada a mi propia familia. Por entonces, tu padre, George, ya había nacido. En sus cartas se la notaba contenta y hablaba de una vida exótica. En todo caso, pensé que yo no podía hacer nada para convencerla de que volviese a casa.» Conservo esas cartas –dijo Florence, volviendo bruscamente al presente–. Puedo buscarlas, si queréis. Aunque podría tardar un día o más en desenterrarlas. –Señaló el desorden general de la sala de estar–. Sé que las tengo en algún sitio. Me las guardé junto con otras cosas cuando tuvimos que marcharnos de Trebithick Hall. –Hizo ademán de ir a buscarlas en ese mismo momento.

–Siga –la instó Anna, deseosa de continuar oyendo el relato–. ¿Qué más le contó su abuela sobre Elizabeth?

–Bueno, dijo que tardó un tiempo en volver a saber de su hermana, pero que eso no la preocupó mucho. Sin embargo, transcurrido un año desde su última carta, el temor se apoderó de ella. «Supongo que ya tienes edad suficiente para saber la verdad», me dijo. «Tu abuelo, Robert, contrató a un detective privado, que viajó a Chile para investigar. Regresó con una información catastrófica. Elizabeth, su marido, su cuñada y su suegro habían sido asesinados violentamente mientras dormían en sus camas en su hacienda de las montañas. Según el investigador, los culpables fueron unos bandidos, aunque las autoridades locales no lograron dar con ellos. Por lo visto, desaparecieron en los montes sin más.» En fin, yo, por supuesto, me quedé conmocionada por esa historia, pero también un tanto fascinada. En Cornualles nunca ocurría nada ni remotamente igual de emocionante. He de perdonar a la niña de diez años que fui, pero no pude evitar recrearme en los detalles macabros y le

rogué a mi abuela que me contara más. –Florence miró a Anna con una expresión de disculpa.

–¿Fue asesinada? –repitió Ed, horrorizado.

–Eso me temo –respondió Florence–. La noticia llegó a la prensa londinense, muy probablemente porque mi bisabuelo, John Trebithick, había sido un conocido coleccionista de plantas. La abuela me enseñó el recorte. Lo tengo en un álbum en algún sitio, creo.

–Pero ¿y su bebé? ¿No ha dicho que tuvo un bebé? –preguntó Anna.

–Sí, así es. –Florence apretó los labios en una severa línea. Vaciló, cerró los ojos por un momento, y luego, al abrirlos, añadió–: Tendrán que disculparme. De repente me ha entrado un gran cansancio.

El sol penetraba a raudales por la puerta balconera y recalentaba la sala atestada. Era verdad que la anciana parecía extenuada, como si los recuerdos y la narración hubieran consumido toda su energía. Estaba pálida y la mano le tembló un poco cuando se llevó la taza a los labios.

–¡Vaya por Dios! –dijo al caer en la cuenta de que estaba vacía.

–Lo siento –dijo Anna–. La hemos agotado.

–Por desgracia, tenemos que volver a Londres esta tarde –dijo Ed.

–De hecho –empezó a decir Anna, sorprendiéndose por tomar una decisión tan repentina–. Podría quedarme unos días más. Me encantaría dedicar un poco más de tiempo a hablar con usted, si es posible, señorita Deverell.

–Claro, sería un placer. –A la anciana se le iluminó el rostro ante la perspectiva–. Pero ahora me vendría bien tumbarme un rato, me parece. Ya no tengo la energía de antes, me temo.

Ed miró a Anna con expresión interrogativa.

–¿Cómo te desplazarás?

–Ah –dijo ella, sin saber qué contestar.

–¿Dónde te alojas, querida?

–En el hostel del siguiente pueblo, Smugglers Arms.

–Entonces no hay problema –dijo Florence de manera concluyente–. Te pasaré a recoger mañana por la mañana y hablaremos un rato más.

–¿Todavía conduce? –preguntó Ed con incredulidad.

–Aún no estoy en la tumba, joven –lo reprendió–. Aunque solo me muevo por los alrededores, lo justo para hacer la compra.

–Gracias –dijo Anna–. Me gustaría mucho seguir hablando con usted.

–Y yo disfrutaré de la compañía –declaró Florence–. Y ahora, si me

disculpáis...

—En fin, ha sido todo muy interesante, ¿no? —comentó Ed mientras se dirigían al coche.

Anna se había detenido a admirar los pétalos de color azul violáceo ribeteados de un iris barbado en el jardín delantero. Miró a Ed con los ojos brillantes.

—Lo sé. Me cuesta creerlo. —Se interrumpió—. Mmm... ¿Crees que podríamos volver a Trebithick Hall antes de que te vayas? Y no te importa que me quede unos días más, ¿no? O sea, te agradezco mucho que hayas venido aquí conmigo, pero tengo la sensación de que todavía no puedo marcharme.

—¿Cómo va a importarme? —contestó Ed—. No has hecho más que empezar a desenredar este misterio. —Le guiñó el ojo—. Pero espero que me pongas al día con regularidad.

—Gracias, lo digo en serio. Por todo. Realmente has hecho mucho más de lo que debías, sobre todo teniendo en cuenta que prácticamente no nos conocemos.

Él pareció dolido.

—Yo no diría que prácticamente no nos conocemos, Jenkins.

—No lo decía en ese sentido. Claro que no. —Ella lo agarró del brazo—. De verdad que estoy muy, muy agradecida.

Dio la impresión de que Ed aceptaba su explicación.

—Vamos, nos queda alrededor de una hora antes del almuerzo, y luego tendré que ponerme en marcha por fuerza. Voy a encontrarme mucho tráfico si salgo demasiado tarde.

Recorrieron los pocos kilómetros que los separaban de Trebithick Hall, donde ese domingo por la mañana se conglomeraba un numeroso público dispuesto a disfrutar del radiante día.

—Voy a dar una vuelta por los jardines —dijo Ed—. Hay unos ejemplares especialmente magníficos de *Camelia sinensis* a los que me gustaría echar otro vistazo.

Anna asintió con una sonrisa.

—De acuerdo —dijo, complacida de ver que la pasión de él por las plantas

era comparable a la suya—. Yo prefiero ver la casa un poco mejor. ¿Qué te parece si nos encontramos en la entrada dentro de una hora?

Anna volvió a acceder al vestíbulo fresco y oscuro. Se detuvo otra vez ante el retrato de Augusta, y sintió otro estremecimiento ante el parecido. Había llegado tarde a la visita guiada, pero se contentó con pasear por las salas, transportada a un entorno doméstico acaudalado de finales de la época victoriana. Era una residencia magnífica, muy distinta de todo lo que había visto en Australia. Las dimensiones de las estancias fue lo que más la impresionó, por sus altísimos techos, pero, como Florence Deverell había afirmado, debían de ser muy difíciles de calentar en invierno, sobre todo cuando no se disponía del servicio necesario para mantener las chimeneas encendidas en todas las habitaciones.

Había incluso un cuarto infantil, provisto de una casa de muñecas, un caballito con balancín y un tren. ¿Habrían pertenecido a Elizabeth y Georgiana?, se preguntó. ¿O se habían añadido después para conferir un ambiente de época al lugar? Muy probablemente sería esto último, pero Anna se permitió imaginar la primera posibilidad. Resultaba extraño pensar que en otro tiempo hubieran resonado en esos espacios sus risas infantiles y sus rápidas pisadas.

Después de visitar los dormitorios, regresó a la majestuosa escalera principal y fue a dar a la biblioteca. Cientos de volúmenes encuadernados en piel revestían dos de las paredes. La tercera tenía ventanas que daban al jardín, y en la última colgaban acuarelas enmarcadas. Reconoció el estilo de inmediato, aunque algunas presentaban menor grado de detalle que las del cuaderno de dibujo. Había un estudio especialmente hermoso de una flor de rododendro escarlata, el detalle de los pétalos y el tallo minuciosamente dibujado. En ese momento tomó plena conciencia de la magnitud de lo que le había acaecido a Elizabeth. Su audacia y valentía por haberse aventurado a viajar a un lugar tan lejano, y la gran tragedia de que su vida —y su manifiesto talento— se hubiese visto truncada de manera tan brutal.

—Aquí estás —dijo Ed, acercándose desde detrás y apoyando una mano en su hombro.

Anna se sobresaltó al notar su contacto.

—Mira esto, Ed. —Señaló las acuarelas de la pared.

Él siguió con la mirada la dirección que ella le indicaba.

—Sí, sin duda son de la misma artista, ¿no crees? —coincidió—. Aunque son

obras un poco anteriores, según parece. Desde luego, se advierte la evolución de su talento en las acuarelas posteriores del cuaderno de dibujo. Aun así, son impresionantes.

Anna esbozó una triste sonrisa.

—Qué lástima que no llegara a desarrollar todo su potencial.

Valparaíso, 1887

Los montoneros registraron la casa. Con sigilo, pero a fondo. De habitación en habitación, retiraron la ropa de las camas, revolvieron las cómodas en la oscuridad.

Registraron en vano, luego se reagruparon y se disponían a entrar en las dependencias vacías de los criados cuando oyeron un ruido. El llanto de un bebé. Sin pronunciar palabra, se detuvieron en seco. El cabecilla dirigió una indicación a los otros con la mirada. El caballero les había pagado la mitad de la enorme suma cuando aceptaron el encargo. Era más dinero del que verían en un año. La cantidad restante se la entregaría cuando le llevaran el trofeo. El cabecilla alzó la mano y luego señaló hacia la puerta. El mensaje estaba claro. No se quedarían para completar la tarea. Habían sido incapaces de encontrar lo que el caballero había descrito y no se mancharían las manos con la sangre de una criatura inocente. En silencio, los hombres siguieron a su jefe escalera abajo y salieron de la casa tal como habían entrado, por la ventana de uno de los salones.

Todo había ocurrido en el transcurso de una hora. Los montoneros se alejaron al galope y la creciente capa de nieve cubrió lentamente las huellas de sus pies y de los cascos de los caballos, hasta que no quedó el menor rastro de por dónde habían llegado ni hacia dónde se habían ido.

Daisy, que se había levantado para llevar a Violeta junto a Elizabeth, encontró los cadáveres. Al principio, no notó nada anómalo, ya que la luz de su farol era poco más que un parpadeo. Tendió el brazo para despertar a su señora y se sorprendió al percibir en los dedos algo húmedo y caliente. Al mirarse la mano, no pudo dar crédito a sus ojos. ¿Sangre? ¡Muchísima sangre! Levantó más el farol y vio a Elizabeth, su piel espectral en contraste con la

sangre oscura. Curiosamente, tenía en el rostro una expresión plácida, como si solo estuviera dormida. Y allí estaba el señor Flores, la mancha de sangre como una flor en la tela blanca del camisón. Lanzó un chillido desgarrador, como si la voz brotara por propia voluntad de su garganta ante aquella horripilante imagen. Violeta, entre sus brazos, empezó también a berrear, y Daisy, estrechándola contra su pecho, se dio la vuelta para que la niña no viera los cadáveres de sus padres. Al hacerlo, advirtió la presencia de unas flores, esparcidas al pie de la cama, relucientes en la oscuridad. Lirios de un blanco puro en forma de trompeta. La recorrió un escalofrío y los gritos se le ahogaron en la garganta. Sabía lo que significaban. Sabía quién era el responsable de aquello. Corrió de habitación en habitación, adivinando ya lo que encontraría. El señor Flores. Y luego Sofia, la hermosa Sofia. También ellos yacían sin vida, degollados, con la sangre encharcándose y oscureciéndose bajo sus cuerpos aún calientes. Nada podía hacerse por ninguno de ellos.

Todavía con Violeta contra el pecho, arrojó el contenido de su estómago en una palangana que había sobre una cómoda en la habitación de Sofia. Luego se enjugó la boca con mano trémula a la vez que ponía en orden sus pensamientos.

—Calla... Ahora, calla. —Meció a la bebé, que lloraba de hambre.

Pensó intensamente. Tenía que marcharse de allí. Tenía que velar por la seguridad de Violeta. Y por la valiosa planta de Elizabeth, la causa de aquella pesadilla. Recorrió a toda prisa el pasillo hasta la habitación de la niña y la puso en su hamaca de piel de borrego.

—Calla, pequeña, solo será mientras preparo las cosas —susurró.

Milagrosamente, el bebé dejó de llorar. Daisy reunió unos cuantos vestidos y ropa interior, y los metió en un viejo saco de harina antes de regresar a por la caja y el cuaderno de dibujo de Elizabeth. Quienquiera que los hubiese asesinado a ella, al señor Flores y a su familia no había encontrado lo que buscaba. Ahora le correspondía a Daisy asegurarse de que nunca lo hallaran.

Avanzó sigilosamente por el pasillo y, mientras bajaba por la escalera, percibió una corriente de aire gélido. Se llevó un susto de muerte al oír el

chirrido de los goznes de la puerta. Aguardó unos segundos, sin atreverse casi a respirar. Era solo el viento.

Había abrigado tanto como pudo a Violeta y se había puesto la gruesa capa de su señora, cuya capucha se ciñó a la cabeza de tal modo que apenas podía reconocerse que era una mujer. Le proporcionaría calor y anonimato en su viaje, pero además recordó que había ayudado a Elizabeth a coser dinero en el dobladillo. Podía necesitarlo en las semanas venideras.

Para acarrear a la niña, se la sujetó contra el torso mediante una resistente tira de tela a la que dio varias vueltas y, al salir, la cubrió con la capa. El paisaje parecía resplandecer en el claro de luna. Ahora nevaba poco, pero vio las huellas de varias personas alejarse de la estancia por el camino que llevaba a las montañas. Se santiguó y rezó para que los asesinos no regresaran. Su única esperanza de huida era tomar por el otro camino, el que llevaba a Santiago. Ir a Valparaíso y pedir ayuda a los Campbell sería un error; tenían muchos contactos en la ciudad y la noticia de su presencia llegaría sin duda a oídos del señor Chegwidden. Su única opción era viajar a Santiago, donde esperaba encontrar al señor Williamson.

Daisy llegó a los establos y se aproximó al más tranquilo de todos los caballos, una yegua zaína a la que con buenas maneras logró colocar una brida que encontró colgada de la pared de la cuadra. Torpemente, echó una silla de montar al lomo del animal y luego colgó la caja y sus sacos a los lados. Se acercó a un poste de enganche que utilizó como punto de apoyo para encaramarse a la montura, procurando no perturbar a la niña acurrucada contra su pecho.

El viaje a Santiago fue lento. El caballo se abrió paso en la oscuridad, y Daisy, resistiéndose a la tentación de estimular a la yegua, confió en el buen juicio de esta para llevarlas sanas y salvas a su destino. Se tensaba cuando percibía el menor movimiento cerca de ella entre la hierba, y empuñaba las riendas con tal fuerza que se le hincaron en la piel de las palmas de las manos. Apenas notó el dolor. Por suerte, Violeta, arropada con la mochila improvisada, dormía ajena a su entorno.

Cuando empezó a clarear, llegó a una posada donde pudo dar descanso a su caballo y buscar refugio durante unas horas. Obligando a la yegua a aflojar el paso, se aproximó con cautela. Desmontó, atenta a la bebé sujeta en torno a su cintura, y desató los sacos y la caja, que se llevó consigo. Violeta, todavía amarrada a ella, empezó a gimotear.

–Calla, pequeña. Enseguida te conseguiré algo de comer –dijo para tranquilizarla.

Daisy entró en la posada y se alegró de haber tenido la precaución de llevarse la bolsa de pesos de Tomás. Entregó unos cuantos billetes, suficientes para ocupar una habitación durante unas horas, valiéndose del poco español que conocía para transmitir sus necesidades. Mantuvo a la bebé oculta bajo la capa, rezando para que no se echara a llorar.

Daisy llegó a la habitación y se dejó caer en el delgado colchón, donde movió los dedos ateridos hasta que empezó a recuperar la sensibilidad de las manos. Al hacerlo, la traspasaron intensas punzadas de dolor, pero apenas se permitió notarlas. En cuanto pudo, comenzó a desenvolver torpemente la tela que sujetaba a la niña, hasta que logró desprendérsela y tomarla en brazos. Violeta había empezado a berrear. Daisy abrió uno de los sacos y extrajo una bota con leche. Se echó un poco a los dedos y dejó chupetear a la niña.

–Ya lo sé, cielo, pero es lo máximo que puedo hacer –dijo, a la vez que se mecía con ella hacia atrás y hacia delante.

Al notar el sabor de la leche, Violeta enseguida se calmó.

Mientras la niña bebía, Daisy, agotada, se tendió a su lado. El sueño la arrastró en su oscuro abrazo sin darle tiempo a revivir el horror de las horas anteriores.

Cornualles, verano de 2017

Ed llevó a Anna de vuelta al hostel, y encontraron un lugar al sol. Como la terraza estaba llena, tardaron un rato en servirles, pero a Ed no pareció importarle el retraso. Mientras pasaban el rato tomando sendas jarras de Doom Bar, Anna se relajó, feliz en su compañía. La hizo reír como no se reía desde hacía años. Sin darse cuenta, empezó a fijarse en cómo se le arrugaban las comisuras de los ojos cuando sonreía. Tomó conciencia de la proximidad de sus piernas debajo de la mesa, de sus manos grandes y cuadradas cuando se cerraban en torno a la jarra y la forma en que el cabello le caía atractivamente sobre los ojos pese a sus continuos esfuerzos por apartárselo. No quería que esa tarde terminara y, a pesar de lo que había dicho anteriormente, Ed no parecía tener prisa por iniciar el viaje de regreso a Londres. Solo cuando las sombras empezaron a alargarse, cayó en la cuenta de la hora que era.

–Ahora sí que tengo que irme –anunció de mala gana.

–Claro. Y gracias de nuevo.

–No, soy yo quien debe darte las gracias a ti por permitirme acompañarte. Salir de la ciudad ha sido un soplo de aire fresco. Por no hablar ya de la oportunidad de haberte conocido mejor, Jenkins. Puede que tengas tantas espinas como una *Parodia magnifica*, pero cuando te abres eres tan hermosa como su flor.

–No me vengas con zalamerías botánicas –replicó ella con una sonrisa.

Salieron al aparcamiento y Anna, cohibida, pateó la gravilla, sin saber cómo despedirse de Ed. Para su sorpresa, él la estrechó en un abrazo y permanecieron entrelazados durante un momento. Anna se permitió disfrutar de la reconfortante sensación de estar rodeada por sus brazos.

–Ya me contarás mañana cómo ha ido todo –dijo él después de soltarla y abrir la puerta del coche–. Y no vayas por ahí asustando a los lugareños con esas mallas de pavo real.

–¡Eso precisamente me propongo hacer! –exclamó Anna cuando él

arrancaba, sintiendo que un trozo de sí misma se iba con él.

Abandonó la idea de dar un paseo para ayudar a digerir la comida y optó por regresar a su habitación. Poco espaciosa, tenía el techo abuhardillado y una ventanita por donde se veían los tejados del pueblo y una limitada porción de mar. Encendió el hervidor y sacó el diario del bolso. El diario de Marguerite. Había leído un poco más, y ahora conocía nuevos detalles de la vida de Marguerite y de la evolución de Lily; la fascinaba ir descubriendo los primeros pasos en la vida de su bisabuela.

Al parecer, después de su llegada a Sídney, Marguerite solo escribió en el diario cada ciertos años. En la parte que estaba leyendo, Lily tenía cinco años y estaba a punto de empezar a ir al colegio. «Está bien que aprenda las letras, porque yo nunca me he alegrado tanto como cuando las aprendí. Me acuerdo de la señorita Elizabeth...»

Anna, asaltada por una súbita emoción, se interrumpió. Esa era la primera vez que se mencionaba a Elizabeth, de eso estaba segura. Pero ¿cuál era la relación entre ellas? Al principio, Anna había pensado que Elizabeth y Marguerite podían ser la misma persona, pero esa teoría ahora quedaba descartada. Volvió a fijar la mirada en la hoja y siguió leyendo. «Recuerdo que la señorita Elizabeth me enseñó las letras en el largo viaje a América del Sur. Yo temía no volver a ver tierra; nos zarandeamos como madera a la deriva durante muchos días y noches. Tener algo en que ocupar mis días fue una bendición.»

Así pues, Marguerite y Elizabeth habían viajado a Chile juntas. El misterio iba saliendo a la luz como si se desplegara a la inversa una figura de origami, y cada pliegue revelara una nueva faceta de la historia.

Siguió leyendo. Marguerite volvía una y otra vez al hombre a quien temía, preguntándose si continuaba en libertad. Aparecía un nombre, que a Anna le costaba descifrar. Podía ser Damien Chegwibben, o Chegwidden. La tinta se había descolorido en algunos sitios y dificultaba la lectura.

Anna estaba impaciente por hablar con la señorita Deverell a la mañana siguiente. Con toda seguridad ella podría arrojar cierta luz sobre quién podía haber acompañado a Elizabeth en ese largo viaje. Se planteó por un momento telefonar a Ed para informarle de este nuevo avance, pero consultó el reloj y calculó que aún estaría en la carretera. Tendría que esperar.

Anna siguió leyendo, pero no encontró más referencias a Elizabeth, y

empezaron a pesarle los párpados, hasta que al final se le cerraron, arrullada por el repentino tamborileo de la lluvia en el tejado.

No despertó hasta última hora de la tarde, cuando el estómago comenzó a recordarle que era hora de comer otra vez. Así que se atrevió a bajar sola a la taberna, donde se sentó a la barra y charló con el dueño, el hombre que los había acompañado a sus habitaciones.

–¿Es usted australiana? –dijo él con un encantador acento de Cornualles.

–Exacto –contestó ella–. Estoy solo de visita.

–¿Y qué le parece esto?

–Me gusta mucho –respondió Anna–. Pero apenas he tenido tiempo de explorarlo. Ayer fuimos a Lady Luck Cove. Un lugar precioso.

–Sí –coincidió él, y puso ante ella un pastel de carne y un plato de patatas fritas–. Esa cala es uno de los lugares preferidos de la gente de aquí, sobre todo de las parejas de novios.

Anna se sonrojó al recordar la sensación de estar sentada muy cerca de Ed mientras contemplaban el parpadeo y el resplandor de las llamas del fuego.

–Y hemos ido a la casa, Trebithick Hall.

–Trebithick Hall... Mi familia trabajaba allí, bueno, hace muchos años. Mi bisabuelo, James Banks, era el caballero, y mi bisabuela el ama de llaves, y más tarde mi abuelo también sirvió en la casa. Eso fue antes de que la familia se arruinara, claro. Entonces despidieron a todos los criados y vendieron gran parte de las tierras.

–¿Conoce alguna anécdota sobre John Trebithick y sus hijas, Georgiana y Elizabeth? –preguntó Anna, avivado su interés de pronto por la conexión entre el tabernero y la casa.

–Pues sí. Cuando la señorita Elizabeth desapareció, y la señorita Daisy también, fue un auténtico escándalo. Mi abuelo me lo contó cuando era niño.

–¿La señorita Daisy?

–Era la doncella que viajó con la señorita Elizabeth. Nadie se explicaba por qué tuvieron que irse dos jóvenes prácticamente solas a la otra punta del mundo. Aunque está claro que los tiempos han cambiado, desde luego –añadió, y la señaló.

–Sí, supongo –coincidió ella a la vez que se le aceleraba el pensamiento–. ¿No recordará, imagino, el apellido de la doncella? –preguntó, esperanzada.

Él se rascó la cabeza y al final respondió con un gesto de negación.

–No. Ni remota idea, lo siento. Lo mejor que puede hacer es hablar con la

señorita Deverell. Vive cerca de Trevone. Es el único miembro superviviente de la familia.

—Gracias —dijo Anna con una sonrisa.

Otros clientes reclamaron el servicio del tabernero desde la otra punta de la barra. Anna se acabó el pastel y apuró la jarra de Doom Bar; se había aficionado a la cerveza desde que Ed se la dio a conocer.

Como no le apetecía volver a su habitación, salió a la tenue luz vespertina y sintió el repentino deseo de tomar por un camino que atravesaba el mosaico de campos verdes y dorados en dirección al mar. Aunque había parado de llover, la hierba silvestre que invadía el camino pronto le empapó las piernas. Aspiró el aire fresco del anochecer, impregnado del aroma dulce y jabonoso de la zanahoria silvestre y el trébol. Cuando superó un murete con peldaños que separaba dos campos, procurando no tocar las ortigas que rodeaban la base, alzó la vista y vio una bandada de golondrinas que se abatían para posarse. Sonaron las campanas de la iglesia del pueblo, una armonía descendente que resonó por los alrededores. Siguiendo el sonido, se aventuró a entrar en el camposanto, donde antiguas lápidas cubiertas de líquen se alzaban ladeadas por efecto de los movimientos del terreno a lo largo de los años. Leyó los nombres, hasta llegar por fin a la zona de la familia Trebithick. Allí estaba John Trebithick, enterrado junto a su esposa, la «muy querida Augusta Rose». Un poco más allá se hallaban las tumbas de Georgiana y Robert Deverell, luego las de George y Penelope, las losas de estas mucho más nuevas, oscuras y lustrosas. Una ráfaga de viento atravesó el camposanto, agitando las hojas del castaño de Indias, y Anna, pese al templado anochecer, se estremeció. Elizabeth no tenía lápida. Anna la imaginó enterrada quizá en una ladera chilena, a miles de kilómetros de allí, pero con el hombre a quien había amado. Se quedó allí hasta que cesaron las campanadas y oyó las voces de las personas que salían de la iglesia. Se había acabado el oficio.

Volvió sobre sus pasos y dobló en dirección al mar. Cuando alcanzó a ver el azul profundo e insondable, sintió que la invadía una profunda paz. No se molestó en poner en duda lo que sentía, una poderosa conexión con ese lugar donde había pasado apenas cuarenta y ocho horas. No se resistió a lo que normalmente habría descartado por considerarlo una fantasía. Una fantasía de retorno a casa.

Bajó con dificultad por el camino rocoso hasta la cala donde Ed y ella habían ido de pícnic el día anterior. Ahora, igual que entonces, estaba vacía.

Anna se apartó de la cara el pelo, pegajoso a causa del salitre y el sudor del paseo, se quitó la camiseta y a continuación se descalzó y desabrochó el pantalón corto apresuradamente para no darse ocasión de cambiar de idea. Tras respirar hondo, corrió hacia el agua y se sumergió hasta la cintura. Al acercarse una ola, se agachó y luego se irguió, ahogando una exclamación por la impresión del frío, pero esta vez no volvió a la orilla. Con determinación, siguió avanzando hasta que el agua le llegó al cuello y ya solo podía tocar el lecho arenoso con las puntas de los dedos de los pies. El frío era estimulante.

Cornualles, verano de 2017

Anna regresó a su habitación, mojada y cubierta de arena, pero refrescada después de su gélido baño. Tras una ducha caliente, se acomodó en la cama y abrió el diario de Marguerite. Solo le quedaban unas pocas páginas por descifrar.

«No puedo irme a la tumba sin contar la verdad, y debo, pues, quitarme ese peso de encima aquí... –Anna leyó despacio, tropezando una y otra vez con la tenue caligrafía–. Si mi señora Elizabeth no hubiera perecido...»

Ah. De pronto le pareció evidente. Marguerite era Daisy, la criada de Elizabeth. Claro. Anna se dio una palmada en la frente para sus adentros. La verdad había estado oculta a la vista de todos: *marguerite* y *daisy* querían decir lo mismo: «margarita».

«... Puesto que, si ella aún respirase, Lily estaría con su madre, como debería ser.»

En su estupefacción, Anna sintió vértigo. Lily era la hija de Elizabeth. La hija que Florence había mencionado. No se lo podía creer. Lily, la bisabuela de Anna, la madre de la abuela Gus. Un hormigueo de adrenalina le bajó hasta los dedos de los pies. ¿Le habría contado Marguerite a Lily alguna vez la verdad sobre su parentesco? Imposible, o de lo contrario la abuela Gus lo habría sabido, ¿no? Estaba también el detalle de los hoyuelos de Augusta; Anna sabía, por sus clases de biología en el instituto, que se heredaban genéticamente. Pero muchas personas los tenían; eran sumamente comunes. Los tenían tanto Gus como las sobrinas de Anna. Soltó el diario y, echando mano al móvil, deslizó la pantalla hasta encontrar el número de su madre.

No contestó. Consultó la hora. Tres de la tarde en Sídney.

Probó otro número. Tampoco su hermana contestó. Claro, era la hora de recoger a las niñas del colegio.

Anna se planteó telefonar a Ed, pero eran casi las doce de la noche y no le pareció bien molestarlo. Tendida en la cama, se arremolinaron en su

pensamiento las nuevas posibilidades introducidas por esa información. Si eso era verdad, significaba que estaba emparentada con Florence Deverell. ¿Cómo se tomaría Florence la noticia? ¿Lo creería siquiera?

El sol proyectaba haces de intensa luz entre las cortinas descorridas de la ventana, y Anna oyó el sonido chirriante de los barriles de cerveza que descargaba una furgoneta de reparto en la bodega de la taberna. Por un momento permaneció allí tendida escuchando los suaves trinos de las aves al otro lado de su ventana, con una sensación de calma y certidumbre. Parpadeó y recordó el diario, y lo buscó a tientas en la cama.

Al cabo de dos horas, estaba sentada a una mesa en la terraza de la taberna, disfrutando del sol de la mañana. Esperaba con inquietud el coche de Florence y se sobresaltó al oír el ruido de un motor que traspasó la quietud de la aldea. Sonó un alegre bocinazo y la anciana la saludó a través de la ventanilla de un montón de chatarra que se caía a trozos. El guardabarros delantero colgaba por un extremo y la ventanilla del acompañante no tenía cristal.

—Hola, querida. Me alegra ver que estás ya preparada a la hora prevista. La puntualidad es una virtud, ¿no crees?

—Sí, desde luego —coincidió ella, sonriendo para sus adentros.

Poco después salían de la aldea como una exhalación, y Anna, agarrada desesperadamente al asidero, pensó que Florence bien podía parecer una afable anciana, pero conducía como un piloto de carreras. Estuvieron a punto de atropellar a varias ovejas sueltas en la estrecha carretera rural delimitada por altos setos que llevaba a Trevone.

—Las he encontrado —gritó Florence para hacerse oír por encima del rugido del motor—. Las cartas de Elizabeth Trebithick dirigidas a su hermana, mi abuela. Puedes leerlas cuando llegemos a casa.

—Ah, bien —dijo Anna, sujetándose con fuerza al asidero de la puerta otra vez cuando Florence viró a gran velocidad en una curva cerrada, ajena a la línea continua que separaba los dos carriles de la carretera.

—Voy a poner el hervidor —anunció Florence cuando se detuvieron en seco

frente a la casa—. Podemos sentarnos fuera; hace una mañana magnífica.

Anna, temblorosa, la siguió por el sendero del jardín.

—Ya hemos llegado —dijo, y la guio hacia el jardín trasero, que era una bonita maraña de pensamientos de intenso color violeta, zinnias escarlatas, y caléndulas y capuchinas anaranjadas.

Cuando Anna se sentó, dando vueltas al diario entre las manos, no pudo por menos que sonreír al pensar que a la abuela Gus le habrían encantado los colores. Las dos mujeres se parecían mucho. Pero es que, claro, eran primas, se recordó Anna.

Al cabo de un rato, Florence apareció con té y un sobre de color beis en una bandeja.

—Donamos muchos objetos de la familia a Patrimonio Nacional —explicó—. Pero mi abuela no soportó la idea de desprenderse de esto. Pero ten cuidado; me temo que están ya muy frágiles.

Anna abrió con delicadeza el sobre y extrajo varias hojas de papel fino plegadas.

—Dios mío —exclamó—. Es asombroso que se hayan conservado.

Florence asintió con la cabeza.

—Desde luego. Es lo último que supimos de ella. Rebosan amor y júbilo, lo cual, supongo, es un relativo consuelo.

Anna leyó la primera carta y se sintió transportada a una fiesta en una estancia chilena. En ella Elizabeth describía el banquete y el baile, que se prolongaron hasta el amanecer. En la otra, Elizabeth hablaba afectuosamente de su flamante esposo, asegurando a su hermana que era un buen hombre, además de apuesto y fuerte. «Ante eso nada puedo hacer», añadía. Anna sonrió al apartar la vista de las hojas.

—Señorita Deverell...

—Llámame Florence, por favor. Al oír «señorita Deverell» tengo la sensación de que me habla uno de mis alumnos.

—Florence —dijo Anna—. Yo también he traído algo que debes ver tú. Ya te comenté que una de las cosas que había encontrado era un diario. Anoche acabé de leerlo. Lo escribió una tal Marguerite, a lo largo de las décadas de 1880 y 1890. Cuenta cómo llegó a Sídney para iniciar una nueva vida ella sola.

—Eso no lo entiendo —dijo Florence, desconcertada—. En la familia nunca hubo nadie llamada Marguerite, y desde luego no en esa época.

–Llevaba una niña consigo. Yo suponía que era su hija, Lily –prosiguió Anna–. No descubrí la última parte de la historia hasta ayer. Mira... –Abrió el diario en las últimas páginas–. La letra es un poco complicada, pero creo que deberías leer al menos esto.

Florence parecía intrigada cuando aceptó el libro de manos de Anna. Se puso las gafas en la punta de la nariz y lo escrutó.

–Dios bendito, apenas puedo verlo, la tinta es muy tenue. ¿Te importaría leérmelo en voz alta?

–En absoluto –respondió Anna–. «Mi señora Elizabeth...»

Florence abrió mucho los ojos en un gesto de asombro.

–«... me hizo jurar que cuidaría de Lily si le ocurría alguna desgracia. Por supuesto, nunca imaginé que tendría que cumplir esa promesa.»

–Dios bendito –la interrumpió Florence–. ¿Puede ser cierto? –La anciana se enjugó con la manga los ojos legañosos, que parecieron humedecerse. Las dos mujeres se miraron. Se quedaron sin palabras.

Anna oía el zumbido de las abejas en las flores y el reclamo de un pájaro por encima de ellas. El tiempo pareció detenerse.

–¿Puede ser esto cierto? ¿Realmente? –repitió Florence.

–Tiene que serlo, creo –dijo Anna.

Cornualles, verano de 2017

Anna sirvió té para las dos y esperó las preguntas de Florence. Apenas había tomado un sorbo cuando estas se sucedieron atropelladamente.

–¿Tu familia en Australia? ¿Tu abuela?

–Mi abuela se llamaba Gus, Augusta –contestó Anna–. A su madre no la conocí, pero se llamaba Lily. Estoy segura de que esa es la misma Lily que llegó con Marguerite a Australia en la década de 1880.

–Entonces somos parientes –dijo Florence con un amago de asombro en la voz–. Ramas del mismo árbol, separadas por un hemisferio.

–Sí, creo que debemos de serlo –confirmó Anna.

–¿Tienes hermanos o hermanas? ¿Tus padres...?

–Mi madre, Eleanor, fue la única hija de la abuela Gus, y tengo una hermana, Vanessa, con tres hijas, Fleur, Ivy y Jasmine... Ya lo sé, el tema floral parece recurrente en la familia, de un modo u otro. –Se rio–. Pero mi padre no está ya con nosotras. Murió cuando yo era niña.

–Lo siento, Anna. ¿Y tú tienes hijos? No se me había ocurrido preguntártelo.

–No.

–Bueno, hay tiempo de sobra –repuso la anciana–, aunque puede que prefieras no tenerlos. Ese fue mi caso, desde luego, aunque ahora me pregunto si hice bien. Bueno, descubrí que prefería mi propia compañía. Pero –dirigió una radiante sonrisa a Anna– qué maravilla descubrir ahora que tengo una prima. Por lejana que sea.

–Supongo que así es. –Era casi como si, de una manera extraña, hubiera recuperado una parte de la abuela Gus–. Aunque mi impresión es que más bien eres una especie de tía abuela.

–Te pareces mucho a ella, ¿sabes? –observó Florence–. Pensé en comentártelo antes, pero me dije que era simplemente la fantasía de una vieja.

–¿A quién?

–A Augusta. El retrato que hay en la casa. Eres casi la viva imagen de ella.

–Puede que tengas razón. Pensé que eran imaginaciones mías la primera vez que vi el cuadro –reconoció Anna–. Pero Ed también lo mencionó.

–En fin, me parece que esto requiere algo más fuerte que un té. ¿Tomarás un poquito de *whisky* conmigo, Anna?

Anna sonrió.

–¿Cómo no?

Dos vasos más tarde, Anna empezó a sentirse un poco mareada mientras el sol se elevaba en el cielo y el calor iba ya apretando. Algo había estado inquietándola en algún rincón de su mente desde que había leído el diario y había tomado conciencia de que Marguerite –o Daisy– había llevado a Lily a Australia.

–Por curiosidad –dijo a Florence–, ¿quién era el hombre que la amenazaba y por qué ella no volvió a Cornualles?

–¿Y no devolvió a Lily a su familia? –añadió Florence.

–Sí. Parece extraño que no lo hiciera. O sea, sé por lo que cuenta en el diario que temía por su vida; pero cabría pensar que algún día la traería de vuelta, o al menos se lo contaría a Lily.

–No olvides lo largo que era el viaje por aquel entonces: la travesía duraba meses, y no todo el mundo sobrevivía. No es como ahora, que puedes subirte a un avión y llegar en un día. O a lo mejor quería a Lily como si fuera su propia hija y, pasado un tiempo, no quería ni pensar en desprenderse de ella. ¿En Sídney llegó a casarse?

–Sí. En el diario menciona a un hombre que le gustaba, un tal Joseph Bailey, carpintero. Se casó con él.

–Bueno, tal vez esa fuera otra razón por la que no quiso marcharse. Se había labrado una nueva vida. Y no te olvides: en Inglaterra ella era una criada y probablemente siempre lo sería. En Australia podía crearse un futuro; allí tenía muchas menos limitaciones.

–Sí, vaya un secreto como para llevárselo a la tumba –comentó Anna, pensativa–. Debió de ser terrible.

–Todos tenemos motivos de arrepentimiento con los que convivir, pero coincido en que eso debió de pesarle mucho en la conciencia.

–O sea, mantuvo una mentira toda su vida –dijo Anna.

–Lo hecho, hecho está, querida, y de nada sirve intentar cambiarlo. Ahora, si no te importa, me parece que necesito un descanso –anunció Florence, y, vacilante, se puso en pie–. Pero después estaré de perlas. ¿Quieres quedarte a

cenar? Tengo un filete en la nevera y una buena botella de tinto que reservaba para una ocasión especial.

–Me encantaría –respondió Anna–. Pero ¿no debería irme y dejarte echar tu siesta?

–Llévate mi coche, querida. De hecho –añadió–, puedes quedártelo hasta mañana. No se me da muy bien conducir de noche.

Anna dejó escapar un suspiro de alivio. No se vería expuesta otra vez a la conducción de Florence, más temible aún después de un par de vasos de *whisky*.

–Si no tienes inconveniente, sería muy amable por tu parte.

Anna pasó la tarde explorando algunos de los pueblos de la zona, fascinada por las casas antiguas de piedra y pizarra que anidaban en el paisaje, como si se cobijaran del viento que soplaba desde el océano. Mientras daba un paseo a pie, intentó imaginar cómo debía de ser una infancia en esa costa rocosa y agreste; qué clase de persona habría sido ella. Todo un poco absurdo en realidad, porque ella no existiría si Daisy hubiese regresado a Cornualles con Lily. Al final, llegó a la conclusión de que no podía culparse a Daisy –Marguerite–, y que al menos había conservado el cuaderno de dibujo de Elizabeth y su propio diario, un rastro de migas que había permitido a Anna resolver el misterio, y la había llevado a Cornualles. ¿Cómo era aquello que siempre decía Fleur a voz en grito? «Déjalo estar... Déjalo estar...» Tal vez había llegado el momento de que ella también dejara estar algunas cosas.

Sus pensamientos se posaron en Ed y sacó su móvil para llamarlo. Saltó el buzón de voz, pero no dejó mensaje. Lo intentaría más tarde. Descubrió que echaba de menos sus afables bromas, por no hablar ya de esa sonrisa sesgada que hacía que se le contrajera el estómago cada vez que se la dirigía.

Florence pareció complacida al verla de nuevo cuando abrió la puerta de la calle y la abrazó afectuosamente.

–Hola, querida Anna –saludó.

En cuanto volvieron a tomar asiento en el jardín, Anna dijo:

–Hay otra cosa, algo que leí en el diario. Me he olvidado de mencionarlo antes.

–Ah, ¿sí?

–El nombre del hombre que amenazaba a Marguerite... Daisy. El apellido era Chegwibben o Chegwidden. Parecía especialmente preocupada por él. Comenta que temía que la persiguiera y les hiciera daño a Lily y a ella. Que le preocupaba dónde pudiera estar.

–Chegwidden, muy probablemente. No es un apellido raro en Cornualles. Conozco a una familia que se llama así, no muy lejos de aquí. Si no recuerdo mal, dos de las hijas pasaron por el colegio, niñas revoltosas pero simpáticas. Siempre pensé que podría haberles ido mejor de lo que les iba.

–¿No podrían ser de la misma familia?

Florence se encogió de hombros.

–Es más probable de lo que podrías pensar. ¿Y si lo buscamos en Google? –
Desapareció en el interior de la casa.

Anna ocultó su sorpresa cuando Florence regresó con un fino ordenador portátil plateado.

–A ver, ¿cuál era el nombre de pila?

–Damien. Con «e».

Florence deslizó sus dedos nudosos por el teclado.

–Clases de informática en el ayuntamiento del pueblo –explicó al advertir la expresión de asombro de Anna–. Ah, aparece un tal reverendo Arthur Chegwidden... No... Un Daniel Chegwidden buscado por alteración del orden en una taberna.

–¿Por qué no añades algún dato más? –propuso Anna–. ¿Damien Chegwidden y la palabra «plantas» o «botánica», quizá?

–Ah, sí, buena idea. De acuerdo, allá vamos. –Pulsó el ratón dos veces y empezó a leer–: Esto es de una web de historia, algo sobre escándalos botánicos en Inglaterra. Uy, esto podría ser interesante...

Anna se inclinó para leer junto con ella. «Damien Chegwidden, nacido en 1852, muerto en 1893, detenido y declarado culpable de contrabando de semillas. Murió en la prisión de Bodmin por causas desconocidas.»

–Cielo santo. ¿No pone nada más?

Anna esperó un momento mientras seguía leyendo.

–No, eso es todo. Qué decepción.

–Mmm.

–Ya lo sé, ¿y si fuera a la prisión de Bodmin? Seguro que conservan algún registro. Podríamos averiguar algo más a partir de eso.

–Anna, querida, lamento desilusionarte, pero ahora eso está en ruinas. No hay presos encarcelados allí desde los años veinte. Pero espera un momento, tengo una idea.

Florence volvió a entrar en la casa con determinación.

–Vamos allá –dijo cuando apareció de nuevo con un ajado listín de teléfonos–. Chegwidden C... Claire, se llamaba, estoy casi segura. Por suerte no debe de haberse casado y conserva el apellido. Tiene que ser ella. Dame tu teléfono y la llamaré.

Anna receló un poco del plan, pero le entregó obedientemente el móvil y observó mientras Florence marcaba.

Al otro lado de la línea alguien contestó y Florence quedó para la mañana siguiente. Anna apenas podía dar crédito a sus oídos. ¿Tan entretejidas estaban allí las cosas?

–Ahora dime, ¿tienes apetito, querida? –preguntó Florence a la vez que le devolvía el teléfono con cara de satisfacción.

—**S**eñorita Deverell, debo admitir que me sorprendió recibir su llamada anoche.

La mujer que se hallaba ante Anna y Florence tenía un bebé apoyado en la cadera y un niño de menos de dos años oculto detrás de sus faldas, que las miraba con la misma curiosidad que su madre. Con un pañuelo de papel roto en una mano, le limpió la nariz a la bebé antes de darse media vuelta y acompañarlas al interior.

–Es muy amable por tu parte recibirnos, Claire –dijo Florence mientras recorrían el pasillo.

–Debe de hacer más de quince años. No puedo decir que fuera de las mejores alumnas –comentó la mujer con un tono de disculpa en sus abiertas vocales de Cornualles.

–El tuyo fue mi último año. Lo recuerdo bien.

–Sí, por entonces no le veía mucha utilidad al colegio. –Las llevó a una cocina pequeña y luminosa y, tras sentar a la bebé en una sillita, fue a buscarle un vaso con boquilla. El otro niño se marchó a lo que parecía una sala de

estar, y pronto se oyó de fondo el parloteo de unos dibujos animados—. Ojalá se la hubiera visto. Puede que así no hubiera acabado sola y con dos criaturas.

—Siempre estás a tiempo, Claire. —La maestra que Florence llevaba dentro aún asomaba claramente.

Claire se encogió de hombros.

—¿Usted cree? ¿Con estos dos pegados a mis faldas? —Miró al bebé, que ahora aporreaba la bandeja de la sillita con el vaso.

—Esta es mi... Esto, mi amiga Anna, de Australia —la presentó Florence.

Claire enarcó las cejas.

—Has venido de muy lejos. ¿Les apetece un té? Pero tendrá que ser solo, se me ha acabado la leche.

Anna y Florence negaron con la cabeza.

—No te quitaremos mucho tiempo —dijo Florence—. Anna está investigando para un proyecto de historia. Yo la estoy ayudando,

—Ah, ¿y eso qué tiene que ver conmigo?

—Verás, ha mencionado que una de las personas que aparecen en su investigación es un hombre llamado Damien Chegwidan.

La mujer levantó aún más las cejas al oír su propio apellido.

—Vivió a finales del siglo XIX y, según parece, estuvo encarcelado en la prisión de Bodmin.

La mujer asintió.

—Conozco bien esa historia.

—Ah, ¿sí? —preguntó Anna.

—Sí. La oveja más negra entre las ovejas negras de la familia. A mi padre le gustaba bromear sobre él. Decía que si no andábamos con cuidado acabaríamos igual que el tataratataratío Damien, pudriéndonos en la cárcel. A mí me daba pavor.

—¿Y qué pasó? —preguntó Anna.

—Por lo que yo sé, era un ladrón.

—Ya, eso había deducido yo —comentó Anna—. ¿Robó semillas? Tampoco parece un crimen tan horrendo.

—En eso te equivocas —corrigió Claire, recreándose en su relato—. Según parece, por aquel entonces, el negocio de traer semillas y plantas a Inglaterra desde el otro lado del mundo daba mucho dinero. En Cornualles se cultivaban plantas poco comunes que luego se vendían a los jardineros de todo el país. El

caso es que, según mi padre, que se lo oyó contar a mi abuelo, pillaron a Damien Chegwidden en un asunto de contrabando de semillas traídas de América del Sur.

Anna y Florence cruzaron una fugaz mirada.

–Por lo visto, aunque nadie lo sabe con toda seguridad, lo mataron cuando estaba en la cárcel. ¿Por qué has dicho que lo investigabas?

–Ah, es un proyecto sobre buscadores de plantas del siglo XIX para... – Anna pensó con rapidez–. Para la universidad. Averiguar algo sobre Damien Chegwidden es una pequeña pieza del rompecabezas, pero interesante en todo caso.

–Bueno, me alegro de haber sido de ayuda. ¡Por Dios! –exclamó cuando el bebé se volcó toda el agua encima, empapándose el mono de tela de toalla–. Acabo de cambiarlo.

–No te entretenemos más –intervino Florence–. Pero aquí tienes mi número. –Entregó un papel a Claire–. Con mucho gusto te ayudaría si sigues estudiando, para orientarte en la dirección adecuada. A modo de agradecimiento, por decirlo de algún modo. Eras una alumna prometedora.

–Ah, ¿sí? –Claire pareció complacida por el cumplido.

Cornualles y Londres, verano de 2017

—**G**racias, Anna —dijo Florence en el coche, ahora con Anna al volante; después de la tensa experiencia anterior, la joven había insistido en conducir.

—¿Por qué?

—Por no decirle a Claire que Damien Chegwidden era, muy probablemente, un asesino además de un ladrón.

—Dudo que hubiera servido de algo. Tal vez se habría puesto a la defensiva. Al fin y al cabo, era pariente suyo, por lejano que fuese. Y según parece, se llevó su merecido.

—Eres una joven perspicaz, Anna. A veces la verdad no hace ningún favor.

—Pero ha sido mi búsqueda de la verdad lo que me ha traído hasta ti.

Florence le sonrió.

—Así es, y me alegro mucho de eso. Has resuelto un misterio, pero lo más importante es que me has dado la satisfacción de saber que la línea de los Trebithick perdurará después de mí, aunque sea en la otra punta del mundo. Es un consuelo mayor de lo que imaginas. Durante mucho tiempo he cargado con el peso de pensar que yo era la última. Me complace poder quitármelo de encima.

Anna asintió. Empezaba a comprender el alivio que producía quitarse pesos de encima.

—Supongo que debo volver a Londres —dijo Anna, entristeciéndose ante la perspectiva. Comenzaba a apreciar la agreste belleza de la costa de Cornualles, pese a la brevedad de su estancia allí, y le dolía marcharse tan pronto.

—Seguro que tu hombre te echará de menos —observó Florence.

—¿Mi hombre? Ah, ¿te refieres a Ed? No es «mi hombre», como tú lo llamas. En realidad, apenas nos conocemos.

—¿Estás segura? —A todas luces Florence tenía sus dudas—. Desde luego se lo veía muy interesado en ti.

Anna se sonrojó ante la insinuación.

–El caso es que solo voy a estar aquí unas semanas –se apresuró a aclarar–. Tengo una casa y un negocio que atender. –De repente su solitario piso ya no la atraía tanto.

–No me has dicho a qué te dedicas en Sídney.

–Soy jardinera. Bueno, mejor dicho, tengo un negocio de horticultura.

–Vaya, eso no me sorprende demasiado; vienes de una larga ascendencia de personas que, de un modo u otro, tienen buena mano para la tierra.

–Sí, supongo que así es. Mi abuela me enseñó el placer de cultivar cosas. Te habría caído bien, lo sé.

–No lo dudo, querida.

Anna detuvo el coche en el aparcamiento de Smugglers Arms.

–Vamos a comer. Invito yo –insistió–. Es lo mínimo que puedo hacer después de haberme ayudado tanto.

–Tonterías –protestó Florence–. Ha sido de lo más fascinante. Le has proporcionado a una vieja carcamal como yo algo en que poner la atención, aparte de las flores de la iglesia. Además, tengo una nueva pariente. Prima o sobrina nieta, lo que sea.

Pese a sus palabras, aceptó la invitación de Anna y se dieron un festín a base de bocaditos de hojaldre rellenos de salchicha, acompañados de refrescante cerveza fría, mientras Anna le hablaba a Florence de Vanessa y las niñas, incluso de Harvey, que, por alguna razón, de lejos no le resultaba tan detestable. Cuando terminaron, Anna dio un abrazo de despedida a Florence, pero le costó separarse de ella, porque no sabía cuándo volverían a encontrarse, si es que volvía a verla.

–Vete ya. Venga, no te me pongas sentimental. No soporto esas cosas –protestó Florence, malhumorada, cuando Anna se desprendió de ella.

Lo último que Anna vio de la anciana fue la parte de atrás de su cabeza, apenas visible por encima del asiento del conductor de su coche, cuando tomaba a toda velocidad una curva por el estrecho carril. En el lado equivocado de la carretera. Esa mujer debía de tener siete vidas, pensó Anna, sonriendo ante la jocosa escena.

Anna regresó a su habitación y se cambió las sandalias por unas zapatillas de deporte. Tenía billete para el tren a Londres de última hora de la tarde, pero antes de marcharse quería visitar Trebithick Hall por última vez. Un plan empezaba a cobrar forma en su cabeza y quería hablar con el jardinero jefe

para ver si era únicamente una fantasía suya o existía alguna posibilidad. La casa se hallaba solo a unos kilómetros y agradeció el ejercicio.

Cuando llegó a Paddington esa noche, cansada del viaje, se permitió ir en taxi a Richmond. Eran casi las doce de la noche cuando recuperó la llave que su anfitriona de Airbnb le había dejado y, con el mayor sigilo posible, subió a su habitación por la escalera. Quería telefonar a su madre, pero no podía arriesgarse a despertar con su voz al resto de la casa, que dormía. Había llamado a Ed antes de subir al tren y quedado con él al día siguiente por la tarde, después del trabajo. «Daremos un paseo en bicicleta por Richmond Park», había propuesto él, que colgó sin darle tiempo a ella a decir que no montaba en bicicleta desde que era niña. Las clases de *spinning* en realidad no contaban.

—¡Jenkins!

Ed atravesó los jardines a zancadas hacia Anna, que esperaba en la Puerta de Victoria, cuya imponente verja de recargada forja exhibía un emblema real en pan de oro de un león y un unicornio. Anna sintió un estremecimiento de emoción al volver a ver su paso largo, los anchos hombros y, cuando se acercó, el entrañable salpicón de pecas en la cara.

—¡Jenkins! —repitió él, tan obviamente complacido de verla como ella de verlo a él. La estrechó entre sus brazos y la levantó del suelo. Anna le devolvió el abrazo, y por un momento ninguno de los dos habló, sumidos el uno en el otro, saboreando la cercanía.

Por fin, al unísono, empezaron a hablar.

—¿Qué tal, Ed?

—¿Has vuelto sin percances?

Tras asegurarse los dos de que ambos estaban bien, Ed la tomó de la mano y se encaminaron hacia el paseo principal.

—¿Sabes que empiezan a gustarme? —comentó él, mirando las mallas de pavo real.

Anna le dio un leve golpe con el bolso.

–¡Ay! –exclamó él, doblándose por la cintura en un gesto teatral–. Supongo que me lo merecía.

Mientras se dirigían hacia la entrada del parque, Anna le contó el resto de su estancia en Cornualles.

–Resulta que Elizabeth era mi tataratatarabuela –dijo Anna–. Increíble, ¿no?

–No –contestó él con solemnidad–. Tenía que existir una razón para que la caja estuviera en la casa de tu abuela.

Al final, llegaron a un pequeño cobertizo de madera frente al cual había un soporte para bicicletas.

–Yo... Esto... Hace mucho que no monto en bicicleta –dijo Anna–. Posiblemente desde que era niña.

–Ah, eso no se olvida –dijo Ed con convicción–. Ya verás como no lo has olvidado.

Anna gimió.

Tras un comienzo vacilante, pronto encontró el punto de equilibrio. Al poco tiempo avanzaba ya a toda velocidad por el camino delante de Ed. Era un millón de veces más divertido que estar en una sala de *spinning* oscura entre gente sudorosa. Anna se soltó el pelo y disfrutó al sentir el roce del viento contra el cuerpo y notar en el aire el aroma de la hierba cortada.

–¡Afloja, Jenkins, esto no es el Tour de Francia! –gritó Ed.

Anna redujo un poco la marcha, para que él la alcanzara, y le sonrió como una boba cuando lo tuvo al lado.

–No sabía que eras una correcaminos –comentó él sin aliento, pedaleando vigorosamente para no rezagarse.

Ella se rio pletórica.

–Ya no me acordaba. Es casi como volar.

Más tarde, cuando por fin Anna bajó el ritmo, se dirigieron sinuosamente hacia el puesto de bicicletas.

–¿Sabes? Es la primera vez que te veo tan eufórica –comentó Ed–. Me gusta.

–Supongo que ha sido por la sensación de felicidad –dijo ella, sorprendida. Hacía mucho tiempo que no se creía con derecho a sentirse así.

Devolvieron las bicicletas y se encaminaron de nuevo hacia la entrada del parque.

–¿Es por Simon? –preguntó él con delicadeza–. Porque sospecho que hay

algo en todo eso que no me has contado.

El júbilo de Anna se esfumó, como si de pronto el sol se hubiese escondido detrás de una nube. Pero respiró hondo y empezó a hablar.

Fue un alivio contárselo por fin a alguien.

Le salió a borbotones. Todo lo que se había guardado, lo que le había ocultado incluso a su propia familia y a la familia de Simon.

–Yo no quería ir a Europa con él. Dije que debíamos tomarnos un descanso en la relación, que me había hartado de su comportamiento irracional. Él tan pronto estaba exultante, como se sumía en la desesperación más profunda. Que ya no soportaba más sus cambios de humor. Por más que me esforzaba, no conseguía hacerlo feliz. Le dije que estaríamos mejor separados. Dos días después de esa conversación, lo encontré en el piso, en nuestra cama.

–Anna, cariño. –Ed le rodeó los hombros con un brazo mientras caminaban–. Debes dejar de castigarte.

–Pero ¿es que no te das cuenta? La culpa fue mía y solo mía. Le dije que lo nuestro había acabado.

–Puede ser, pero no por eso eres responsable de sus actos.

–Pero si hubiese tenido más paciencia, si hubiese sido menos egoísta...

Ed la detuvo y tiró de ella para acercar su cara a la de él.

–Tú no tuviste la culpa, Anna.

–Sí la tuve.

–No, Anna –insistió él con delicadeza–. Entiéndelo bien: no la tuviste. Por todo lo que has contado, desde luego no la tuviste. En cualquier caso, ¿qué has ganado culpándote? Tienes que perdonarte, por difícil que sea. Por tu propio bien.

Estaba deshecha, rota, tras contar algo que se había callado durante mucho tiempo. Se retorció las manos, pero no pudo evitar que siguieran temblándole.

–No sé cómo.

–Ven, Jenkins –dijo él con ternura–. Estás temblando como una hoja el último día de otoño.

Anna se dejó abrazar y hundió la cabeza en su hombro.

–Tranquila, tranquila –murmuró Ed entre su pelo. Y empezó a contarle una historia–. Uno de los arbustos más bonitos que he visto es la manzanita. Crece en el chaparral del desierto del suroeste de Estados Unidos y su corteza reluce como si la hubieran abrigado con cera de abeja. Algunos lo llaman

«madera a la deriva de montaña», porque sus ramas, al secarse, adquieren un hermoso color gris y quedan muy lisas.

Anna no sabía muy bien por qué estaba contándole aquello, pero le intrigó de todos modos. La historia empezó a tranquilizarla.

–Es la planta con las semillas más duras. Estas pueden permanecer latentes durante varios años, inmóviles en el arbusto, inactivas. ¿Sabes qué necesitan para germinar?

Anna negó con la cabeza.

–Fuego. –Le acarició el pelo–. Solo después del intenso calor de un incendio su resistente envoltorio se desintegra y permite que brote la semilla de dentro.

Finalmente, cuando el temblor de Anna remitió y se redujo a algún que otro estremecimiento, Ed la soltó y le enmarcó el rostro entre las manos como si fuera una flor.

–Lo conseguirás.

–Ah, ¿sí?

–Sí, lo sé. Solo tienes que seguir caminando a través del fuego. Y un día florecerás.

Su certeza actuó como un contrapeso. La equilibró. La ayudó a creer que era capaz.

Santiago, 1887

Daisy viajó durante todo el día siguiente, cada vez más débil a medida que se agotaban sus escasas provisiones. Dio a la bebé toda la leche que llevaba, pero no era suficiente, y Violeta, cada vez más apática y aletargada, se pasaba muchas horas durmiendo. Daisy estaba preocupada por ella, pero su única esperanza era seguir adelante. Había dejado de nevar, y durante el día subía la temperatura, pero no se atrevía a despojarse de la capa por miedo a ser descubierta. El camino atravesaba los montes en zigzag como una escalera, y a duras penas lograba mantenerse erguida. Daba gracias por haber pasado tantas horas cabalgando por los escarpados acantilados de Cornualles en su infancia, ya que aquellos senderos agrestes habrían aterrorizado a alguien con menos experiencia.

Envuelta en la capa de Elizabeth, con Violeta sujeta debajo, el cabello rojo recogido bajo la capucha y casi toda la cara oculta por un pañuelo, Daisy era, a pesar de todo, blanco de las miradas de curiosidad de las contadas personas con que se cruzaba. Pese a tener los nervios a flor de piel, lograba saludar con gestos serenos y de vez en cuando intercambiaba algunas palabras en español, pero sin dar nunca el menor indicio de sus intenciones. Disimulaba el temblor de sus manos sujetando las riendas y recitaba para sus adentros las palabras «Ya casi hemos llegado, ya casi hemos llegado...», aunque todavía quedaba mucho camino por delante e ignoraba qué encontraría al llegar a su destino.

Era última hora de la tarde cuando por fin vislumbró los edificios de Santiago. La ciudad cobró forma ante ella como un espejismo en el desierto: los campanarios y los tejados de las casas asomaban entre el follaje oscuro de las higueras y los olivos. Atravesó un río por un puente de piedra; el río Maipo, recordó que le había dicho el señor Williamson.

Sintió que su determinación flaqueaba. ¿Cómo encontraría el lugar que buscaba? La ciudad se le antojaba enorme y abrumadora, pero sabía que debía alejar del señor Chegwidden a la niña y la caja, y ponerlas a buen recaudo,

para que él no conociera nunca su existencia, y rogaba que el señor Williamson la ayudara. Repitió en su cabeza las palabras que le había oído decir cuando festejaban juntos en la boda de Elizabeth. «He encontrado un alojamiento francamente agradable. En la falda del San Cristóbal, uno de los montes más altos de la ciudad. Una casa grande de color ocre con postigos blancos. Es perfecta.»

—¿Sabe dónde está el San Cristóbal? —preguntó a una chilena que pasaba.

La mujer pareció entenderla.

—Por ahí —respondió, señalando al norte.

Al cabo de un rato, y poco después de doblar por la calle plácida y arbolada que circundaba la falda del monte, Daisy avistó la casa, un edificio cuadrado de color amarillento y, por lo que veía, la única con postigos blancos. El corazón se le aceleró y Violeta se revolvió, como si percibiera sus sonoros latidos.

Deteniendo al caballo con el mayor sigilo posible, Daisy desmontó torpemente. Llamó con los nudillos a una puerta ancha de dos hojas y, desplazando el peso del cuerpo de un pie a otro por el nerviosismo y la fatiga, esperó. Percibió un movimiento en una ventana del piso superior. Volvió a llamar, y después de lo que se le antojó una eternidad pero no debió de ser más de un minuto, la puerta se abrió.

Por un momento se impuso el silencio. Daisy se retiró la capucha de la cabeza y dejó escapar sus rizos.

—¿El señor Williamson? —preguntó a la doncella—. ¿Está en casa?

Se oyó una voz procedente de las sombras del interior.

—¿Quién es?

—¡Señor Williamson! —vociferó ella.

—¡Señorita Helyer! —El señor Williamson estaba ya en la puerta—. ¿Qué demonios...?

Daisy se encontraba al borde del delirio a causa del cansancio y solo se tenía en pie por pura fuerza de voluntad. Descubrió que no era ya capaz de dar otro paso y, tambaleándose, se desplomó hacia delante y cayó en sus brazos.

Cuando volvió en sí, vio que estaba tendida en un diván en un salón bonito y luminoso, cubierta una de sus paredes por entero de libros con letras doradas en los lomos. Sintió la suavidad del terciopelo bajo sus palmas llagadas y tuvo la sensación de estar tendida en un edredón de plumas, como muy posiblemente así era, porque tenía varios almohadones bajo la cabeza. De

pronto, al echar de menos el peso de Violeta, se palpó el cuerpo. Hizo ademán de levantarse presa del pánico.

–Quieta, quieta....

Al alzar la vista, vio al señor Williamson inclinado sobre ella, con la frente arrugada en un gesto de preocupación.

–La niña está bien. Mi doncella está cuidando de ella. Me he tomado la libertad de buscar a una nodriza. Puede tener la seguridad de que será de lo más discreta.

Daisy sintió un profundo alivio.

–Ah, el bebé no es mío –le aseguró–. Pero su discreción es muy necesaria.

–Como usted diga, querida mía. Pero cuénteme, ¿qué la ha traído hasta mi puerta? Verla aquí ha sido para mí la mayor sorpresa de mi vida.

Lentamente, con voz entrecortada, Daisy inició su relato. Cuando llegó a la parte en que encontraba a su señora y al marido de esta empapados en su propia sangre, tartamudeó, casi incapaz de plasmar en palabras el horror de hallarlos en esas condiciones.

–Debe informar a las autoridades. ¡De inmediato!

Daisy movió la cabeza en un vehemente gesto de negación.

–Déjeme terminar. Porque sospecho quién puede estar detrás de esto, aunque dudo que pueda demostrarse.

Explicó que había encontrado lirios sobre las colchas, que había oído discutir al señor Chegwidden y al señor Flores sobre la búsqueda de la trompeta del diablo.

–Dios mío –exclamó él, preocupado e indignado a la vez–. ¿Y ahora qué hacemos?

–Sinceramente espero que usted me ayude –suplicó Daisy–. Que me esconda durante un tiempo, porque el señor Chegwidden cree que aquella noche fueron asesinados todos los presentes en la Estancia Copihue. Y después debo huir. Debo salir del país. –No mencionó que también llevaba consigo la trompeta del diablo. No podía confiar en nadie, ni siquiera en él.

–Dios mío. Debe de haberlo pasado mal, muy mal. Y recorrer tal distancia a caballo. No puedo dar crédito.

Daisy apenas notó su preocupación.

–No me ha quedado más remedio –repuso sin rodeos.

–Es usted una mujer de una valentía asombrosa. Conozco a pocos hombres

que habrían hecho ese viaje con este tiempo. Y menos con un bebé del que ocuparse.

Daisy no se sentía tan valiente. Estaba asustada y cansada, y tenía un hambre voraz. La sobresaltaron unos repentinos golpes a la puerta.

–No pasa nada, querida –dijo para tranquilizarla al advertir su preocupación–. Le he pedido a mi cocinera que le preparara algo que comer. Da la impresión de que no ha probado bocado desde hace días.

A Daisy se le hizo la boca agua al llegarle un olor a sopa.

–Gracias, señor Williamson, es usted muy generoso.

–Vamos –respondió él con amabilidad–, coma. Recupere las fuerzas.

La doncella colocó en la mesa un recipiente cubierto y otra criada, moviéndose sigilosamente por la sala, sacó un plato, una cuchara y una hogaza de pan de un aparador.

Cuando Daisy se hubo saciado, dejando casi vacía la soperera que tenía delante, se recostó en la silla. El señor Williamson, que había permanecido en silencio pero no había apartado la mirada de ella mientras comía, empezó a hablar.

–Está claro que debe marcharse de aquí, querida mía. Y yo debo informar a las autoridades.

Daisy alzó la vista, sus ojos muy abiertos en una expresión de alarma.

–Como usted ha dicho, por su propia seguridad y la del bebé, debe irse.

–Pero ¿cómo? ¿Y adónde? Tengo muy poco dinero. –Pensó en la pequeña bolsa con monedas y billetes que había llevado consigo.

–De eso puedo encargarme yo, no se preocupe. Zarpa de aquí un barco con rumbo a Australia dentro de un mes; transportará un cargamento mío. Me ocuparé de que disponga de una litera.

–Pero nadie puede saber nada sobre mí, ni sobre Violeta –dijo, consternada, levantando la voz.

–Ahora calle, querida mía. Enviaré un mensaje a través de mi ayudante. Su presencia aquí permanecerá en secreto, eso se lo prometo.

–Gracias. No quiero parecer ingrata, pero ¿no hay ningún barco con destino a Inglaterra? –Se había aferrado a la idea de regresar algún día a Trebithick como a una cuerda arrojada a un marinero a punto de ahogarse.

Él negó con la cabeza.

–Por desgracia, no hasta dentro de unos meses, y no puedo tenerla aquí durante tanto tiempo, porque sin duda correría la voz.

Daisy, haciendo de tripas corazón, aceptó su destino. Solo sería durante unos años, se prometió. Hasta asegurarse de que ese loco no representaba ya una amenaza. Entonces llevaría a Lily a su casa.

Londres, verano de 2017

Hal Graham llevaba la ropa aún más arrugada, si cabía, que cuando Anna lo conoció. Se levantó de detrás del escritorio, lo rodeó y le estrechó la mano.

–Anna. Encantado de verte otra vez.

–Lo mismo digo, doctor Graham. Lamento que sea un poco más tarde de lo que pensaba, pero me quedé en Cornualles más de lo previsto.

–Ah, sí, bueno, no me extraña. Es un condado precioso.

Regresó a su asiento y le indicó con un gesto que se acomodara al otro lado del escritorio.

Anna lo miró con expectación, viendo por el rabillo del ojo que el cuaderno de dibujo de Elizabeth se hallaba detrás de él, deseosa de que los cumplidos de rigor terminaran cuanto antes.

Él advirtió la ojeada de ella en dirección al estante y se volvió para recoger el cuaderno.

–Pues, por lo visto, tienes un importante hallazgo en tu poder. Puedo confirmar que es obra de Elizabeth Trebithick.

Anna asintió.

–Pero probablemente eso ya lo sabes. Edwin me comentó que habíais visitado Trebithick Hall. –Cabeceó—. Pero lo desconcertante es, como sospechábamos, la última acuarela. Presenta diferencias sutiles, pero significativas, con respecto a las muestras de *Datura* que tenemos, lo cual nos permite presuponer sin temor a equivocarnos que es una subespecie. Lo más apasionante es que se trata de una de la que apenas sabemos nada. Existe solo otro dibujo. Si me acompañas a la biblioteca, te lo enseñaré. Me tomé la libertad de pedirlo a nuestros archivos especialmente para tu visita.

Cuando llegaron a la biblioteca y Hal hubo localizado el dibujo, Anna parpadeó en un gesto de asombro. Tal como él había dicho, los dos dibujos se correspondían con la misma planta, desde los sépalos hasta los niveos pétalos, con sus listas de color negro aterciopelado, el estambre y el tallo.

–*Datura niger* –susurró Hal en el silencio de la biblioteca–. La misma. Autóctona de un valle del centro de Chile remoto en otros tiempos. Se la creía extinta desde hacía casi cien años. En su día fue una de las plantas más poderosas conocidas por el hombre. Utilizada indebidamente, provoca alucinaciones y la muerte, pero en las manos adecuadas posee cualidades curativas sin parangón. Incluso corre la leyenda de que se empleaba para tratar la confusión y la pérdida de memoria, lo que ahora llamamos demencia senil.

–¿El alzhéimer? –se apresuró a preguntar Anna, y se acordó de la abuela Gus.

Hal asintió.

–No solo eso, sino que, además, según la concentración, servía también como analgésico, similar al láudano, pero sin causar adicción, según los informes de la época. Era una planta realmente extraordinaria, capaz de aliviar el sufrimiento, quizá incluso de alargar la vida de millones, incluso de miles de millones, de personas. No es ningún secreto que el alzhéimer es una de las mayores preocupaciones de nuestros tiempos.

Anna bien lo sabía.

–Es una tragedia que se haya extinguido. ¿Quién sabe? Habría propiciado el desarrollo de algunos de los medicamentos más valiosos del mundo. Este dibujo –señaló la obra de arte que tenían ante sí– fue realizado por el botánico Alexander Grantham a principios del siglo XX. Por desgracia, el buque en el que viajaba de regreso a Inglaterra en 1901 se hundió. Todas sus muestras se perdieron. Había enviado los dibujos con antelación, y por eso los conservamos hoy día. En años posteriores, otros botánicos realizaron nuevas expediciones para intentar localizar la planta, pero nadie la halló.

Mientras contemplaban los dibujos, Anna tomó conciencia de un hecho con la fuerza de un relámpago que lo iluminó todo.

–No tendría tanto poder si existiese ahora, ¿verdad? Seguramente el desarrollo de otros fármacos ha superado su potencial, ¿no?

Hal negó con la cabeza.

–Nunca lo sabremos, esa es la tragedia. Y aunque hay avances prometedores en algunos tratamientos farmacológicos para las fases iniciales del alzhéimer, todavía no tiene cura.

Anna pensó en la tragedia de Elizabeth y su marido, asesinados por la posesión de esa planta, en las vidas que se habían visto afectadas y en la

trayectoria de su familia, alterada para siempre. La cabeza le dio vueltas solo de pensarlo, porque si Elizabeth nunca hubiese emprendido aquel peligroso viaje, y si Daisy no hubiese realizado el suyo posterior, Anna, su hermana, su madre y su abuela nunca habrían existido. Si Elizabeth hubiese salido airosa en su misión, el mundo sería un lugar distinto. Era mucho lo que dependía de un giro del destino.

—No puedes cambiar el pasado. Lo hecho, hecho está —afirmó Ed mientras conversaban más tarde ese mismo día, repitiendo sin saberlo las palabras que Florence había pronunciado. Ed había invitado a Anna a cenar a su casa—. Te presentaré a Ella. Se muere de ganas de conocer a mi misteriosa amiga australiana.

Vivía cerca de Kew, en una impecable calle de immaculadas casas adosadas blancas con jardines delanteros bien cuidados, cada uno con un deslumbrante despliegue de flores de verano: en uno crecían rosales, colmados de flores; en otro dedaleras, junto a claveles de poeta y delicadas margaritas blancas; otro exhibía geranios de color escarlata en macetas de terracota. El jardín de Ed era una aromática aglomeración de salvia, tomillo y romero. Anna también se fijó en un parterre circular de caléndulas, hisopos y angélicas, plantas con propiedades curativas todas ellas. Acarició al pasar la suave espiga en flor de una lavanda e inhaló el balsámico perfume antes de llamar a la puerta.

Se oyeron unas sonoras pisadas en el interior, y al abrirse la puerta, Anna vio a una niña, de unos once o doce años, calculó; tenía el cabello largo y oscuro, y los ojos azules de su padre. Ed apareció detrás de ella.

—¡Anna! —dijo, y la invitó a pasar—. Anna, te presento a Ella.

—Hola —saludó la niña—. Te esperábamos. Te hemos preparado algo especial.

Anna olisqueó: el inconfundible aroma de un pollo asado.

—Qué rico. ¿Eres buena cocinera, Ella?

La niña asintió.

—Buenísima. También hemos hecho un pudín, mi plato preferido.

—Pues vaya festín me espera —observó Anna a la vez que Ella le tomaba la mano y tiraba de ella por el pasillo hacia el interior de la casa. Anna relajó los hombros en un gesto de alivio al ver que la niña parecía complacida de

verla. Sabía por sus propias sobrinas que las adolescentes eran difíciles de entender: a ratos estaban atrapadas en su propio mundo y en otros momentos eran innegablemente tiernas y sociables.

Ed le sirvió una copa de vino y se sentaron en una acogedora cocina situada en la parte de atrás de la casa. Unas puertas balconeras daban a un jardín trasero rectangular que contenía un pequeño huerto, y Ella, después de interrogar a Anna sobre Australia, no tardó en salir fuera a jugar.

–Salud –brindó Ed, y chocó su copa con la de Anna–. ¿Qué? ¿Cómo te ha ido con Hal?

Anna lo puso al corriente.

–Cielo santo. Bueno, vaya una historia. –Cabeceó como si lamentara la pérdida de una planta tan poderosa.

–Hay algo más. –Anna guardó silencio por un momento–. Tengo un espécimen seco. Y unas cuantas semillas. *Datura niger*.

A Ed, que había abierto el horno, casi se le cayó la fuente que sostenía.

–¿Cómo? ¡No me digas! ¿De verdad? ¿Y eso?

–Estaban en la caja con los dibujos y el diario. Estoy casi segura de que las semillas son de esa planta.

–Dios bendito –exclamó él–. ¿Las has traído?

Anna negó con la cabeza.

–No. Siguen en Sídney. No sabía si las normas de entrada al país lo autorizaban, y en ese momento no me pareció importante. Pero hay otra cosa, Ed.

–Ah, ¿sí? –preguntó él, dejando la fuente en la encimera.

–Ajá. –Hizo una pausa para conferir mayor trascendencia a sus palabras–. Ed, planté unas cuantas semillas. En ese momento no vi ningún inconveniente.

–No me digas...

–Sí. He hablado con mi madre esta mañana. Me riega las plantas en mi ausencia. Le he preguntado por la maceta que tengo en el balcón. Le pedí también que regara esa en particular. Ha dicho que hay brotes verdes.

–¡No me digas!

–Pues sí te lo digo.

–¿Eres consciente de lo que has hecho, Jenkins?

Ella le dirigió una breve sonrisa.

–No está mal, ¿eh?

–Desde luego. He oído de semillas antiguas que se propagaban después de

años, es verdad, aun así...

–Pues sí, ¿no? –Anna tampoco podía dar crédito.

Ed se quedó pensativo por un momento.

–¿Las plantaste todas? ¿Cuántas había?

–Solo alrededor de la mitad. Hal me ayudará a organizar el envío del resto por avión a Kew. Solo han tardado unos ciento treinta y tantos años, pero me gustaría pensar que a Elizabeth Trebithick y su padre les complacería que por fin hayan llegado hasta aquí.

–Dios bendito –repitió Ed–. No me lo puedo creer.

Un olor acre a quemado emanó del fogón.

–Esto... Ed –dijo Anna–, creo que se ha evaporado el agua de hervir las verduras.

–Vaya por Dios. –Retiró la tapa de la cazuela y miró, compungido, el interior.

–¿Y si voy a por una lechuga al huerto para hacer una ensalada, con Ella? –propuso Anna.

–Me parece lo más sensato.

Más tarde, después de enviar a Ella a la cama, se entretuvieron con el resto de la botella de vino.

–¿Y qué planes tienes a partir de ahora, Jenkins? –preguntó él–. ¿Imagino que te irás al continente? –Pareció entristecido ante la perspectiva.

Anna negó con la cabeza.

–La verdad es que he cambiado de planes. Voy a volver a Cornualles. Florence me ha ofrecido una habitación en su casa y me parece que agradecerá la compañía. Lo creas o no, me he agenciado un empleo para el verano en los jardines de Trebithick, solo como voluntaria. Tengo la sensación de que necesito pasar allí más tiempo. Y la experiencia será útil. Estoy interesada en aprender más sobre las plantas que crecen allí y los cuidados de unos terrenos tan grandes.

A Ed se le iluminó el semblante.

–¿No vas a abandonar nuestras costas aún?

–No –contestó Anna–. A lo mejor te apetece hacer otra visita, y esta vez con Ella. –La recorrió un hormigueo de esperanza ante la posibilidad de que dijera que sí y contuvo el aliento, aguardando la respuesta.

–Me parece que sin duda podemos organizarlo, Jenkins.

Se sonrieron tontamente.

Sídney, 1888

Marguerite se agarró a la barandilla e intentó deshacer el nudo que tenía en el estómago. A esas alturas bien podía considerársela una veterana de los viajes oceánicos, pero en ese momento tenía los nervios tan a flor de piel como en su primer viaje, hacía ya casi dos años. El olor a tierra salió a recibirla, a tierra e industria, y cosas en crecimiento, y lo aspiró profundamente, sujetándose a la barandilla del barco.

Cuando rompió el alba sobre el horizonte, el buque entraba en el magnífico puerto del que le habían hablado, con el que había soñado durante esos largos días en el mar. El barco se meció en el oleaje al pasar entre los cabos de la bahía y luego viró a estribor, en dirección a una pequeña medialuna de arena. Marguerite distinguió varios edificios bajos, cuyos tejados apenas se veían a través de la densa vegetación. El centro de cuarentena. Donde se examinaba a los inmigrantes para detectar posibles enfermedades, se fumigaban sus pertenencias y se los sometía a una escrupulosa limpieza.

Al bajar al inestable malecón, sostuvo en alto el bulto pequeño y suave para enseñarle los edificios enclavados en la orilla del mar.

—¿Qué te parece, pequeña Lily? Benditos los ojos.

Estaba segura de que después de viajar a un lugar tan lejano no corrían ya peligro.

El bebé formó pompas con sus labios abullonados y, parpadeando, miró a Marguerite con sus ojos azul claro. Unos rizos oscuros de color café se escapaban de su gorro, brillantes como la caoba a la luz del sol. Al sonreír, se dibujaron unos hoyuelos en sus mejillas. Marguerite estrechó a la bebé contra su pecho a la vez que tarareaba una nana. Juntas habían sobrevivido y no estaba dispuesta a separarse de ella. En esa nueva tierra, tenían nuevos nombres y estarían a salvo. Nadie las encontraría. Marguerite se aseguraría de eso.

Cornualles, verano de 2017

En su primera mañana en Trevone, Anna madrugó. Estaba a cinco kilómetros de Trebithick, y Florence le había prestado una carraca de bicicleta para ir y volver, pero supuso que, tras su experiencia en Richmond Park, era capaz de someter incluso a un corcel recalcitrante de dirección inestable.

Antes de marcharse de Londres, había hablado por Skype con su madre y su hermana para informarlas de todo lo ocurrido desde su llegada a Inglaterra.

–No me puedo creer que hayas resuelto el misterio –había dicho Vanessa–. Bien hecho.

–Te felicito, cariño –añadió su madre–. Estoy muy orgullosa de ti por llegar hasta el final de este asunto. Es una historia extraordinaria. Sin tu persistencia nunca habríamos conocido esa parte de nuestra genealogía.

–Por no hablar del hecho de que has rescatado una planta de la extinción. Y una con semejante potencial –agregó Vanessa–. Es increíble.

Anna les anunció sus planes de quedarse unos meses y trabajar en Trebithick, trasluciéndose el entusiasmo en su voz.

–Me parece una idea excelente. Da la impresión de que vuelves a ser la de siempre –comentó su madre.

Incluso se oyó de fondo un «Bravo por ti» procedente de Harvey.

–¿Seguro que se encuentra bien? –preguntó Anna.

–Ah, ¿él? –dijo Vanessa–. Va por la segunda copa de shiraz y parece que por fin los Wallabies van a ganar a los All Blacks.

–Ya.

Volvió a llamarlas al llegar a Cornualles, y descubrió que también ellas tenían noticias.

–¡Vamos a ir a verte! –anunció Vanessa–. Mamá, Harvey, las niñas y yo. A finales de agosto. Ya está todo organizado. Hemos reservado un alojamiento en Port Isaac, muy cerca de donde tú estás, o eso creo.

Anna asintió.

–Lo está. Pero ¿y el colegio? –preguntó—. ¿Y sus actividades? ¿El *ballet de Fleur*?

–Ah, creo que un cambio de aires de unas semanas nos hará bien a todos – contestó Vanessa—. Además, quiero que conozcan esa parte de su historia.

Anna se moría de ganas de verlas, de presentárselas a Florence, y quizá también a Ed, que iría a visitarla al cabo de unas semanas.

Mientras circulaba tranquilamente por el estrecho carril hacia Trebithick Hall con el aire fresco de primera hora de la mañana, sonrió para sí. El viento le agitaba el cabello, y se recreó en el olor del salitre, los sonidos del mar y los chillidos de las gaviotas que se cernían sobre los acantilados. Bordeaba la carretera una espesura de hierba, ortigas y zarzales, y unos árboles inclinados a causa del viento formaban un túnel verde por encima de su cabeza. En cierto momento se vio obligada a lanzarse hacia un seto alto contiguo a la calzada cuando la adelantó una camioneta con insistentes bocinazos.

Llegó a Trebithick Hall de una pieza, aunque un tanto agitada, y aparcó la bicicleta detrás de los viejos establos junto a otras, algunas incluso más decrepitas que la suya. Se encaminó hacia los jardines, deteniéndose para acariciar el reloj de sol, sus familiares plantas en relieve desgastadas por más de un centenar de inviernos.

–Ah, Anna, ya estás aquí. –Era Richard Allen, el jardinero jefe. Al regresar a Trebithick en su anterior visita, había preguntado por él, y este, al descubrir su amor por las plantas y sus conocimientos botánicos, la había acompañado amablemente a ver la finca. Ella no había mencionado su relación con la casa, pero Richard le había dicho en broma que, si alguna vez buscaba trabajo, podía ponerse en contacto con él. Esa era precisamente su intención.

–Hola –lo saludó—. Un día precioso, ¿no?

Y lo era. El sol ya calentaba el aire y no había ni una nube en el cielo del mismo azul que la flor de hierba doncella.

–¿Lista para ponerte manos a la obra? –preguntó él, y le entregó un par de guantes.

Ella asintió alegremente.

–Te he emparejado con Jamie. Él te enseñará lo básico. –Ahuecando una mano en torno a la boca, gritó—: ¡Jamie!

Anna miró hacia donde Richard dirigió su voz al mismo tiempo que un hombre salía del invernadero.

–Jamie. Te presento a Anna. Me gustaría que hoy la ayudaras a iniciarse.

–Anna. Jamie Chegwidden.

Anna se tambaleó hacia atrás a la vez que miraba los ojos más negros que había visto jamás.

Agradecimientos

La historia narrada en este libro se me ocurrió como resultado de dos hechos. Una sofocante tarde, mientras estaba en el Real Jardín Botánico de Sídney, uno de mis sitios preferidos desde hacía tiempo, deslicé las manos por el hermoso reloj de sol que hay allí y de pronto me sentí transportada a un jardín tapiado inglés, imaginando dónde podía situarse un reloj de sol como ese. Después, pasados varios meses, visité Kew Gardens, y la maravillosa Galería Marianne North, en la que cuelgan desde el suelo hasta el techo los extraordinarios óleos de esta artista, que representan la flora de los muchos países por donde viajó. Empecé a preguntarme cómo debía de haber sido la vida de una botánica aventurera, y así empezó la historia. Al cabo de dos años, volví a Kew, y allí me encontré con la exposición de arte botánico de la colección de la doctora Shirley Sherwood, junto con una exposición de obras y cartas de Joseph Hooker. También resultó instructivo leer las transcripciones de sus cartas y de sus viajes y penalidades como buscador de plantas del siglo XIX.

Cualquier error en la recreación del Cornualles y el Chile de finales del siglo XIX es mío. Me pareció de un valor inestimable el *Diario de mi estancia en Chile, durante el año 1822*, escrito por Maria Graham, viuda de un capitán de barco, y me inspiré en gran medida en sus relatos y descripciones del Valparaíso decimonónico. Kate Forsyth, una escritora de novela histórica a quien admiro mucho, me ofreció muy generosamente sus consejos sobre cómo plantear una doble cronología narrativa. También estoy muy agradecida a Varuna, la Casa del Escritor, situada en los Montes Azules de Nueva Gales del Sur, por la oportunidad de pasar allí una preciada e ininterrumpida semana entretejiendo las dos líneas narrativas.

Gracias asimismo a mi agente, Margaret Connolly, por su continuo aliento y su fe en mi texto; sin ella no habría escrito estas palabras ni todas las demás que componen el relato. A Richard, por conducir audazmente por las tortuosas carreteras de Cornualles. A Andy, Becky y Mercedes, por ser unos primeros lectores tan positivos, y a Taryn, mi pareja, el crítico más sincero que podría

haber deseado. Por último, he tenido la gran suerte de contar con una editora considerada, inteligente y entusiasta, Rebecca Saunders. De hecho, todo el equipo de Hachette Australia, incluidos Fiona, Justin, Louise, Karen y Alana, me han prestado un apoyo increíble y han sido muy generosos. Soy muy afortunada de haber encontrado allí un hogar.

MAEVA defiende el copyright©.

El copyright alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores. Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del copyright y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que EMBOLSILLO continúe publicando libros para todos los lectores.

© Kayte Nunn, 2019

© de la traducción, Isabel Ferrer y Carlos Milla

© de la cubierta, Elsa Suárez sobre imagen de © Magdalena Russocka / Arcangel Images

© Maeva Ediciones, 2019

Benito Castro, 6

28028 MADRID

emaeva@maeva.es

www.maeva.es

ISBN: 9788417708337

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.